

Benjamin Black

La rubia de ojos negros

Traducción
Nuria Barrios



Lectulandia

La historia está ambientada en la década de los cincuenta. Philip Marlowe se siente tan inquieto y solo como siempre y el negocio vive sus horas más bajas cuando irrumpe en su despacho una nueva clienta: joven, rubia, hermosa y elegantemente vestida, pretende que Marlowe encuentre a un antiguo amante, un hombre llamado Nico Peterson. Tras ponerse manos a la obra, Marlowe pronto descubre que la desaparición de Peterson no es más que el primero de una serie de sucesos desconcertantes. Antes de que se dé cuenta, Marlowe se verá enredado con una de las familias más ricas de Bay City y podrá comprobar lo lejos que están dispuestos a llegar con tal de proteger su fortuna...

Sólo Benjamin Black, un maestro moderno del género, era capaz de escribir una nueva aventura de Philip Marlowe.

Lectulandia

Benjamin Black

La rubia de ojos negros

ePub r1.0

Sorel44 27.02.14

Título original: *The black-eyed blonde*

Benjamin Black, 2013

Traducción: Nuria Barrios Fernández

Editor digital: Sorel44

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Era martes, una de esas tardes de verano en que la Tierra parece haberse detenido. El teléfono, sobre la mesa de mi despacho, tenía aspecto de sentirse observado. Por la ventana polvorienta de la oficina se veía un lento reguero de coches y a un puñado de buenos ciudadanos de nuestra encantadora ciudad, la mayoría hombres con sombrero, que deambulaban sin rumbo por la acera. Me fijé en una mujer que, en la esquina de Cahuenga y Hollywood, aguardaba a que cambiara la luz del semáforo. Piernas largas, una ajustada chaqueta color crema con hombreras, una falda azul marino. También lucía un sombrero, un accesorio tan diminuto como un pajarito que se hubiera posado en un lateral de su cabello y se hubiera quedado allí alegremente. Miró hacia la izquierda, luego hacia la derecha y de nuevo hacia la izquierda —debía de haber sido una niña muy buena— y entonces cruzó la calle soleada, avanzando con elegancia sobre su propia sombra.

La temporada estaba siendo muy floja. Había trabajado una semana como guardaespaldas de un tipo que acudió desde Nueva York volando en un clíper. Tenía la mandíbula azulada, un reloj de oro en la muñeca y un anillo en el dedo meñique con un rubí tan grande como un garbanzo. Se presentó como un hombre de negocios y yo decidí creerle. Él estaba preocupado y sudaba muchísimo, pero nada sucedió y me pagó lo estipulado. Poco después, Bernie Ohls, de la Oficina del Sheriff, me puso en contacto con una encantadora ancianita cuyo hijo drogadicto le había birlado la valiosa colección de monedas de su difunto marido. Tuve que ponerme algo violento para recuperar lo robado, pero la sangre no llegó al río. Había una moneda con la cabeza de Alejandro Magno y otra donde se veía el perfil de Cleopatra con aquella enorme nariz. ¿Qué verían los hombres en ella?

Sonó el timbre que anunciaba la apertura de la puerta principal y oí los pasos de una mujer, que atravesó la sala de espera y se detuvo un instante ante la puerta de mi oficina. El sonido de unos tacones altos en el suelo de madera siempre me produce un ligero cosquilleo. Iba a decirle que pasara con ese impostado tono grave de puedes-confiar-en-mí-soy-un-detective, cuando ella entró sin llamar.

Era más alta de lo que me había parecido desde la ventana, alta y delgada, con hombros anchos y elegantes caderas. Mi tipo, en otras palabras. Su sombrero tenía un velo, una exquisita transparencia negra de seda moteada que descendía hasta la punta de su nariz. Una punta preciosa para una nariz preciosa, aristocrática, pero no demasiado estrecha ni demasiado larga y, por supuesto, nada parecida a la trompa de Cleopatra. Lucía unos guantes largos de un pálido crema a juego con la chaqueta y hechos con la piel de alguna singular criatura que habría pasado su breve vida brincando con delicadeza sobre riscos alpinos. Tenía una bonita sonrisa, cordial de momento y ligeramente ladeada, que le daba un atractivo aire burlón. Era rubia, con

unos ojos negros, negros y profundos como un lago de montaña, cuyos párpados se afilaban de manera exquisita en las esquinas. Una rubia de ojos negros no es muy frecuente. Intenté no mirarle las piernas. Evidentemente, el dios de la tarde de los martes había decidido que me merecía un pequeño aliciente.

—Me llamo Cavendish —dijo.

La invité a que tomara asiento. Si hubiera sabido que iba a llamar a mi puerta, me habría peinado y me habría perfumado detrás de las orejas con un ligero toque de ron de laurel. Pero habría de aceptarme tal como era. De hecho, lo que veía no parecía desagradarle demasiado. Se sentó al otro lado de la mesa, en la silla que le había señalado, y se quitó los guantes, dedo a dedo, mientras sus ojos negros me escrutaban serenos.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Cavendish? —le pregunté.

—Señora.

—Disculpe... Señora Cavendish.

—Un amigo me ha hablado de usted.

—¿Ah, sí? Cosas buenas, espero.

Le ofrecí un Camel de la caja que tengo en la mesa para los clientes, pero ella abrió su bolso de charol, sacó una pitillera de plata y levantó la tapa con el pulgar. Sobranie Black Russian, por supuesto. Prendí una cerilla y alargué el brazo sobre el escritorio. Se echó hacia delante e inclinó la cabeza, bajando las pestañas, y su dedo rozó brevemente el dorso de mi mano. El barniz rosa perlado de sus uñas me encantó, pero no le dije nada. Ella se retrepó en la silla, cruzó las piernas bajo la estrecha falda azul y, de nuevo, me observó con aquella franca mirada indagadora. Estaba tomándose su tiempo para decidir qué opinión le merecía.

—Quiero que localice a alguien —me dijo.

—Vale. ¿De quién se trata?

—Un hombre llamado Peterson. Nico Peterson.

—¿Un amigo suyo?

—Era mi amante.

Si pensaba que me iba a dejar con la boca abierta, se equivocaba.

—¿Era? —le pregunté.

—Sí. Desapareció de forma bastante misteriosa, sin decir siquiera adiós.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace dos meses.

¿Por qué había tardado tanto en acudir a mí? Decidí no preguntárselo. O por lo menos de momento. Ser observado por aquellos ojos impasibles tras la negra red transparente del velo me producía una extraña sensación. Era como ser observado desde una ventana secreta. Observado y evaluado.

—Dice que desapareció. ¿Quiere decir de su vida o del todo? —le pregunté.

—Parece que de ambas maneras.

Aguardé a que siguiera, pero ella se limitó a echarse hacia atrás unos centímetros y una vez más sonrió. Aquella sonrisa... Era como los rescoldos de un fuego que ella hubiera prendido hacía mucho tiempo y luego dejado arder hasta consumirse. Tenía un hermoso labio superior, prominente como el de un bebé, tierno y un poco inflamado como si acabara de besar largamente otros labios y no precisamente de bebés. Debió de percibir la incomodidad que me creaba su velo, pues, levantando una mano, lo apartó de su rostro. Sin él sus ojos resultaban todavía más impresionantes; al contemplar su lustrosa e intensa negrura, sentí un nudo en la garganta.

—Hábleme de él, de su señor Peterson —le pedí.

—Como usted de alto. Cabello oscuro. Atractivo a su manera. Lleva un estúpido bigotito como el de Don Ameche. Viste bien, o solía hacerlo cuando escuchaba mi opinión.

Había cogido una boquilla de ébano de su bolso e introdujo en ella el filtro del Black Russian. Sus dedos eran hábiles, delgados pero fuertes.

—¿A qué se dedica él? —le pregunté.

Sus ojos brillaron con dureza.

—¿Para ganarse la vida, quiere decir? —pensó la pregunta antes de responder—.
Ve a gente.

En esta ocasión fui yo quien se retrepó en la silla.

—¿Qué significa eso?

—Lo que le acabo de decir. Prácticamente cada vez que lo veía él estaba a punto de marcharse a algún asunto urgente. «Tengo que ver a este tipo. Hay un tipo al que tengo que ver.»

Era una buena imitadora. Yo empezaba a hacerme una idea del señor Peterson. No parecía *su* tipo.

—Un hombre ocupado, por lo que me dice —comenté.

—Me temo que sus ocupaciones no conducían a gran cosa. A nada que le pareciera importante a usted, se lo puedo asegurar, o a mí, desde luego. Si le pregunta, le dirá que es un agente de actrices de cine. La mayoría de las personas a quienes debía ver con tanta urgencia tenía conexión con algún plató.

Era interesante cómo cambiaba los tiempos de los verbos. En cualquier caso, yo tenía la sensación de que ese pájaro de Peterson pertenecía, para ella, al pasado. ¿Por qué quería entonces encontrarlo?

—¿Está en el negocio del cine? —le pregunté.

—Yo no diría *en*. Más bien acaricia los bordes con la punta de los dedos. Tuvo algo de éxito con Mandy Rogers.

—¿Debería sonarme ese nombre?

—Una aspirante a estrella. Ingenua, diría Nico. Imagine a Jean Harlow, pero sin

talento.

—¿Jean Harlow tenía talento?

Ella sonrió.

—Nico está firmemente convencido de que todas sus ocas son cisnes.

Saqué mi pipa y llené la cazoleta. Caí en la cuenta, de repente, de que la mezcla de tabaco que fumaba contenía algo de Cavendish. Decidí no mencionar aquella feliz coincidencia, pues imaginé la sonrisa escéptica y el leve movimiento de desdén en la comisura de su boca que provocaría.

—¿Conoce desde hace mucho a su señor Peterson? —le pregunté.

—No mucho.

—¿Cuánto es «no mucho»?

Ella se encogió de hombros con un mínimo movimiento del derecho.

—¿Un año? —se preguntó en voz alta—. Déjeme pensar. Nos conocimos en verano. Puede que fuese agosto.

—¿Dónde sucedió? Quiero decir, ¿dónde se conocieron?

—En el Club Cahuilla. ¿Lo conoce? Está en Palisades. Canchas de polo, piscinas, una multitud de personas inteligentes y atractivas. El tipo de sitio donde no activarían la apertura electrónica de las puertas para que un sabueso como usted pusiera un pie dentro.

Aunque no dijo la última frase, yo la sobreentendí.

—¿Su marido sabe algo de esto? ¿Conoce su relación con Peterson?

—No se lo puedo asegurar.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo —bajó la mirada hacia los guantes color crema, que había extendido sobre su regazo—. El señor Cavendish y yo tenemos... ¿Cómo se lo explicaría? Tenemos un acuerdo.

—¿En qué consiste?

—No se haga el ingenuo, señor Marlowe. Estoy segura de que sabe muy bien de qué tipo de acuerdo le hablo. A mi marido le gustan los ponis de polo y las camareras que sirven cócteles. No necesariamente en ese orden.

—¿Y a usted?

—Me gustan muchas cosas. Sobre todo, la música. El señor Cavendish tiene dos reacciones ante la música, dependiendo de su humor y de cuánto haya bebido: le pone enfermo o le hace reír. Su risa no es muy melodiosa.

Me levanté de la mesa, me acerqué a la ventana con mi pipa y dejé vagar la vista, sin fijarme en nada en particular. Al otro lado de la calle, en el interior de una oficina, una secretaria con una blusa de tela escocesa y unos auriculares conectados a un dictáfono tecleaba, inclinada sobre su máquina de escribir. Me había cruzado con ella en la calle en varias ocasiones. Un rostro menudo y encantador, una sonrisa tímida; la

clase de chica que vive con su madre y los domingos prepara pastel de carne para la comida. Aquella era una ciudad de solitarios.

—¿Cuándo vio al señor Peterson por última vez? —le pregunté sin apartar la vista de la atareada señorita Remington. Al no tener respuesta, me giré. Era obvio que la señora Cavendish no estaba acostumbrada a mantener conversaciones con la espalda de nadie—. No se inquiete, tengo costumbre de quedarme junto a la ventana, mirando cómo gira el mundo.

Me dirigí a la mesa y me senté de nuevo. Para demostrarle mi interés, dejé la pipa en el cenicero, crucé las manos y apoyé la barbilla sobre un par de nudillos. Ella aceptó esta voluntariosa muestra de mi total y firme atención.

—Ya le he dicho cuándo fue la última vez que lo vi, hace un par de meses.

—¿Dónde estaban?

—Justamente en el Cahuilla. Era domingo por la tarde. Mi marido estaba inmerso en un *chukker* especialmente difícil. Un *chukker* es...

—Un período de juego en polo. Lo sé.

Ella se inclinó hacia delante y dejó caer la ceniza de su cigarrillo junto a la cazoleta de mi pipa. Un leve soplo de su perfume flotó sobre la mesa de mi despacho. Parecía Chanel n.º 5, pero a mí todos los perfumes me parecen Chanel n.º 5. O así había sido hasta entonces.

—¿Dio el señor Peterson alguna señal de que se disponía a levantar el campo? —pregunté.

—¿Levantar el campo? Qué forma tan extraña de expresarlo.

—Es menos dramático que *desapareció*, que fue la palabra que usted utilizó.

Ella sonrió e hizo un breve gesto afirmativo con la cabeza, reconociendo mi tanto.

—Parecía el de siempre. Tal vez estaba un poco más ausente, incluso un poco nervioso, aunque puede que solo me resulte así ahora, al pensarlo en retrospectiva —me gustaba su manera de hablar, me recordaba las paredes cubiertas de hiedra de algunas venerables universidades o cláusulas de fondos fiduciarios escritas sobre pergamino con letra de caligrafía—. Desde luego, nada en su comportamiento indicaba que fuese a levantar el campo —y sonrió.

Permanecí en silencio de modo que ella viera que estaba pensando.

—Dígame, ¿cuándo se dio cuenta de que se había ido? Lo que quiero saber es cuándo llegó a la conclusión de que había desaparecido —era mi turno de sonreír.

—Le llamé por teléfono varias veces, pero no contestaba. Acudí entonces a su casa. No había cancelado la orden para que le llevaran la leche, y los periódicos se apilaban en la entrada. Eso no era propio de él. Para esos detalles, era muy cuidadoso.

—¿Acudió a la policía?

Abrió los ojos con asombro.

—¿La policía? —creí que iba a romper a reír—. Ni se me pasó por la cabeza.

Nico era muy cauteloso con la policía y no habría agradecido en absoluto que los hubiera puesto sobre aviso para buscarlo.

—¿Por qué era cauteloso? ¿Tenía algo que ocultar?

—¿No tenemos todos algo que ocultar, señor Marlowe? —de nuevo, sus encantadores párpados se abrieron un poco más.

—Depende.

—¿De qué?

—De muchas cosas.

Aquella conversación giraba en círculos, sin llegar a ninguna parte.

—Permítame preguntarle, señora Cavendish: ¿qué cree *usted* que le ha sucedido al señor Peterson?

Ella repitió aquel mínimo gesto para encogerse de hombros.

—No sé qué pensar. Por eso he acudido a usted.

Asentí, intentando que el gesto transmitiera prudencia. Cogí mi pipa y me entretuve con ella, sacando los restos de tabaco de la cazoleta y haciendo todo lo preciso para limpiarla. Una pipa es un artículo muy útil cuando quieres parecer inteligente y reflexivo.

—¿Puedo preguntarle por qué ha tardado tanto tiempo en acudir a mí?

—¿Qué quiere decir con tanto tiempo? Creía que antes o después tendría noticias, que un día sonaría el teléfono y sería él llamando desde México o desde cualquier otro sitio.

—¿Por qué México?

—Pues Francia, la Costa Azul. O algún paraje más exótico. Tal vez Moscú o Shanghái, no lo sé. A Nico le gustaba viajar. Le calmaba su permanente desasosiego —se desplazó ligeramente hacia delante en la silla, en un levísimo gesto de impaciencia—. ¿Acepta el caso, señor Marlowe?

—Haré lo que pueda, pero no lo llame «el caso». Aún no.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—Las habituales.

—Puede estar seguro de que desconozco qué es lo habitual.

Ni se me había pasado por la cabeza tal posibilidad.

—Cien dólares de depósito y veinticinco al día más los gastos que se produzcan mientras hago las pesquisas necesarias.

—¿Cuánto tiempo le llevarán esas pesquisas?

—Eso también depende.

Ella permaneció silenciosa y me contempló de nuevo con aquella mirada apreciativa, que me provocó una ligera desazón.

—No me ha preguntado nada sobre mí —dijo.

—Estaba pensando cómo hacerlo.

—Le voy a ahorrar el trabajo. Mi apellido de soltera es Langrishe. ¿Le suena Langrishe Fragrances?

—Desde luego, la empresa de perfumes —respondí.

—Dorothea Langrishe es mi madre. Era viuda cuando llegó desde Irlanda conmigo y empezó su negocio en Los Ángeles. Si ha oído hablar de ella, conocerá su enorme éxito. Yo trabajo para ella, o con ella, como mi madre prefiere decir. La conclusión es que soy muy rica. Quiero que encuentre a Nico Peterson porque así lo deseo. Él no es gran cosa, pero me pertenece. Le pagaré lo que me pida.

Me hubiera gustado simular de nuevo que limpiaba mi pipa, pero no hubiera funcionado una segunda vez. La miré con gesto inexpresivo.

—Como ya le he dicho, señora Cavendish: cien dólares ahora y veinticinco al día más gastos. Para mí, cada caso es especial.

Ella sonrió sin abrir los labios.

—Creía que no íbamos a llamarlo «caso». De momento.

Le concedí ese tanto. Abrí un cajón, saqué un contrato estándar y se lo acerqué deslizándolo sobre la mesa con un dedo.

—Lléveselo, léalo y, si está de acuerdo con las condiciones, fírmelo y me lo trae. Antes de marcharse, deme la dirección y el teléfono del señor Peterson. Y cualquier otro dato que crea que puede serme útil.

Ella ojeó el contrato, como si estuviera decidiendo si llevárselo o arrojármelo a la cara. Al final, lo agarró, lo dobló cuidadosamente y lo metió en el bolso.

—Vive en West Hollywood, no muy lejos de Bay City Boulevard —abrió de nuevo el bolso y sacó una pequeña libreta encuadernada en cuero y un estilizado lapicero de oro. Escribió una breve nota, arrancó la página y me la tendió—. Napier Street. Esté atento cuando vaya o se pasará de largo sin darse cuenta. Nico prefiere los lugares apartados.

—Porque es cauteloso —añadí.

Ella se levantó. Aún sentado, volví a sentir su perfume. Así que no era Chanel, sino Langrishe, ya averiguaría qué nombre o qué número.

—Necesito asimismo sus datos para ponerme en contacto con usted.

Señaló el papel que yo tenía en la mano.

—Ahí tiene escrito mi número de teléfono. Llámeme cuando lo necesite, sea la hora que sea.

Leí su dirección: 444 Ocean Heights. Si hubiera estado solo, habría silbado. Solo los más ricos vivían allí, en aquellas calles privadas junto al mar.

—Aún no sé su nombre. Me refiero a su nombre de pila.

Un leve rubor cubrió sus mejillas y bajó los ojos, aunque enseguida levantó la vista.

—Clare, sin la i. Me llamo igual que la comarca donde nací, en Irlanda —una

resignada mueca burlona apareció en su rostro—. Mi madre es muy sentimental en todo lo concerniente a su viejo país.

Metí la nota en mi cartera, me puse en pie y rodeé el escritorio para aproximarme a ella. Por alto que seas, algunas mujeres te hacen sentir más bajo que ellas. Aunque Clare Cavendish era más pequeña que yo, me sentí como si la mirara desde abajo. Me tendió la mano y se la estreché. Hay siempre algo especial en el primer contacto físico entre dos personas, por muy breve que sea.

La seguí con la vista hasta el ascensor, esbozó una rápida sonrisa de despedida y desapareció.

Entré en la oficina y me dirigí a mi puesto habitual junto a la ventana. La señorita Remington aún estaba tecleando, era una chica muy diligente. Deseé que levantara la vista y me viera, pero fue en vano. ¿Qué habría hecho yo, además, en ese caso? ¿Saludar como un idiota?

Pensé en Clare Cavendish. Algo no casaba. Tengo cierta fama como detective privado, pero ¿por qué la hija de Dorothea Langrishe, de Ocean Heights, que se codeaba con quién sabe cuánta gente encopetada, me había elegido a mí para encontrar a su amante? Y, para empezar, ¿por qué se había liado con Nico Peterson? De ser cierta su descripción, no parecía más que un estafador de poca monta con trajes a medida. Las preguntas se sucedían enrevesadas y sin fin, pero el recuerdo de los ojos francos de Clare Cavendish y del brillo inteligente y burlón que los iluminaba me impedía concentrarme.

Cuando me giré, vi la boquilla en la esquina del escritorio donde ella la había dejado. El ébano tenía la misma negrura resplandeciente de sus ojos. También se había olvidado de pagar el depósito. No pareció importarme.

Ella tenía razón, Napier Street no era una calle fácil de encontrar, pero me percaté a tiempo y giré el volante para salir del bulevar. La carretera subía, en una leve cuesta, hacia las colinas que se alzaban como una neblina azulada en el horizonte. Conduje lentamente mientras miraba los números de las casas. La de Peterson recordaba un poco un pabellón de té japonés, o como yo imaginaba que debía de ser un pabellón de té japonés. Se trataba de una edificación de una sola planta de pino rojo oscuro con un porche alrededor y una cubierta de tejas a cuatro aguas apenas inclinadas, que se unían en la veleta que coronaba el tejado. Las ventanas eran estrechas y las persianas estaban echadas. Todo parecía indicar que nadie vivía allí desde hacía tiempo, aunque ya no había periódicos apilados en la entrada. Aparqué el coche y subí los tres escalones de madera hasta el porche. Las paredes, iluminadas por el sol, exudaban un aceitoso olor a creosota. Presioné el timbre, pero no sonó en el interior de la casa, así que golpeé la puerta con la aldaba. Una casa vacía posee un modo especial de absorber los sonidos, igual que el cauce seco de un riachuelo se traga el agua. Pegué el rostro al panel de vidrio de la puerta, intentando ver a través de la cortina de encaje. No había gran cosa que mirar: un salón normal decorado con muebles normales. Una voz resonó a mi espalda.

—No hay nadie en casa, tío.

Me di la vuelta. Era un hombre mayor vestido con un peto vaquero desteñido y una camisa sin cuello. Su cabeza parecía un cacahuete, con un cráneo alargado y una gran barbilla separados por las mejillas hundidas. La boca desdentada colgaba entreabierta y las puntas de la barba plateada de siete días que cubría su mandíbula brillaban al sol. Recordaba a un Gabby Hayes que hubiera envejecido mal. Tenía un ojo cerrado y con el otro me miraba desde el pie de las escaleras mientras movía lenta e incesantemente la mandíbula de un lado a otro, como una vaca rumiando.

—Estoy buscando al señor Peterson —le dije.

Giró la cabeza hacia un lado y lanzó un escupitajo.

—Y yo le acabo de decir que no está en casa.

Descendí los escalones. Noté cómo titubeaba, preguntándose quién sería yo y en qué problemas podía meterle. Saqué mis cigarrillos y le ofrecí. Cogió con presteza un pitillo y se lo pegó en el labio inferior. Encendí una cerilla con la uña del pulgar y le tendí la llama.

A nuestra espalda, el chirrido de una chicharra se alzó entre la hierba agostada igual que un payaso lanzado desde un cañón. El sol picaba, soplaba una brisa seca y tórrida y me alegré de llevar el sombrero. El viejo iba con la cabeza descubierta, pero no parecía notar el calor. Aspiró una larga calada de su cigarrillo y expulsó el humo formando varios aros grisáceos.

Lancé la cerilla usada a la hierba.

—No debería hacer eso —me dijo el viejo—. Bastaría un fuego en este lugar para que todo West Hollywood ardiera en llamas.

—¿Conoce al señor Peterson? —le pregunté.

—Por supuesto —señaló una casucha desvencijada al final de la calle—. Vivo ahí. Él a veces se acercaba, me ofrecía un cigarrillo y me daba charla.

—¿Cuánto tiempo hace que no está?

—Déjeme que lo piense —bisqueó al reflexionar—. Creo que la última vez que lo vi fue hace seis o siete semanas.

—Imagino que no le diría adónde iba.

Él se encogió de hombros.

—Ni siquiera lo vi marcharse. Simplemente un día me di cuenta de que ya no estaba.

—¿Cómo fue?

Me miró mientras sacudía la cabeza como si le hubiera entrado agua en un oído.

—¿Cómo fue qué?

—¿Cómo supo que se había ido?

—Ya no estaba, eso es todo —se detuvo un instante—. ¿Es usted policía?

—Algo así.

—¿Qué significa eso?

—Un sabueso privado.

Soltó una risa sofocada y lanzó un escupitajo.

—Un sabueso privado no se parece nada a un policía, excepto en sus sueños, tal vez.

Suspiré. Cuando escuchan que trabajas por tu cuenta, creen que pueden decirte lo que se les pasa por la cabeza. Supongo que pueden, la verdad. El viejo me sonreía, petulante como una gallina que acaba de poner un huevo.

Miré la calle arriba y abajo. Cafetería Joe. Lavandería Kwik Kleen. Un taller de reparación de carrocerías donde un granujilla cubierto de grasa enredaba en las tripas de un Chevy con un aspecto deplorable. Imaginé a Clare Cavendish bajando de un vehículo deportivo y arrugando la nariz ante semejante escenario.

—¿Qué clase de gente llevaba a casa? —le pregunté.

—¿Gente?

—Amigos. Compañeros de juerga. Colegas del mundo del cine.

—¿Del cine?

El tipo empezaba a sonar como la canción *Little Sir Echo*.

—¿Qué me cuenta de las mujeres? ¿Tenía alguna amiga? —le pregunté.

El hombre estalló en carcajadas. No resultaba muy agradable escucharlo.

—¿Alguna? —cacareó—. Escuche, señor, ese tipo tenía más tías de las que podía

atender. Casi cada noche volvía a casa con una diferente.

—Parece que usted no se perdía sus idas y venidas.

—Lo veía y ya está —gruñó a la defensiva—. Armaban tanto follón que me despertaban. Una noche tiraron una botella en la acera, creo que era de champán. Sonó como si una bomba explotara. La tía se partía de risa.

—¿Los vecinos no se quejaban del jaleo?

Me miró con lástima.

—¿Qué vecinos? —preguntó con desprecio.

Asentí. El sol seguía apretando con la misma fuerza. Saqué un pañuelo y me sequé la nuca. En aquel paraje hay días a mediados de verano en que el sol parece prestarte tanta atención como un gorila pelando un plátano.

—Bueno, gracias por todo —dije y me alejé del viejo.

El aire ondulaba sobre el techo de mi coche. Imaginé que el volante estaría ardiendo. Algunas veces pienso seriamente en mudarme a Inglaterra, donde dicen que hace fresco hasta en plena canícula.

—No es usted el primero que viene preguntando por él —dijo el tipo a mi espalda.

Me di la vuelta.

—Ah, ¿sí?

—Un par de espaldas mojadas vinieron la semana pasada.

—¿Mexicanos?

—Es lo que acabo de decir. Dos. Venían trajeados, pero un espalda mojada con chaqueta y corbata cara sigue siendo un espalda mojada, ¿o no?

El sol, que antes brillaba a mi espalda, me daba ahora de frente. Noté cómo se humedecía mi labio superior.

—¿Habló con ellos? —le pregunté.

—No. Aparecieron en un coche que jamás había visto, deben de fabricarlo en su país. Alto y ancho como la cama de un prostíbulo y con un techo de lona con agujeros.

—¿Cuándo dice que sucedió eso?

—Hará dos o tres días. Estuvieron un rato merodeando, miraron por las ventanas igual que usted, se metieron en el coche y se largaron —escupió de nuevo—. Paso de los espaldas mojadas.

—Quién lo diría.

Me lanzó una mirada hosca e hizo un gesto de desprecio.

Le di de nuevo la espalda y me dirigí a mi coche recalentado. Entonces, volvió a hablar.

—¿Cree que regresará?

Me detuve una vez más. Me sentía como el invitado a la boda que intenta librarse

del marinero en *La balada del viejo marinero*.

—Lo dudo —contesté.

Hizo una mueca despectiva.

—Bah, no creo que nadie le vaya a echar de menos. Aunque a mí me caía bien.

De su cigarrillo no quedaba más que la colilla, que arrojó a la hierba.

—No debería hacer eso —le dije y me metí en el coche.

Al tocar el volante me sorprendió que no me chisporrotearan los dedos.

En lugar de ir a la oficina, me dirigí a Barney's Beanery, que está a la vuelta de la esquina, para echarme algo frío al colete. Barney's tenía, para mi gusto, un aire bohemio demasiado deliberado: lo frecuentaban demasiados tipos con la palabra *artista* escrita sobre la frente. La vieja y gastada placa, «No se admiten maricones», aún colgaba tras la barra. Las personas como Barney, según mi experiencia, no tienen mucho vocabulario. Probablemente la palabra que Barney buscaba era *masones* u otra parecida. No obstante, el camarero del local era un buen tipo siempre dispuesto a escuchar mis lamentaciones nocturnas, lo que sucedía con más frecuencia de lo que me gusta admitir. Se llamaba Travis, aunque yo desconocía si ese era su nombre de pila o su apellido. Se trataba de un hombre grande de brazos velludos y con un sofisticado tatuaje de un ancla azul rodeada por rosas rojas en el bíceps izquierdo. Yo albergaba serias dudas de que alguna vez hubiese sido marinero. Era muy popular entre los «maricones», que, a pesar de la placa o quizá precisamente por ella, continuaban acudiendo. Travis solía contar una historia muy divertida sobre Errol Flynn y algo que hizo una noche en el local con una serpiente doméstica que llevaba en una caja de bambú, pero yo nunca conseguía recordar qué era lo gracioso.

Me quedé de pie junto a un taburete y pedí una cerveza mexicana. Sobre el mostrador había un cuenco con huevos cocidos, cogí uno y me lo comí con mucha sal. La sequedad de la yema y la sal me dejaron la lengua como un trozo de cal, así que pedí otra caña de Tecate.

Aún era temprano y había muy pocas personas en el local. Travis, que era más bien reservado, me había saludado con un breve movimiento de cabeza. Me pregunté si sabría mi nombre. Probablemente no. Sabía cómo me ganaba la vida, de eso estaba seguro, aunque no podía recordar ni una sola ocasión en que él hubiera sacado el tema a colación. Cuando no había mucho jaleo, como en aquel momento, solía permanecer inmóvil con las manos extendidas sobre la barra, el cabezón cuadrado algo inclinado, los ojos clavados en la calle, que asomaba por la puerta abierta, y la mirada ausente, como si estuviera recordando un antiguo amor perdido o una pelea que había ganado hacía mucho tiempo. No hablaba demasiado. Yo no tenía claro si era tonto o era muy listo. En cualquiera de los dos casos, a mí me gustaba.

Le pregunté si conocía a Peterson. Barney's no parecía la clase de local que le gustaría a Peterson, pero no perdía nada por intentarlo.

—Vive en Napier. O, por lo menos, vivía allí hasta hace poco —le dije.

Travis pareció regresar lentamente desde el capítulo de su memoria por el que había estado vagando.

—¿Nico Peterson? Claro que lo conozco. A veces venía a primera hora de la tarde, tomaba una cerveza y comía un huevo cocido, como tú.

Era la segunda vez que me comparaban con Peterson. Clare Cavendish me había dicho que era igual de alto que yo. Por débil que fuese el vínculo, aquello no me agradaba.

—¿Cómo es? —le pregunté.

Travis encogió los musculosos hombros. Su cuello, ancho y corto, sobresalía como una boca de incendios de la ajustada camiseta negra que vestía.

—Tipo *playboy*. O eso le gusta aparentar: un mujeriego con bigotito y el pelo engominado y peinado con una bonita onda. También es simpático. Siempre consigue hacerlas reír.

—¿Venía aquí con sus chicas?

Travis percibió una nota de escepticismo en mi voz. Resultaba evidente que Barney's no era el sitio para seducir a mujeres elegantes.

—De vez en cuando —dijo con media sonrisa irónica.

—¿Recuerdas a una mujer alta, rubia, de ojos negros y con una boca especialmente bonita?

Una sonrisa vigilante se dibujó de nuevo en su rostro.

—Así eran muchas.

—A la que yo me refiero posee un aire distinguido, habla bien y es muy elegante. Puede que demasiado elegante para Peterson.

—Lo siento, cuando son tan atractivas como dices no presto demasiada atención. Me descentran.

Travis era un profesional. Aunque quizá había otra razón para que no se fijara en las mujeres. Tal vez a él tampoco le gustaba demasiado la placa de la pared por sus propios motivos.

—¿Cuándo fue la última vez que vino aquí? —inquirí.

—Hace tiempo que no lo veo.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

—Un par de meses. ¿Por qué? ¿Ha desaparecido?

—Por lo visto se ha largado con viento fresco.

Un fugaz brillo divertido surgió en los ojos de Travis.

—¿Es eso un delito hoy en día?

Clavé los ojos en mi vaso de cerveza mientras hacía girar la base.

—Alguien lo está buscando.

—¿La mujer de la boca especialmente bonita?

Asentí con la cabeza. Como ya he dicho, me gustaba Travis. A pesar de su tamaño, transmitía una sensación de limpieza y aseo, de orden y disciplina. Tal vez sí había sido marinero en el pasado. Nunca me había sentido con confianza suficiente para preguntarle.

—Me he acercado a su casa, pero no había nadie.

Desde el otro extremo de la barra, un cliente le hizo una seña a Travis, que se aproximó para atenderle. Me senté y empecé a conjeturar sobre esto y aquello y lo de más allá. Por ejemplo: ¿por qué el primer sorbo de cerveza es mucho mejor que el segundo? Ese era el tipo de especulación filosófica que me iba, de ahí mi reputación de investigador sesudo. También pensé en Clare Cavendish, pero, como bien había dicho Travis, me descentraba, así que retorné enseguida a la cuestión de la cerveza. Puede que la respuesta fuese la temperatura. No se trataba de que la cerveza estuviera más caliente en el segundo sorbo, sino de que la boca, al haberla saboreado una primera vez, sabía qué esperar del segundo trago y ya estaba preparada, lo que hacía que se esfumara el factor sorpresa y, por tanto, disminuyera el placer. Mmm. Parecía una explicación razonable, pero ¿era lo bastante exhaustiva para un maniático como yo? En ese momento, Travis regresó y di un respiro a mi cerebro.

—Acabo de darme cuenta de que no eres el primero en preguntar por nuestro amigo Peterson —me dijo.

—¿Eh?

—Hace una semana o dos entraron un par de mexicanos para averiguar si yo lo conocía.

De nuevo aquellos dos con el coche del techo agujereado.

—¿Qué tipo de mexicanos?

Travis sonrió con cierta melancolía.

—Mexicanos, simplemente. Parecían hombres de negocios.

Hombres de negocios. Vale. Como aquel hombre de Nueva York con el anillo en el dedo meñique para quien yo había trabajado.

—¿Te dijeron por qué lo buscaban?

—No. Solo me preguntaron si era cliente, cuándo lo había visto por última vez y otras cosas similares. No pude decirles mucho más de lo que te he dicho a ti. No les mejoró el humor.

—Una triste pareja.

—Ya sabes cómo son los mexicanos.

—Sí, son bastante inescrutables. ¿Se quedaron mucho tiempo?

Travis señaló mi vaso.

—Uno tomó una cerveza y el otro, un vaso de agua. Me dio la impresión de que tenían un trabajo pendiente.

—¿Qué clase de trabajo?

Travis miró el techo durante unos instantes.

—No lo sé, pero tenían un aire concentrado y ese brillo en los ojos. ¿Sabes a lo que me refiero?

No lo sabía, aunque asentí.

—¿Crees que ese trabajo podría acarrear consecuencias desagradables a nuestro

señor Peterson?

—Sí —dijo Travis—. Uno de ellos no dejó de jugar con un revólver de seis tiros y empuñadura de perla, mientras el otro se hurgaba los dientes con su cuchillo.

Nunca hubiera pensado que Travis fuese un tipo irónico.

—En cualquier caso, resulta curioso —dije—. Peterson no parece la clase de persona que hace tratos con hombres de negocios mexicanos.

—Hay muchas oportunidades en la frontera sur.

—En eso tienes razón.

Travis cogió mi vaso vacío.

—¿Quieres otra caña?

—No, gracias, tengo que mantener la cabeza fría.

Le pagué, bajé del taburete y salí a la tarde. Había refrescado un poco, pero el aire tenía un regusto a tubo de escape y el polvo del día se había colado entre mis dientes. Le había dado mi tarjeta a Travis y le había pedido que me llamara si oía algo sobre Peterson. No contaba con que lo hiciera, pero al menos ya sabía mi nombre.

Conduje a casa. En las colinas empezaban a encenderse las luces de las viviendas, creando la sensación de que era más tarde de lo que en realidad era. Una luna en forma de hoz colgaba baja en el horizonte envuelta en una neblina de un azul cenagoso.

Yo todavía vivía en la casa de Laurel Canyon. La propietaria había ido a visitar a su hija viuda en Idaho y decidió quedarse con ella. Imagino que por las patatas. Me había escrito para decirme que podía continuar en la casa el tiempo que deseara. Sentí que había echado raíces en Yucca Avenue, en mi refugio de la colina con su calle bordeada de eucaliptos. No sabía si me gustaba tal situación. ¿Deseaba pasar el resto de mis días en una casa alquilada donde las únicas cosas que me pertenecían eran mi leal cafetera y un juego de ajedrez de marfil desvaído? Una mujer había deseado casarse conmigo y sacarme de allí; una mujer tan hermosa como Clare Cavendish y tan rica como ella. Pero mi naturaleza era contraria a los compromisos y las ataduras, aunque no lo pareciera. Yucca Avenue no era exactamente París, donde, según me habían contado, la triste y rica joven se había refugiado para curar su corazón herido.

La casa tenía el tamaño perfecto para mí, pero había tardes como aquella en que parecía la madriguera del Conejo Blanco. Preparé una cafetera bien cargada, me bebí una taza y empecé a dar vueltas por el salón intentando no rebotar en las paredes. Me bebí otra taza de café y encendí otro cigarrillo, ajeno a la noche que crecía en la ventana. Pensé por un instante en colocar sobre el tablero una de las aperturas menos abrumadoras de Alekhine y comprobar hasta dónde podía llegar, solo que no tenía el ánimo necesario. No soy un fanático del ajedrez, pero me gustan la serena concentración y el elegante proceso mental que requiere.

No conseguía quitarme el asunto Peterson de la cabeza, o más bien la parte del asunto relacionada con Clare Cavendish. Estaba persuadido de que había algo sospechoso en su manera de presentarse a mí. No podía decir por qué, pero tenía la clara convicción de que me había tendido una trampa. Una mujer hermosa no entra en tu oficina y te encarga que busques a su amante desaparecido; no sucede así. ¿Cómo sucede entonces? Quizá hubiera oficinas como la mía a lo largo y ancho del país a las que entraban mujeres hermosas día sí, día no, para encargar a pardillos como yo que hicieran exactamente eso. Pero yo no lo creía. Para empezar, era dudoso que en el país hubiera muchas mujeres como Clare Cavendish. De hecho, me resultaba imposible pensar que existiera otra igual. Y si ella se hallaba a ese nivel, ¿cómo podía mantener una relación con un don nadie como Peterson? Y si tenía una relación con él, ¿cómo es que no sentía el más mínimo reparo en ponerse a merced de un detective privado —iba a decir «lanzarse a los brazos», pero me detuve a tiempo— e implorarlo que encontrara el pájaro que había volado? Vale, es cierto que ella no había implorado.

Decidí que a la mañana siguiente indagaría en la historia de la señora Clare Cavendish. Langrishe de soltera. De momento habría de contentarme con llamar al sargento Joe Green, de la Sección de Homicidios. Aunque brevemente, Joe había intentado inculparme en el pasado como cómplice de un homicidio en primer grado. Ese es el tipo de cosas que crean un vínculo entre dos personas. Yo no hubiera dicho que Joe era un amigo, más bien un conocido con quien había que andar con pies de plomo.

Tan pronto contestó la llamada, le dije cuánto me impresionaba que aún estuviera trabajando a esas horas de la noche. Él se limitó a resoplar antes de preguntarme qué quería. Le pasé el nombre, el número de teléfono y la dirección de Nico Peterson. No le sonaba de nada.

—¿Quién es? ¿Un *playboy* involucrado en uno de tus casos de divorcio? —me preguntó con acritud.

Me esforcé en mantener un tono educado y cordial. Joe tenía un carácter impredecible.

—Sabes perfectamente que yo no acepto casos de divorcio, mi sargento. Es un tipo al que estoy intentando localizar.

—¿No tienes su dirección? ¿Por qué no vas y llamas a su puerta?

—Ya lo he hecho. No hay nadie en la casa. Y no ha habido nadie desde hace tiempo.

Oí jadear a Joe. Por un instante, pensé en aconsejarle que fumara menos, pero me contuve.

—¿Qué tiene que ver contigo? —me preguntó.

—Una amiga suya quiere averiguar su paradero.

Hizo un ruido a medio camino entre el resoplido y la carcajada.

—Eso me suena a un caso de divorcio.

«¡Eres de ideas fijas, Joe Green!», exclamé, aunque solo en mi cabeza. A él me limité a repetirle que no llevaba divorcios y que el asunto no tenía ninguna relación con ese tema.

—Ella solo quiere saber dónde se encuentra. Digamos que es una sentimental —le dije.

—¿Quién es esa dama?

—Sabes que no te lo voy a decir, Joe. No tiene nada que ver con ningún delito. Es un asunto privado.

Escuché cómo encendía una cerilla, inhalaba una bocanada de humo y luego la expulsaba.

—Miraré si tiene antecedentes penales —dijo finalmente con tono hastiado.

La historia de una mujer y su desaparecido galán no bastaba para mantener el interés de Joe. Era un buen policía, pero llevaba mucho tiempo en ese trabajo y su capacidad para que algo le llamara la atención estaba muy reducida. Dijo que me llamaría, se lo agradecí y colgué.

Me telefoneó al día siguiente a las ocho de la mañana. Yo estaba friendo unas apetitosas lonchas de beicon canadiense para acompañar mis tostadas y los huevos del desayuno. Le dije de nuevo cuánto me impresionaban sus horarios de trabajo, pero me interrumpió. Mientras me hablaba, permanecí junto a los fogones, con el auricular del teléfono de pared en la mano y la mirada fija en la ventana que había sobre la pila. Al otro lado, un pajarito marrón revoloteaba sobre las ramas de un arbusto de tecomá. Hay momentos en que las imágenes parecen detenerse, como si alguien acabara de hacer una fotografía.

—Es sobre el tipo del que me preguntaste. Espero que a su amiga le siente bien el negro —Joe carraspeó ruidosamente—. Está muerto. Murió el... —escuché cómo pasaba rápidamente unos papeles—... el 19 de abril en Palisades, cerca del club que hay allí, comoquiera que se llame. Le atropellaron y se dieron a la fuga. Ahora está en Woodlawn. Tengo el número de la parcela donde está enterrado, por si ella quiere ir a visitarlo.

No sé por qué lo llamaban Ocean Heights, Cumbres sobre el Océano, pues lo único elevado que había en ese barrio eran los gastos de mantenimiento. Si el palacio de Buckingham les parece una sencilla residencia, entonces aquella casa no resultaría tan grande. Su nombre era Pabellón Langrishe, aunque era difícil imaginar algo menos parecido a un pabellón. Se trataba de una construcción de piedra, una inmensa cantidad de piedras rosas y blancas, con un millar de ventanas y con torrecillas y torres y una bandera ondeando orgullosamente en su asta sobre el tejado. Me pareció bastante fea, pero yo no entiendo nada de arquitectura. En un lateral se alzaban altísimos árboles verdes; una variedad de roble, aventuré. Conduje por el breve camino de entrada hasta una superficie de grava en forma de óvalo situada frente a la casa y de tal tamaño que en su interior habría sido posible organizar una carrera de cuadrigas. No pude evitar pensar que, si hacer que las mujeres olieran bien te permitía tener una mansión como aquella, yo trabajaba en la profesión equivocada.

Mientras conducía hacia allí había pensado en lo que Clare Cavendish me dijo sobre su afición por la música. Yo no le había dado especial importancia, no le había preguntado qué clase de música le gustaba y tampoco ella me lo había dicho. Y eso, de alguna forma, era importante. Quiero decir que era importante que no nos hubiéramos detenido a hablar de ello. No era lo más íntimo que podría haberme contado, como qué número calzaba o qué se ponía o no se ponía para acostarse. Y sin embargo, tenía su peso, el peso de algo precioso, una perla o un diamante, que hubiera pasado de su mano a la mía. Y el hecho de que yo lo hubiera aceptado sin ningún comentario y que ella pareciera contenta por que yo no dijera nada significaba que compartíamos un secreto, un símbolo, una promesa de futuro. Aunque todo eso no era, sin duda, sino música celestial y me estaba comportando como un iluso.

Aparqué el Oldsmobile en la grava y me fijé en un joven de aspecto deportivo que avanzaba por el césped hacia mí. Iba balanceando un palo de golf con el que descabezaba las margaritas. Vestía una camisa blanca de seda de cuello blando y unos zapatos de golf de dos colores. Su cabello oscuro ondulaba suelto y un mechón le caía sobre la frente de tal manera que se lo tenía que apartar de los ojos, una y otra vez, con un gesto nervioso de su delgada y pálida mano. Andaba algo encorvado y tambaleándose levemente, como si tuviera algún problema en las rodillas. Cuando se aproximó, me sorprendió descubrir que tenía los almendrados ojos negros de Clare Cavendish. Unos ojos demasiado bonitos para él. No era tan joven como me había parecido en la distancia. Calculé que estaría al final de la veintena, aunque, con la luz a su espalda, podría haber pasado por un muchacho de diecinueve años. Se detuvo frente a mí y me miró de arriba abajo con desmayado desdén.

—¿Eres el nuevo chófer? —me preguntó.

—¿Tengo aspecto de chófer?

—No lo sé. ¿Qué aspecto tienen los chóferes? —dijo.

—Polainas, una gorra con visera reluciente, la mirada insolente del proletariado.

—Vale, tú no llevas polainas ni visera.

Olía a perfume caro, a colonia y a cuero y algo más. Probablemente al papel perfumado que utilizan para envolver los huevos de Fabergé. O tal vez le gustaba darse un toque del perfume más caro de su mamá. Era un niño bonito, desde luego.

—Vengo a ver a la señora Cavendish —le dije.

Soltó una risita burlona.

—¿No me digas? Debes de ser uno de sus amantes.

—¿Qué aspecto tienen?

—Tipos rudos de ojos azules. Aunque pensándolo bien, tú no encajas en esa categoría —sus ojos pasaron de mí al Oldsmobile—. Llegan en cupés escarlata —pronunció el modelo de coche con acento francés— o en ese extraño modelo de Rolls-Royce, el Silver Wraith. Así que ¿tú quién eres?

Me tomé mi tiempo para encender un cigarrillo. Se diría que eso le resultó divertido y soltó de nuevo su risita sarcástica. Resultaba impostado, anheloso de parecer un tipo duro.

—Tú debes de ser el hermano de la señora Cavendish —le dije.

Abrió los ojos con gesto teatral.

—¿De verdad?

—Un pariente, por lo menos. ¿Quién eres tú: el niño mimado o la oveja negra?

Alzó levemente la nariz con gesto desdeñoso.

—Soy Edwards, Everett Edwards. En realidad, Everett Edwards Tercero.

—¿Quieres decir que ya ha habido dos como tú?

Se relajó un poco y, encogiéndose de hombros con gesto infantil, sonrió.

—Es un nombre estúpido —dijo, mordiéndose el labio.

Yo también me encogí de hombros.

—No nos dan la oportunidad de elegir nuestro nombre.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Marlowe.

—¿Marlowe? Como el dramaturgo —separó las piernas en actitud histriónica y señaló el cielo con mano temblorosa—. «¡Mira, mira cómo fluye la sangre de Cristo por el firmamento!» —exclamó, haciendo temblar su labio inferior. No pude evitar sonreír.

—¿Dónde puedo encontrar a tu hermana? —le dije.

Dejó caer el brazo y recuperó su pose desgarbada.

—Por aquí, en alguna parte. Búscala en el invernadero. Está ahí, a la vuelta —dijo señalando con el dedo.

La mirada enfurruñada no había desaparecido de sus ojos. Era un niño grande, mimado y aburrido.

—Gracias, Everett Tercero —le dije.

Apenas había dado unos pasos cuando me llamó.

—Si eres un vendedor de seguros, estás perdiendo el tiempo —y soltó de nuevo su risita burlona. Más le valía madurar. Tal vez lo consiguiera cuando cumpliera los cincuenta, vistiera trajes de tres piezas y llevara monóculo.

Crucé la grava y seguí el camino que me había señalado, bordeando la casa. A mi izquierda, el jardín parecía un pequeño parque público, aunque mucho mejor cuidado. La brisa traía un dulce aroma a rosas mezclado con el olor a hierba recién cortada y el sople salado del océano cercano. Me pregunté cómo sería vivir en un sitio así. Eché un vistazo al interior de la casa por las ventanas que iba pasando mientras andaba. Vislumbré habitaciones espaciosas, de techos altos y amuebladas con esmero. ¿Qué hacías cuando te apetecía derrumbarte en un sofá delante del televisor para ver un partido con un cubo de palomitas y unas latas de cerveza? Tal vez disponían de un espacio especial en el sótano para ese tipo de actividades: sala de billar, sala de juegos, gallinero o como fuera que lo llamaran. Me dio la sensación de que el Pabellón Langrishe no estaba pensado para vivir. La vida sucedía en otra parte.

El invernadero era una sofisticada construcción de vidrio curvado y estructura de acero, unida a la parte trasera de la casa como una monstruosa ventosa que se elevaba dos o tres alturas. En su interior, inmensas palmeras apretaban sus pesadas hojas contra el cristal, como si desearan escapar. Los dos batientes de la puerta acristalada francesa estaban abiertos y una cortina de gasa blanca ondulaba lánguidamente en la agradable brisa. En esos lugares el verano no es tan duro y despiadado como en la ciudad. Sus habitantes tienen sus propias estaciones. Separé la cortina y crucé el umbral. El aire era denso y pesado y olía como un hombre obeso recién salido de un largo baño caliente.

Al principio no vi a Clare Cavendish. Medio escondida por un abanico de hojas de palmera, estaba sentada en una delicada silla de hierro forjado ante una mesa a juego, también de hierro forjado. Escribía en una agenda o una libreta encuadernada en piel. Usaba pluma estilográfica. Iba vestida de tenis, con una camiseta de algodón de manga corta, una faldita tableada blanca, calcetines y unas zapatillas deportivas Bucks de color albero. Se había recogido el pelo con horquillas a ambos lados del rostro. Era la primera vez que veía sus orejas. Me parecieron muy bonitas, lo que era algo excepcional, pues para mí las orejas solo son un poco menos extrañas que los pies.

Me escuchó aproximarme y, al alzar el rostro, sorprendí en sus ojos una mirada que no supe interpretar. Era de asombro, desde luego, pues no había llamado para avisar de mi llegada, pero había algo más. ¿Alarma, una repentina consternación o

simplemente no me había reconocido?

—Buenos días —saludé en el tono más tranquilizador posible.

Cerró la agenda con presteza y luego, con más calma, ajustó el caperuzón en la pluma y la colocó sobre la mesa con deliberada lentitud, como un político después de haber firmado un tratado de paz o una declaración de guerra.

—Señor Marlowe, me ha asustado —dijo.

—Lo siento, debería haber llamado antes.

Se levantó y retrocedió un paso, como si quisiera que la mesa quedara entre ella y yo. Un ligero rubor cubría sus mejillas, igual que cuando le pregunté su nombre de pila el día anterior. Las personas que se ruborizan con facilidad tienen un problema, pues no consiguen ocultar sus reacciones. Me esforcé en no mirarle las piernas, aunque logré ver que eran delgadas, torneadas y del color de la miel. Sobre la mesa había una jarra de cristal con un líquido ambarino. Ella tendió la mano hacia el asa.

—¿Le apetece un té helado? Puedo pedir que le traigan un vaso —comentó.

—No, gracias.

—Le ofrecería algo más fuerte, pero todavía me parece un poco temprano... —bajó la vista y se mordió el labio con un gesto idéntico al de Everett Tercero—. ¿Ha averiguado algo?

—Es mejor que se siente, señora Cavendish.

Hizo un breve gesto negativo con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—No... —se interrumpió mientras miraba por encima de mi hombro—. Hola, cariño —dijo alzando la voz y con un tono teatralmente cariñoso.

Me giré. En el umbral de la puerta había un hombre que, con una mano, mantenía la cortina apartada hacia un lado. Por un instante pensé que se disponía a declamar un pasaje grandilocuente de alguna vieja obra, igual que había hecho Everett Tercero. Pero se limitó a soltar la cortina y, sin prisas, se aproximó con una sonrisa que no iba dirigida a nadie. Aunque no era lo que se dice alto, tenía buena planta: ancho de espaldas, con las piernas ligeramente curvadas y grandes manos cuadradas. Vestía pantalones de equitación, botas de piel, una camisa tan blanca que deslumbraba y una corbata de seda amarilla. Otro amante de los deportes. Daba la impresión de que lo único que se hacía en aquella casa era practicar deporte.

—¡Qué calor! ¡Qué calor endiablado! —dijo.

Todavía no había lanzado una sola mirada en mi dirección. Clare Cavendish alargó la mano para coger la jarra de té helado, pero él se adelantó, levantó el vaso, lo llenó hasta la mitad y se lo bebió de un trago con la cabeza echada hacia atrás. Su cabello, fino y liso, era castaño pálido. Scott Fitzgerald le hubiera dado un papel en cualquiera de sus romances agridulces. De hecho, se parecía un poco a Fitzgerald: guapo, juvenil y con una imagen de secreta fragilidad.

Clare Cavendish no había separado los ojos de él. De nuevo, se mordió el labio.

Su boca era realmente hermosa.

—Te presento al señor Marlowe —dijo.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro del hombre, que miró alrededor con el vaso vacío aún en la mano. Por fin, detuvo los ojos en mí y frunció las cejas levemente, como si no me hubiera visto antes, como si yo me hubiera camuflado entre las hojas de las palmeras y los relucientes cristales del edificio hasta hacerme invisible. Clare Cavendish prosiguió.

—Señor Marlowe, le presento a mi marido, Richard Cavendish.

El hombre me contempló con una mezcla de indiferencia y desdén.

—Marlowe —se diría que estaba sopesando mi nombre, como si fuese una moneda de escaso valor. Su sonrisa se hizo más amplia—. ¿Por qué no deja el sombrero?

Yo había olvidado que lo tenía entre las manos. Miré alrededor. Clare Cavendish se adelantó, cogió mi sombrero y lo colocó sobre la mesa, junto a la jarra de cristal. En el triángulo que formábamos, el aire parecía crepitar silenciosamente, como si una corriente de electricidad estática lo recorriera. Sin embargo, Cavendish daba la sensación de encontrarse a gusto. Se giró hacia su esposa.

—¿Le has ofrecido algo para beber?

Antes de que ella pudiera contestar, lo hice yo:

—Sí, pero le he dicho que no me apetece nada.

—¿No le apetece nada? —Cavendish se rio—. ¿Has oído eso, cariño? Al caballero no le apetece nada —se sirvió más té, se lo bebió y dejó el vaso con una mueca. Era unos cuatro o cinco centímetros más bajo que su mujer—. ¿A qué se dedica, señor Marlowe?

Esta vez fue Clare quien se adelantó a responder.

—El señor Marlowe encuentra cosas —dijo.

Cavendish inclinó la cabeza mientras le lanzaba una mirada maliciosa y presionaba la lengua contra el interior de la mejilla. Luego desvió los ojos hacia mí.

—¿Qué tipo de cosas encuentra, señor Marlowe?

—Perlas —afirmó su mujer con presteza para impedirme que contestara, aunque a mí ni siquiera se me había pasado una respuesta por la cabeza—. He perdido la gargantilla que me regalaste. Bueno, quiero decir que no sé dónde la he puesto.

Cavendish clavó los ojos en el suelo, mientras sonreía pensativamente.

—¿Y qué va a hacer él? —preguntó a su mujer sin mirarla—. ¿Arrastrarse por el suelo del dormitorio, mirar debajo de la cama, meter los dedos en los agujeros de los ratones?

—Dick, no es tan grave —le imploró su mujer.

Él la contempló con insolencia.

—¿No es tan grave? Si yo no fuese un caballero, igual que el señor Marlowe, te

diría cuánto me costó esa baratija —se volvió hacia mí y continuó hablando con voz hastiada—. Claro, que si lo hiciera, ella le diría que lo compré con su dinero. ¿No es verdad, cielo? —y miró a su mujer.

Ella no replicó. Se limitó a contemplarlo con la cabeza ligeramente inclinada y el vértice de su carnoso y suave labio superior adelantado. Por un segundo visualicé cómo había sido de niña.

—Basta con volver a recorrer los lugares donde ha estado su mujer en los últimos días —dije con ese tono diligente que había aprendido a imitar tras años de trabajar codo a codo con la policía—. Buscar en los sitios adonde ha ido, las tiendas en las que ha entrado, los restaurantes donde ha comido —sentía los ojos de Clare fijos en mí, pero yo no separé la vista de Cavendish, que miraba a través de la puerta mientras asentía muy despacio con la cabeza.

—Sí, vale —dijo. Miró alrededor de nuevo, parpadeando nerviosamente, rozó el borde del vaso con un dedo y se marchó, silbando y con andar despreocupado.

Su mujer y yo permanecimos inmóviles durante unos instantes. Oía su respiración. Imaginé sus pulmones llenándose y vaciándose, el tierno tejido rosado en la frágil jaula de blancos y resplandecientes huesos. Ella era una mujer que inspiraba a los hombres semejantes pensamientos.

—Gracias —murmuró al fin.

—Ni lo mencione.

Posó su mano derecha en el respaldo de la silla de hierro forjado, como si una súbita debilidad se hubiera apoderado de ella.

—Dígame qué ha averiguado —dijo sin mirarme.

Necesitaba encender un cigarrillo, pero me sentía cohibido dentro de aquel imponente edificio de cristal. Era como fumar en una catedral. Aquel deseo me recordó algo que le había llevado. Saqué la boquilla de ébano de un bolsillo y la deposité sobre la mesa, junto a mi sombrero.

—La olvidó en mi oficina.

—Sí, es verdad. No la uso mucho, solo cuando quiero impresionar. Estaba nerviosa cuando fui a verle.

—Quién lo hubiera dicho. Consiguió engañarme.

—Era a mí a quien quería engañar —sus ojos me contemplaban con atención—. Dígame qué ha averiguado, señor Marlowe —repitió.

—No sé cómo decírselo —desvié la mirada a mi sombrero, sobre la mesa—. Nico Peterson está muerto.

—Lo sé.

—Murió hace dos meses. Lo atropellaron y se dieron a la fuga —me detuve y la miré—. ¿Qué acaba de decir?

—Que ya lo sé —me sonrió con la cabeza ladeada y la misma expresión irónica

del día anterior, sentada en mi oficina con los guantes doblados sobre su regazo y la boquilla de ébano en la boca, y sin la presencia de su marido inquietándola—. Es *usted* quien tal vez debería sentarse, señor Marlowe.

—No la comprendo.

—No, claro que no —giró el cuerpo hacia la mesa, sujetó el vaso del que había bebido su marido y lo desplazó unos centímetros hasta colocarlo de nuevo donde se hallaba al principio, sobre el círculo de humedad que había creado—. Lo siento, debería habérselo contado.

Saqué los cigarrillos, el aire había dejado de parecerme sagrado.

—Si ya sabía que estaba muerto, ¿por qué acudió a mi oficina?

Se volvió hacia mí y me miró en silencio, mientras pensaba qué debía decirme, cómo debía decirlo.

—El asunto, señor Marlowe, es que lo vi el otro día en la calle. Y no parecía muerto en absoluto.

Me gustaba la naturaleza de una manera aséptica. Me refiero a que me gustaba saber que estaba ahí: los árboles, la hierba, los pájaros en los arbustos, todo eso. Incluso me gustaba contemplarla, en ocasiones, desde la autopista a través del parabrisas del coche. Lo que no me gustaba tanto era estar en plena naturaleza, desprotegido. La sensación del sol en la nuca me inquietaba. No se trataba de que me diera calor, era algo distinto, me preocupaba, me hacía sentir tenso. Y luego estaba esa sensación de ser observado por innumerables ojos, pendientes de mí entre las hojas de los árboles, desde detrás de las vallas, en las bocas de las madrigueras. Cuando era niño nunca me interesó demasiado la naturaleza. Donde viví mis andanzas de chaval y experimenté mis epifanías juveniles fue en la calle; dudo que pudiera reconocer un narciso si viera uno. Así que cuando Clare Cavendish me propuso que diéramos un paseo por el jardín, me esforcé en ocultar lo poco que me apetecía ese plan y, por supuesto, acepté. Si me hubiera pedido que nos fuéramos de excursión al Himalaya, me habría calzado un par de botas de montaña y la habría seguido.

Después de quitarle la anilla y lanzarme la granada con el comentario de que había visto al presunto fallecido Peterson, Clare me dejó para ir a cambiarse de ropa. Al despedirse, me tocó brevemente la muñeca con tres dedos. Aún podía sentir su tacto. De pie junto a una de las paredes de cristal, contemplé las pequeñas bocanadas nubosas que ascendían desde el océano. Si antes me parecía que había gato encerrado en aquel asunto, ahora tenía un tigre con el que lidiar.

Unos quince minutos y un par de cigarrillos después, ella apareció vestida con un traje de chaqueta de lino blanco con hombreras y falda hasta media pierna. Puede que fuera irlandesa, pero tenía la presencia y la elegancia de una belleza inglesa. Calzaba zapatos planos y su cabeza quedaba unos cinco centímetros por debajo de mí, pero aun así yo seguía teniendo la sensación de que la contemplaba desde abajo. No llevaba ninguna joya, ni siquiera el anillo de casada.

Se aproximó, serena, a mí.

—Probablemente no le apetece dar un paseo, pero necesito salir. Pienso con más claridad al aire libre —me dijo.

Podría haberle preguntado para qué necesitaba que su cabeza discurriera con más claridad, pero me callé.

Había que reconocer que, a pesar de la sequedad del terreno, la finca del Pabellón Langrishe estaba cubierta de verde vegetación. O que habría sido verde si el verano no hubiera agostado todo, dejándolo marrón. Nos dirigimos a un sendero de grava que transcurría perpendicular a la casa y se dirigía en línea recta, como las vías de un

ferrocarril, hacia la hilera de árboles que yo había divisado desde la carretera. Más allá brillaban destellos de color índigo que reconocí de inmediato como el océano.

—Muy bien, señora Cavendish, cuéntemelo.

Mi voz sonó más áspera de lo que hubiera deseado. Ella me miró de reojo y sus mejillas se sonrojaron de aquella manera que empezaba a resultarme familiar. Fruncí las cejas y carraspeé. Me sentía como un chiquillo en su primera cita, metiendo la pata con cada gesto.

Anduvimos una docena de pasos antes de que ella rompiera a hablar.

—¿No le resulta extraña nuestra capacidad para reconocer inmediatamente a otras personas, sean cuales sean las circunstancias o el lugar donde uno se encuentre? Te hallas en Union Station en hora punta y vislumbra un rostro a un centenar de metros delante de ti. O ni siquiera el rostro, sino la postura de los hombros o una inclinación de cabeza, y al instante reconoces quién es, aunque no hayas visto a esa persona desde hace años. ¿Cómo es posible?

—Supongo que será por la evolución —contesté.

—¿La evolución?

—La necesidad de distinguir al amigo del enemigo incluso en lo más recóndito del bosque. Somos puro instinto, señora Cavendish. Creemos que somos seres sofisticados, pero no es así. Somos seres primitivos.

Ella soltó una risa sofocada.

—Bueno, espero que la evolución nos mejore en el futuro.

—Eso espero, pero ni usted ni yo estaremos aquí para verlo.

El sol pareció ensombrecerse y durante unos instantes caminamos en un melancólico silencio.

—Son bonitos los robles —dije señalando con la cabeza la hilera de árboles que se alzaba ante nosotros.

—Son hayas.

—Ah, hayas, vale.

—Traídas en barco desde Irlanda hace veinte años, aunque le resulte increíble. En cuestiones de nostalgia, mi madre no escatima en gastos. Entonces eran pimpollos y fíjese en qué se han convertido.

—Sí, fíjese —me moría de ganas por fumar, pero una vez más no parecía encontrarme en el escenario adecuado—. ¿Dónde vio a Nico Peterson?

No contestó de inmediato. Siguió caminando con la vista fija en la puntera de sus zapatos planos.

—En San Francisco. Yo había viajado hasta allí por trabajo... Para la compañía, ya se imagina. Iba en un taxi por Market Street y entonces lo vi, caminando por la acera a toda prisa, como de costumbre —soltó una breve risa—. Corriendo para encontrarse con alguien, sin duda.

—¿Cuándo sucedió eso exactamente?

—Déjeme que lo piense. El viernes de la semana pasada.

—Antes de que viniera a verme.

—Sí.

—¿Está segura de que se trataba de él?

—Sí, completamente segura.

—¿No intentó hablar con él?

—Desapareció antes de que yo pudiera reaccionar. Supongo que podría haberle pedido al taxista que diera la vuelta para seguirlo, pero el tráfico era tan denso, ya sabe cómo es San Francisco, que me pareció imposible dar con él. Además, me sentía aturdida y paralizada.

—¿Por el *shock*?

—No, por la sorpresa. Estoy curada de espanto con Nico.

—¿No le impactó verlo vivito y coleando cuando creía que estaba muerto?

—No, ni siquiera eso me impactó.

En la lejanía, un jinete irrumpió galopando en el verde terreno. Avanzó veloz durante un trecho, luego aminoró el galope y desapareció entre los árboles.

—Ese es Dick con Spitfire, su caballo favorito —dijo ella.

—¿Cuántos caballos tiene?

—Lo cierto es que no lo sé. Bastantes. Lo mantienen ocupado —observé de reojo cómo se tensaba su boca—. Se esfuerza en hacerlo lo mejor posible, la verdad. No es fácil estar casado con una fortuna, aunque todo el mundo crea lo contrario —dijo con hastiada ingenuidad.

—¿Conocía su relación con Peterson?

—No lo sé, ya se lo dije ayer. Dick es muy reservado. Me cuesta mucho saber qué piensa o qué sabe.

Habíamos llegado a los árboles. El sendero giraba a la izquierda, pero Clare, en lugar de seguirlo, me cogió del codo y continuó de frente, adentrándose conmigo en el soto. Me imaginé que se llamaría así, estar en un sitio como el Pabellón Langrishe me llevaba a hurgar en mi vocabulario en busca de las palabras adecuadas para cada cosa. El terreno era árido y polvoriento. Sobre nuestras cabezas, los árboles murmuraban con un eco abrasador, añorando probablemente la tierra a la que pertenecían, donde, según dicen, el aire siempre está húmedo y la lluvia cae con la suave levedad de los recuerdos.

—Hábleme de usted y Peterson —dije.

Ella avanzaba con cuidado, pendiente del terreno irregular.

—Hay muy poco que contar. De hecho, casi me había olvidado de él. Quiero decir que apenas pensaba en él ni lo echaba de menos. No tuvimos una relación muy profunda cuando estaba vivo... Es decir, cuando éramos amantes.

—¿Dónde se conocieron?

—Ya se lo dije, en el Club Cahuilla. Unas semanas después, me lo encontré de nuevo en Acapulco. Fue entonces cuando... —un leve rubor cubrió sus mejillas—. Bueno, ya sabe a qué me refiero.

No lo sabía, pero podía adivinarlo.

—¿Por qué en Acapulco?

—¿Y por qué no? Es uno de esos sitios a los que uno va. El tipo de lugar que le gustaba a Nico.

—¿A usted no?

Se encogió de hombros.

—Hay pocos sitios que me gusten, señor Marlowe. Me aburro con facilidad.

—Y, sin embargo, va —intenté sin éxito no sonar demasiado áspero.

—No sea malo —bromeó ella.

Me sentí ligeramente mareado, como cuando eres joven y una chica dice algo que te hace pensar que le interesas. Me la imaginé en bañador, en una playa de México, en una tumbona con su libro y bajo una sombrilla. E imaginé a Peterson acercándose, deteniéndose frente a ella, simulando sorpresa al encontrarla y ofreciéndose a comprarle algo fresco en la cabaña bajo las palmeras, al final de la playa, donde vendía bebidas el tipo con sombrero. En ese preciso instante llegamos a los árboles más alejados y, como si mis pensamientos lo hubieran conjurado, apareció el océano con sus olas largas y perezosas, las lavanderas correteando en la arena y, en el horizonte, la chimenea de un barco, dejando tras de sí un blanco penacho de humo. Clare Cavendish suspiró y, de manera espontánea, me cogió del brazo.

—¡Dios mío! ¡Cómo me gusta este lugar! —dijo con repentina pasión.

Habíamos salido de la arboleda a la playa. La arena estaba compacta y no resultaba difícil andar sobre ella. Pensé lo fuera de lugar que debía de parecer con mi traje oscuro y mi sombrero. Clare me hizo detenerme y, apoyándose en mi antebrazo con una mano, se inclinó para quitarse los zapatos. Aventuré lo que sucedería si perdiera el equilibrio y cayera sobre mí, cómo tendría que sujetarla en mis brazos. Es el tipo de pensamientos irracionales que se le ocurren a un hombre en esas situaciones. Seguimos caminando y, de nuevo, enlazó su brazo con el mío. Llevaba los zapatos en la otra mano, colgando de la punta de dos dedos. Solo faltaba la música, una melodía dulzona de violines y un hombre con nombre acabado en vocal que, con voz grave y modulada, cantara sobre el mar y la arena y la brisa de verano y tú...

—¿Quién le habló de mí? —no tenía especial interés en saberlo, pero deseaba hablar sobre algo que no fuera Nico Peterson, aunque solo fuese por un rato.

—Alguien.

—Sí, eso ya me lo dijo, pero ¿quién es ese alguien?

Se mordió el labio inferior.

—Una persona que, de hecho, usted conoce bastante bien.

—¿Sí?

—Linda Loring.

El nombre me golpeó como una bofetada en la boca.

—¿Conoce a Linda Loring? ¿De qué? —le pregunté, intentando no mostrar mi enorme sorpresa, intentando no dar ninguna impresión.

—Hemos coincidido aquí y allá. El nuestro es un mundo muy pequeño, señor Marlowe.

—¿Quiere decir el mundo de los ricos?

¿Se había ruborizado de nuevo? Sí.

—Sí, supongo que a eso me refiero —permaneció silenciosa un instante—. No puedo evitar tener dinero.

—No es tarea mía acusar a nadie de nada —repliqué con demasiada presteza.

Ella sonrió y me miró de soslayo.

—Yo pensaba que esa era exactamente su tarea.

No podía quitarme de la cabeza a Linda Loring. Me sentía como si una mariposa del tamaño de una gallina aleteara dentro de mi diafragma.

—Creía que Linda estaba en París —le dije.

—Así es, hablé con ella por teléfono. Nos llamamos de vez en cuando.

—Supongo que para ponerse al día de los cotilleos de la *jet set* internacional.

Habíamos llegado a una suerte de cobertizo, como la parada techada de un autobús, justo donde la playa con su suave arena limitaba con unas pequeñas dunas. Dentro había un banco hecho de bastos tablones, muy erosionados por la brisa salada.

—Vamos a sentarnos un rato —propuso Clare.

Se estaba bien en la sombra. Una agradable brisa marina llegaba hasta nosotros.

—Esta playa debe de ser privada —dije.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

Lo sabía porque, si hubiera sido una playa pública, aquel refugio habría estado tan asqueroso y sucio que no se nos habría pasado por la cabeza entrar a sentarnos. Clare Cavendish era una de esas personas a quienes el mundo protege de sus horrores.

—¿Así que le contó a Linda que Nico había desaparecido y que luego había resucitado?

—No se lo conté con tantos detalles como a usted.

—No me ha contado gran cosa.

—Le he confesado que Nico y yo éramos amantes.

—¿Usted cree que una mujer como Linda no lo habrá adivinado? ¡Por favor, señora Cavendish!

—Preferiría que me llamara Clare.

—Lo siento, pero creo que no debo hacerlo.

—¿Por qué?

Separé mi brazo del suyo y me puse en pie.

—Porque usted es mi cliente, señora Cavendish. Todo esto... —hice un gesto con la mano para abarcar el cobertizo, la playa, los atareados pajaritos en la orilla, donde los guijarros siseaban cuando las olas rompían como si estuvieran hirviendo—. Todo esto es muy bonito, muy agradable, muy acogedor. Pero el hecho es que usted vino a verme para contarme una historia acerca de que su amante había desaparecido y que estaba preocupada y quería que lo encontrara, aunque él solo fuera un pobre desgraciado. A continuación, resulta que el señor Peterson se ha hecho desaparecer como si fuese un truco de magia y usted, por las razones que sean, no me lo ha contado. Y por si faltaba algo, me presenta a su marido y me insinúa lo infeliz que la hace...

—Yo...

—Déjeme acabar, señora Cavendish, y luego podrá hablar usted. Vengo a su hermosa casa...

—Yo no le dije que viniera. Podría haberme llamado por teléfono para pedirme que pasara de nuevo por su oficina.

—Eso es cierto, no hay duda. Pero el caso es que vengo como portador de malas noticias, noticias que pensé que le disgustarían enormemente, y descubro que usted ya sabe todo lo que yo me disponía a contarle. Me invita a dar un agradable paseo por su maravilloso jardín y, agarrada de mi brazo, me lleva a su playa privada y me cuenta que conoce a mi amiga, la señorita Loring, y que fue ella quien le aconsejó que acudiera a mí, aunque usted no le contó por qué necesitaba verme.

—Sí se lo conté.

—Se lo contó a medias —de nuevo intentó hablar, pero alcé una mano para detenerla. Ella aferraba el asiento con las manos mientras me miraba con una expresión de desesperación que yo no sabía si creer o no. De pronto me sentí cansado—. En cualquier caso, ya nada de eso importa. Lo que me importa es saber qué desea exactamente de mí. ¿Qué piensa que puedo hacer por usted? ¿Y por qué cree que debe simular que se está enamorando de mí para conseguir que yo lo haga? Yo trabajo para quien me paga, señora Cavendish. Usted acude a mi oficina, me cuenta lo que le sucede, me paga lo estipulado y yo me pongo en marcha para intentar solucionar su problema. Así es como funciona. No es nada complicado. No es *Lo que el viento se llevó*, usted no es Escarlata O'Hara y yo no soy Butler, comoquiera que se llame.

—Rhett —dijo ella.

—¿Qué?

No quedaba rastro de aflicción en su rostro. Había separado la vista de mí y sus

ojos estaban fijos ahora en la playa, en las olas. Tenía una facilidad para quitarse de encima lo que le molestaba, las cosas que no le gustaban o de las que no deseaba ocuparse, que me dejaba siempre atónito. Es un mecanismo que solo una vida regalada puede enseñarte.

—Rhett Butler es el personaje al que se refiere. Y da la casualidad de que es también el nombre familiar con que llamamos a mi hermano.

—¿Se refiere a Everett Tercero?

Ella asintió.

—Sí, lo llamamos Rett, sin la hache. No me puedo imaginar a nadie menos parecido a Clark Gable —sonrió un instante antes de mirarme con expresión perpleja—. ¿De qué lo conoce? ¿Dónde conoció a Everett?

—No lo conozco. Cuando llegué, él estaba zascandileando por el jardín. Intercambiamos unos cuantos insultos amistosos y me indicó dónde podía encontrarla.

—Ah, ya veo —asintió ella, aunque su rostro seguía perplejo. Dejó vagar la vista hacia el mar—. Cuando él era pequeño, le traía aquí a jugar. Pasábamos las tardes remando en piragua y construyendo castillos de arena.

—Me dijo que su nombre era Edwards, no Langrishe.

—Sí, tenemos padres diferentes. Mi madre volvió a casarse cuando ya vivía aquí, tras dejar Irlanda —una sonrisa irónica se dibujó en su cara—. Aquel matrimonio no fue lo que se dice un éxito. El señor Edwards resultó ser lo que los novelistas llaman un «cazafortunas».

—No solo lo llaman así los novelistas.

Ella asintió, inclinando levemente la cabeza con ironía, y sonrió.

—En cualquier caso, el señor Edwards terminó por irse, imagino que agotado por el esfuerzo de fingir ser lo que no era.

—¿Y qué era, además de un cazafortunas?

—No era ni franco ni honesto. Respecto a lo que era, no creo que nadie, ni siquiera él, lo supiese.

—Así que se fue.

—Se marchó. Fue entonces cuando mi madre me metió a trabajar en la compañía, a pesar de que yo era muy joven. Y para gran sorpresa de todos, incluyéndome a mí, resultó que tenía talento para vender perfumes.

Suspiré y me senté a su lado.

—¿Le importa si fumo?

—Por favor, claro que no.

Saqué mi pitillera de plata con el monograma grabado en la tapa. La compré en una casa de empeños, así que nunca he sabido de quién era ese monograma. La abrí y le ofrecí un cigarrillo. Ella negó con la cabeza y encendí el mío. Resulta muy

agradable fumar junto al mar, el aire salado da un sabor distinto al tabaco. Sin que supiera por qué, el día me llevaba a pensar en mi juventud; era extraño, pues yo no crecí junto al mar.

Una vez más, misteriosamente, ella pareció leer mis pensamientos.

—¿De dónde es usted, señor Marlowe? ¿Dónde nació?

—En Santa Rosa, una ciudad perdida al norte de San Francisco. ¿Por qué me lo pregunta?

—No lo sé. Por alguna razón, siempre parece importante saber de dónde vienen las personas, ¿no lo cree?

Recliné la espalda contra la áspera pared de madera del refugio y apoyé el codo del brazo derecho, el que sujetaba el cigarrillo, en la palma de la mano izquierda.

—Me desconcierta, señora Cavendish.

Mi comentario pareció divertirla.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho antes: yo trabajo para quien me paga, pero usted me trata como si yo fuera alguien que conociera de toda la vida, o alguien con quien deseara pasar el resto de su vida. ¿Me lo podría explicar?

Bajó la vista, pensando aparentemente en lo que le había dicho. Luego alzó los ojos y me miró a través de sus pestañas.

—Supongo que se debe a que usted no se parece nada a lo que yo esperaba.

—¿Qué esperaba?

—Un tipo duro con pico de oro, como Nico. Pero usted no es así en absoluto.

—¿Cómo lo sabe? Tal vez estoy interpretando el papel de lindo gatito cuando en realidad soy un zorro.

Ella cerró los párpados y movió la cabeza de un lado a otro.

—A pesar de lo que pueda parecer, conozco a los hombres.

Aunque yo no era consciente de que ella se hubiera movido, su rostro estaba ahora mucho más próximo del mío. Lo más natural era besarla. No se resistió, pero tampoco respondió a mi beso. Simplemente, permaneció inmóvil mientras la besaba y cuando me aparté esbozó una pequeña y melancólica sonrisa. De repente, escuché con especial nitidez el sonido de las olas, el siseo de los guijarros y los chillidos de las gaviotas.

—Lo siento, no debería haberlo hecho —dije.

—¿Por qué no? —su voz era tenue, casi un susurro.

Me puse en pie, tiré el cigarrillo a la arena y lo aplasté con el tacón.

—Deberíamos volver.

En el camino de regreso, bajo los árboles, me cogió otra vez del brazo. Daba la impresión de sentirse muy cómoda y tuve la sensación de que aquel beso no había existido. Tan pronto salimos al césped, la casa se alzó ante nosotros con su lúgubre e

imponente presencia. Clare pareció leer de nuevo mis pensamientos.

—Es horrible, ¿verdad? Es la casa de mi madre, no la de Richard y mía. Esa es otra de las razones del malhumor de Richard.

—¿Tener que vivir con su suegra?

—No debe de ser agradable para un hombre. Por lo menos para un hombre como Richard.

La hice detenerse. Tenía arena en los zapatos y arenilla salada en los ojos.

—Señora Cavendish, ¿por qué me cuenta todas esas cosas? ¿Por qué actúa conmigo como si fuésemos íntimos?

Sus ojos brillaron. Se reía de mí, aunque sin malicia.

—¿Quiere decir que por qué le he permitido que me bese?

—Muy bien, de acuerdo, ¿por qué me ha permitido besarla?

—Supongo que tenía curiosidad por saber cómo sería.

—¿Y cómo ha sido?

Lo pensó unos instantes.

—Ha estado bien. Me ha gustado. No me importaría repetir en el futuro.

—Estoy seguro de que eso podemos solucionarlo.

Continuamos caminando cogidos del brazo. Ella tarareaba, aparentemente feliz. No parecía la misma mujer que había entrado en mi oficina el día anterior y me había escrutado con frialdad desde detrás de su velo, mirándome de arriba abajo. Era otra.

—La construyó un magnate del cine —dijo refiriéndose de nuevo a la casa—. Irving Thalberg, Louis B. Mayer... Uno de esos, no recuerdo cuál. Hicieron traer la piedra en barco desde algún lugar de los Apeninos, en Italia. Me alegra que los italianos no puedan ver lo que hicieron con ella.

—¿Por qué vive aquí? Me dijo que era rica. Podría mudarse a cualquier otro sitio.

Su tersa frente pareció ensombrecerse.

—No lo sé —anduvo en silencio unos cuantos pasos antes de seguir hablando—. Tal vez no soporto la idea de quedarme a solas con mi marido. No es muy buena compañía.

No me pareció apropiado hacer ningún comentario al respecto. Estábamos muy cerca del invernadero y me preguntó si deseaba entrar.

—Tal vez ahora sí le apetezca beber algo.

—No, soy un trabajador y tengo un asunto pendiente. ¿Quiere contarme algo más de Nico Peterson antes de que ponga mi nariz de sabueso sobre su pista?

—No se me ocurre nada —separó un trocito de hoja de la manga de su chaqueta de lino—. Solo quiero que lo localice. No deseo volver con él. Dudo incluso que quisiera estar con él la primera vez.

—Entonces ¿por qué se lio con él?

Ella simuló una lúgubre expresión de payaso. Me gustaba cuando hacía eso,

cuando se reía de sí misma.

—Imagino que representaba peligro. Ya le he dicho antes que me aburro con facilidad. Durante un tiempo, me hizo sentir que estaba viva —me miró desafiante—. De una manera algo depravada. ¿Sabe de lo que hablo?

—Sí.

Ella se rio.

—Pero no lo aprueba.

—No me corresponde a mí aprobarlo o no, señora Cavendish.

—Clare —insistió con aquel susurro entrecortado.

Yo permanecí hierático e impasible, como uno de esos indios de madera que colocan a la entrada de los estancos. Ella se encogió levemente de hombros, introdujo las manos en los bolsillos de su chaqueta e irguió el torso.

—Quiero que averigüe dónde está Nico, en qué anda metido, por qué pretende hacerse pasar por muerto —desvió la mirada hacia los árboles, al final del suave y verde césped. A su espalda, reflejada en el cristal del invernadero, había otra versión de nosotros dos—. Resulta extraño pensar que ahora mismo está en algún sitio haciendo algo. Me había hecho a la idea de que estaba muerto y me resulta muy difícil acostumbrarme a la nueva realidad.

—Haré lo que pueda. No creo que sea demasiado difícil dar con él. No parece un profesional y dudo que haya borrado sus huellas, sobre todo porque, como presuntamente está muerto, no esperará que nadie lo ande buscando.

—¿Qué va a hacer? ¿Cómo hará para encontrarlo?

—Voy a echar un vistazo al informe del forense y luego hablaré con algunas personas.

—¿Qué personas? ¿La policía?

—Los polis no suelen ayudar a los que no están en el cuerpo. Pero conozco a un par de tipos en la Unidad Central.

—No me gustaría que se supiera que soy yo quien le busca.

—Lo que quiere decir es que no desea que su madre se entere.

Su expresión se endureció, lo que no era fácil en un rostro como el suyo.

—Mi preocupación es por el negocio. Un escándalo sería fatal para nosotros... Para Langrishe Fragrances. Imagino que lo comprende.

—Por supuesto, señora Cavendish.

En algún lugar cercano sonó un grito, un chillido sobrecogedor, agudo y penetrante. Miré a Clare.

—Un pavo real —dijo. Claro, solo podía ser un pavo real—. Lo llamamos Liberate.

—¿Suele hacer eso a menudo? ¿Soltar un chillido semejante?

—Solo cuando se aburre.

Me di la vuelta para marcharme, pero su imagen hizo que me detuviera. Iluminada por el sol, estaba increíblemente hermosa, con su fresco traje de lino blanco y, a su espalda, el cristal resplandeciente del invernadero y el dulce rosa de la piedra. Recordé la suavidad de sus labios contra los míos.

—Dígame, ¿cómo se enteró de que Peterson había muerto?

—Estaba con él cuando ocurrió —contestó con naturalidad.

6

Muy cerca de la cancela me encontré con Richard Cavendish, que subía andando por el camino con un imponente semental castaño sujeto por las riendas. Detuve el coche y bajé la ventanilla.

—Hola, amigo —dijo Cavendish—. ¿Ya nos deja?

Nadie hubiera dicho que había estado galopando durante una hora. Ni un pelo de su cabello cobrizo se hallaba fuera de su sitio, y los pantalones de montar seguían tan immaculados como cuando entró en el invernadero. Ni siquiera estaba sudado, o esa impresión me dio. El caballo era el único que parecía agotado; movía los ojos enloquecido mientras sacudía la cabeza y tiraba de las riendas, que su amo sujetaba con la misma firmeza con que un niño aferra su comba. ¡Qué criaturas tan nerviosas son los caballos!

Cavendish se inclinó, apoyó su antebrazo en la ventanilla y esbozó una amplia sonrisa que dejó al descubierto dos hileras de pequeños y perfectos dientes blancos. Era una de las sonrisas más vacías que yo había visto.

—¿Así que perlas? —dijo.

—Ya oyó a su esposa.

—Sí, eso dijo, ya la oí —el caballo empezó a golpearle los hombros con el hocico, aunque él no le prestó ninguna atención—. No son tan caras como ella cree, pero imagino que para ella tienen su valor. Ya sabe cómo son las mujeres.

—No crea que sé mucho cuando se trata de perlas.

La sonrisa no había desaparecido de su cara. No se había creído ni un solo instante la historia del collar perdido. A mí me daba igual. Sabía cómo era Cavendish, su historia me resultaba conocida: el jugador de polo seductor y guapo que se casa con una joven rica, cuya vida convierte en un infierno, quejándose sin cesar de lo mal que lo pasa gastándose el dinero de ella y lo duro que eso resulta para su orgullo.

—Bonito caballo —comenté.

Como si me hubiera oído, el animal me miró. Cavendish asintió.

—Spitfire. Diecisiete palmos de altura, fuerte como un tanque.

Fruncí los labios como si fuera a silbar, aunque no lo hice.

—Impresionante. ¿Lo monta para jugar al polo?

Soltó una breve carcajada.

—Para el polo se usan ponis. ¿Se imagina lo que habría que hacer para alcanzar la pelota en el suelo desde la grupa de este caballo? —se frotó la barbilla con el índice—. Veo que usted no juega.

—¿Qué quiere decir? En el lugar de donde provengo, nacemos con un palo de polo entre las manos —repliqué.

Me miró detenidamente mientras la sonrisa desaparecía poco a poco de su rostro.

—Es usted un bromista, señor Marlowe.

—¿De verdad? ¿Qué le hace pensar eso?

Siguió escrutando mi rostro, con los ojos entrecerrados y un abanico de finas arrugas en los extremos. Luego se irguió, dio una palmada en el marco de la ventanilla y retrocedió un paso.

—Buena suerte con las perlas. Espero que las encuentre —dijo.

Spitfire sacudió la cabeza y agitó los belfos, de esa manera tan graciosa de los caballos, con un resoplido que más pareció una risa sarcástica. Metí la marcha y solté el embrague.

—¡Adelante! —exclamé, como si azuzara a perros de caza. Y me marché.

Media hora más tarde, llegaba a Boyle Heights. Aparqué junto al Instituto Anatómico Forense del condado de Los Ángeles. Pensé cuántas veces había subido sin ganas aquellos escalones. El edificio era una descabellada construcción de *art nouveau*, que más parecía un club especializado en ginebras que un edificio público. Pero el interior estaba fresco y agradablemente silencioso. El único sonido era el taconeo de una mujer, que caminaba por algún pasillo de los pisos superiores.

Una vivaz y diminuta morena con un jersey increíblemente ajustado estaba al mando, si esa es la expresión adecuada, del mostrador de atención al público. Pasé mi licencia de detective por delante de sus ojos, como un mago que muestra la carta que está a punto de hacer desaparecer. Por lo general, ni se fijaban en ella, pues asumían que venía de la comisaría, lo que me resultaba muy conveniente. Me dijo que localizar el expediente de Nico Peterson llevaría una hora como mínimo. Le contesté que para entonces quizá yo estuviera regando mis cactus. Me sonrió, algo insegura, y me garantizó que intentaría acelerar los trámites.

Recorrí el pasillo arriba y abajo, me fumé un cigarro y, al final, me detuve junto a la ventana y, con las manos en los bolsillos, contemplé el tráfico en Mission Road. Ser detective era muy excitante.

La chica del jersey cumplió su palabra y no habían transcurrido quince minutos cuando apareció con el expediente bajo el brazo. Me senté en un banco próximo a la ventana y ojeé los papeles. Tal como esperaba, no encontré en ellos ninguna información valiosa, pero por alguna parte había que empezar. El fallecido había sido atropellado por un vehículo de conductor desconocido entre las once de la noche y la medianoche del 19 de abril en Latimer Road, en Pacific Palisades, en el condado de Los Ángeles. Había sufrido numerosas lesiones con nombres larguísimos, entre ellas una «fractura múltiple en el lado derecho del cráneo» y abundantes laceraciones en el rostro. La causa de la muerte de nuestro amigo era traumatismo craneoencefálico. A los patólogos les encanta el traumatismo craneoencefálico, cada vez que escuchan ese diagnóstico se frotan las manos. Había una fotografía del lugar del accidente. ¡Qué

negra y brillante parece la sangre iluminada por el *flash!* «Conductor Desconocido» había hecho un buen trabajo con Nico. Parecía una res descuartizada embutida en un brillante traje de seda. No pude evitar un leve suspiro. «Muerte, no te envanezcas», escribe el poeta, pero siempre me pregunto por qué la Parca no debería sentir cierto orgullo, dada la meticulosidad con que trabaja y su imbatible récord de éxitos.

Le devolví el expediente a la joven menuda y se lo agradecí de corazón, pero ella debía de estar pensando en otras cosas porque solo me dedicó una vaga sonrisa. Se me pasó por la cabeza preguntarle si tenía algún plan para la comida, aunque desistí inmediatamente de tal idea. El recuerdo de Clare Cavendish no era tan fácil de borrar.

Entré en la primera cabina de teléfonos que encontré en la calle y llamé a Joe Green a la Sección de Homicidios. Levantó el auricular al primer timbrazo.

—Joe, ¿nunca te dan un día libre? —le pregunté.

Soltó un aparatoso suspiro. Joe me recordaba a los grandes mamíferos marinos: una marsopa, por ejemplo, o un enorme y viejo elefante de mar. Veinte años en el cuerpo tratando cada día con asesinos, traficantes de droga, secuestradores de niñas, todo lo que puedas imaginar, lo habían convertido en un fardo cansado y melancólico con ocasionales estallidos de ira. Le pregunté si podía invitarle a una cerveza.

—¿Por qué? —gruñó con súbito recelo.

—No sé, Joe. Porque es verano, es la hora de la comida, hace un calor de mil diablos y además tengo algo que contarte.

Fuera de la cabina, una joven con pantalones ajustados y una blusa escarlata cuyos tirantes se anudaban tras el cuello esperaba a que terminara mi llamada y dejara libre el teléfono. Me observaba irritada mientras sujetaba una sillita de paseo con un niño.

—¿Sobre el fiambre de Peterson?

—Exacto.

Permaneció silencioso unos segundos antes de responder.

—Bah, ¿por qué no? Nos vemos en Lanigan's.

Al abrir la puerta, el aire del interior de la cabina se unió al de fuera con un silencioso latido. Cuando salí, la joven madre me insultó y, empujándome, entró y cogió el auricular.

—Sin comentarios —le dije, pero estaba demasiado ocupada marcando un número como para insultarme de nuevo.

Lanigan's era uno de esos locales pretendidamente irlandeses con tréboles pintados en el espejo tras la barra y, en las paredes, fotografías enmarcadas de John Wayne y Maureen O'Hara en estridente tecnicolor. En la estantería de las botellas había una de Bushmills luciendo una boina escocesa. Escocia, Irlanda..., ¿qué más da? No obstante, el camarero parecía un auténtico producto local: bajo y fibroso, con la

cabeza en forma de patata gigante y un cabello que debía de haber sido pelirrojo en el pasado.

—¿Qué les pongo, amigos? —preguntó.

Joe Green vestía un arrugado traje de lino grisáceo, que debió ser blanco alguna vez. Cuando se quitó el sombrero de paja, la banda de tela interior le dejó un surco cárdeno en la piel. Sacó de un tirón un gran pañuelo rojo del bolsillo delantero de su chaqueta y se enjugó el rostro. Su frente ya había ganado tanto terreno al cráneo que muy pronto sería oficialmente calvo.

Nos desplomamos frente a nuestras cervezas con los codos en la barra.

—¡Dios santo! ¡Cómo odio el verano en esta ciudad! —exclamó.

—Sí, es duro.

—¿Sabes lo que me pasa? —bajó la voz—. ¿No te sucede que los calzoncillos se te quedan pegados a la entrepierna, calientes y húmedos como una maldita cataplasma?

—Tal vez no llevas los calzoncillos adecuados. Pídele consejo a la señora Green. Las esposas saben de estas cosas.

Me lanzó una mirada de soslayo.

—Ah, ¿sí?

Tenía cara de sabueso, con los párpados pesados y caídos y una expresión apesadumbrada y engañosamente estúpida.

—Eso dicen, Joe —afirmé—. Eso dicen.

Bebimos la cerveza en silencio, evitando que nuestros ojos se cruzaran en el espejo que estaba frente a nosotros. Entre todas las melodías posibles, Pat, el camarero, silbaba *Mother Machree*. Tal vez le pagaban por hacerlo, por revivir el auténtico espíritu del viejo terruño en la ciudad de Los Ángeles.

—¿Qué has averiguado sobre ese pájaro de Peterson? —preguntó Joe.

—No mucho. He echado un vistazo al informe del forense. Al señor P. le dieron una buena tunda aquella noche. ¿Tienes alguna pista de quién lo atropelló?

Joe se rio. Su risa sonaba igual que cuando separas la ventosa del desatascador de un lavabo.

—¿Tú qué crees? —me dijo.

—A esa hora no debía de haber mucho tráfico en Latimer Road.

—Era la noche del sábado. En ese club entran y salen tantas personas como ratas en el patio de una cocina.

—¿El Cahuilla?

—Sí, creo que se llama así. Pudo atropellarle cualquiera de los cientos de coches que pasan por allí. Por supuesto, nadie vio nada. ¿Lo conoces?

—El Club Cahuilla no es de mi estilo, Joe.

—Ya me lo supongo —se rio y esta vez su risa sonó como un pequeño

desatascador en un pequeño lavabo—. ¿Va allí la misteriosa mujer para la que trabajas?

—Es probable —rechiné los dientes. Es una mala costumbre que tengo cuando estoy reuniendo el valor necesario para hacer algo que no debería. Pero si quieres que un policía te sea útil, tienes que sincerarte con él en algún momento. Sincerarte hasta cierto punto—. Ella cree que él sigue vivo.

—¿Quién? ¿Peterson?

—Sí, cree que no ha muerto, que no era él quien fue atropellado aquella noche en Latimer Road.

Mis palabras le hicieron enderezarse. Giró la cabeza hacia mí y me miró fijamente.

—¡Caray! ¿Qué le hace pensar eso?

—Dice que lo vio el otro día.

—¿Lo vio? ¿Dónde?

—En San Francisco. Ella iba en un taxi por Market Street y se lo encontró vivo y coleando.

—¿Habló con él?

—Iban en direcciones opuestas. Cuando ella se recuperó de la sorpresa, el taxi ya estaba lejos de donde lo había visto.

—¡Caray! —repitió Joe con un regocijado asombro. Los policías disfrutaban cuando algo enciende su imaginación. Añade una pizca de picante a su aburrido trabajo diario.

—¿Sabes lo que eso significa? —le dije.

—¿Qué significa?

—Puedes tener un homicidio en las manos.

—¿Tú crees?

De pie junto a la caja registradora, el *hijo* de la señora Machree se hurgaba la oreja con una cerilla. Le hice una seña para que nos sirviera otro par de cervezas.

—Piénsalo, si Peterson no murió, ¿quién era el fallecido? ¿Fue de verdad un accidente?

Joe consideró mis preguntas, atento al turbio ardid que sugerían.

—¿Crees que Peterson lo planeó para poder esfumarse?

—No sé qué pensar —contesté.

Llegaron nuestras cervezas recién tiradas. Joe seguía reflexionando.

—¿Qué quieres que haga?

—Tampoco lo sé —le dije.

—No puedo hacer nada. ¿O se te ocurre algo?

—Tal vez podrías ordenar que exhumasen el cuerpo.

Movió la cabeza negativamente.

—¿Desenterrarlo? Lo incineraron.

Debería haberseme ocurrido, desde luego, pero ni se me había pasado por la cabeza.

—¿Quién identificó a Peterson? —pregunté.

—Ni idea. Puedo averiguarlo —levantó el vaso, pero volvió a posarlo—. ¡Dios mío, Marlowe! Cada vez que hablo contigo, me encuentro con un problema —su tono era más lastimero que enojado.

—Me llaman Don Problema.

—Ja, ja.

Desplacé mi vaso de cerveza unos centímetros y a continuación lo devolví a donde había estado, al círculo de espuma que había dejado sobre la barra. Hacía un par de horas Clare Cavendish había hecho exactamente lo mismo. Cuando una mujer se te mete en la cabeza, todo te recuerda a ella.

—Escucha, Joe, lo siento. Tal vez nada de esto tiene sentido. Tal vez mi cliente confundió a otra persona con Peterson. Tal vez fue un efecto de la luz o tal vez había bebido demasiados martinis.

—¿Vas a decirme de quién se trata?

—Sabes que no.

—Si resulta que ella tiene razón y ese tipo no está muerto, no te quedará más remedio que decirme su nombre.

—Puede, pero de momento no es el caso, así que no tengo que decirte nada.

Joe se echó hacia atrás en el taburete y me lanzó una larga mirada.

—Escucha, Marlowe, eres *tú* quien me ha llamado a *mí*, ¿recuerdas? Yo estaba disfrutando de una apacible mañana. Los únicos asuntos que tenía sobre la mesa eran una colegiala que lleva desaparecida tres días, un atraco a mano armada en una gasolinera y un doble asesinato en Bay City. El día prometía pasar volando. Y ahora tengo que preocuparme de si un tipo llamado Peterson planeó que atropellaran a un pobre idiota para que él pudiera esfumarse.

—Puedes olvidar lo que te he contado. Ya te he dicho que tal vez no sea nada.

—Sí, ya, y tal vez la niña que te acabo de mencionar está visitando a su abuelita en Poughkeepsie y tal vez es pura casualidad que los dos tipos de Bay City hayan muerto con una bala en el coco. Seguro. El mundo está lleno de asuntos que solo parecen importantes a primera vista.

Bajó del taburete y cogió el sombrero de paja, que había dejado sobre la barra. Cuando Joe estaba enfadado, su rostro se tornaba del color del hígado.

—Voy a hacer unas cuantas pesquisas sobre la muerte de Peterson, o quienquiera que muriese. Te avisaré con lo que averigüe. Y tú, mientras tanto, haz una visita a tu cliente, cógele una mano y dile que no se preocupe por Lázaro, su amante, que él está vivo y que tú vas a averiguar dónde se encuentra o no te llamas Doghouse Reilly.

Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, mientras se daba golpecitos en la cadera con el sombrero. «Ha funcionado, Marlowe —me dije a mí mismo—. Buen trabajo». El camarero se aproximó y me preguntó prudentemente si todo iba bien.

—Desde luego —le dije—, todo va a las mil maravillas.

Me metí en el coche y me dirigí a la oficina. Compré un perrito caliente en el puesto que hay en la esquina de Vine y me lo comí en el despacho, acompañado de una gaseosa. Cuando terminé, coloqué los pies en alto y, con el sombrero en la coronilla, encendí un cigarrillo. Cualquiera que me hubiera visto habría pensado que estaba inmerso en mis pensamientos. Nada más lejos de la realidad. De hecho, estaba intentando no pensar en nada. No sabía en qué medida podía haberlo echado todo a perder al contárselo a Joe Green; no lo sabía, básicamente, porque no quería planteármelo. ¿Había traicionado la confianza de Clare Cavendish al decirle a Joe que ella había visto a Peterson cuando se suponía que estaba muerto? Resultaba difícil no reconocerlo. Pero, a veces, cuando estás bloqueado necesitas dar un golpe al avispero para reaccionar. Sin embargo, ¿no debería haber esperado? ¿No debería haber seguido el rastro de Peterson durante algo más de tiempo antes de involucrar a Joe?

Me llevé una mano a la frente y suspiré. Luego, abrí el cajón de la mesa donde se supone que guardo los expedientes, saqué una botella y me serví un trago en un vaso de papel. Cuando eres consciente de que has metido la pata, lo mejor que puedes hacer es masacrar unos cuantos millones de neuronas.

Estaba considerando servirme otro lingotazo cuando sonó el teléfono. ¿Cómo es posible que ese maldito aparato todavía me sobresalte después de tantos años? No me equivoqué al pensar que sería Joe.

—El fiambre llevaba la cartera de Peterson en un bolsillo. Y fue identificado en el lugar de los hechos por el gerente del... ¿cómo se llama el club?

—Cahuilla.

—No hay forma de que recuerde ese nombre. El gerente es un tal Floyd Hanson.

—¿Qué sabes de él?

—Si lo que me estás preguntando es si está fichado, la respuesta es no. El Cahuilla tiene una clientela muy exclusiva y el club jamás contrataría a alguien con antecedentes como gerente. El sheriff es socio, además de un par de jueces y la mitad de los peces gordos del cine que viven en la ciudad. Como metas ahí la nariz, te aseguro que te quedarás sin ella.

—¿Figura en el archivo si se produjo algún alboroto la noche en que Peterson, o quienquiera que fuese, fue atropellado?

—No, ¿por qué? —preguntó Joe, de nuevo con recelo.

—Me contaron que a Peterson lo engañaron en una partida y montó un follón en el club. El escándalo fue creciendo hasta que lo echaron. La siguiente información es

que alguien se lo encontró tirado sobre el asfalto tan muerto como un filete de cordero.

—Ese alguien debe de ser una de las chicas del ropero, que volvía a casa con su novio. El novio había ido a buscarla cuando acabó su turno.

—¿Hay alguna sospecha sobre la pareja? —le pregunté.

—No. Son dos críos. Volvieron al club y se lo contaron a Hanson, el gerente. Fue él quien nos llamó.

Me quedé en silencio, reflexionando.

—¿Sigues ahí? —preguntó Joe.

—Sí, estoy pensando.

—Estás pensando que estás perdiendo el tiempo, ¿no es eso?

—Voy a llamar a mi cliente.

—Sí, hazlo —y colgó riendo.

Me serví otro trago de mi fiel botella, pero no me sentó bien. Hacía demasiado calor para beber bourbon. Cogí el sombrero, cerré la oficina, bajé en el ascensor y salí a la calle. Quería despejarme, pero ¿cómo conseguirlo cuando tienes la sensación de caminar por el interior de un horno y el aire sabe a virutas de hierro? Recorrí la acera arriba y abajo, manteniéndome en la sombra. El whisky hacía que mi cabeza pareciera repleta de masilla. Regresé a la oficina, encendí un cigarrillo y me senté, con los ojos clavados en el teléfono. Levanté el auricular, llamé a Joe Green y le dije que había hablado con mi cliente y le había convencido de que el hombre que vio no era Peterson.

Joe se rio.

—Para que te enteres de cómo son las mujeres. Se les mete una idea en sus preciosas cabecitas y te vuelven loco hasta que, al cabo de un tiempo, te dicen con su vocecita infantil: «Lo siento muchísimo, señor Marlowe, debo de haberme equivocado».

—Supongo que tienes razón —asentí.

Sabía que Joe no se había creído ni una sola palabra de lo que le había dicho. Pero a él le daba igual. Lo único que quería era cerrar el expediente de Nico Peterson y volverlo a colocar en la estantería polvorienta de donde lo había sacado.

—Te habrá pagado, al menos —me preguntó.

—Por supuesto —le mentí.

—Así que todo el mundo contento.

—No sé si ese es el adjetivo adecuado, Joe.

Se rio de nuevo.

—Mantente alejado, Marlowe —y colgó.

Joe era un buen tipo, a pesar de su carácter.

Podría haber abandonado el caso en aquel momento. Podría haber hecho lo que acababa de decirle a Joe que había hecho. Podría haber telefonado a Clare Cavendish para decirle que debía de haberse equivocado, que la persona que había visto aquel día en San Francisco no podía ser Nico Peterson. Pero ¿cómo iba a persuadirla? No tenía nada nuevo que contarle. Ella ya sabía que el hombre que había muerto en Latimer Road vestía la ropa de Peterson y que llevaba la cartera de Peterson en el bolsillo delantero de la chaqueta. Sabía también que Floyd Hanson había identificado el cuerpo, pues me lo contó antes de que yo me marchara del frondoso Pabellón Langrishe. Ella estaba en el Cahuilla aquella noche; había visto cómo dos matones de Hanson escoltaron fuera del local a Peterson, borracho y pependenciero; y aún seguía allí cuando la chica del ropero y su novio regresaron, una hora más tarde, y dijeron que habían encontrado a Peterson muerto en la carretera. Ella había salido incluso del club y había visto cómo cargaban el cadáver en el coche de los fiambres. Y, a pesar de todo eso, estaba segura de que había visto a Peterson en Market Street cuando se suponía que llevaba muerto un par de meses. ¿Qué podía decirle yo que la hiciera cambiar de opinión?

Aún tenía la sensación de que había algo turbio en aquel asunto, algo que no me habían contado. Sospechar se convierte en una costumbre, igual que todo lo demás.

Aunque pasé el resto del día sin gran cosa que hacer, no conseguí quitarme a Peterson de la cabeza. A la mañana siguiente, regresé a la oficina e hice unas cuantas llamadas de teléfono para informarme sobre los Langrishe y los Cavendish. No averigüé gran cosa. Lo más interesante era que, a pesar de su dinero, no parecían tener ningún cadáver escondido en el armario. Al menos, ninguno que se supiera. Tanta integridad resultaba sospechosa, ¿no?

Bajé a la calle en ascensor y crucé hacia donde había aparcado mi Oldsmobile. Aunque lo había dejado en la sombra, no había calculado la dirección del sol, que, tras sobrepasar la esquina del edificio de la Permanent Insurance Company, brillaba ahora con intensidad sobre el parabrisas y, por supuesto, sobre el volante. Bajé las cuatro ventanillas y conduje a toda velocidad para conseguir un poco de brisa, pero no sirvió de nada. ¿Qué habría sucedido si los colonos ingleses hubieran llegado a esta costa antes que los españoles? Imagino que habrían rezado para que lloviera y bajarán las temperaturas y Dios los habría escuchado.

El aire era más fresco en Palisades dada la cercanía del océano. Tuve que preguntar la dirección un par de veces antes de llegar al Club Cahuilla. Subiendo por una umbría carretera, al final de un extenso y elevado muro sobre el que caían las

buganvillas, estaba la entrada. En contra de lo que pensaba, la verja no era automática. Las hojas de la puerta eran doradas, altas y ornamentadas. Estaban abiertas, pero justo al atravesarlas había una barrera de madera pintada a rayas que cerraba el camino. El guarda salió de su cabina y me lanzó una mirada hostil. Se trataba de un tipo joven con un fantástico uniforme beis y una gorra con un cordoncillo trenzado en la visera. Tenía cara de majadero y un cuello muy largo con una nuez que subía y bajaba como una pelota de ping-pong cada vez que tragaba.

Le dije que quería ver al gerente.

—¿Tiene cita?

Le contesté que no. Frunció la boca de una forma peculiar e inquirió mi nombre. Le mostré mi tarjeta. La contempló ceñudo durante largo tiempo, como si la información que contenía estuviera escrita en jeroglíficos. Volvió a fruncir la boca, como si sintiera náuseas, regresó a su cabina, habló brevemente por teléfono mientras leía en voz alta mi tarjeta, regresó, presionó un botón y la barrera se alzó.

—Continúe por la izquierda hasta que llegue a donde dice «Recepción». El señor Hanson le estará esperando.

El camino serpenteaba a lo largo del alto y extenso muro, cubierto de frondosas buganvillas con flores de distintas tonalidades: rosas, rojas, de un delicado malva. Estaba claro que alguien adoraba esa planta. También había gardenias, madreselvas, ejemplares del vistoso jacarandá, así como naranjos que llenaban el aire con su intensa y dulce fragancia.

La recepción era una cabaña de troncos con numerosas ventanas alargadas y estrechas y una alfombra roja delante de la puerta. Entré. Olía levemente a resina y una suave música de flautas sonaba a través de altavoces escondidos en el techo. No había nadie tras el mostrador, un mueble grande y respetable con hileras de cajones con tiradores de latón y un tapete de cuero verde sobre la parte superior, la clase de mueble sobre el que un jefe indio habría firmado la cesión de tierras tribales. Alrededor había diversos objetos de la historia americana: un tocado indio desplegado en un expositor especial, una antigua escupidera de plata y, en otro expositor, una ornamentada silla de montar. En las paredes había arcos y flechas de distintas formas y tamaños, un par de pistolas con empuñadura de marfil y fotografías enmarcadas que Edward Curtis había realizado de nobles salvajes y de indias de ojos soñadores. Estaba mirando uno de esos retratos —tipis, una hoguera, un círculo de mujeres con sus niños— cuando escuché una suave pisada a mi espalda.

—¿Señor Marlowe?

Floyd Hanson era alto y delgado, de rostro alargado y estrecho y cabello negro, engominado y peinado hacia atrás, con un elegante toque plateado en las sienes. Vestía unos pantalones blancos de talle alto con una raya que podía cortar el aire, mocasines con borlas, una camisa blanca de cuello blando y un chaleco estampado

con grandes rombos grises. Permaneció inmóvil, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, mientras me contemplaba burlón, como si hubiera en mí algo cómico y su educación le impidiera romper a reír. Me dio la impresión, no obstante, de que no se trataba de mí, sino que esa debía de ser su pose habitual cuando examinaba con atención algo o a alguien.

—Sí, soy yo. Philip Marlowe —le dije.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Marlowe? Marvin, nuestro guarda de la entrada, me ha dicho que es usted detective privado. ¿Es así?

—Sí, trabajé para la Oficina del Fiscal del Distrito hace tiempo, pero ahora trabajo por mi cuenta.

—Ah, ya veo.

Siguió contemplándome con la misma calma durante un momento antes de tenderme la mano derecha. Fue como si me hubiera dado un animal de piel suave y sangre fría para que lo sujetara durante uno o dos segundos. Lo más llamativo de su persona era su quietud. Cuando callaba o estaba detenido parecía que algo se desconectaba automáticamente dentro de él, como para no malgastar energía. Me dio la sensación de que nada en el mundo podría sorprenderle o impresionarle. A mí me resultaba difícil permanecer quieto mientras él me miraba.

—Quería hablar con usted sobre un accidente que ocurrió cerca de aquí hará un par de meses. Un accidente mortal —le dije.

—¿Sí? —preguntó, esperando que prosiguiera.

—Un hombre llamado Peterson fue atropellado por un conductor que se dio a la fuga.

Asintió.

—Es cierto. Nico Peterson.

—¿Era socio del club?

Una fría sonrisa apareció en su rostro.

—No, el señor Peterson no era socio.

—Pero usted lo conocía. Por lo menos, lo suficiente para identificarlo.

—Venía a menudo con amigos. El señor Peterson era un tipo muy sociable.

—Debió de impresionarle verle en la carretera en aquel estado, completamente destrozado.

—Sí, me impresionó —sus ojos vagaron por mi rostro. Podía sentirlos, como el tacto de los dedos de un ciego explorando mis rasgos, dibujándome en su mente. Me disponía a decir algo, pero me interrumpió—. Demos un paseo, señor Marlowe. Hace una mañana preciosa.

Se dirigió a la puerta y, con un gesto de la mano, me invitó a que saliera. Mientras pasaba a su lado, tuve la sensación de que una débil sonrisa, divertida y burlona, aparecía de nuevo en su rostro.

Tenía razón acerca del tiempo. El cielo parecía una cúpula de un limpio azul que se iba oscureciendo hasta tornarse violáceo en el cénit. Las fragancias entremezcladas de los árboles, los arbustos y las flores impregnaban el aire. Un sinsonte entonaba su repertorio en algún rincón y a través de los arbustos se escuchaba el siseo susurrante de los aspersores. Los Ángeles tiene sus encantos si eres lo bastante rico y afortunado para estar en el sitio adecuado en el momento adecuado.

Dejamos el edificio del club y descendimos por un cómodo sendero en curva que nos condujo a más buganvillas colgantes de tantos colores que resultaban deslumbrantes. Aunque no parecían poseer un claro perfume, el aire estaba impregnado de la húmeda presencia de las flores.

—La buganvilla parece el símbolo del club —dije.

Hanson dio la impresión reflexionar acerca de lo que acababa de oír.

—Sí, imagino que tiene razón. Como bien sabe, es una planta muy popular. De hecho, es la planta oficial de San Clemente y también de Laguna Niguel.

—No me diga.

Hizo caso omiso de mi sarcasmo.

—La buganvilla tiene una historia muy interesante. ¿La conoce?

—Si la conocía, la he olvidado.

—Es originaria de Sudamérica. Fue descrita por primera vez por Philibert Commerçon, un botánico que acompañaba al almirante francés Louis-Antoine de Bougainville en una expedición alrededor del mundo. Sin embargo, se piensa que el primer europeo que la vio fue una mujer, la amante de Commerçon, Jeanne Baret. Él la había ayudado a subir a bordo, disfrazada de hombre.

—Creía que eso solo ocurría en las novelas de capa y espada.

—No, era bastante frecuente en aquel tiempo, cuando marineros y pasajeros llegaban a permanecer años lejos de sus casas.

—Así que la tal Jeanne... ¿Cómo dijo que se apellidaba?

—Baret. Con una te.

—Muy bien —no podía igualar su pronunciación francesa, así que no repetí el apellido—. La joven descubre la planta, el novio la describe y, sin embargo, la bautizan con el nombre del almirante. No parece justo.

—Supongo que tiene razón. El mundo suele ser bastante injusto, ¿no cree?

No respondí. Su afectado e impostado acento británico empezaba a irritarme.

Llegamos a un claro a la sombra de los eucaliptos. Daba la casualidad de que yo sabía algo sobre eucaliptos: angiosperma, de la familia de las mirtáceas, oriunda de Australia. Pero no merecía la pena hacer ostentación de mi conocimiento delante de aquel sangre-fría. Probablemente, se limitaría a esbozar una de sus inquietantes y displicentes sonrisitas.

Señaló más allá de los árboles.

—Los campos de polo están allí. No se pueden ver desde donde nos encontramos. Me esforcé en parecer impresionado.

—Volviendo a Peterson, ¿podría contarme qué sucedió aquella noche? —le pregunté.

Continuó caminando en silencio a mi lado con la mirada perdida en los prados, exactamente igual que Clare Cavendish cuando paseamos por los jardines del Pabellón Langrishe. Ni siquiera hizo gesto de haberme escuchado. Dudé si repetir la pregunta y, probablemente, quedar como un idiota. Hay gente capaz de ponerte los nervios de punta simplemente permaneciendo callada.

Por fin, hablé.

—No estoy seguro de saber qué desea de mí, señor Marlowe —se detuvo y se giró hacia mí—. De hecho, me pregunto qué interés tiene en este infortunado episodio.

Me detuve también y arañé la tierra del camino con la punta del zapato. Hanson y yo estábamos uno frente al otro, pero no había agresividad entre nosotros. Él no parecía un tipo agresivo y tampoco lo era yo. A menos que me obligaran.

—Digamos que hay personas interesadas que me han pedido que investigue —le dije.

—La policía ya lo ha hecho y de forma exhaustiva.

—Sí, lo sé. El problema, señor Hanson, es que la gente tiende a hacerse una idea equivocada de la policía. Van al cine y ven a esos agentes con gorras y pistolas en la mano que persiguen sin descanso a los malos. Pero la verdad es que a la policía le gusta llevar una vida tranquila, igual que a nosotros. Su objetivo, básicamente, es esclarecer los problemas, clasificarlos, escribir un pulcro informe, archivarlo junto a otros pulcros informes en pilas enormes y olvidarse del tema. Los chicos malos lo saben y actúan en consecuencia.

Hanson me miraba pensativo y asentía apenas.

—¿Y quiénes son los chicos malos en el caso que nos ocupa? —me preguntó.

—El conductor del coche, para empezar.

—¿Para empezar?

—No sé... Hay detalles en la muerte de Nico Peterson que suscitan preguntas.

—¿Qué preguntas?

Le di la espalda y comencé a caminar. Unos pasos más adelante, me di cuenta de que no me seguía. Me detuve y miré hacia atrás. Permanecía inmóvil en el sendero, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, mientras miraba la hilera de eucaliptos con los ojos entrecerrados. Parecía el tipo de persona a la que le gusta pensar. Desanduve el camino hasta llegar a él.

—Fue usted quien identificó el cuerpo —le dije.

—No, en realidad no fue así. No de manera oficial, en cualquier caso. Creo que

fue su hermana quien lo hizo en la morgue de la ciudad al día siguiente.

—Pero usted estuvo en el lugar de los hechos. Fue usted quien llamó a la policía.

—Cierto. Vi el cadáver. No era un espectáculo muy agradable.

Reanudamos el paseo. El sol ya había evaporado la bruma de la mañana y la luz era tan intensa y el aire tan limpio que los sonidos lejanos nos llegaban nítidos y rápidos como jabalinas. Cerca de nosotros se oía el arrastrar y cavar de una azada de jardinero en lo que sonaba como arcilla reseca. Qué afortunado era Hanson de trabajar en aquel paraje, entre árboles, flores y césped recién regado, bajo un cielo tan azul y limpio como la mirada de un bebé. Había gente que nacía con estrella, mientras los demás nacíamos estrellados. Aunque yo no hubiera podido trabajar allí; demasiada naturaleza.

—Pero fue otra persona quien encontró el cadáver, ¿no es cierto?

—Sí, una joven llamada Mary Stover. Trabajaba en el ropero del club. Cuando acabó su turno, su novio fue a buscarla para llevarla a casa en coche. Acababan de entrar en Latimer Road cuando vieron el cadáver del señor Peterson. Regresaron y me comunicaron el terrible hallazgo.

Era asombroso comprobar cómo personas tan sofisticadas como Hanson utilizaban la jerga de las noveluchas. El *terrible hallazgo*.

—¿Podría hablar con la señorita Stover? —le pregunté.

Arrugó la frente.

—No lo sé. Poco después de aquel suceso, se casó con su novio y se trasladaron a la Costa Este. No a Nueva York. Tal vez a Boston. Me temo que no lo recuerdo.

—¿Cuál es su apellido de casada?

—Ahí me ha pillado de nuevo. La única vez que vi a su novio fue en aquella ocasión y, en semejantes circunstancias, las presentaciones suelen ser someras.

Ahora fui yo quien se sumió en cavilaciones. Un alegre destello apareció en sus ojos; parecía que nuestro encuentro le estaba deparando un buen rato.

—Bueno, supongo que no será muy difícil dar con ella —dije. Estaba claro que él sabía que yo sabía que eso no era cierto.

Nos pusimos en marcha de nuevo. Al pasar un recodo del camino nos encontramos a un viejo negro que removía la tierra de los rosales. Era su azada la que yo había oído hacía un momento. Vestía un peto vaquero desteñido y un casco de apretados rizos grises cubría su cabeza. Nos lanzó una rápida mirada furtiva, que dejó al descubierto el blanco de sus ojos. Me acordé al instante del nervioso caballo de Richard Cavendish cuando me miró a través de la ventanilla de mi coche.

—Buenos días, Jacob —saludó Hanson.

El viejo no contestó, tan solo le miró breve y nerviosamente y continuó con su trabajo.

—Jacob es de pocas palabras —dijo con calma Hanson cuando lo dejamos atrás

—. Apareció un día en la verja de entrada, asustado y hambriento. Nunca hemos conseguido que nos dijera de dónde venía o qué le había sucedido. El señor Canning ordenó que lo acogiéramos, le diéramos un lugar donde dormir y un trabajo que hacer.

—¿El señor Canning? ¿Quién es?

—¿No lo sabe? Pensé que, al ser un detective, habría averiguado todos esos detalles. Wilber Canning es el fundador de nuestro club. Es Wilber, con una e. En realidad, se llama Wilberforce. Sus padres le pusieron el nombre de William Wilberforce, el gran parlamentario inglés y líder del movimiento abolicionista.

—Creo que he oído hablar de él —dije en el tono más seco posible.

—Estoy seguro.

—Me refiero a William Wilberforce.

—El señor Canning es un filántropo convencido, igual que lo fueron sus padres. Su padre creó el club. Nuestro propósito es ayudar, en la medida de nuestras posibilidades, a los miembros menos afortunados de la sociedad. La política de empleo del anciano señor Canning, que aún sigue vigente, establece que determinado número de trabajos sean reservados para... Bueno, para aquellos que necesitan ayuda y protección. Usted ha conocido hoy a Jacob y a Marvin, el guarda de la entrada. Si se queda tiempo suficiente, encontrará a otras personas necesitadas de ayuda que han encontrado refugio aquí. El Club Cahuilla tiene una excelente reputación en la comunidad de inmigrantes.

—Es impresionante, señor Hanson. Consigue que este lugar suene como una mezcla de asilo y centro de rehabilitación. No era la idea que yo tenía de él, se lo confieso. Pero tipos como Nico Peterson apreciarán, sin duda, ese espíritu filantrópico.

Hanson sonrió con indulgencia.

—No todo el mundo está de acuerdo con los principios del señor Canning, desde luego. Además, como ya le dije, el señor Peterson no era socio.

No me había dado cuenta de que habíamos trazado un círculo durante el paseo y, de repente, me vi de nuevo frente a la sede del club. En esta ocasión, no estaba ante la puerta principal por la que había entrado cuando llegué, sino en uno de los laterales del edificio. Hanson abrió una puerta acristalada y pasamos a una espaciosa sala de techo bajo con sillones de cretona, mesitas cubiertas por revistas ordenadas y desplegadas como si fueran tejas y una chimenea de piedra tan grande como mi cuarto de estar en Yucca Avenue. ¡Una chimenea semejante debía de ser muy útil en Pacific Palisades!

Flotaba en el aire un leve aroma a cigarrillo y a brandy caro. Resultaba fácil figurarse a Wilberforce Canning y a sus nobles amigos reunidos allí después de la cena, hablando del lamentable declive de la moral pública y planeando sus obras de

beneficencia. En mi fantasía, iban ataviados con levita, bombachos y pelucas empolvadas. Algunas veces, no puedo evitar dejarme llevar por la imaginación.

—Por favor, siéntese, señor Marlowe. ¿Le apetece un té? Suelo tomar uno por la mañana a esta hora.

—Claro, un té estaría bien.

—¿Indio o chino?

—Mejor indio.

—¿Le parece bien Darjeeling?

Nada me habría extrañado menos que, en ese momento, hubiera entrado de un salto un joven amanerado con pantalones cortos blancos y una chaqueta azul y hubiera preguntado, marcando las eses, si a alguien le apetecía jugar un partido de tenis.

—Darjeeling es perfecto —dije.

Presionó un timbre que había junto a la chimenea, igual que en una obra de teatro. Me acomodé en uno de los sillones, pero eran tan bajos que a punto estuve de propinarme un gancho en la barbilla con las rodillas. Hanson prendió un cigarrillo con un mechero de plata y se apostó junto a la chimenea, con un codo apoyado en la repisa y los pies cruzados, mientras me miraba desde su altura. Su expresión, paciente y algo afligida, era la de un padre que ha de mantener una conversación seria con un hijo díscolo.

—Señor Marlowe, ¿le ha contratado alguien para que venga aquí? —me preguntó.

—Alguien, ¿como quién?

En su rostro se dibujó lo que me pareció una mueca de bochorno, probablemente debido a mi forma de expresarme. Antes de que pudiera contestarme, se abrió la puerta y un hombre mayor con un chaleco a rayas se asomó. Su tez era tan lívida que resultaba difícil creer que estuviese vivo. Era bajo y fornido, con las mejillas y los labios cenicientos y una coronilla calva sobre la que se veían, aplastados con cuidado, unos cuantos pelos grises, largos y grasientos.

—¿Ha llamado el señor? —preguntó con voz atiplada y auténtico acento británico. El Club Cahuilla empezaba a resultar interesante: un museo indio con un toque de la vieja y alegre Inglaterra.

—Té, Bartlett. El habitual —dado el volumen con que hablaba Hanson, el tipo debía de ser sordo. Hanson se volvió hacia mí—. ¿Leche? ¿Azúcar? ¿O quizá prefiere limón?

—Nada, solo té, gracias.

Bartlett asintió, me miró con sus pálidos ojos acuosos y se marchó arrastrando los pies.

—¿De qué hablábamos? —me preguntó Hanson.

—Quería saber si alguien me había contratado para que viniera aquí a hablar con usted. Y yo le acababa de preguntar quién pensaba que podía ser tal persona.

—Sí, eso es —golpeó suavemente la ceniza del cigarrillo contra el borde del cenicero de cristal que había sobre la repisa, junto a su codo—. Lo que intentaba decirle es que no logro imaginar quién puede estar lo bastante interesado en el señor Peterson y su triste final para tomarse la molestia de contratar a un detective con el fin de que retome el caso. Sobre todo porque, como ya le dije antes, la policía ha examinado el asunto con lupa.

Solté una carcajada. Cuando quiero, puedo lanzar rotundas carcajadas.

—Las lupas que utiliza la policía suelen estar rayadas y empañadas por una mugre que usted no querría contemplar de cerca.

—Aun así, no consigo entender qué le ha traído aquí.

Me removí en las profundidades del sillón, esforzándome en adoptar una postura medianamente digna.

—Verá, señor Hanson, las muertes violentas siempre dejan cabos sueltos. Lo tengo comprobado.

Me observaba de nuevo con su quietud de lagarto.

—¿Qué cabos sueltos?

—¿Quiere decir en el caso del señor Peterson? Como le he explicado antes, hay detalles de su muerte que suscitan interrogantes.

—Como le he preguntado antes, ¿qué interrogantes?

No hay nada como ser implacable de manera serena; con hostilidad nunca funciona igual de bien.

—Por ejemplo, el interrogante de la identidad del señor Peterson.

—Su identidad —no era una pregunta. Su voz era ahora tan suave como la brisa sobre el campo de batalla tras un enfrentamiento especialmente sanguinario—. ¿Qué interrogante plantea su identidad? Yo lo vi en la carretera aquella noche. Saltaba a la vista de quién se trataba. Además, su hermana vio el cadáver al día siguiente y no mostró ninguna duda.

—Lo sé, pero el asunto es, y este es el quid de la cuestión, que alguien lo vio en la calle hace poco y no estaba muerto en absoluto.

Hay silencios y silencios. Algunos puedes interpretarlos; otros, no. Si a Hanson le sorprendió lo que le acababa de decir, si esa revelación lo había dejado atónito o si permanecía callado para ganar tiempo y pensar, me resultaba imposible de saber. Ni un halcón lo hubiera contemplado con más intensidad que yo, y aun así no podía decidir cuál era su caso.

—A ver si lo he entendido —empezó a decir, pero la puerta se abrió de nuevo y Bartlett, el mayordomo, entró de espaldas y encorvado como un simio mientras sujetaba una enorme bandeja con tazas, platillos, una tetera de plata, jarritas de plata,

servilletas blancas de lino y no sé cuántas cosas más. Dejó la bandeja encima de una de las mesitas y, con expresión desdeñosa, se marchó caminando con suavidad. Hanson se inclinó y vertió el té en dos tazas con un colador de plata, por supuesto, y me tendió una. La coloqué sobre el brazo del sillón e inmediatamente imaginé que la tiraba de un codazo accidental y que el líquido hirviente caía en mi regazo. Para saber comportarme en situaciones sociales como aquella habría necesitado a una adusta tía, ataviada con vestidos de alepín, con impertinentes y bigote, que me hubiera enseñado modales cuando era niño.

Antes de que Hanson dijera de aquella manera suya impostada y lánguida que había olvidado de qué estábamos hablando, me adelanté.

—Usted se preguntaba si había entendido lo que yo le he contado.

De pie junto a la chimenea, Hanson removía lentamente el té con una cucharilla de plata.

—Sí —dijo, y calló de nuevo con expresión reflexiva—. Dice que alguien vio hace poco en la calle al señor Peterson.

—Así es.

—Eso dice esa persona.

—Está bastante segura.

—¿De quién se trata?

—Alguien que conocía al señor Peterson. Que lo conocía muy bien.

Sus ojos adquirieron un brillo agudo de comadreja y dudé si no le habría contado demasiado.

—Alguien que lo conocía muy bien —repitió—. ¿Ese alguien podría ser una mujer?

—¿Por qué lo pregunta?

—Las mujeres son más propensas que los hombres a ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Ver a un hombre muerto andando en la calle. Imaginarse que lo han visto.

—Digamos que esa persona estaba relacionada con el señor Peterson. Dejémoslo ahí —dije.

—¿Es esa persona quien lo ha contratado para que venga aquí a investigar?

—Ni he dicho antes tal cosa ni lo digo ahora.

—Me está diciendo que sus investigaciones se basan en un informe de segunda mano, que trabaja de oídas.

—Alguien lo dijo y yo lo escuché.

—¿Y usted se lo cree?

—Creer no forma parte de mi trabajo. Yo no tomo partido, simplemente llevo a cabo la investigación.

—De acuerdo —pronunció las palabras como si salieran de su boca en un suspiro

y sonrió a continuación—. No ha probado su té, señor Marlowe.

Por educación bebí un pequeño sorbo. Ya casi estaba frío. No recordaba la última vez que había bebido té.

Una sombra se deslizó por el panel acristalado de la puerta por la que habíamos entrado. Alcé la vista y sorprendí lo que me pareció un niño, delgado y de rostro afilado, observándonos. Al descubrir que lo estaba mirando, se dio la vuelta rápidamente y desapareció. Giré el rostro hacia Hanson; él no parecía haberse percatado de aquella aparición en la puerta.

—¿A quién llamó aquella noche después de ver el cadáver?

—A la policía.

—Ya, ya lo sé, pero ¿adónde llamó? ¿A la comisaría o a la Oficina del Sheriff?

Se rascó una oreja.

—No estoy seguro. Llamé a la operadora y le pedí que me pasara con la policía. Llegó un coche patrulla y un policía en una moto. Creo que eran de Bay City.

—¿Recuerda el nombre de alguno de ellos?

—Me temo que no. Eran dos policías de paisano y el policía uniformado de la moto. Debieron de decirme sus nombres, pero si lo hicieron, los he olvidado. No me hallaba en el estado de ánimo más adecuado para prestar atención. No había visto a un hombre muerto desde que estuve en Francia.

—¿Estuvo en la guerra?

Él asintió.

—En la batalla de las Ardenas.

Hubo un silencio y fue como si un soplo de aire helado recorriera la habitación. Me incliné hacia delante en el sillón y carraspeé para aclararme la garganta.

—No quiero robarle más tiempo, señor Hanson, pero me gustaría preguntarle una vez más si está seguro, absolutamente seguro, de que el hombre que aquella noche vio tumbado sin vida en la carretera era Nico Peterson.

—¿Quién más podía ser?

—No tengo ni idea, pero ¿puede usted asegurar con certeza que se trataba de él?

Sus ojos oscuros y serenos se clavaron en mí.

—Sí, señor Marlowe, estoy seguro. No puedo decir a quién vio su cliente en aquella calle tiempo después, pero no era Nico Peterson.

Levanté con cuidado la taza por el platillo y la deposité en la bandeja. Mis rodillas crujieron cuando, acto seguido, me puse en pie. Sentarse en aquel sillón era lo más parecido a permanecer acurrucado en una bañera pequeña y muy honda.

—Gracias por atenderme —le dije.

—¿Qué hará ahora? —su curiosidad parecía real.

—No lo sé. Tal vez localizar a la chica del ropero... Stover, ¿no es así?

—Sí, Mary Stover. Sinceramente, creo que está perdiendo el tiempo.

—Es muy probable que tenga razón.

Él también dejó su taza en la bandeja y juntos anduvimos hacia la puerta por donde había entrado y salido el mayordomo. De nuevo, Hanson permaneció ligeramente atrás para cederme el paso. Recorrimos un pasillo iluminado por lámparas de pared de hierro labrado y cubierto con una moqueta gris perla tan mullida que no miento si digo que sentía el roce de la lanilla en mis tobillos. Atravesamos otra sala de fumadores, decorada con más artefactos indios y fotografías de Curtis en las paredes. Y, de nuevo, nos adentramos en un pasillo donde el aire era cálido, estaba cargado de humedad y olía a linimento.

—Por ahí se va a la piscina —dijo Hanson señalando una puerta blanca— y, a continuación, está el gimnasio.

Justo mientras pasábamos por delante, la puerta se abrió y apareció una mujer envuelta en un albornoz blanco de felpa. Una toalla blanca cubría su cabeza como un turbante y llevaba en los pies unas sandalias de plástico para la playa. Me llamaron la atención su rostro ancho y sus ojos verdes. Hanson, a mi lado, titubeó un instante, pero enseguida aceleró el paso mientras me cogía del codo para que lo siguiera.

La recepción ya no estaba vacía. Una joven con gafas de montura azul se encontraba sentada tras el mostrador. Saludó a su jefe con una sonrisa afectada y a mí me ignoró.

—Señor Hanson, ha recibido varias llamadas y tengo en el teléfono al señor Henry Jeffries, que pregunta por usted.

—Dígale que ahora mismo lo llamo, Phyllis —contestó Hanson con una de sus educadas sonrisas. Se volvió hacia mí y me tendió la mano—: Adiós, señor Marlowe, ha sido un placer conocerle.

—Gracias por dedicarme su tiempo.

Me acompañó a la puerta y salimos a la alfombra roja que había en la entrada.

—Me gustaría desearle suerte en su investigación, pero creo que no le llevará a ninguna parte —me dijo.

—Eso parece, desde luego —dejé vagar la vista por los árboles, el césped brillante, los coloridos racimos de flores—. Un sitio idílico para trabajar.

—Es verdad.

—Tal vez me pase alguna noche para jugar una partida de billar, o de *snooker* como usted diría, y para probar el brandy de la casa.

No pudo evitar una leve sonrisa satisfecha.

—¿Conoce a algún socio?

—Sí, podríamos decir que sí.

—Dígale que le traiga como invitado. Será bienvenido.

«Tan bienvenido como el demonio», pensé, pero sonreí con educación, me toqué el ala del sombrero con un dedo y me fui.

Me sentía perplejo. ¿Qué había sucedido exactamente durante la última hora? La visita guiada a la finca, la historia de la buganvilla, el discurso sobre la filantropía, la ceremonia del té... ¿A qué venía todo eso? ¿Por qué Hanson había dedicado tanto tiempo a un detective y a sus impertinentes preguntas sobre una muerte sin especial relevancia en una carretera cercana? ¿Se trataba tan solo de un hombre que no tenía gran cosa que hacer y que se había ocupado de un representante del sórdido mundo que empezaba tras las puertas doradas del Club Cahuilla para matar el tiempo de su ociosa mañana? Hanson no me daba esa sensación. Pero si no era así, ¿qué era lo que sabía y no quería contarme?

Había aparcado el Oldsmobile bajo un árbol, pero el sol se había desplazado, como insistía en hacer, y la mitad delantera del coche estaba cociéndose a fuego lento. Abrí todas las puertas y, mientras esperaba que se refrescara un poco el interior, me coloqué en la sombra y encendí un cigarrillo.

Tenía la sensación de que me estaban observando. Como cuando estás tumbado boca abajo sobre la arena cálida de la playa y percibes la caricia de una fresca brisa sobre los omoplatos desnudos. Miré alrededor, pero no vi a nadie. Entonces escuché una rápida pisada furtiva a mi espalda y su urgencia hizo que me sobresaltara. Me giré: ante mí estaba la personita que había sorprendido poco antes mirándonos a Hanson y a mí a través de la puerta de cristal. No era un niño, como pude ver; de hecho, calculé que debía de rondar la cincuentena. Iba uniformado con unos pantalones caquis y una camisa caqui de manga corta. Tenía un rostro marchito y unas manos como zarpas y sus ojos eran tan pálidos que parecían casi transparentes. Con el rostro vuelto a medias, me miraba de soslayo. Parecía muy tenso, como un pequeño animal salvaje, un zorro o una liebre, que se hubiera aproximado a mí por curiosidad y estuviera listo para salir disparado tan pronto yo hiciera el más mínimo movimiento.

—Hola, paisano —lo saludé en tono informal.

Asintió con una pequeña sonrisa taimada, como si yo hubiera dicho exactamente lo que él esperaba que dijera para tranquilizarle y engañarle.

—Lo conozco —dijo con una voz herrumbrosa que más parecía un susurro.

—¿Sí?

—Claro que sí, lo he visto con Garfio.

—Me parece que se equivoca, yo no conozco a ningún Garfio.

Sonrió tensando los labios.

—Claro que lo conoce.

Moví la cabeza, pensando que debía de ser uno de los rufianes y marginados del señor Canning, tiré el cigarrillo a las hojas secas que había a mis pies y lo pisé. Cerré tres de las puertas del coche, me senté ante el volante caliente y bajé la ventanilla.

—Tengo que marcharme. Encantado de conocerlo.

Aún de medio lado, se acercó furtivamente al coche.

—Hay que tener cuidado con Garfio. Esté atento, no le vaya a enrollar a su servicio —dijo.

Giré la llave de contacto. Hay algo magnífico y excitante en el ronroneo de un potente motor V8 cuando está en punto muerto. Siempre me recuerda a una de esas mujeres estatuarias de la alta sociedad neoyorquina de finales del siglo XIX, con sus miriñaques y sombreros, y sus suaves y pálidas gargantas prominentes. Pero tan pronto como aceleré, aquella imagen cedió paso a la de Teddy Roosevelt, todo ruido y bravuconería.

—Hasta la vista, muchacho —hice un breve gesto de despedida con la mano.

El hombrecito puso la mano en la ventanilla, impidiendo que me alejara.

—Él es el Capitán Garfio y nosotros somos los Niños Perdidos.

Su rostro estaba pegado al mío. Lo miré detenidamente y, de pronto, estalló en carcajadas. Era una de las risas más extrañas que hubiera oído nunca, un agudo relincho, desesperado y demente.

—Eso es, eso es: él es Garfio y nosotros, los Niños. Ja, ja, ja.

Se marchó andando de lado como un cangrejo y arrastrando los pies, mientras movía la cabeza sin parar de reír. Lo observé durante un momento, luego aceleré y conduje hacia la salida, al final de la pendiente. Marvin me saludó y alzó la barrera, levantando la cabeza hacia un lado con su peculiar expresión de asco. Tan pronto sobrepasé el muro, giré el volante al máximo hacia la derecha y pisé a fondo el acelerador con el mismo alivio de un hombre cuerdo que hubiera escapado del manicomio.

Cuando regresé a mi oficina en el Edificio Cahuenga, tenía un mensaje telefónico. Me lo dijo la operadora con su voz nasal y plañidera. Mientras la escuchaba me parecía tener una avispa atrapada en la oreja.

—La señora Anises le llamó —me comunicó.

—¿La señora qué? ¿Anises?

—Eso dijo, lo tengo aquí escrito. Preguntó si se podría reunir con ella en el Ritz-Beverly a las doce.

—No conozco a nadie que se llame Anises. ¿Qué apellido es ese?

—Lo tengo aquí escrito en mi libreta: señora Dorothea Anises, hotel Ritz-Beverly, a las doce.

Una luz se encendió en mi cerebro. Debería haber caído antes, pero mi cabeza seguía en el Club Cahuilla.

—*Langrishe* —dije—, Dorothea *Langrishe*.

—Eso le acabo de decir.

—De acuerdo —suspiré y, tras colgar el teléfono, añadí refunfuñando—: Gracias, Hilda.

La operadora no se llamaba así, pero cada vez que le colgaba me refería a ella con ese nombre. Con esa voz le pegaba llamarse Hilda, no me pregunten por qué.

El Ritz-Beverly era un elegante edificio con grandes pretensiones. El portero iba ataviado con casaca y bombín inglés, y tenía pinta de desdeñar cualquier propina menor de diez dólares. El vestíbulo, de mármol negro, era tan amplio como medio campo de fútbol. En el centro había una enorme mesa redonda con unas calas inmensas en un jarrón de cristal tallado. El pesado perfume de las flores me cosquilleó la nariz y tuve que reprimir el deseo de estornudar.

La señora Langrishe me había pedido que me reuniera con ella en el Salón Egipcio. Era una estancia con mobiliario de bambú, estatuas de mujeres parecidas a Nefertiti que sostenían teas en alto y, sobre las mesas, lámparas con pantallas de un material que parecía papiro, pero que obviamente era papel. Un mapa pintado del Nilo cubría una de las paredes. En el río había falúas y cocodrilos y sobre el agua volaban unos pájaros blancos que creo que se llaman ibis. En las riberas del río había pirámides, por supuesto, y una esfinge con expresión somnolienta. Resultaba impresionante y teatral, pero no era más que un bar.

La imagen de Clare Cavendish estaba grabada en mi mente y yo suponía que la madre sería una copia de su hija. ¡Qué equivocado estaba! La escuché antes de verla. Tenía voz de estibador irlandés, áspera, fuerte y ronca. Sentada ante una mesita

dorada, y bajo las hojas de una alta palmera plantada en un tiesto, le estaba explicando al camarero cómo preparar el té.

—Primero tiene que hervir el agua. ¿Sabe hacer eso? A continuación, vierta el agua en la tetera para calentarla. Escalde bien la tetera, ¿me sigue? Luego tire esa agua, añada más a la tetera y eche una cucharada de té por persona y otra más para la tetera. Déjelo reposar durante tres minutos. Piense en un huevo pasado por agua: tres minutos, ni uno más ni uno menos. Y en ese momento puede servir el té. ¿Lo ha entendido bien? Porque este brebaje que me ha traído —y señaló la tetera— es un aguachirle insípido.

El camarero, un latino moreno y bien plantado, había palidecido.

—Sí, señora —dijo intimidado, y se apresuró a retirarse, sujetando la tetera y su denigrado contenido lo más lejos posible, como si pudiera contaminarle. Si no hubiera estado tan bien entrenado, se habría enjugado la frente.

—¿La señora Langrishe? —le pregunté.

Era muy baja y muy gruesa. Oculto bajo las ropas, su cuerpo parecía un barril en el que hubieran horadado cuatro agujeros para los brazos y las piernas. Tenía un rostro redondo y rosado y llevaba peluca, una melena ondulada del color de la alheña. Lo único que tenía en común con Clare eran sus ojos, con aquel iris negro y brillante que era, sin duda, un rasgo de familia. Estaba embutida en un traje de dos piezas de satén rosa, que combinaba con unos robustos zapatos blancos y con un sombrero que debía de haber confeccionado en un mal día el mismo autor del diminuto accesorio negro que llevaba Clare la tarde que la conocí. Alzó el rostro para mirarme y arqueó una ceja maquillada.

—¿Es usted el señor Marlowe?

—Sí, soy yo.

Señaló una silla a su vera.

—Siéntese aquí, quiero verlo bien.

Tomé asiento. Escrutó mi rostro detenidamente. Tengo que reconocer que olía muy bien, como era previsible. Su traje, de un tejido que creo que se llama tafetán, crepitaba cada vez que ella se movía y una ráfaga de perfume salía despedida de sus pliegues.

—Trabaja para mi hija, ¿no es así? —inquirió.

Saqué la pitillera y las cerillas y encendí un cigarrillo. No, no había olvidado ofrecerle, pero ella lo había rechazado con un gesto de la mano.

—Señora Langrishe, ¿quién le ha hablado de mí?

Ella se rio.

—Lo que usted quiere saber es cómo lo he localizado. Ah, le gustaría que se lo contara, ¿verdad?

El camarero regresó con la tetera y le sirvió, nervioso, una taza de té.

—Esto es otra cosa —dijo ella—. Así debe ser el té, lo suficientemente fuerte como para reanimar a un muerto.

Él sonrió, aliviado.

—Gracias, señora —le dijo, me miró de reojo y se fue.

La señora Langrishe echó leche al té y añadió cuatro terrones de azúcar.

—En casa no me dejan —dijo sombría, mientras depositaba las pinzas en su sitio, y añadió con el ceño fruncido—: Médicos, bah.

No comenté nada. Me resultaba difícil creer que hubiera alguien capaz de impedir que esa mujer hiciera lo que quisiera.

—¿Le apetece una taza? —me preguntó.

Rechacé el ofrecimiento con educación. Dos tazas de té en un solo día eran más de lo que mi cuerpo podía tolerar. Ella bebía el suyo, sujetando el platillo a la altura de la barbilla. Cuando bajó la taza, me pareció escuchar cómo chasqueaba los labios.

—Por lo visto, se ha perdido una gargantilla. ¿Es así?

—¿Se lo ha contado Clare? Quiero decir, la señora Cavendish.

—No.

Entonces había sido el marido. Con aire despreocupado, me retrepé en la silla para fumar. La gente suele creer que los detectives son estúpidos. Imagino que piensan que no consiguieron entrar en la policía porque no son lo bastante listos. En algunos casos es verdad. Y, a veces, resulta útil hacerse pasar por tonto. Los demás se relajan y cuando uno se relaja se vuelve descuidado. Pero era obvio que eso no iba a funcionar con la señora Dorothea Langrishe. Podía tener el aspecto de la lavandera irlandesa de la canción *Irish Washerwoman* y hablar como un peón, pero era tan incisiva como el alfiler de su sombrero.

Dejó la taza y el platillo sobre la mesa y contempló la sala con mirada mordaz.

—Fíjese en este sitio. Por su aspecto podría ser un burdel de El Cairo, y no es que yo haya estado jamás en El Cairo —añadió jocosa. Cogió el menú y se lo acercó a la nariz, mirándolo detenidamente. Lo habían diseñado como un antiguo rollo, con falsos jeroglíficos en los márgenes—. Ay, no consigo leerlo, me he olvidado las gafas. Tome —y me puso el menú en las manos—, ¿hay algo dulce?

—Tienen todas las tartas posibles. ¿Qué le apetece?

—¿Tienen tarta de chocolate? Me encanta el chocolate —alzó una mano gordezuela e hizo señas al camarero, que se aproximó. Ella giró el rostro hacia mí—: Dígaselo.

Así hice.

—A la señora le gustaría tomar una porción de Delicia de Triple Cacao Fondant.

—Muy bien, señor.

Se marchó sin preguntarme si yo deseaba algo. Debía de haber adivinado que yo era un criado, igual que él.

—Clare no le ha contratado a usted por ese asunto de las perlas, ¿verdad? —dijo la señora Langrishe, mientras rebuscaba en su bolso hasta sacar una lupa con el mango de hueso—. Mi hija no es una mujer que pierda cosas, y aún menos cosas como gargantillas de perlas.

Desvié la mirada hacia la estatua de una de las esclavas. Sus ojos, excesivamente maquillados en negro, eran almendrados y tan grandes que llegaban hasta la mitad lateral de su cabeza, justo hasta el borde del pelo, dorado y macizo como un casco. El escultor le había modelado un bonito pecho y un atractivo trasero. Los escultores son así, les gusta complacer... Complacer a los hombres que acuden a salones como aquel.

—Señora Langrishe, permítame preguntarle de nuevo quién le ha hablado de mí.

—No siga dándole vueltas. No ha sido difícil encontrarlo —me lanzó una mirada burlona—. Usted no es el único capaz de realizar pesquisas.

No la iba a dejar cambiar de tema.

—¿Le dijo el señor Cavendish que estuve en su casa?

Trajeron la porción de Delicia de Triple Cacao Fondant. La señora Langrishe, sus ojos reducidos a dos ávidas ranuras, la examinó con la lupa y con la misma aplicación que hubiera empleado Sherlock.

—Richard no es un mal chico —replicó, como si yo hubiera criticado a su yerno—. Es un haragán, desde luego —se llevó a la boca la cuchara con un buen pedazo de tarta—. ¡Ah, qué rica! Mmm... —exclamó.

Me hubiera gustado saber qué habrían dicho sus médicos al verla engullir semejante delicia tóxica.

—Bueno, ¿me va a decir al menos por qué me ha pedido que venga?

—Ya se lo he dicho, quería echarle un vistazo.

—Me disculpará entonces, señora Langrishe, pero ahora que ya me ha visto, creo que...

—Por favor, pare —dijo con mucha calma—. No se dé esos aires. Estoy segura de que mi hija le paga generosamente, así que puede dedicar unos minutos a su pobre y anciana madre.

Le podría haber dicho que su hija no me había pagado ni un céntimo hasta el momento. «Calma, Marlowe —me dije—, ten calma».

—No puedo hablar del encargo de su hija. Es un asunto profesional y queda entre ella y yo.

—Por supuesto. ¿He dicho yo que no lo fuera? —tenía una pizca de nata en la barbilla—. Pero es mi hija y no puedo evitar preguntarme para qué necesita contratar a un detective.

—Ya se lo ha dicho ella.

—Lo sé, lo sé. La preciosa gargantilla de perlas que ha perdido —se giró hacia

mí. Intenté no mirar la mancha blanca en su barbilla—. ¿Por qué clase de tonta me toma, señor Marlowe? —me preguntó casi con dulzura y un esbozo de sonrisa—. El asunto no tiene nada que ver con perlas. Está metida en algún lío, ¿verdad? ¿Se trata de un chantaje?

—Le repito lo que le he dicho antes, señora Langrishe —contesté con tono fatigado—. No puedo hablar con usted del encargo que me ha hecho su hija.

Ella asintió sin apartar los ojos de mí.

—Lo sé, ya le oí la primera vez.

Dejó el tenedor en el plato, exhaló un suspiro saciado y se limpió la boca con la servilleta. Sentí la tentación de pedir una copa, un cóctel con angostura y una ramita verde de adorno, pero decidí no hacerlo. Podía imaginarme la mirada burlona que la señora Langrishe dedicaría a mi vaso.

—¿Sabe algo de perfumes, señor Marlowe? —me preguntó.

—Sé reconocer un perfume cuando lo huelo.

—Claro, claro. Pero ¿sabe algo sobre cómo se fabrican? ¿No? Ya lo imaginaba.

Se echó hacia atrás en la silla y contoneó ligeramente el cuerpo dentro del traje rosa. Sospeché que iba a darme una conferencia y me acomodé para adoptar una actitud que resultara atenta. ¿Qué estaba haciendo allí? Me perdía ser tan caballeroso.

—Casi todos los que trabajan en la industria del perfume basan sus productos en la esencia de rosas. Mi secreto es que yo utilizo lo que se denomina extracto de rosa, un producto muy superior que no se consigue por destilación, sino por disolventes. ¿Sabe dónde se obtiene?

Negué con la cabeza. Es lo que se esperaba de mí: escuchar, asentir, mover la cabeza, estar atento.

—¡En Bulgaria! —exclamó con el tono de un jugador de póquer que abre sobre la mesa una escalera de color—. Exactamente allí, en Bulgaria. Hacen la recolecta por la mañana antes de que salga el sol, cuando la fragancia de las flores es más intensa. Se necesitan ciento trece kilos de pétalos para conseguir treinta gramos de extracto de rosa, ya puede imaginar su coste. Ciento trece kilos para treinta gramos, ¡piénselo! —su mirada se volvió ensoñadora—. Mi fortuna se levanta sobre una flor. ¿Puede creerlo? La rosa damascena. Es una flor maravillosa, señor Marlowe, uno de los regalos que Dios nos ha dado a cambio de nada, como muestra de su gran generosidad —suspiró de nuevo, satisfecha. Era rica, era feliz y tenía el estómago rebosante de Delicia de Triple Cacao Fondant. Me dio un poco de envidia. Pero entonces su expresión se ensombreció—. Dígame para qué lo ha contratado mi hija. ¿Me lo va a decir?

—No, señora Langrishe, no se lo voy a decir. No puedo.

—¿Y si hablamos de dinero? Soy muy rica, ¿sabe?

—Sí, me lo dijo su hija.

—Ponga usted el precio —me limité a mirarla—. ¡Por Dios, señor Marlowe! Es usted un hombre bien testarudo.

—No crea, tan solo soy un hombre normal y corriente que trata de ganarse la vida con honestidad. Hay miles como yo, señora Langrishe. Millones. Hacemos nuestros aburridos trabajos, regresamos cansados a casa por la noche y no olemos a rosas.

Ella permaneció sentada sin decir nada, contemplándome con una media sonrisa. Me alegró comprobar que se había limpiado la nata de la barbilla. Aquella pizca de grasa no le sentaba nada bien.

—¿Ha oído hablar de la guerra civil irlandesa?

La pregunta me desconcertó.

—Conocí a un hombre que había luchado en una guerra irlandesa. Me parece que la guerra de Independencia —contesté.

—Esa fue anterior a la que yo le he mencionado. Normalmente las guerras de independencia preceden a la guerra civil. Así suelen ser las cosas. ¿Cómo se llamaba ese amigo suyo?

—Rusty Regan. No era mi amigo; de hecho, nunca nos vimos. Lo mató una chica. Es una historia larga y no muy edificante.

No me escuchaba. Noté por su expresión que se hallaba muy lejos, en algún punto de su pasado.

—A mi esposo lo mataron en la guerra civil. Luchaba en el bando de Michael Collins. ¿Sabe quién era Michael Collins?

—¿Un guerrillero? ¿Del IRA?

—Exactamente. A él también lo mataron.

Levantó la taza de té vacía, miró dentro y la volvió a colocar en su platillo.

—¿Qué le ocurrió a su marido? —le pregunté.

—Vinieron a buscarlo durante la noche. Yo no sabía adónde se lo llevaban. Hasta el día siguiente no lo encontraron. Lo habían bajado a la playa de Fanore, un sitio muy solitario en aquellos días, y lo habían enterrado en la arena hasta el cuello. Lo dejaron allí, frente al mar, para que pudiera ver cómo se aproximaban las olas. En Fanore tarda mucho en subir la marea hasta alcanzar la pleamar. Lo descubrieron cuando volvió a bajar la marea. No me dejaron ver el cuerpo. Imagino que los peces ya habían comenzado su trabajo. Se llamaba Aubrey. Aubrey Langrishe. ¿No es un nombre raro para un irlandés? No había muchos protestantes entre los republicanos que lucharon en la guerra civil. No, no había muchos.

Permanecí callado unos instantes.

—Lo siento, señora Langrishe —dije al fin.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué? —parecía haberse olvidado de mi presencia.

—Vivimos en un mundo cruel —le dije.

Los demás siempre me cuentan los acontecimientos terribles que han padecido ellos y sus seres queridos. Me daba pena aquella anciana entristecida, pero ser constantemente compasivo y amable resulta agotador.

—Estaba embarazada de siete meses cuando murió —dijo nostálgica—. Clare nunca conoció a su padre. Yo creo que su ausencia le ha afectado. Ella asegura que no es así, pero a mí no me engaña —se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la mía. Ese contacto físico me sorprendió, pero me esforcé por no mostrarlo. La palma de su mano tenía un tacto cálido y quebradizo, como si fuera... Bueno, como si fuera papiro o como yo imaginaba el tacto del papiro—. Debe ir con cuidado, señor Marlowe. Me parece que no sabe con quién está tratando.

No sabía a quién se refería, si a ella, a su hija o a otra persona.

—Tendré cuidado —le dije.

No me escuchaba.

—Puede causar daño —dijo con premura—. Mucho daño —separó su mano de la mía—. ¿Sabe lo que quiero decir?

—No tengo ninguna intención de hacerle daño a su hija, señora Langrishe.

Me miraba a los ojos con una curiosa expresión que no supe interpretar. Tuve la sensación de que se reía de mí, pero al mismo tiempo quería dejar claro que me estaba haciendo una advertencia. Era una mujer dura, probablemente despiadada, que probablemente pagaba menos de lo debido a sus empleados y que, probablemente, podía hacer que me mataran si así lo deseaba. Pero, al mismo tiempo, había algo en ella que me gustaba. Tenía entereza. Aquella no era una palabra que me agradara usar a menudo, pero en aquel caso resultaba perfecta.

Se levantó, con una mano dentro de la chaqueta para subirse un tirante. Yo también me puse en pie y saqué la cartera.

—No se preocupe, tengo cuenta aquí. Además, no ha tomado nada. Supongo que le apetecía tomar una copa —soltó una carcajada, que sonó como si cloqueara—. Espero que no estuviese aguardando a que yo le preguntara. Conmigo no merece la pena ser tímido. Que cada cual se las apañe, ese es mi lema.

Le sonreí.

—Adiós, señora Langrishe.

—Por cierto, aprovechando que está aquí, tal vez pueda ayudarme. Necesito un chófer. El último era un granuja y tuve que despedirlo. ¿Conoce a alguien adecuado para ese trabajo?

—Ahora mismo no me viene nadie a la cabeza, pero si se me ocurre algún nombre, se lo diré.

Ella me contemplaba pensativa, como si estuviera imaginándose con uniforme y gorra de visera.

—Lástima —dijo. Se puso unos guantes de algodón blanco como los que venden

en Woolworth—. No sé si sabe que, en realidad, mi apellido es Edwards. Volví a casarme cuando ya vivía aquí y tiempo después el señor Edwards se despidió de mí. Me gusta más Langrishe. Tiene cierta sonoridad, ¿no cree?

—Sí, sin duda —afirmé.

—Tampoco me llamo Dorothea. Mi nombre de pila es Dorothy, aunque siempre me han llamado Dottie. Dottie Edwards no quedaría bien en un frasco de perfume. ¿Se lo imagina?

No pude evitar reírme.

—No quedaría bien, no.

Me miró a los ojos con una ancha sonrisa y, con el índice doblado, me dio un golpecito en la corbata, a la altura del esternón.

—Recuerde lo que le he dicho, señor Marlowe. A uno le pueden hacer daño si no está alerta.

Y, tras darse la vuelta, se marchó balanceándose como un pato.

Fui en coche a The Bull and Bear para comer algo. Ver cómo Mamá Langrishe se atiborraba de tarta de chocolate me había abierto el apetito y además casi era la hora de la comida. Mientras avanzaba lentamente por la Franja de Las Vegas, manejando el volante con un dedo, pensé una vez más en llamar a Clare Cavendish para decirle que abandonaba el trabajo. No me había enviado el contrato firmado y el vil metal no había pasado de sus manos a las mías, así que nada me impedía decirle adiós. Pero no es fácil despedirse de una mujer así a no ser que te obliguen, e incluso en ese caso tampoco resultaría sencillo. La recordé sentada en mi oficina, ataviada con el sombrero y el velo y fumando un Sobranie Black Russian en boquilla de ébano, y supe que no podía hacerlo, que no era capaz de romper el lazo que me unía a ella. Todavía no.

No sé qué es peor, si los bares que pretenden pasar por irlandeses, con sus tréboles de plástico y sus bastones tradicionales, o los que pretenden pasar por *cockneys*, como el Bull. Podría describirlo, pero me da pereza; imaginen dianas y grifos de cerveza de madera y fotos enmarcadas y viradas en rosa de una joven reina Isabel —que es la misma de ahora— a caballo. Me senté en una mesa en la esquina y pedí un sándwich de rosbif y una jarra de cerveza de malta. Estaba tibia, como la sirven en el barrio londinense de Lambeth. En cuanto al sándwich, sin duda masticar un trozo recocado de vaca y tan duro como la lengua de un inglés ayuda a mantener una actitud prudente en la vida. ¿Cuál era el siguiente paso que debía dar en mi investigación sobre Nico Peterson? Si seguía vivo, alguien debía saber dónde estaba y en qué andaba metido. Pero ¿quién? Recordé entonces que Clare Cavendish había mencionado a una actriz de cine con la que Peterson había trabajado o para la que había trabajado. ¿Cómo se llamaba? Mandy algo... Mandy Rogers, eso es, la Jean Harlow de aquel pobre hombre. Tal vez mereciera la pena hablar con ella. Bebí un sorbo de cerveza. Tenía el color de la cera para zapatos y sabía a agua jabonosa. ¿Cómo era posible que Britania dominara los mares si aquello era lo que les daba de beber a sus marineros?

Me levanté de la mesa y crucé el local hacia la cabina telefónica para llamar a un antiguo colega, Hal Wiseman. Ambos éramos detectives, pero él estaba en nómina de los Estudios Excelsior. Tenía un cargo rimbombante, jefe de Seguridad o algo parecido, y se lo tomaba con calma. ¿Por qué no? Se pasaba los días cuidando a jovencitas que aspiraban a ser estrellas y vigilando que los jóvenes actores permanecieran en el buen y recto camino o, por lo menos, en un camino no demasiado salvaje ni torcido. De vez en cuando, recurría a sus contactos en la Oficina

del Sheriff para librar a una de las estrellas de los Excelsior de una redada de drogas o para que levantaran los cargos a un ejecutivo del estudio acusado de conducir ebrio o de golpear a su esposa. Él aseguraba que no era mala vida. Mientras esperaba a que descolgara el teléfono, maniobré con la lengua para sacar un pedazo de ternilla que tenía entre los molares superiores. Desde luego, el rosbif de la vieja Inglaterra se resiste con tenacidad.

Por fin, respondió.

—Hola, Hal.

Reconoció inmediatamente mi voz.

—Hola, Phil, ¿cómo te va la vida?

—Tirando.

—¿Estás en un cóctel o algo parecido? Oigo jarana de fondo.

—Estoy comiendo en The Bull and Bear. No veo a ningún juerguista, solo a la clientela habitual. Escucha, Hal, ¿conoces a Mandy Rogers?

—¿Mandy? Sí, la conozco —su voz se había vuelto repentinamente precavida. Hal no era un hombre guapo, parecía un cruce entre Wallace Beery y Edward G. Robinson. Su éxito con las mujeres era un misterio para quien no fuese una mujer. Tal vez era un gran conversador—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por un tipo que trabajó con ella. Hacía de agente. Su nombre es Nico Peterson.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. ¿De qué va esta historia, Phil?

—¿Podrías conseguirme una cita con la señorita Rogers?

—¿Para qué?

—Quiero hablar con ella acerca de Peterson. Hace un par de meses lo mataron por la noche en Pacific Palisades.

—¿Sí? ¿Cómo lo mataron? —Hal sonaba cada vez más hermético, cerrándose lentamente como una almeja gigante.

—Lo atropellaron y se dieron a la fuga.

—¿Y?

—Tengo un cliente que me paga para que investigue la muerte de Peterson.

—¿Hay tras esa muerte más de lo que parece?

—Podría ser.

Permaneció callado. Oía su respiración como si fuera el sonido de su mente trabajando con lentos y largos latidos.

—¿Qué tiene que ver Mandy Rogers con todo eso?

—Nada en absoluto, pero necesito información sobre Peterson. Ese tipo es un enigma.

—¿Un enigma?

—Digamos que hay ciertos indicios acerca de él que hacen pensar que ahí hay más de lo que se ve a simple vista.

Más respiraciones, más reflexión. Por fin, dijo:

—Supongo que a Mandy no le importará hablar contigo —soltó una risa sofocada—. Ahora mismo no está precisamente ocupada. Déjame a mí. ¿Sigues en la misma oficina, ese cuchitril en Cahuenga? Ya te llamaré.

Volví a mi mesa, pero al ver el sándwich a medio comer y la pinta de cerveza tibia a medio beber se me quitaron las ganas de sentarme. Dejé un billete junto al plato y me marché. Un nubarrón morado había surgido de la nada y cubría el sol; en la calle, la luz tenía un tinte violáceo y hostil. Tal vez fuera a llover. En verano y en aquellas latitudes sería una agradable sorpresa.

Hal era un hombre de palabra y me llamó por la tarde. Mandy Rogers se reuniría conmigo en el estudio, debía ponerme en camino ya. Agarré el sombrero, cerré la oficina y salí a la calle. La nube seguía sobre la ciudad, o tal vez era otra nube exactamente igual, y en la acera rebotaban gotas del tamaño de un dólar de plata. Crucé la calle a la carrera y logré entrar en el coche justo cuando empezaba a llover en serio. Puede que no lloviera a menudo, pero cuando llovía, llovía de verdad. Las escobillas del limpiaparabrisas del Oldsmobile estaban viejas y tuve que inclinarme sobre el volante y pegar prácticamente la nariz al cristal para ver la carretera.

Hal me esperaba en la verja de entrada al estudio, en el interior de la cabina del vigilante. Salió con la chaqueta sobre la cabeza y se introdujo a toda prisa en el coche, a mi lado.

—¡Maldita sea! ¡Mírame, solo he dado tres pasos y estoy calado!

¿He dicho que a Hal le gustaba vestir bien? Llevaba un traje cruzado de lino pálido, una camisa verde con una corbata de seda también verde y zapatos bicolors en marrón y blanco. A eso había que añadir una pulsera de eslabones de oro, dos o tres anillos y un reloj Rolex. Parecía irle bien; tal vez yo debería plantearme entrar en la industria del cine.

—Gracias por tu ayuda, Hal. Te lo agradezco de verdad —le dije.

—Bah, bueno —masculló él con el ceño fruncido, al tiempo que se sacudía las gotas de las hombreras de su chaqueta.

Los estudios de cine son un lugar extraño. Cuando estás dentro, te sientes como si soñaras despierto mientras te cruzas con vaqueros y chicas de revista, hombres-mono y centuriones romanos, que van caminando igual que trabajadores que se dirigieran a la oficina o a la fábrica. Aquel día todo parecía aún más extraño, pues la mayoría de los actores se cubrían con paraguas. Los paraguas tenían el logo del estudio —un brillante sol amarillo que se elevaba desde un lago rojizo— y, estampadas con una recargada caligrafía dorada, las palabras «Excelsior Pictures».

—¿Era James Cagney ese con el que nos acabamos de cruzar?

—Sí, nos lo ha cedido la Warner Brothers para rodar un film de boxeo. La película es una basura, pero Cagney la salvará. Para eso sirven las estrellas. Gira ahora a la izquierda.

—¿Conoces la palabra *blasé*, Hal? Es francesa.

—No, ¿qué significa?

—Significa que lo has visto todo y ya nada te importa.

—Ya entiendo por dónde vas —dijo con acritud, mientras seguía sacudiéndose las gotas de las solapas de su chaqueta—. Ya veríamos cómo te sentirías *tú* si tuvieras que limpiar un vómito en el asiento trasero de tu coche a las cuatro de la mañana después de sacar por enésima vez a una estrella de la gran pantalla de la celda donde encierran a los borrachos y depositarla en su mansión de Bel-Air. Por no hablar de las mujeres... Ellas son todavía peores. ¿Has coincidido alguna vez con Tallulah Bankhead?

—No, la verdad es que no.

—Tienes suerte. Para aquí.

Estábamos en la cantina. Un chaval rubio con una cazadora de cremallera se acercó de un salto desde la puerta con un paraguas Excelsior y acompañó a Hal hasta el edificio. A mí me dejaron solo para que me las apañara con la lluvia como pudiera.

—Dale la llave a Joey. Él se encargará de vigilar tu coche —dijo Hal.

Joey me dedicó una amplia sonrisa. Se había arreglado los dientes y yo podría haber apostado a que en eso se habían ido los ahorros de su vieja mamá en Peoria o donde fuera que viviese. En Hollywood todo el mundo aspira a ser una estrella.

Era media tarde y el lugar estaba prácticamente vacío. Frente al largo mostrador donde se servía la comida había un ventanal que daba a una suave pendiente con césped, palmeras y un pequeño estanque. La lluvia golpeaba el agua con tanta fuerza que la superficie parecía una cama de clavos. Mandy Rogers estaba sentada en una mesa junto a la ventana. Con una mano en la barbilla, expresión soñadora y la mirada perdida en el día triste y gris, parecía estar pensando en asuntos importantes.

—Hola, Mandy —dijo Hal, posando una mano en su espalda—. Este es el hombre del que te hablé. Te presento a Philip Marlowe.

Ella reaccionó como si le costara salir de su ensimismamiento y luego volvió sus ojos hacia mí y sonrió. He de reconocer que hasta los actores más insignificantes de cine tienen algo especial. Pasan tanto tiempo al día observando su reflejo en las cámaras, en los espejos y en los ojos de sus fans que un suave barniz parece recubrirlos, como si los hubieran untado con una miel especial. El resultado en las mujeres de esa especie es capaz de quitarte el aliento cuando tienes la suerte de tenerlas cerca.

—Encantada, señor Marlowe.

Mandy Rogers me ofreció una de sus pequeñas y blancas manos para que la estrechara. Su voz disipó parte de la magia. Era tan aguda y penetrante que podría haber grabado su nombre en vidrio con ella.

—Gracias por atenderme, señorita Rogers —dije.

—Por favor, llámeme Mandy.

Yo seguía estrechando su mano y ella no parecía tener prisa en retirarla.

—Siéntate, Phil, tienes pinta de ir a desmayarte —intervino Hal con aspereza.

¿Tanta era la impresión que me había causado? Mandy Rogers no era Rita Hayworth. Era más bien baja, no exactamente delgada, rubia de bote, con una boca en forma de mariposa y una barbilla regordeta. Sus ojos sí eran bonitos, azules, muy claros y muy grandes. Llevaba un vestido escarlata con corpiño ajustado y falda de vuelo. Una chica solo podía vestirse así a media tarde en unos estudios de cine.

Ella retiró por fin su mano y yo me senté en una silla de metal. Vi de soslayo, al otro lado de la ventana, un azulejo que salió revoloteando de una palmera y se posó en la hierba húmeda.

—Bueno, os dejo solos. Mandy, ten cuidado con este tipo. No es tan inofensivo como parece —Hal me dio un leve puñetazo en el hombro y se fue.

Mandy suspiró.

—Es encantador. No es fácil encontrar a gente como él en este negocio.

—No me cabe duda, señorita Rogers.

—*Mandy* —me dijo mientras movía la cabeza y sonreía.

—De acuerdo, Mandy.

En la mesa, frente a ella, había una botella de Coca-Cola de la que sobresalía una pajita.

—¿Es cierto lo que dice Hal? ¿Es usted tan peligroso?

—No. Soy un tipo fácil, ya verá.

—Me ha dicho que es detective. Debe de ser emocionante.

—Tanto que no se puede aguantar.

Me dedicó una vaga sonrisa, cogió la botella y sorbió la Coca-Cola por la pajita. Hubiera podido pasar por una cría sentada en un quiosco de refrescos y soñando con convertirse en una gran estrella mientras bebía una gaseosa. Con la cabeza inclinada sobre la pajita y la vista baja, sus pestañas casi rozaban la suave curva de su mejilla. Me pregunté cuánto debería ya a quién sabe cuántos hombres en aquella ciudad.

—Nico Peterson fue su agente, ¿no es cierto?

Ella dejó la botella sobre la mesa.

—Quería ser mi agente. Me consiguió algunos trabajos. ¿Ha visto *Riders of the Red Dawn*?

—No, aún no —contesté.

—Ya la han quitado. Joel McCrea iba a estar en la película, pero algo ocurrió y no

pudo hacerlo. Yo era la hija del rancharo.

—Iré a verla cuando la repongan.

Ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Es usted muy amable. ¿Todos los detectives son así?

—No todos, no —le ofrecí un cigarrillo de mi pitillera de plata, pero movió negativamente la cabeza mientras apretaba los labios con recato. Podía imaginármela como la hija del rancharo, pasando del melindre a la jarana, con una falda de cuadros, botines y un gran lazo en la cabeza—. ¿Qué me puede contar del señor Peterson?

—¿Qué le gustaría saber?

Se mordió el labio y se apartó con coquetería el esponjoso pelo con la mano. Había interpretado una docena de papeles en los cinco minutos que llevaba con ella: desde la quinceañera hasta la ninfa de grandes ojos. Pero seguía pareciendo una niña.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Se llevó el índice a la mejilla y presionó hasta crear un hoyuelo mientras alzaba los ojos al techo. Me imaginé el texto en el guion: *Ella se detiene para pensar*.

—Creo que una semana antes de que muriera. Estaba intentando meterme en la nueva película de Doris Day. ¿Sabía que el verdadero nombre de la señora Day es Kappelhoff? Dicen que Rock Hudson también estará —su ingenua carita se ensombreció un instante—. Supongo que ya no me darán el papel. ¡Qué se le va a hacer!

Un joven se acercó a la mesa. Vestía un delantal corto blanco y llevaba una bandeja. Habría podido ser el hermano pequeño del que había sujetado el paraguas para Hal cuando salimos del coche bajo la lluvia. No quise dedicar ni un minuto a pensar cómo la industria del cine devora a los jóvenes y ambiciosos. En lugar de eso, le pedí una taza de café.

—Inmediatamente, señor —el joven dedicó una rápida sonrisa a Mandy y se marchó.

—¿Era Nico un buen agente? Lo que quiero saber es si tenía éxito —le pregunté.

Mandy dedicó de nuevo unos instantes a pensar la respuesta.

—No era uno de los grandes. Estaba empezando, igual que yo, aunque él era mucho mayor, desde luego. No sé muy bien a qué se dedicaba antes de convertirse en agente.

—¿Se veían fuera del trabajo?

Arrugó la nariz, el gesto más cercano a la desaprobación en aquel rostro dulce y sin arrugas.

—¿Quiere decir si él intentó...? No, no teníamos ese tipo de relación.

—Lo que quiero decir es si la sacaba por ahí, si la llevaba a sitios para que conociera a gente.

—¿Qué clase de gente?

—Ya sabe: productores, directores, jefes de estudio.

—No, siempre estaba ocupado, siempre tenía que ver a alguien.

—Sí, eso he oído.

—¿Sí? ¿Quién se lo ha dicho? —dijo, repentinamente suspicaz.

—Nadie en concreto. Esta ciudad vive de rumores.

—Y que lo diga.

Había vuelto el rostro hacia el ventanal y miraba afuera con los ojos entrecerrados. Yo no deseaba saber más de Mandy Rogers de lo que ya conocía: los altibajos, con más bajos que altos, de su carrera. Y, sin embargo, me sorprendí preguntándole:

—¿De dónde es usted, Mandy?

—¿Yo? —parecía sinceramente sorprendida por mi pregunta. Se quedó confusa y comprobé que cuando estaba confusa dejaba de actuar. Se la veía titubeante, insegura, incluso un poco alarmada—. Nací en Hope Springs, en Iowa. Supongo que nunca ha ido. En realidad, nadie va. Hope Springs es uno de esos sitios de los que la gente se marcha, más bien.

El joven camarero apareció con mi café. Devoró a Mandy con los ojos, pero esta solo le devolvió una sonrisa ausente. Su cabeza estaba en Hope Springs y en todo lo que había dejado atrás. Que tal vez era nada.

—¿Cómo se enteró de la muerte de Nico? —le pregunté.

Reflexionó durante un instante y luego movió la cabeza.

—No lo recuerdo. ¿No es raro? Supongo que la noticia se comentó en los estudios. Alguien debió de decírmelo.

Miré al ventanal. El azulejo voló de nuevo hacia la palmera y desapareció en las sombras, entre las hojas. Así era la felicidad: estaba ante tus ojos y, al minuto siguiente, había alzado el vuelo. Al menos, la lluvia había amainado.

Mandy sorbió de su pajita. Un borboteo salió de la botella, casi vacía, y Mandy me miró rápidamente, temiendo que me riera de ella.

—¿Conoció a los amigos de Nico? ¿A alguna novia? —le pregunté.

Soltó una risita tintineante.

—Tenía un montón de novias.

—¿Nunca coincidió con ninguna?

—En un par de ocasiones le vi con una mujer, pero no creo que fuera su novia.

—¿Cómo era?

—No la vi muy bien. La primera vez fue en una fiesta y él se marchaba con ella. La segunda vez los vi en un bar, pero aquella noche era yo quien se estaba marchando. Era una mujer alta. Con el pelo oscuro. Una cara agradable, demasiado..., demasiado ancha, cuadrada, pero bonita.

—¿Por qué piensa que no era su novia?

—No tenían aspecto de ser novios. Ella no estaba *con* él, ¿me comprende? Incluso se parecía un poco a Nico. Tal vez eran parientes, no lo sé —jugueteeó con la pajita en la botella vacía de Coca-Cola—. ¿Es para una de sus novias para quien usted trabaja?

No sabía qué le habría explicado Hal sobre mí y mis pesquisas acerca de Nico Peterson, vivo o muerto. Yo no le había explicado gran cosa a Hal, no había mucho que contar, así que probablemente él se habría inventado algo. Hal era así. A pesar de su actitud áspera, tenía una gran imaginación y le encantaba adornar la aburrida realidad. Mandy Rogers debía de creer que yo trabajaba para alguna mujer a la que Nico había dejado plantada antes de morir. Y, pensándolo bien, tal vez era así.

—¿Cómo era Nico? —le pregunté.

—¿Cómo era?

Mandy frunció el ceño. Estaba claro que hasta entonces nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en Peterson, por mucho que él le hubiera conseguido un papel en *Riders of the Red Dawn*.

—Buf, no lo conocía tan bien. Simplemente era alguien que estaba intentando labrarse una posición. Supongo que me gustaba, aunque no de *esa* forma, desde luego. Ni siquiera era un amigo, solo un socio —se detuvo un momento antes de continuar—. Una vez me propuso ir a México con él —desvió la vista y hasta se ruborizó ligeramente.

—¿Sí? ¿Adónde en México? —pregunté intentando disimular mi interés.

Se mordió el labio con aquel gesto suyo. ¿A quién quería parecerse? Tal vez a Doris Kappelhoff en uno de sus papeles de trampera en el Oeste.

—Acapulco. Él iba a menudo, o eso me dijo. Conocía a gente. Me dio a entender que era gente rica.

—Pero usted no fue.

Abrió mucho los ojos e hizo un mohín de asombro con la boca.

—¡Por supuesto que no! Usted debe de pensar que soy la típica fulana de Hollywood, dispuesta a ir con cualquiera a cualquier sitio.

—No, no —me apresuré a decirle con tono apaciguador—. No creo eso en absoluto. Simplemente pensé que tal vez, como era mayor que usted, la había invitado para que le acompañara como amiga a un viaje interesante.

Ella esbozó una sonrisita adusta.

—Nico tenía amiguitas, pero no tenía amigas. Me entiende, ¿no?

En la cantina entró un hombre que se parecía tanto a Gary Cooper que podría haber sido él. Vestía unos pantalones de montar y, sobre ellos, unas chaparreras de cuero. Abrochado a la cadera llevaba un cinto con un revólver de seis tiros. Anudada al cuello bronceado tenía una bandana roja. Cogió una bandeja y caminó a lo largo del mostrador observando los platos de comida.

—Me ha sido de gran ayuda, señorita Rogers —le dije mientras le dedicaba mi sonrisa de mentiroso.

Me miró sorprendida.

—¿De verdad? ¿Cómo es posible?

Bajé la voz como si le estuviera confiando un secreto.

—En mi profesión todo es importante, todo ayuda a hacerse una idea.

Tenía los ojos fijos en mí, la boca entreabierta y un leve surco de perplejidad entre las cejas.

—¿Una idea de qué? —me preguntó en un murmullo, igual que le hablaba yo.

Aparté la taza vacía de café y cogí el sombrero. Había dejado de llover y el sol parecía jugar con la posibilidad de aparecer.

—Digamos, Mandy, que ahora sé más que cuando entré aquí —y le guiñé un ojo.

Sin apartar la vista de mí, con los ojos muy abiertos, ella asintió. A su manera, era una buena chica. No pude evitar temer por su futuro en la carrera que había elegido.

—¿Puedo volver a verla si me surgen nuevas preguntas cuya respuesta usted tal vez conozca?

—Claro —dijo e, imaginando el papel que debía interpretar, se humedeció los labios con la punta de la lengua y lentamente inclinó hacia atrás la cabeza para mostrar su níveo cuello. Aventura que se trataba de Barbara Stanwyck en *Perdición*. Esa sí la había visto—. Vuelva cuando quiera. Hal le dirá dónde encontrarme.

Mientras salía, pasé junto al hombre larguirucho con la bandana roja. Estaba encorvado sobre un plato de chile con carne y comía con voracidad a grandes cucharadas, como si temiera que alguien fuera a aparecer sigilosamente a su espalda para robarle el plato. Desde luego era la viva imagen de Coop.

No sabía muy bien hacia dónde me dirigía hasta que llegué allí. Había refrescado tras la lluvia y el aire tenía una fragancia melancólica. Bajé la ventanilla para disfrutar de la fresca brisa que me acariciaba el rostro, mientras pensaba en Mandy Rogers y en todos los jóvenes que, como ella, venían a la costa atraídos por la posibilidad de actuar un día junto a Doris y Rock en alguna película tontorróna con canciones sensibleras, abrigos de visón y teléfonos blancos. Seguro que había un chico en Hope Springs que todavía añoraba a Mandy. Podía imaginármelo con la misma claridad que tenía la luz recién lavada sobre las colinas de Hollywood: un chaval desgarrado con manos como palas y orejas de soplillo. ¿Pensaría ella alguna vez en él, abatido y con el corazón roto en aquel pueblo, entre campos de maíz? A mí me daba lástima, aunque a ella le diera igual. Me encontraba en ese estado de ánimo; era ese tipo de momento tras la lluvia.

Aparqué donde arrancaba Napier Street y me dirigí andando a casa de Peterson. No quería volver a encontrarme al viejo majadero que vivía enfrente y decidí evitar que reconociera el Oldsmobile. Él era de esa clase de personas que recuerdan con más claridad los coches que a sus dueños. Su casucha estaba cerrada y él no parecía encontrarse por allí. Esta vez no fui a la puerta delantera de Peterson, sino que rodeé la casa hacia la parte de atrás. La hierba húmeda rechinaba bajo mis pies.

Las malas hierbas se habían apoderado del patio, las acacias estaban agostadas y una enredadera con enfermizas flores amarillas se había extendido sin control, asfixiando todo lo que se encontraba a su alrededor. Al igual que en la parte delantera, unos escalones de madera conducían al porche. Las ventanas estaban polvorientas. Delante de la puerta dormía un gato atigrado que abrió un ojo, me miró y a continuación se levantó despacio y se marchó sin ruido, moviendo el rabo perezosamente. ¿Qué saben los gatos de nosotros para que nos desdeñen de semejante manera?

Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. No era ninguna sorpresa. Por suerte, llevaba en el llavero una herramienta muy útil de mis días en la Oficina del Fiscal del Distrito. Había conseguido quedármela cuando dejé el trabajo y, desde entonces, había demostrado ser de gran valor. Estaba hecha con el mismo metal negro azulado de los diapasones y abría cualquier cerradura que pudieras imaginar; una suerte de llave maestra del Fort Knox. Eché una rápida ojeada a mi espalda, moviendo la cabeza a derecha y a izquierda, e introduje el artilugio en la pequeña ranura bajo el pomo de la puerta. Con un ojo cerrado y apretando los dientes, lo moví durante un rato, girando y pulsando hasta que oí un *clic* y el pomo giró en mi mano. El actual fiscal del Distrito era un tipo llamado Springer, un político con grandes ambiciones. Me hubiera encantado contarle cuánto me había ayudado en mi lucha solitaria contra

el crimen el tiempo que trabajé en su departamento.

Cerré la puerta y, con la espalda apoyada en ella, permanecí un rato escuchando. No hay nada semejante a la quietud de una casa vacía. En el aire inmóvil flotaba un leve olor dulzón a podredumbre seca. Se diría que los muebles me observaban como perros guardianes demasiado abatidos como para levantarse o incluso ladrar. No sabía qué debía buscar. El olor a moho, el polvo que todo lo cubría y las grisáceas cortinas de encaje que caían tristemente parecían señalar la presencia de un cadáver que estaría en alguna habitación cerrada, tumbado en la cama, con el colchón hundido bajo su peso y los ojos, detenidos en un gesto de sorpresa, clavados en el techo poco iluminado.

Pero yo sabía que el cadáver no se encontraba allí. Había yacido desfigurado en una carretera en Pacific Palisades hasta que lo recogieron, lo llevaron a la morgue y lo incineraron. Ahora solo quedaban de él un puñado de átomos flotando al azar en el aire. Desde que Clare Cavendish entró en mi oficina, Peterson se había convertido en una presencia fantasmal, trémula y esquiva. Como una de esas motas flotantes y escurridizas que aparecen en la visión y que se escabullen cada vez que intentas fijarte en ellas. Pero ¿qué me importaba Peterson, en realidad? Nada. No era él quien me importaba.

Era una casa pequeña y he de reconocer que Peterson la mantenía ordenada. De hecho, estaba tan ordenada que no parecía que nadie hubiera vivido jamás en ella. Eché un vistazo al salón y asomé la cabeza en el dormitorio. La cama estaba tan estirada como las de los hospitales, con las sábanas bien remetidas en las esquinas y las almohadas lisas como una losa de mármol.

Había mirado en los cajones y abierto y cerrado los armarios cuando escuché el sonido de una llave en la puerta delantera. Reaccioné como suele ser habitual: se me erizaron los pelos de la nuca, mi corazón se disparó y empezaron a sudarme las palmas de las manos. En momentos así entiendes cómo se siente un animal cuando escucha el sonido de una ramita quebrarse bajo una bota y al alzar la vista sorprende la silueta del cazador contra el resplandor del bosque. Yo estaba inclinado sobre el escritorio con una fotografía enmarcada en la mano. Era el retrato de una anciana, probablemente la madre de Peterson, que miraba con desaprobación a la cámara con unas gafas de montura de acero en la punta de la nariz. Cuando alcé la vista, a través del cristal polvoriento de la puerta reconocí la silueta de una cabeza de mujer. La puerta se abrió. Con cuidado, dejé lentamente la fotografía sobre el escritorio.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer, que, sobresaltada, retrocedió, golpeando el umbral de madera con uno de sus tacones—. ¿Quién es usted?

Solo con verla supe dos cosas: primero, que era la mujer que Mandy había visto con Peterson. Soy incapaz de explicar de dónde venía tal certeza. Sucede así algunas

veces y lo aceptas como viene. Lo segundo que supe es que yo ya la había visto antes de entonces. Era una morena exuberante de mandíbula cuadrada, pecho voluminoso y anchas caderas. Vestía una ajustada blusa blanca, una falda roja aún más ajustada y unas sandalias blancas sin talón y de tacón alto y cuadrado. Parecía la clase de mujer que lleva una pequeña y bonita pistola en el bolso.

—No pasa nada —dije, alzando la mano con un gesto que pretendía ser tranquilizador—. Soy amigo de Nico.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—La puerta de atrás no estaba cerrada con llave.

Podía ver cómo ella dudaba si quedarse o salir de allí lo más rápido posible.

—¿Cómo se llama? ¿Quién es usted? —me preguntó adusta.

—Philip Marlowe. Trabajo en seguridad.

—¿Qué seguridad?

Esbocé una pequeña sonrisa cómplice del tipo: soy-más-inofensivo-que-una-mosca.

—Mire, ¿por qué no entra y cierra la puerta? No voy a hacerle daño —le dije.

Mi sonrisa debió de convencerla. Entró y cerró la puerta, aunque sin quitarme los ojos de encima ni un segundo.

—Es usted la hermana de Nico, ¿verdad? —le pregunté.

Era un tiro al aire. Recordé que Floyd Hanson había mencionado que la hermana de Peterson identificó su cuerpo en la morgue. Tenía que ser ella. Desde luego, podría haber sido cualquiera de las muchas novias de las que tanto me habían hablado, pero no lo creía. En ese instante supe dónde la había visto antes: saliendo por la puerta que llevaba a la piscina en el Club Cahuilla, con un albornoz blanco de felpa y una toalla enrollada en la cabeza. El mismo rostro ancho, los mismos ojos verdes. Por eso Hanson se había quedado indeciso cuando ella apareció. Era la hermana de Peterson y él decidió no presentármela.

Sin apartar los ojos de mí, ella anduvo dos pasos hacia un lado, precavida como un gato, se detuvo junto a un sillón y posó una mano en el respaldo. Como estaba junto a la ventana, pude observarla detenidamente. Su cabello era casi negro, con reflejos bronceados. Había algo vago e indefinido en ella, como si hubieran interrumpido a quien fuera que la creó antes de darle los últimos toques y el trabajo hubiese quedado sin terminar. Era una de esas mujeres que pueden tener una hermana guapa, como si la belleza les hubiera pasado de largo a ellas.

—Marlowe, ¿ese es su nombre, entonces? —me preguntó.

—Sí.

—¿Qué está haciendo aquí?

Tuve que pensar una respuesta.

—Estaba buscando algo entre las pertenencias de Nico —contesté sin convicción.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿Le debe dinero?

—No. Tenía algo que es mío.

Ella hizo un mohín con la boca.

—¿Qué? ¿Su colección de sellos?

—No, simplemente es una cosa que necesito recuperar —era consciente de lo poco convincente que sonaba, pero improvisar sobre la marcha no es fácil. Me aparté del escritorio—. ¿Le importa si fumo? Usted ha conseguido ponerme nervioso.

—Adelante, no seré yo quien se lo impida.

Ojalá hubiera tenido la pipa; al prepararla hubiera ganado tiempo para poder pensar. Me entretuve con la pitillera y la caja de cerillas, cogí un cigarrillo y lo encendí, y todo eso de la manera más lenta posible. Ella permanecía junto al sillón, con la mano en el respaldo y los ojos clavados en mí.

—*Usted* es la hermana de Nico, ¿verdad? —insistí.

—Soy Lynn Peterson. No me creo ni una palabra de lo que me ha contado. ¿Por qué no se deja de tonterías y me dice quién es usted realmente?

Había que reconocerlo, aquella mujer tenía agallas. Después de todo, yo era un intruso y ella me había sorprendido fisgoneando en la casa de su hermano. Podría haber sido un ladrón. Podría haber sido un loco escapado del manicomio. Podría haber sido cualquier cosa. Y podría estar armado. Pero allí estaba ella, firme y decidida a no aceptar ninguna de mis chorradas. En otras circunstancias, la habría invitado a algún bar en penumbra para ver qué ocurría.

—De acuerdo. Mi nombre es Marlowe, eso es verdad. Soy detective.

—Seguro, y yo soy Caperucita Roja.

—Tome —saqué una tarjeta de la cartera y se la tendí. Ella la leyó con el ceño fruncido—. Me han contratado para que investigue la muerte de su hermano.

No me escuchaba. De repente, empezó a asentir con la cabeza.

—Yo lo he visto antes. Usted estaba con Floyd en el club —dijo.

—Sí, es cierto.

—¿También fue a recuperar algo que tenía Floyd y le pertenecía?

—Fui a hablar con él sobre Nico.

—Hablar con él, ¿sobre qué de Nico?

—Sobre la noche que murió su hermano. Usted estaba en el club, ¿no es así? —ella no contestó—. ¿Vio a su hermano muerto?

—Floyd no me dejó.

—Pero usted lo identificó al día siguiente en la morgue, ¿no? El cadáver de su hermano, me refiero. Debió de ser muy duro.

—No fue divertido, no.

Estuvimos un rato en silencio. Parecíamos dos jugadores de tenis tomándose un respiro entre sets. Ella se dirigió al escritorio y cogió la fotografía enmarcada de la

agria ancianita con gafas de montura de acero.

—Es imposible que sea esto lo que anda buscando —se volvió hacia mí con una fría sonrisa—. Es la tía Margie. Fue quien nos crio. Nico la odiaba, no sé por qué tenía una foto suya en el escritorio —la dejó de nuevo en su sitio—. Necesito beber algo.

Pasó de largo en dirección a la cocina. La seguí. Había sacado una botella de Dewar's de un armario alto que había en la pared y estaba buscando cubitos de hielo en el congelador.

—¿Y usted? —me dijo girando la cabeza por encima del hombro—. ¿Le apetece un trago?

Cogí un par de vasos altos de un estante y los dejé en la encimera, junto a la cocina de gas. Ella llevó una bandeja de hielo al fregadero y abrió el grifo para que el agua cayera sobre la parte inferior hasta que un puñado de cubitos se desprendió. Los echó en los vasos hasta llenarlos.

—A ver si encuentra soda por ahí abajo —me dijo.

Abrí el armario que me había indicado y vi un par de botellas en miniatura de tónica Canada Dry. Me gusta el *glu-glu-glu* que hace la tónica cuando cae sobre el hielo, es un sonido que siempre me alegra. Sentí el perfume de Lynn Peterson, un aroma intenso y felino. También me alegró. Aquel encuentro fortuito estaba resultando bastante interesante.

—A su salud, gringo —dijo Lynn y chocó el borde de su vaso contra el mío. Apoyó el trasero contra el fregadero y me miró de arriba abajo—. No tiene pinta de detective. Ni privado ni de ninguna otra clase.

—¿De *qué* tengo pinta?

—Difícil pregunta. Tal vez de jugador.

—Antes apostaba.

—¿Ganaba?

—No con la frecuencia deseada.

El alcohol extendía lentamente su calor en mi interior como la luz del sol desplazándose por una ladera en verano.

—¿Conoce a Clare Cavendish? —le pregunté, aunque tal vez hubiera debido mantener la boca cerrada—. La novia de Nico.

Mi comentario le provocó tal carcajada que casi se atraganta con la bebida.

—¿La mujer de hielo? —dijo ronca, mirándome con sonrisa incrédula—. ¿Su novia?

—Eso me han dicho.

—Entonces supongo que será cierto —se rio de nuevo, mientras sacudía la cabeza.

—Ella también estaba en el club esa noche... La noche en que murió Nico.

—¿Estaba allí? No lo recuerdo —de repente frunció el ceño—. ¿Es ella quien le ha contratado para que meta las narices en lo que sucedió aquella noche?

Tomé otro trago del excelente señor Dewar's. Aquella claridad interior se volvía más y más soleada cada minuto que pasaba.

—Cuénteme lo que sucedió en la morgue —le pedí.

Me estaba observando con la misma expresión que la primera vez que me vio.

—¿Qué quiere decir con «lo que sucedió»? Me condujeron a una habitación blanca, levantaron una sábana y allí estaba Nico, tan muerto como el pavo de Acción de Gracias. Derramé una lágrima, el poli me dio unos golpecitos en la espalda, me acompañaron fuera y eso es todo.

—¿Quién era el policía?

Alzó los hombros y luego los dejó caer.

—No sé quién era. Estaba allí, me preguntó si era mi hermano, le dije que sí, asintió y yo me fui. Los policías son policías. Todos me resultan iguales.

Medio escuché el vago sonido de un coche frenando junto a la entrada. No le presté más atención, aunque hubiera debido hacerlo.

—¿No le dijo su nombre?

—Si lo hizo, lo he olvidado. Mire, Marlowe, ¿de qué va todo esto?

Desvié la mirada. ¿Debía contarle lo que me había dicho Clare Cavendish? ¿Que había visto a Nico en San Francisco, andando apresurado entre la multitud en Market Street? ¿Podía arriesgarme a contárselo? Estaba a punto de abrir la boca, aún sin saber muy bien qué iba a decir, cuando me di cuenta de que la mujer estaba mirando por encima de mis hombros con una extraña expresión en el rostro. Me giré justo en el momento en que se abrió la puerta trasera y un hombre con una pistola en la mano irrumpió en la habitación. Era mexicano. Detrás de él entró otro mexicano. No llevaba pistola. No parecía necesitarla.

Nunca llegué a saber sus nombres. Por razones de conveniencia, los bauticé como Gómez y López. Si bien era obvio que lo que yo o cualquier otro considerara conveniente no estaba en la lista de prioridades de aquellos dos. Gómez era el listo y López, el matón. Gómez era bajo, de constitución fuerte y más bien grueso para ser mexicano, mientras que López era delgado como una serpiente de cascabel. Según el viejo que vivía en la casucha de enfrente, vestían con elegancia, pero comprobé que su criterio dejaba mucho que desear. Gómez llevaba un traje cruzado azul pálido con anchas hombreras y una corbata con un dibujo chapucero de una sirena semidesnuda. La camisa hawaiana de López era la más hortera que había visto nunca. Sus pantalones blancos debieron de estar limpios cuando los compró, hacía ya mucho tiempo. Por las sandalias abiertas asomaban los dedos asquerosamente sucios.

Que mis palabras no los lleven a engaño, no tengo nada contra los mexicanos. La mayoría son gente amable y de buen corazón. Me gusta su comida, su cerveza y su arquitectura. En una ocasión, pasé un fin de semana muy agradable en un buen hotel de Oaxaca en compañía de una amiga. Los días era cálidos y las noches frescas y, al atardecer, acudíamos al Zócalo para beber margaritas saladas y escuchar a los mariachis. Ese era mi México. Gómez y López salían de otra parte. Pongamos que de un barrio de alguna de las ciudades más violentas que hay al otro lado de la frontera. Escuché a Lynn Peterson contener el aliento cuando los vio. Es probable que yo hiciera lo mismo. Al fin y al cabo, eran una visión tremenda.

Entraron en tromba. Eran tipos impacientes, como comprobaría más tarde. El arma de Gómez era una imponente automática plateada con aspecto de tener la potencia de un obús. No se discuten nimiedades con un hombre que lleva semejante arma en la mano. Por la despreocupación con que la sujetaba estaba claro que llevaban juntos mucho tiempo. Por su aspecto salvaje y nervioso, López tenía más pinta de utilizar cuchillo. Recordé cómo Travis, el camarero del Barney's Beanery, había bromeado sobre aquella pareja —no podía tratarse de otros—, al contar cómo jugueteaban con su arma y con su cuchillo. Menuda broma. Travis no sabía lo poco descaminado que andaba.

Sin dedicarnos una sola mirada a Lynn Peterson y a mí, Gómez atravesó sigiloso la cocina hacia el cuarto de estar, se detuvo sin decir nada, imagino que para echar un vistazo alrededor, y luego regresó a la cocina. Era un tipo inquieto, igual que su compañero, y se removía sin cesar dentro de su holgado traje. López permaneció en la puerta abierta con los ojos clavados en Lynn Peterson. Gómez también la miró, pero fue a mí a quien se dirigió.

—¿Quién es usted?

Me estaba empezando a cansar de contestar aquella pregunta.

—Mi nombre es Marlowe —luego añadió—: Creo que se están equivocando.

—¿Equivocando en qué?

—Estoy seguro de que la señorita Cavendish y yo no somos quienes ustedes piensan —Lynn Peterson me miró sorprendida. Cavendish era el primer nombre que me había venido a la cabeza mientras hablaba—. La señorita Cavendish es agente inmobiliario. Me está enseñando la casa.

—¿Para qué? —dijo Gómez. Tuve la sensación de que hablaba por hablar, mientras maquinaba preguntas más incisivas, preguntas que fueran al grano.

—Estoy pensando en alquilar —le contesté.

Mi respuesta divirtió a López, que se rio. Tenía un labio leporino mal suturado.

—¿Son ustedes detectives? —les pregunté.

Aquello hizo reír aún más a López. Por la grieta entreabierta de su labio se veía el brillo de un diente amarillento.

—Claro, somos policías —dijo Gómez sin esbozar siquiera una sonrisa. Se giró hacia la mujer, que estaba a mi lado—. Cavendish. Usted no se llama así, ¿verdad? —ella comenzó a protestar, pero él apuntó a su rostro con el cañón de la pistola y lo movió cansinamente como un dedo reprobatorio—. No, no, señorita, no me mienta. Si lo hace, pagaré las consecuencias. ¿Cómo se llama de verdad? —ella calló. Él se encogió de hombros y sus hombreras se deslizaron hacia la izquierda—. Da igual. Ya sé quién es usted.

Se alejó unos pasos y López ocupó su lugar frente a la mujer, sonriéndole. Lynn se echó hacia atrás. El aliento del hombre no debía de ser muy agradable. Gómez dijo algo en español que no entendí y López frunció el ceño.

—¿Cómo te llamas, nena? Apuesto a que tienes un nombre precioso —le dijo con suavidad.

López colocó una mano bajo el pecho derecho de la mujer y lo alzó como si estuviera calculando el peso. Ella retrocedió de un salto para ponerse fuera de su alcance, pero el hombre la siguió con la mano extendida. Yo no tenía elección: le agarré de la muñeca con una mano y del codo con la otra y tiré en direcciones opuestas. El tipo aulló de dolor y liberó su brazo. En su mano izquierda apareció un cuchillo. Era pequeño, con una hoja no muy grande, pero yo no era tan tonto como para ignorar lo que López sería capaz de hacerme con él.

—Oiga, tranquilícese —dije con voz agitada, como haría un hombre cuyo único interés fuera alquilar una casa a un buen precio y no meterse en líos—. Pero no le ponga a la señora las manos encima.

Percibía el miedo de Lynn Peterson. Flotaba en el aire como el olor de un zorro. Yo llevaba un revólver ligero, de calibre 38 Special, en un costado de mi cinturón. Esperaba que los mexicanos no se dieran cuenta hasta que yo encontrara la manera de sacarlo sin que me pegaran un tiro o me cortaran en pedacitos. En las películas se ven

malabaristas veloces, que sacan las pistolas como relámpagos y las hacen girar en el índice. Desgraciadamente, no es así en la vida real.

Con el cuchillo preparado, López se aproximó de nuevo, aunque no a Lynn esta vez, sino a mí. Su compinche le dijo algo en español, que tampoco entendí, le apuntó con la automática y López se detuvo.

—Deme su cartera —me ordenó Gómez. Hablaba bien inglés, aunque con acento español.

Levanté las manos.

—Ya se lo he dicho antes, se están equivocando...

No pude terminar la frase. Apenas llegué a atisbar la pistola antes de que el cañón me golpeará en el pómulo derecho con un impacto sordo que me retumbó en las muelas. A mi lado, Lynn Peterson lanzó un pequeño grito y se llevó una mano a la boca. El golpe estuvo a punto de derribarme, aunque conseguí reaccionar a tiempo y me mantuve en pie. De la herida brotaba sangre caliente que se deslizaba por mi mejilla y, al llegar a la mandíbula, goteaba hacia el suelo. Me llevé la mano a la cara y, cuando la retiré, estaba roja.

Empecé a hablar, pero Gómez me interrumpió de nuevo.

—¡Cierra la boca, hijo de la chingada! —masculló, mostrándome los dientes cerrados. Parecían muy blancos contra su piel oscura. Debía de tener sangre india. Esa es la clase de cosas en las que uno piensa cuando le acaban de golpear con una pistola.

Era ahora o nunca. Con la excusa de coger un pañuelo, acerqué la mano al bolsillo, pero la desplazé hacia el cinturón, abrí la funda de mi pistola y sentí la corredera bajo mis dedos. Eso es lo último que recuerdo.

Tuvo que ser López quien me dio el golpe que me dejó inconsciente. No sé con qué me golpeó, supongo que con una porra, pero me dio por el lado derecho justo en el hueso prominente que se halla convenientemente situado en la base del cráneo. Debí de caer como un toro apuntillado. Ese tipo de inconsciencia no tiene nada que ver con la de quien duerme. No sueñas con nada y además pierdes la noción del tiempo, que parece que empieza y termina en el mismo instante. Podría tomarse como un ensayo para la muerte y, si estar muerto fuese así, morir no parecería tan malo. Volver en sí fue lo que resultó doloroso. Estaba boca abajo, con la comisura de la boca pegada al linóleo por mi sangre y mi baba. No es necesario que explique cómo me dolía el pómulo. El dolor es el dolor, si bien aquel era inmenso.

Me mantuve tumbado un buen rato con los ojos abiertos, esperando que la habitación dejase de girar a mi alrededor como un tiovivo. La luz era escasa y pensé que tal vez estaba atardeciendo, pero entonces escuché el sonido de la lluvia. Mi reloj no funcionaba, debía de haberse golpeado contra algo cuando caí. Me pregunté cuánto tiempo habría permanecido inconsciente. Media hora, quizá. Puse las manos en el suelo y me di impulso para levantarme. Un pájaro carpintero trabajaba lenta y rítmicamente en la base de mi cráneo. Alcé una mano para palpar aquel hueso que sobresalía. Tenía una inflamación dura, caliente y tan grande como un huevo cocido. Calculé las compresas frías y las numerosas aspirinas que me esperaban. Es posible sufrir y sentir hastío al mismo tiempo.

Aún tenía la cartera, pero la funda de la pistola en mi cadera estaba vacía.

La imagen de Lynn Peterson irrumpió en mi cabeza. Miré en la cocina y en el salón. No había nadie. Tampoco esperaba que ella estuviera tras ver cómo la miraba López. Respiré hondo antes de entrar en el dormitorio, aunque tampoco estaba allí. Los mexicanos habían puesto la casa patas arriba; parecía que hubiera pasado un tornado. Habían vaciado todos los cajones y revuelto todos los armarios. Habían rajado el sofá y el relleno sobresalía por la tela rota; igual sucedía con el colchón del dormitorio. Estaban firmemente decididos a encontrar lo que fuera que buscasen, pero tuve la corazonada de que no habían dado con ello.

¿Quién era ese Peterson? ¿Y dónde demonios estaba, si es que estaba en alguna parte?

Pensaba en Peterson y su paradero mientras intentaba no pensar en la hermana de Peterson y su paradero. Estaba claro que los mexicanos se la habían llevado. Sabían desde el principio quién era ella y no se habían dejado engañar por mi torpe intento de ocultar su identidad. Pero ¿adónde se la habían llevado? No tenía ni idea. A esas horas, podían encontrarse camino de la frontera.

Una súbita debilidad se apoderó de mí y tuve que sentarme en el sofá destripado.

Mientras tocaba con suavidad mi hinchada y ensangrentada mejilla, pensé qué paso dar. No tenía ninguna pista sobre los mexicanos. Nada. Ni siquiera había visto su coche, ese vehículo con el techo agujereado que me había descrito el señor Metomentodo que vivía al otro lado de la calle. Lo único que podía hacer era llamar a la policía. Cogí el teléfono que estaba en la mesita baja, a un lado del sofá, pero no había señal. Debían de haber cortado la línea hacía semanas. Saqué un pañuelo y empecé a limpiar el auricular, aunque me detuve. ¿De qué me servía hacer eso? Había huellas mías por todas partes: en el pomo de la puerta trasera, en la cocina, en el cuarto de estar, en el dormitorio... En todos los rincones menos en el ático, si es que había un ático. En cualquier caso, ¿por qué iba a esconderme? Ya le había hablado a Joe Green sobre Peterson y me disponía a hablarle de la hermana de Peterson tan pronto reuniera la energía necesaria para levantarme del sofá y regresar a mi oficina.

Salí por la puerta de la cocina y rodeé la casa. ¿Cómo es que llovía de nuevo? No suele llover en junio. Mi coche no estaba frente a la casa. Pensé que los mexicanos lo habrían robado hasta que recordé que lo había dejado aparcado al principio de la calle. Cuando por fin me metí en el coche, estaba calado y olía como una oveja mojada, aunque nunca hubiera estado lo suficientemente cerca de una oveja como para saber cómo huelen. Maniobré para girar el coche y entré en el bulevar. Las gotas de lluvia golpeaban el parabrisas como pulidas varillas de acero, pero hacia el oeste el cielo parecía un caldero de oro fundido. Según el reloj del salpicadero eran las seis y cuarto, aunque ese reloj nunca había sido de fiar. Fuera la hora que fuese, el día se estaba acabando y, si no era así, entonces los ojos me fallaban.

Decidí no ir a la oficina y me dirigí a Laurel Canyon. Cuando llegué, ya había oscurecido. Nunca antes los escalones de secuoya que subían al porche me habían parecido tantos y tan empinados. Cuando entré en casa, me cambié la chaqueta y la camisa antes de ir al baño para echarle un vistazo a mi rostro. Había una brecha de un rojo intenso en el pómulo y, alrededor de la herida, la piel tenía más colores que el arcoíris. Me limpié el corte con una toalla húmeda. El agua fresca me alivió el dolor. Iba a pasar mucho tiempo antes de que la hinchazón bajase. Pero, por otro lado, el corte no era tan profundo como para necesitar puntos.

Fui a la cocina y me preparé un clásico: un brandy con una peladura de lima. Me costó hacerlo, aunque el esfuerzo me sentó bien y me ayudó a concentrarme. Me acomodé en una de las sillas de respaldo recto del rincón donde se encuentra la mesa—sí, la maldita casa tiene en la cocina un rincón especial para la mesa— para beber mi copa y fumarme un par de cigarrillos. El dolor en el pómulo competía con el dolor en la nuca. Aun así, no me encontraba en condiciones de decidir cuál de los dos era más intenso, parecía que estaban empatados.

Cogí el auricular del teléfono de la pared y llamé a la Sección de Homicidios. Joe

se hallaba en su mesa, fijo como un poste. Le conté lo sucedido en Napier Street. Parte de lo sucedido.

—¿Dices que dos panchitos aparecieron de no se sabe dónde y se llevaron a la mujer? ¿Me estás diciendo eso? —me preguntó, escéptico.

—Sí, Joe, eso te estoy diciendo.

—¿Por qué la iban a secuestrar?

—No lo sé.

Permaneció en silencio. Oí cómo encendía un cigarrillo. Oí cómo expulsaba la primera bocanada de humo.

—De nuevo a vueltas con Peterson. Por los clavos de Cristo, Phil, pensé que habíamos acabado con ese asunto.

—Eso pensaba yo, Joe. Eso mismo pensaba yo.

—Pues entonces, ¿qué estabas haciendo en su casa?

Me llevó un segundo encontrar una respuesta, cualquier respuesta aceptable.

—Buscaba unas cartas que mi cliente desea recuperar.

No dije más. Era una mentira que podía meterme en problemas aún más serios de los que ya tenía.

—¿Las encontraste?

—No.

Me tomé un buen trago de mi bebida. El azúcar me daría energía y el brandy impediría que la malgastara en tareas agotadoras.

—¿Y cómo es que ahora está implicada la hermana de Peterson? —preguntó Joe.

—No lo sé. Llegó a la casa poco después de que yo lo hiciera.

—¿La conocías?

—No, no la conocía.

Joe rumió lo que le decía durante un rato.

—Hay muchas cosas que no me estás contando, Phil, ¿no es cierto?

—Te he dicho todo lo que sé —ambos sabíamos que aquello era otra mentira—. El caso, Joe, es que lo que le ha ocurrido a la hermana de Peterson no tiene nada que ver con mi trabajo. Es un asunto diferente, estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Lo estoy. Los mexicanos ya habían estado en el barrio de Peterson antes. Los habían visto merodeando por la casa, mirando por las ventanas, ese tipo de cosas. Para mí que Peterson les debe dinero. Esos dos tenían aspecto de que les debían dinero. Y mucho.

Silencio de nuevo.

—¿La tal Peterson te dio alguna pista de por qué los panchitos estaban buscando a su hermano? —preguntó Joe.

—No tuvo tiempo. Estaba preparando unas copas cuando ellos irrumpieron por la

puerta trasera armados y con cara de pocos amigos.

—Oh —dijo Joe, burlón, poniendo voz melosa—, ¿así que ella y tú ibais a relajáros un poco, aunque no os conocierais de antes? Suena muy íntimo.

—Joe, me han propinado un golpe en la cara con el cañón de una pistola y acto seguido me han golpeado en la nuca con una porra o algo parecido. Todavía veo las estrellas. Esos tipos van en serio.

—Vale, vale, lo entiendo. Pero escucha, Phil, no es mi jurisdicción. Vas a tener que llamar a la Oficina del Sheriff. ¿Lo entiendes? Tal vez deberías tener una pequeña charla con tu amigo de allí, Bernie Ohls.

—No es exactamente mi amigo, Joe.

—Me parece que vas a necesitar cualquier tipo de amigo, incluso los no-exactamente-amigos.

—Preferiría que lo llamaras tú. Te lo agradecería. No me encuentro en mi mejor momento, pero incluso cuando estoy en mi mejor momento, Bernie tiende a tocarme las narices o yo tiendo a tocarle las suyas, dependiendo del tiempo que haga y del minuto del día.

Joe exhaló un suspiro en el auricular. Resonó como si un tren de mercancías pasara junto a mi oído.

—De acuerdo, Phil, lo llamaré yo. Pero más vale que tengas preparada una historia decente cuando llame a tu puerta. Bernie Ohls no es Joe Green.

«Has dado en el clavo, Joe —me habría gustado decirle—, ahí has dado en el clavo».

—Gracias, te debo una —fue lo único que le dije.

—Me debes más de una, hijo de perra —dijo, riendo y tosiendo al mismo tiempo. Y colgó.

Encendí otro cigarrillo. Era la segunda vez en el día que me llamaban hijo de perra. En español no sonaba mucho mejor.

Estaba tumbado sobre la colcha de la cama, en un agitado duermevela, cuando llegó Bernie. Me costó tanto levantar la cabeza como unas horas atrás en la cocina de Peterson, aunque el estrépito que sentía dentro, similar a un resonar de campanas, no era tan fuerte como antes. De hecho, cuando llamó Bernie, en un primer momento confundí aquel sonido interior con el timbre de la puerta. Volvió a llamar inmediatamente y no quitó el dedo del timbre hasta que vio encenderse la luz del salón.

—¿Qué demonios sucede, Marlowe? —preguntó mientras me daba un empujón para pasar dentro.

—Buenas tardes también para ti, Bernie.

Giró su enorme rostro amoratado y me clavó los ojos.

—Siempre tan gracioso, ¿eh, Marlowe?

—Intento contenerme, pero me sale solo.

Su rostro se ensombreció aún más. Pensé que iba a estallar.

—¿Esta historia te parece una broma? —dijo en voz baja y amenazadora.

—Cálmate, Bernie —me palpé con cuidado la nuca. La hinchazón seguía igual, pero el huevo cocido no estaba tan caliente como antes—. Siéntate, toma algo.

—¿Qué te ha ocurrido en la cara?

—Me choqué con el cañón de una pistola. Al menos tuve suerte de que no la estuvieran disparando.

—Te va a salir un buen moratón.

Siempre me fascinaba el tamaño de la cabeza de Bernie. La de Joe, que parecía un larguísimo cacahuete, no era nada comparada con la suya. De las cejas hacia arriba, no terminaba nunca. ¿Conocen ese pan que los ingleses llaman *cottage loaf*? Imaginen dos hogazas, una encima de otra, y la de arriba un poco más pequeña. Pues ese aspecto tenía la mollera de Bernie. Ni siquiera parecía estar hecha de masa de pan, sino de carne de vaca ligeramente asada y golpeada con un mazo hasta adquirir aquella forma.

Vestía el uniforme reglamentario de franela azul marino, con la cabeza descubierta y esos zapatos negros que parecen fabricar para la policía, grandes como barcas y con una suela de más de un centímetro de grosor. Bernie era vociferante y no me tenía mucho aprecio, pero era un tipo decente, la clase de persona que deseas tener a tu lado cuando estalla una pelea. Además, era un buen policía. Habría sido capitán desde hacía tiempo si el sheriff no le hubiera puesto un pie encima de la cabeza para impedir que lo ascendieran. A mí me gustaba Bernie, aunque por precaución prefería no decírselo.

—Antes me preparé un brandy. ¿Te apetece uno?

—No, dame una tónica.

Mientras le servía la bebida, Bernie deambulaba por la habitación, removiendo el puño derecho contra la palma de la mano izquierda como si fuera un antiguo boticario trabajando con el mortero.

—Cuéntame qué ha sucedido —me dijo.

Se lo conté, dando vueltas a la misma versión que le había proporcionado a Joe Green.

—Bernie, ¿me harías el favor de sentarte? —le pedí en cuanto terminé—. Estás consiguiendo que me duela aún más la cabeza de solo mirarte andar de un lado a otro.

Cogió su vaso con la tónica y el hielo y nos sentamos, uno frente a otro, en la mesa de la cocina. Yo me había preparado un brandy poco ortodoxo con azúcar. Era imposible que me sentara mal.

—He pasado aviso sobre Lynn Peterson a todos los coches patrulla —me dijo—. Según le contaste a Joe, los mexicanos llevan un modelo de coche que se fabrica al otro lado de la frontera, un armatoste con techo de lona.

—Eso me dijeron. Yo no lo he visto.

Bernie me observaba con un ojo medio cerrado.

—¿Quién te lo dijo?

—Un viejo que vive frente a Peterson. Es el vigilante del barrio, no se le escapa nada.

—¿Hoy hablaste con él?

—No, el otro día. Era la primera vez que iba allí.

—A fisgonear por encargo del misterioso tipo que te paga, ¿no?

—Si es así como quieres plantearlo.

Me divertí que creyera que mi cliente era un hombre. Joe Green no se había tomado la molestia de contarle todos los detalles. Eso estaba bien. Cuanto menos supiera Bernie, mejor.

—¿Vas a decirme de quién se trata y por qué te ha encargado que busques a Peterson? —moví la cabeza de un lado a otro con lentitud. Era incapaz de hacerlo rápidamente con aquel nudo palpitando en mi nuca—. Sabes que, antes o después, tendrás que decírmelo —refunfuñó Bernie.

—Será después más bien que antes y, para entonces, tú mismo ya lo habrás averiguado. No soy un soplón, Bernie. Va contra mi ética.

Se rio.

—¡Lo que hay que oír! ¡Su ética! —profirió, burlón—. ¿Quién te crees que eres? ¿Una especie de sacerdote que escucha las confesiones de los demás y guarda sus secretos?

—Ya sabes cómo es esto. No soy más que un profesional como tú —a esas alturas, mi mejilla se había hinchado tanto que me bastaba con mirar hacia abajo para

ver la piel lastimada. Bernie tenía razón, mis encantos no serían los mismos por una temporada—. En cualquier caso, Lynn Peterson y los mexicanos no tienen nada que ver con el trabajo que me han encomendado. Son dos asuntos diferentes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé, Bernie —dije, fatigado—. Porque lo sé.

Mi respuesta le hizo enfurecer una vez más. Era impredecible, cualquier cosa podía hacerle saltar. Su rostro carnoso se puso violáceo.

—Maldita sea, Marlowe. Debería llevarte a comisaría y ficharte —me amenazó.

Esa era la política de Bernie, puesta a prueba y validada a lo largo de su carrera: ante la duda, fíchalos.

—¡Anda ya, Bernie! —dije en un intento de quitarle hierro a la situación—. No tienes ninguna prueba contra mí, y lo sabes.

—¿Y si decido no creerme nada acerca de esos bandidos mexicanos y las demás pendejadas que nos has soltado a Joe Green y a mí?

—¿Por qué me lo iba a inventar? ¿Por qué iba a informar de que una mujer había desaparecido si no hubiese sucedido?

Golpeó el vaso de tónica contra la mesa con tanta fuerza que uno de los hielos saltó fuera y se deslizó por el suelo.

—¿Y por qué haces tú las cosas que haces? Eres el hijo de perra más retorcido que conozco. Y ya es decir.

Suspiré. Otra vez la misma cantinela: de nuevo era yo el cachorro de una perra. Tal vez todos sabían algo que yo ignoraba. Mi pómulo y mi nuca latían ahora al unísono, como si dos percusionistas de la selva estuvieran ensayando una complicada pieza dentro de mi cabeza. Había llegado la hora de quitarme de encima a Bernie. Me puse en pie.

—Me llamarás si te enteras de algo, ¿no, Bernie?

Permaneció sentado mientras me miraba inquisidor.

—Tú y esa tal Peterson... ¿Seguro que no os conocíais ya?

—Seguro.

Era más o menos cierto: mi breve encuentro con ella en el Club Cahuilla no implicaba que nos conociéramos y, además, eso no le incumbía a Bernie.

—No es tu estilo dejar pasar una oportunidad, Marlowe: una mujer guapa, una casa vacía con un dormitorio, una situación así... —cuando Bernie se ponía obsceno era mucho peor que cuando montaba en cólera—. ¿Me estás diciendo que no aprovechaste la oferta?

—No había ninguna oferta —además, ¿qué quería decir con eso de que no era mi estilo? ¿Qué sabía Bernie de mí al respecto? Nada. Cerré el puño pegándolo a mi costado, donde él no pudiera verlo. Bernie no era el único capaz de enfurecerse—. Estoy cansado, Bernie. Ha sido un día muy duro. Necesito dormir.

Se levantó, tirándose hacia arriba de la cintura del pantalón. Había engordado y tenía una panza que me había pasado inadvertida. Bueno, tampoco yo estaba rejuveneciendo.

—¿Me llamarás si tus coches patrulla se enteran de algo?

—¿Por qué voy a hacerlo? Acabas de decirme que tu trabajo, sea el que sea, no tiene nada que ver con el asunto de los mexicanos y la mujer desaparecida.

—De todas maneras, me gustaría que me informaras.

Ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Tal vez te llame, tal vez no —me dijo.

—¿De qué depende?

—De cómo me sienta —presionó un dedo contra mi pecho—. Eres un tipo conflictivo, Marlowe, tú lo sabes. Debería haberte empapelado cuando tuve oportunidad con el asunto de Terry Lennox.

Terry Lennox era un amigo mío que había desaparecido cuando le acusaron de homicidio. La mujer asesinada era su esposa. Él se pegó un tiro en la habitación de un hotel de México, o a esa conclusión llegaron personas como Bernie Ohls. Nada me incriminaba y Bernie lo sabía. Simplemente estaba intentando sacarme de mis casillas, pero yo no se lo iba a permitir.

—Buenas noches, Bernie —le dije.

Extendí una mano. Él la miró, me miró y entonces la estrechó.

—Tienes suerte de que sea un hombre tolerante —dijo.

—Lo sé, Bernie —repliqué con mansedumbre. No tenía ningún sentido encolerizarle de nuevo.

El coche de Bernie estaba a punto de llegar a la glorieta, al final de la calle, cuando la luz de otros faros se aproximó en dirección opuesta, rastrillando la oscuridad. Bernie aminoró la velocidad al cruzarse con el otro coche para intentar ver al conductor y luego siguió de largo. Yo iba a cerrar la puerta de entrada cuando el vehículo se aproximó y se detuvo al pie de mis escaleras. Me llevé la mano a la pistolera en mi cinturón, pero recordé a tiempo que estaba vacía. En cualquier caso, no eran los mexicanos quienes venían a hacerme una visita. El coche era un deportivo rojo de importación, un Alfa Romeo para más señas, y dentro solo había una persona. Supe quién era antes de que abriera la puerta y saliera.

¿Se han fijado en cómo sube los escalones una mujer? Así subió Clare Cavendish, con la cabeza inclinada y la vista fija en los pies, que colocaba con precisión uno delante del otro, escalón a escalón. Igual que una patinadora sobre hielo dibujando una línea de diminutos ochos.

—Vaya, hola —la saludé. Cuando llegó a mi altura, alzó la cabeza y sonrió. Vestía un abrigo ligero, se cubría la cabeza con un pañuelo y, a pesar de que era de

noche, llevaba gafas oscuras—. Veo que viene de incógnito.

Su sonrisa titubeó.

—No estaba segura. Quiero decir que no sabía si usted... No sabía si usted estaría en casa —dijo, confusa.

—Pues estoy, como puede ver.

Se quitó las gafas y me miró el rostro con atención.

—¿Qué le ha sucedido? —se apresuró a preguntarme con voz entrecortada.

—Ah, ¿esto? —me llevé un dedo a la mejilla—. Me he golpeado con la puerta de un armario. Entre.

Me eché hacia atrás y ella, con el semblante aún preocupado, pasó a mi lado sin separar los ojos de la magulladura morada y amarilla que tenía bajo el ojo. Cerré la puerta, ella se desanudó el pañuelo de la cabeza y yo le ayudé a quitarse el abrigo. Aspiré su perfume. Le pregunté cómo se llamaba; Langrishe Lace, me dijo. Para entonces, yo estaba persuadido de poder reconocerlo en cualquier lugar.

—¿Le apetece una copa?

Se volvió hacia mí. Se había ruborizado.

—Espero que no le importe que haya venido. Esperaba que me llamara y, al no tener noticias de usted...

Al no tener noticias, pensé yo, decidió montarse en su pequeño deportivo rojo y venir a averiguar qué estaba haciendo Marlowe para ganarse el dinero que le estaba pagando. O que no le estaba pagando, como era más bien el caso.

—Lo siento. No tenía nada que contarle que mereciera la pena. Pensaba llamarla mañana por la mañana, pero con la única intención de mantenernos en contacto —le dije.

—¿Prefiere que me marche? —preguntó con voz repentinamente desolada.

—No, ¿qué le hace pensar eso?

Se relajó un poco, sonrió y se mordió el labio.

—No me sucede a menudo no saber qué hacer. Usted parece tener ese efecto sobre mí —dijo.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—No lo sé. Estoy intentando acostumbrarme para poder decidirlo.

La besé o me besó o, tal vez, los dos tuvimos la misma idea al mismo tiempo. Presionaba sus manos contra mi pecho, aunque no para separarme de ella. La abracé y, bajo mis manos, sus omoplatos me recordaron dos cálidas alas cuidadosamente plegadas.

—Tómese una copa —me di cuenta de que mi voz no sonaba muy firme.

—Tal vez un whisky, pero pequeño. Con agua, sin hielo.

—A la manera inglesa —le dije.

Ella sonrió.

—A la irlandesa, querrás decir. Pero solo una gota, de verdad.

Apoyó su mejilla contra mi hombro. Me pregunté si sabría que había hablado con su madre. Tal vez había venido por eso, para averiguar qué me había contado la anciana.

Me separé de ella y fui a prepararle su copa. Yo también me serví un whisky, pero el mío bien cargado. Lo necesitaba, aunque no estaba seguro de cómo me sentaría después del brandy que me había bebido antes. Cuando me volví hacia ella, la sorprendí mirando alrededor, fijándose en todo: la vieja alfombra, el mobiliario sin gracia, los cuadros desconocidos en marcos baratos, el tablero de ajedrez preparado para una partida en solitario. No te das cuenta de lo pequeño que es el espacio donde vives hasta que otra persona entra en él.

—Así que esta es tu casa —dijo ella.

—Es alquilada —dije, y fui consciente de que había contestado a la defensiva—. Su propietaria, la señora Paloosa, se ha ido a vivir a Idaho. Casi todo lo que está aquí es de ella o del difunto señor Paloosa.

«Cierra el pico, Marlowe, estás diciendo chorradas.»

—Y tienes un piano —dijo ella.

En una esquina había un viejo Steinway de pared. Yo estaba tan acostumbrado a él que ya ni lo veía. Ella cruzó la habitación y levantó la tapa.

—¿Toca? —le pregunté.

Ella se sonrojó levemente de nuevo.

—Un poco.

—Toque algo para mí.

Se giró y me miró con expresión asustada.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque sería... sería vulgar. Además, no soy tan buena como para tocar delante de otras personas, solo toco para mí —bajó la tapa—. Estoy segura de que está desafinado.

Bebí un sorbo de mi whisky.

—¿Por qué no nos sentamos? El sofá no es tan incómodo como parece.

Nos sentamos. Ella cruzó las piernas y colocó el vaso sobre su rodilla. Apenas había tocado su whisky. En la lejanía resonó el ulular de una sirena de policía. Encendí un cigarrillo. Hay momentos en que te sientes como si te hubieran llevado al borde de un acantilado y te hubieran dejado allí. Carraspeé para aclararme la garganta. Carraspeé una segunda vez porque lo necesitaba. No sabía cómo Clare había conseguido mi dirección. No recordaba habérsela dado. ¿Para qué iba a dársela, además? Sentí un ligero malestar. Tal vez era por el vacío que se abría bajo mis pies, más allá del borde del acantilado.

—Sé que mi madre ha hablado contigo —Clare se ruborizó de nuevo—. Espero que el encuentro fuera agradable. Ella puede resultar un poco excesiva.

—A mí me cayó bien. Todavía no sé muy bien de qué conocía mi existencia.

—Richard se lo dijo, está claro. Se lo cuenta todo. Algunas veces tengo la impresión de que está casado con ella y no conmigo. ¿Qué te dijo mi madre? ¿Te importa que te lo pregunte?

—No me importa en absoluto. Quería saber por qué me había contratado.

—¿No se lo dirías? —me preguntó alarmada. La miré fríamente sin responder. Clare bajó los ojos—. Lo siento, ha sido una pregunta estúpida.

Me puse en pie para ir al mueble bar y me serví otro whisky. No regresé al sofá.

—Señora Cavendish, me encuentro completamente desorientado. Quizá no debería decírselo, pero es la verdad.

—¿Nunca vas a tutearme?, ¿nunca vas a llamarme Clare? —me preguntó, mirándome con sus inmensos ojos mientras sus adorables labios se entreabrían ligeramente.

—Estoy en ello.

Me giré y empecé a caminar de un lado a otro, tal como había hecho Bernie hacía apenas un instante. Clare me seguía con la vista.

—¿Por qué estás desorientado? —me preguntó finalmente.

—Porque no logro entenderlo, no sé qué pensar. ¿Por qué quieres que localice a Nico Peterson? ¿Tanto te interesa? Por lo poco que he oído, no me parece tu tipo en absoluto. Pero, incluso si estuvieras loca por él, ¿no te sentirías un tanto desilusionada al saber que te ha engañado haciéndose pasar por muerto? ¿Por qué necesita desaparecer?

Me situé frente a ella, mirándola desde arriba. Los nudillos de la mano con que sujetaba su vaso estaban blancos.

—Señora Cavendish, si quieres que continúe buscándolo, y si voy a tutearte y a llamarte Clare, me tienes que ayudar un poco.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—De cualquier manera que se te ocurra.

Asintió abstraída, mientras miraba de nuevo alrededor de la habitación.

—¿Tienes familia? —me preguntó.

—No.

—¿Padres?

—Ya te he dicho que no. Los perdí muy pronto.

—¿Algún hermano, alguna hermana? ¿Primos, tal vez?

—Debe de haber algún primo por ahí. No tenemos relación.

Ella meneó la cabeza.

—¡Qué triste!

—¿Qué hay de triste en eso? —una cólera repentina me hizo hablar con aspereza—. Una vida solitaria te resulta inimaginable. Eres como uno de esos grandes y elegantes cruceros rebosantes de marinos, camareros, ingenieros, tipos con uniformes recién planchados y cordoncillos en la gorra. Requieres todo ese personal, sin mencionar a la gente guapa vestida de blanco que se entretiene jugando en la cubierta. Pero si te fijas bien, hay un pequeño esquife con una bandera negra que se dirige hacia el horizonte. Ese soy yo. Y me siento feliz allí, solo.

Colocó el vaso en el brazo del sofá, cuidando de dejarlo en equilibrio para que no cayera, y se levantó. Apenas cinco centímetros nos separaban. Levantó la mano y acarició con los dedos la contusión de mi mejilla.

—Está ardiendo, tu pobre piel está ardiendo —murmuró. Se hallaba tan cerca que veía pequeñas motas plateadas en el iris de sus ojos negros—. ¿En algún lugar de esta casa hay una cama? ¿Crees que a la señora Paloosa le importaría que tú y yo nos echáramos un rato? —preguntó suavemente.

Habría necesitado carraspear largo tiempo aquella noche.

—Estoy seguro de que no le importaría. Además, ¿quién se lo va a contar? —dije con voz pastosa.

En la mesilla, junto a la cama, había una lámpara con rosas pintadas en la pantalla. La pintura, muy burda, parecía hecha por un aficionado. Había pensado a menudo en deshacerme de la lámpara, pero nunca encontraba el momento. Y no era porque sintiera ningún apego por ella. Era *kitsch*, como la mayoría de los objetos que la señora Paloosa había apilado en la casa. La señora P. era una coleccionista de baratijas. Aunque la palabra que mejor la definía sería *acumuladora*; había acumulado todo tipo de morralla, con la que ahora tenía que cargar yo. La verdad es que tampoco me fijaba mucho. Los objetos estaban ahí, eran parte del escenario, pero yo no les prestaba atención. Sin embargo, aquella lámpara era lo último que veía cada la noche al apagarla y, ya en la oscuridad, su imagen permanecía grabada en mis ojos durante un rato. ¿Qué dijo Oscar Wilde del papel que cubría las paredes de la habitación donde agonizaba? Uno de nosotros dos tiene que desaparecer.

Tumbado de lado, con el rostro apoyado en la almohada, contemplaba las rosas. Parecían pintadas con pegotes de mermelada de fresa que, al secarse, hubieran perdido su brillo. Acababa de hacer el amor con una de las mujeres más hermosas que había tenido entre mis brazos y, aun así, me encontraba inquieto. Clare Cavendish pertenecía a otro mundo y yo lo sabía. Tenía clase, tenía pasta para aburrir, estaba casada con un jugador de polo y conducía un deportivo italiano. ¿Qué diablos hacía en la cama conmigo?

Aunque no me había dado cuenta, ella estaba despierta. De nuevo, debió de leer mis pensamientos.

—¿Te acuestas con todos tus clientes?

Escuché su voz sensual a mi espalda. Giré el rostro en la almohada hacia ella.

—Solo con las mujeres.

Sonrió. Las sonrisas más bonitas poseen una pizca de melancolía. Así era la suya.

—Me alegro de haber venido. Cuando llegué estaba muy nerviosa y tú fuiste tan frío que estuve tentada de darme la vuelta y marcharme.

—Yo también estaba nervioso. Me alegro de que te quedaras —le dije.

—Ahora me tengo que ir.

Me besó en la punta de la nariz y se sentó. Sus pechos eran tan pequeños que apenas abultaban cuando estaba tumbada. Al contemplarlos, sentí cómo se me secaba la boca. Parecían planos en la parte superior y rechonchos en la parte inferior, y los pezones apuntaban hacia arriba de una manera tan deliciosa que no pude evitar sonreír.

—¿Cuándo te volveré a ver? —le pregunté. Nunca se dice nada original en esas ocasiones.

—Espero que pronto.

Se había dado la vuelta para sentarse en el borde de la cama y ponerse las medias. Su hermosa espalda, larga y delgada, se estrechaba hacia la cintura. Sentí deseos de encender un cigarrillo, pero jamás fumo en la cama después de hacer el amor.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté.

Me miró por encima de uno de sus hombros desnudos.

—¿A qué te refieres?

—Son las dos de la mañana. Imagino que no acostumbras a llegar a casa a estas horas, ¿no?

—¿Lo que quieres saber es si Richard se estará preguntando dónde me encuentro? Seguro que él está por ahí con alguna de sus amigas. Ya te lo dije: tenemos un arreglo.

—Un *acuerdo*. Creo que esa fue la palabra que utilizaste.

Ya no me miraba, entretenida con los cierres de la ropa.

—Acuerdo, arreglo... ¿Qué diferencia hay?

—Llámame pejugero, pero para mí es distinto.

Se levantó, se puso la falda y se subió la cremallera en el costado. Me gusta contemplar a las mujeres cuando se visten. No es tan divertido como contemplarlas cuando se desvisten, desde luego. Se trata, más bien, de una experiencia estética.

—En cualquier caso, él no estará en casa, así que no se enterará de a qué hora llego. Tampoco le interesa mucho.

Ya había notado que hablaba siempre de su marido de una manera prosaica, sin amargura. Estaba claro que aquel matrimonio llevaba muerto y enterrado mucho tiempo. Pero si ella creía que un marido distanciada no era capaz de sentir celos, es que no conocía a los hombres.

—¿Y tu madre? —pregunté mientras me incorporaba para sentarme.

Clare estaba cerrando la hebilla de su ancho cinturón de cuero; se detuvo y me miró asombrada.

—¿Mi madre? ¿Qué pasa con ella?

—¿No te oírás cuando llegues a casa?

Ella se rio.

—Has estado en casa, ¿no te fijaste en lo grande que es? Vivimos en alas distintas: mi madre, en un lado, y Richard y yo, en otro.

—¿Y tu hermano? ¿Dónde vive él?

—¿Rett? Aquí y allá, en ningún sitio fijo.

—¿Qué hace?

—¿Qué quieres decir? ¿Está mi otro zapato en tu lado de la cama? ¡Dios mío, nos hemos empleado a fondo para quitarnos la ropa!

Me incliné hacia mi lado para localizar el zapato y se lo di.

—Lo que te preguntaba es si Rett trabaja.

Me miró arqueando una ceja.

—Rett *no* necesita trabajar —me dijo como si estuviera explicándole algo a un niño—. Es el ojo derecho de mi madre; lo único que necesita hacer es seguir siendo su niño.

—No me pareció un niño.

—Porque no necesitaba representar ese papel contigo.

—Cualquiera diría que no te gusta demasiado.

Permaneció un instante en silencio, meditando la respuesta.

—Yo lo quiero, por supuesto; es mi hermano, aunque tengamos padres diferentes. Pero no, no puedo decir que me guste. Tal vez eso cambie el día que él decida madurar, pero dudo que eso vaya a ocurrir. Por lo menos, no mientras viva madre.

Aunque nos encontrábamos en el reino de la noche, no me pareció correcto quedarme sentado en la cama mientras ella se preparaba para enfrentarse de nuevo al mundo. Así que me puse en pie y empecé yo también a vestirme.

Acababa de ponerme la camisa cuando Clare se aproximó y me besó.

—Buenas noches, Philip Marlowe. O quizá debería decir buenos días —iba a darse la vuelta para marcharse, pero la retuve por el codo.

—¿Qué te contó tu madre de nuestra conversación? —le pregunté.

—¿Qué me contó? —se encogió de hombros—. No gran cosa.

—Me llama la atención que no me hayas preguntado sobre lo que ella me dijo.
¿No tienes curiosidad?

—Te lo pregunté antes.

—Ya, pero no tuve la sensación de que estuvieras realmente interesada en saberlo. Se colocó frente a mí y me miró altanera.

—Muy bien, de acuerdo, ¿qué te contó mi madre?

Sonreí.

—No gran cosa.

Ella no sonrió.

—¿De verdad?

—Me contó cómo se fabrica el perfume. Y me contó cómo murió tu padre.

—Es una historia cruel.

—Una de las más crueles que he oído. Hay que ser muy fuerte para superar algo así, seguir adelante y hacer todo lo que ha hecho.

Su boca se tensó levemente.

—Sí, es una mujer muy fuerte, desde luego.

—¿No te gusta?

—¿No crees que ya has hecho suficientes preguntas para una sola noche?

Alcé las manos.

—Tienes razón. Solo que...

Ella aguardaba.

—¿Qué?

—Que no sé si debo confiar en ti o no.

Sonrió con frialdad y, por un segundo, vi en ella el reflejo de su madre, la dureza de su madre.

—Haz una apuesta, como Pascal —dijo.

—¿Quién es Pascal?

—Un francés de hace mucho tiempo. Un filósofo o algo parecido —se dirigió al salón mientras yo la seguía descalzo. Cogió su bolso y se volvió hacia mí—. ¿Cómo puedes decir que no confías en mí? ¿Cómo puedes, después de *esto*? —señaló la puerta del dormitorio con la cabeza.

Le di la espalda para servirme otro whisky.

—No he dicho que no confíe en ti. He dicho que no sé si debo confiar en ti o no.

Mis palabras la enfurecieron tanto que estampó un pie contra el suelo. Me vino a la cabeza la imagen de Lynn Peterson, detenida en el umbral de la casa de su hermano haciendo exactamente lo mismo, aunque por una razón diferente.

—¿Sabes lo que eres? Eres un pedante. ¿Sabes lo que es un pedante? —me preguntó.

—¿Un tipo que adormece a los demás?

Me lanzó una mirada feroz. ¿Quién hubiera pensado que unos ojos de aquel color pudieran generar semejante fuego?

—Lo que no eres es precisamente gracioso.

—Lo siento —dije, aunque probablemente no sonó como yo hubiera querido—. Voy a por tu abrigo.

Lo sostuve abierto ante ella. Permaneció inmóvil, la misma mirada feroz, un pequeño músculo temblando en su mandíbula.

—Veo que me he equivocado contigo.

—¿En qué sentido?

—Pensaba que eras... Bah, qué importa.

Introdujo los brazos en las mangas del abrigo. Podría haber hecho que se diera la vuelta, podría haberla abrazado, podría haberle dicho que lo sentía, habérselo dicho de tal manera que no le quedara ninguna duda. Porque era verdad que lo sentía. Podría haberme mordido la lengua. Ella era lo más hermoso que me había sucedido en la vida, aún más que Linda Loring, y ahí estaba yo con mi gran boca, cuestionando su honradez y haciendo chistes malos. Ese era Marlowe, el indio que se deshace de una perla que vale más que toda su tribu.

—Escúchame, hoy sucedió algo —le dije.

Se volvió hacia mí, su rostro repentinamente preocupado y receloso.

—¿Qué?

Le conté que había ido a casa de Peterson, que Lynn apareció mientras yo miraba alrededor, que los mexicanos llegaron y el resto de la historia. Fui al grano, sin florituras. Mientras yo hablaba, ella no separaba los ojos de mi boca, como si estuviera leyéndome los labios.

Cuando terminé, permaneció inmóvil, parpadeando lentamente.

—¿Por qué no me lo has contado antes? ¿Por qué? —inquirió con voz apagada.

—Porque estábamos en otra historia.

—¡Dios mío! —exclamó, y luego calló mientras meneaba la cabeza—. No te comprendo. Todo el tiempo que... —mover una mano con impotencia—, el dormitorio, todo eso... ¿Cómo no me lo has contado? ¿Cómo has podido guardártelo?

—No me lo estaba guardando, pero me pareció más importante lo que estaba pasando entre nosotros —le dije.

Mover de nuevo la cabeza con enojada incredulidad.

—¿Quiénes eran esos mexicanos?

—Buscaban a Nico. Tengo la impresión de que él se ha quedado con algo que les pertenece o que les debe algo. Dinero, imagino. ¿Tú sabes algo de eso?

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—Por supuesto que no —miró alrededor con desesperación antes de detener sus ojos en mí—. ¿Por eso tienes así la cara? ¿Te lo hicieron los mexicanos? —asentí. Ella parecía estar pensando, sumando acontecimientos, dándoles un sentido—. Y ahora tienen a Lynn. ¿Le harán daño?

—Son un par de matones.

Se llevó la mano a la boca.

—Dios mío —repitió en un suspiro. Era demasiado para ella y estaba encontrando problemas para digerirlo—. ¿Y la policía? ¿Acudió la policía a la casa?

—Sí, un tipo que conozco de la Oficina del Sheriff. Iba en el coche con el que te has cruzado cuando venías.

—¿Ha estado aquí? ¿Le has hablado de mí?

—Claro que no. No tiene ni idea de quién eres tú ni para quién trabajo yo. Y nunca lo sabrá, a menos que me lleve ante un Gran Jurado. Y no lo va a hacer.

Parpadeaba aún más lentamente que antes.

—Tengo miedo —murmuró. Además de miedo, había en su voz una nota de asombro, el asombro de alguien que no entiende cómo se ha metido en semejante embrollo.

—No debes tener miedo de nada —extendí una mano hacia su brazo, pero ella lo retiró en el acto como si mis dedos fueran a ensuciar la manga de su abrigo.

—He de irme a casa —dijo fríamente, y se dio la vuelta.

Bajé los escalones de secuoia tras ella. La bocanada helada que Clare despedía

hubiera podido formar carámbanos en mis cejas. Entró en el coche y, casi al mismo tiempo que cerraba de un portazo, arrancó. Se alejó dejando atrás una nube de humo del tubo de escape, que hizo que me escociera la nariz y me entró en la boca. Subí la escalera carraspeando de nuevo. «Buen trabajo, Phil —pensé con amargura—. Buen trabajo».

Estaba en el porche cuando sonó el teléfono. A esa hora de la noche, quienquiera que fuese no llamaría para dar buenas noticias. Agarré el auricular justo cuando el timbre acababa de detenerse. Solté una palabrota. Digo muchas palabrotas cuando estoy solo en casa. No sé por qué, pero humaniza el lugar.

Terminé el whisky antes de llevar mi vaso y el de Clare a la cocina. Los lavé en el fregadero y los puse a secar boca abajo en el escurrerplatos. Estaba agotado. Me dolía la cara y en mi nuca había recommenzado el tam-tam.

Estaba felicitándome de nuevo, con amargura, por mi gran actuación con Clare aquella noche cuando el teléfono volvió a sonar. Era Bernie Ohls. Había presentido que sería él.

—¿Dónde demonios estabas? —ladró—. Pensé que habrías muerto.

—Había salido fuera un minuto para comunicarme con las estrellas.

—Muy romántico —hizo una pausa, supongo que para crear un efecto dramático—. Hemos encontrado a la dama.

—¿Lynn Peterson?

—No, Lana Turner.

—Dime.

—Ven a verlo tú mismo. Encino Reservoir. Coge Encino Avenue y, cuando llegues a la señal de «Prohibido el paso», gira a la derecha. Trae tus sales aromáticas. No es un espectáculo muy agradable.

Conduje con la ventanilla bajada. El aire fresco de la noche calmaba mi mejilla hinchada, aunque no tanto como los suaves dedos de Clare Cavendish antes de que yo lo echara todo a perder, provocando que desapareciera en la oscuridad, temerosa y enfadada. No conseguía quitármela de la cabeza. Y casi era mejor así, pues al pensar en ella no pensaba en la hermana de Nico Peterson y en lo que probablemente me esperaba en Encino Reservoir. Tampoco quería darle vueltas al terrible error que había cometido al ocasionar que los mexicanos se enfurecieran conmigo. Si me hubiera comportado de otra manera, si me hubiera mantenido sereno y encontrado el modo de persuadirlos, tal vez podría haber evitado que se llevaran a la mujer. Parecía improbable, aunque no imposible. Pero ya habría tiempo para sentirse culpable, ahora no era el momento.

A pesar de que el trayecto hasta Encino no era largo y las calles estaban vacías, me demoré, reacio a llegar antes de lo previsto. Terry Lennox había vivido en Encino, en una mansión monumental de falso estilo inglés situada en una finca de diez mil metros cuadrados en una zona cotizadísima. En aquella época, su mujer todavía estaba viva y él era su marido de nuevo. Casarse por segunda vez con la misma persona parecía una buena descripción de un problema doble.

Aún echaba de menos a Terry. Era un desastre absoluto, pero era mi amigo y en aquel mundo, mi mundo, eso era raro, pues yo no hago amigos fácilmente. Me pregunté dónde se encontraría y en qué estaría metido. Lo último que había escuchado era que andaba por México, gastándose el dinero de su esposa fallecida. Era probable que ya no le quedara mucho, teniendo en cuenta lo manirroto que era Terry. Cualquiera día me acercaría a Victor's a tomarme un gimlet a su salud. Era nuestro garito preferido y en un par de ocasiones, cuando todavía pensaba que Terry estaba muerto, había ido a brindar por él. Terry nos había tenido engañados a todos durante un tiempo.

Estaba tan cansado que por poco me estampo contra la señal de «Prohibido el paso». Giré a la derecha y casi al momento vi las luces ante mí. En un lado de la carretera había dos coches patrulla aparcados uno frente a otro: el desvencijado Chevy de Bernie y una ambulancia con las puertas traseras abiertas y la luz derramándose fuera. Resultaba una escena extraña en aquel paraje solitario, bajo los pinos altos como centinelas.

Aparqué. En el trayecto hacia allí iba tan rígido que, al salir del coche, las lumbares me dieron un aviso. Deseé regresar a mi cama, aunque Clare Cavendish ya no estuviera en ella. Me iba haciendo muy viejo para aquel trabajo.

Bernie estaba con un hombre que llevaba una bata blanca. Imaginé que se trataría del médico o de uno de los miembros del equipo forense. A sus pies, cubierto por una

sábana, yacía lo que parecía un cuerpo. Tiré el cigarrillo que tenía en la boca y lo pisé. Avancé unos pasos y retrocedí de nuevo para asegurarme de que estaba apagado. Malo era provocar un incendio en West Hollywood, como me había prevenido el viejo de la calle de Nico Peterson al ver que arrojaba una colilla al suelo, pero en Encino ya eran palabras mayores. Un incendio en Encino habría supuesto un tremendo revés para las finanzas de la mitad de las compañías de seguros del condado de Los Ángeles y de otros condados. La casa de Terry Lennox, o más bien la casa de su esposa, estaba valorada en cien mil dólares o incluso más. Pero no había motivo para preocuparse, el terreno estaba empapado tras la reciente lluvia y el aire olía a humedad y a resina.

A poca distancia de Bernie, tres o cuatro policías uniformados y dos de paisano, que se cubrían la cabeza con sombrero, rastreaban el terreno con linternas. Las agujas de pino brillaban en la luz. Me dio la sensación de que no buscaban a conciencia. Los dos mexicanos habrían atravesado la frontera en su coche hacía tiempo y no era probable que las pistas permitieran localizarlos.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó Bernie.

—Me he detenido varias veces para admirar el paisaje y deleitarme con pensamientos poéticos.

—No me cabe duda. Venga, ¿qué has estado haciendo desde que me marché de tu casa?

—Ponerme al día con mi bordado —le respondí antes de bajar la vista al cuerpo cubierto con una sábana en el suelo—. ¿Es ella?

—Según su carné de conducir, sí. No va a ser fácil identificarla —con la puntera de uno de sus zapatones levantó una esquina de la tela—. ¿No crees?

Los mexicanos se habían empleado a fondo con ella. Su rostro, hinchado como una calabaza y amoratado por los golpes, estaba mucho más grande que cuando yo la había visto. Los rasgos tampoco estaban en su sitio. Además, le habían abierto una segunda y profunda boca en la garganta, bajo la barbilla. Ese habría sido López con su pequeño cuchillo. Durante un segundo, me vino a la cabeza la imagen de Lynn junto al fregadero de la casa de Peterson, con la bandeja de los hielos en las manos, girándose para indicarme dónde se encontraban las botellas de Canada Dry.

—¿Quién la ha encontrado? —le pregunté.

—Una parejita en coche, que estaba buscando un rincón tranquilo donde poder besuquearse.

—¿Cómo murió?

Bernie soltó algo parecido a una carcajada.

—Mírala, ¿tú qué crees?

El tipo de la bata blanca intervino:

—Hay una profunda herida transversal y continua en el triángulo anterior del

cuello que secciona las estructuras venosa y arterial, no compatible con la vida.

Me quedé mirándolo. Era mayor, había visto de todo en su profesión y parecía cansado, igual que yo.

—Disculpadme —dijo Bernie sin grandes ceremonias—. Este es el doctor..., ¿cómo me dijo que se llamaba?

—Torrance.

—Este es el doctor Torrance. Doctor, le presento a Philip Marlowe, detective estrella —terminadas las presentaciones, se giró hacia mí—: Lo que quiere decir es que le han rebanado el cuello. Le hicieron un favor, tal como debía de encontrarse cuando acabaron con ella.

Me enganchó del brazo y nos alejamos unos pocos metros.

—Sé sincero, Marlowe: ¿esa mujer significaba algo para ti? —me preguntó con voz queda.

—La vi hoy..., ayer hoy por primera vez. ¿Por qué me lo preguntas?

—El médico dice que esos tipos se divirtieron a lo grande con ella. Sabes a qué me refiero. Eso fue antes de que empezaran con la brasa de los cigarrillos, los puños americanos y el cuchillo. Lo siento.

—También yo lo siento, Bernie, pero te equivocas si crees que vas a llegar a alguna parte en esa dirección. No la había visto nunca hasta ayer y apenas habíamos intercambiado una docena de palabras cuando aparecieron los mexicanos.

—Estabais tomando una copa.

Separé mi brazo del suyo.

—Eso no nos convierte en novios. Habitualmente tomo copas con personas de todo tipo. Lo mismo que tú, estoy seguro.

Retrocedió un paso y me clavó la vista.

—Debía de ser una mujer muy atractiva antes de que los mexicanos le pusieran las manos encima.

—Bernie, para ya —suspiré—. Yo no conocía a Lynn Peterson, desde luego no del modo que insinúas.

—De acuerdo, no la conocías. Ella se presenta cuando tú estás poniendo la casa de su hermano patas arriba...

—¡Por los clavos de Cristo, Bernie! ¡No estaba poniendo la casa patas arriba!

—Da igual, ella te sorprende en la casa y, acto seguido, dos mexicanos se plantan allí, te dan un golpecito en la cabeza, la agarran con sus sucias manos y se piran. Lo siguiente es que ella aparece muerta en una carretera solitaria de Encino. Si tú estuvieras en mi pellejo, ¿crees que me dirías: «No pasa nada, Phil, no te preocupes, sigue con tus asuntos. Estoy convencido de que no tienes nada que ver con el asesinato de esa infortunada mujer, aunque estés buscando a su hermano-presuntamente-muerto»? ¿Lo harías?

Suspiré de nuevo, no solo porque estaba harto de las insinuaciones de Bernie Ohls, sino porque además estaba muerto de cansancio.

—Vale, Bernie, ya sé que solo estás haciendo tu trabajo, que te pagan para eso. Pero si insistes en relacionarme con lo sucedido, vas a perder mucho tiempo y lo único que vas a conseguir es enfurecerte y ponerte nervioso.

—*Estás* relacionado —dijo Bernie, casi gritando—. Eres tú quien ha andado husmeando para encontrar al tal Peterson y su hermana acaba de aparecer muerta. Si una cosa no tiene que ver con la otra, tú me dirás.

—Ya sé que está muerta. Me la acabas de mostrar y el Albert Schweitzer que está junto a ella me lo ha explicado con toda suerte de detalles sangrientos. Pero escúchame, Bernie: no tiene nada que ver conmigo. Te lo digo en serio, tienes que creerme. Soy lo que se llama un testigo inocente —Bernie resopló—. Sabes perfectamente que eso sucede. Estás en la ventanilla del banco y entran dos ladrones, cogen hasta el último céntimo que hay en la caja fuerte y matan al director de la sucursal antes de largarse con el botín. El hecho de que tú te encontraras allí, metiendo o sacando dinero de la cuenta, no significa que estés implicado en el robo. ¿No es así?

Bernie se quedó pensativo, mientras se mordía los pellejos del pulgar. Sabía que yo tenía razón, pero, ante un caso semejante, a ningún policía le gusta soltar la única pista que cree tener. Al final, dejó escapar un gruñido e hizo un gesto con la mano como si estuviera espantando moscas.

—Venga, lárgate de aquí. Estoy harto de ti, payaso hipócrita.

No es muy agradable que te insulten. Podía tolerar que me llamara hipócrita, pero que me considerase un payaso, con su nariz roja y sus zapatones, era bien distinto.

—Me voy a casa, Bernie —le dije con tono tranquilo, cordial, incluso respetuoso—. Ha sido un día muy largo y difícil y necesito poner mi pobre cabeza en la almohada y descansar. Te aseguro que si me entero de algo sobre Nico Peterson, sobre su hermana o sobre cualquier miembro de su familia o sus amigos, y creo que puede serte útil para el caso, te lo contaré. ¿De acuerdo?

—¡Vete a freír espárragos! —me dio la espalda y se dirigió hacia el doctor Torrance, que estaba encargándose de que subieran el cuerpo roto de Lynn Peterson a la ambulancia.

Pensé que el asunto terminaría ahí. Como ya me suponía, Bernie no consiguió ninguna información sobre los mexicanos. Me dijo que se había puesto en contacto con un amigo policía que trabajaba en la frontera de Tijuana para preguntarle por el posible paradero de Gómez y López, pero que el amigo no le había sido de ninguna utilidad. Me sorprendieron dos cosas de lo que me contó: primero, que Bernie tuviera un amigo y, de entre todos los lugares imaginables, en Tijuana. Segundo, que hubiera policía en aquella frontera. Así que a eso se dedicaban aquellos tipos con camisetas caquis y manchas de sudor en las axilas que te miraban con expresión de aburrimiento y te indicaban con el brazo que siguieras adelante, sin ni siquiera molestarse en sacarse el mondadientes de la boca. La próxima vez que bajara a México debía acordarme de mostrarles más respeto.

En cualquier caso, desconozco cuánto se esforzó Bernie en intentar localizar a los asesinos de Lynn Peterson. Ella no era alguien importante, no como Clare Cavendish, por ejemplo. Me enteré de que Lynn era bailarina y había trabajado en los clubes de Bay City. Yo conocía algo de esa vida, su picaresca y su desgaste. Podía imaginarme cómo habría sido para ella. Tipos con vello rizado en el dorso de las manos tratando de manosearla. Gerentes de clubes que imponen sus propias condiciones, que nada tienen que ver con las legales. El alcohol y las drogas, el amargo cansancio nocturno, los amaneceres cenicientos en habitaciones de hoteles baratos. Lo poco que había visto de Lynn me había gustado. Merecía haber tenido una vida mejor. Una muerte mejor.

Tenía que sacarme a los dos mexicanos de la cabeza. La rabia que sentía hacia ellos me quemaba por dentro. Debía zanjar por lo sano y seguir adelante. El corte de mi mejilla estaba cicatrizando y el chichón en la nuca había disminuido y ahora tenía el tamaño de un huevo de paloma.

Dos días más tarde, asistí al funeral de Lynn. Se celebró en una funeraria de Glendale, no sé por qué, tal vez porque ella vivía en esa zona. Había sido incinerada, como su hermano. La ceremonia duró tres minutos. Solo asistimos dos personas: yo y una anciana medio ida con el pelo áspero y crespo y la boca fruncida y mal pintada. Cuando acabó la ceremonia, intenté hablar con ella, pero se escabulló como si creyera que yo era un vendedor de escobas. Dijo que tenía que volver a casa, que su gato ya estaría hambriento. Aun cuando no hablaba, movía la boca pintada en una suerte de murmullo silencioso. Yo sentía curiosidad por saber quién era: no se trataba de la madre de Lynn, de eso estaba seguro. Tal vez de una tía o tal vez, simplemente, de su casera. Deseaba preguntarle por Lynn, pero ella no quería quedarse y no intenté retenerla. Un gato hambriento esperaba a que le dieran de comer.

Conduje a la oficina y aparqué el Oldsmobile. Junto a la puerta del Edificio Cahuenga, un joven muy delgado, con una chaqueta a cuadros rojos y verdes y un sombrero *pork-pie*, se despegó de la pared y me cortó el paso.

—¿Eres Marlowe?

Tenía un rostro flaco y demacrado con pómulos salientes. Sus ojos eran de un color indefinido.

—Sí, soy Marlowe. Y tú, ¿quién eres? —contesté.

—El jefe quiere hablar contigo —señaló con la cabeza, por encima de mi hombro, hacia un gran coche negro aparcado junto al bordillo.

Suspiré. Cuando, de camino al trabajo, un tipo como ese se planta ante ti y te informa de que su patrón quiere conversar contigo, sabes que hay problemas.

—¿Y quién es tu jefe? —pregunté.

—Tú métete en el coche, ¿vale? —abrió su chaqueta lo suficiente para que yo viera un objeto negro y brillante embutido en una pistolera sobaquera.

Caminé hacia el coche sin especial premura. Era un Bentley con el volante a la derecha. Debían de haberlo importado de Inglaterra. El chaval, con su instrumento de persuasión bajo el brazo, abrió la puerta trasera y permaneció inmóvil para que yo entrara. Mientras me inclinaba, se me pasó por la cabeza que pretendía ponerme la mano en la coronilla tal como hacen los policías en las películas, pero algo en mi mirada le advirtió de que era ir demasiado lejos. Cerró la puerta tras de mí con un sonido poderoso y contundente como el de la puerta de la cámara acorazada de un banco. Y regresó a su puesto, junto a la pared.

Eché un vistazo al coche. Detalles cromados y madera de nogal pulida. La tapicería, de un pálido crema, tenía ese olor a cuero nuevo que suele ser tan intenso en esos caros modelos ingleses. Delante, sentado al volante, había un negro con una gorra de chófer. Desde que yo había entrado, no se había movido un ápice, con la vista clavada en el parabrisas, pero le sorprendí mirándome un segundo por el espejo retrovisor. No era una mirada amistosa.

Me giré hacia el hombre que estaba sentado a mi lado.

—Bueno, ¿de qué quiere que hablemos?

Sonrió. Era la sonrisa abierta y cálida de un hombre feliz y con éxito.

—¿Sabe quién soy? —me preguntó con simpatía.

—Sí. Sé quién es usted. Lou Hendricks.

—¡Bien! —su sonrisa se hizo aún más ancha—. Odio el tostón de las presentaciones. ¿No le pasa a usted? Es una absoluta pérdida de tiempo —hablaba con un engolado acento impostado.

—Tiene toda la razón, para personas ocupadas como usted y como yo resultan realmente tediosas.

No pareció importarle que me burlara de él.

—Sí, usted es Marlowe, desde luego. Ya me habían avisado de que era un listillo —dijo con calma.

Era un hombre enorme, tan enorme como para ocupar todo el espacio de su asiento en aquel coche inmenso. Su cabeza parecía una caja de zapatos apoyada sobre tres o cuatro rollos de grasa donde alguna vez debió de estar la barbilla. El cabello, grueso y teñido del color de la teca aceitada, estaba peinado hacia un lado y pegado al cráneo plano. Tenía unos ojos pequeños, brillantes y alegres. Vestía un traje cruzado de seda color lavanda, en cuya confección debían de haberse empleado muchos metros de tela, y una ahuecada corbata carmesí con un alfiler de perla. Para ser un matón, no parecía importarle ir disfrazado. No me hubiera sorprendido descubrir, al mirar hacia abajo, que llevaba polainas. El Lindo Lou, lo llamaban a sus espaldas. Tenía un casino en el desierto. Era uno de los peces gordos de Las Vegas, junto a Randy Starr y otro par de tipos duros del negocio del juego. Decían que además del Paramount Palace, dirigía otros muchos negocios: prostitutas, drogas, ese tipo de asuntos. Nuestro Lou era un personaje.

—Tengo información fidedigna de que está buscando a alguien de quien también a mí me interesaría saber.

—¿Sí? ¿Y de quién puede tratarse?

—De un hombre llamado Peterson. Nico Peterson. Seguro que le suena muy familiar.

—Algo me suena, sí. ¿Y quién es su fuente fidedigna?

Esbozó una pícara sonrisa.

—Señor Marlowe, usted no revelaría una fuente, ¿cómo puede esperar tal cosa de mí?

—Tiene razón —saqué mi pitillera y cogí un cigarrillo, aunque no lo encendí—. Estoy seguro de que sabe que Nico Peterson ha muerto.

Asintió, haciendo temblar todas sus barbillas suplementarias.

—Eso es lo que pensábamos todos, pero parece que andábamos equivocados —dijo.

Jugueteé con el cigarrillo apagado, haciéndolo girar entre mis dedos, mientras intentaba adivinar cómo sabría que Peterson había sido visto cuando se suponía que estaba muerto. Hendricks no era la clase de persona que Clare Cavendish frecuentaba. ¿Con quién había hablado yo de Peterson? Con Joe Green, con Bernie Ohls, con Travis, el camarero, y con el viejo que vivía frente a la casa en Napier Street. ¿Con alguien más? Quizá no hacía falta nadie más. El mundo es poroso y las noticias se filtran solas, o eso parece.

—¿Cree que está vivo? —pregunté para hacer tiempo. Me dedicó su alegre sonrisa satisfecha y las comisuras de sus brillantes ojitos se llenaron de arrugas.

—Vamos, señor Marlowe, soy un hombre ocupado y estoy seguro de que usted

también. Habíamos empezado muy bien, y ahora usted se anda con rodeos —se removi6 con la dificultad de una ballena varada en la playa, sac6 un pañuelo del bolsillo y se son6 la nariz con un bocinazo—. La contaminación y la neblina de esta ciudad hacen estragos en mis vías respiratorias —me mir6 con curiosidad—. ¿A usted no le molestan?

—Algo, pero yo ya tengo problemas en esa zona de por sí.

—¿Ah, sí?

De repente no parecía importarle perder el tiempo.

—Tabique nasal destrozado —me di varios golpecitos en el puente de la nariz.

Chasque6 la lengua.

—¡Vaya! Debe de haberle dolido. ¿Qué le ocurri6?

—En mis tiempos de universitario, un placaje de rugby y un doctor chapucero que, para intentar arreglarlo, me rompi6 el tabique de nuevo y termin6 de destrozarlo.

Hendricks se estremeci6.

—¡Dios santo! Me impresiona hasta oír hablar de ello.

Era evidente, sin embargo, que quería escuchar más. Tenía fama de hipocondriaco. ¿Cómo es posible que haya tantos excéntricos entre los delincuentes?

—Ya sabe que han asesinado a la hermana de Peterson —le dije.

—Sí, lo sé. Según he oído, fueron un par de salvajes del sur.

—Está muy bien informado, señor Hendricks. Los periódicos no decían de dónde eran los asesinos.

Sonri6 con satisfacción, como si le hubiera hecho un gran cumplido.

—Sigo con atención lo que ocurre a mi alrededor. Usted ya me entiende —dijo con humildad. Cogió una imperceptible mota de la manga de su traje—. ¿Cree que esos caballeros del sur también estaban buscando a su hermano? Se tropezaron con usted, ¿no es cierto? —chasque6 de nuevo la lengua con desaprobación—. O más bien debería decir que usted se tropez6 con ellos. La herida que tiene en la mejilla habla por sí sola.

Me mir6 con simpatía. Era un hombre que sabía del dolor. Del dolor que se les inflige a los demás, claro. Luego recuper6 su actitud de hombre de negocios.

—En fin, volvamos al asunto que nos ocupa. En verdad agradecería tener una conversación con nuestro amigo Nico, si todavía se encuentra entre nosotros. Solía hacerme recados con regularidad al otro lado de la frontera, en la tierra del sombrero y la mula. No eran compras serias, solo pequeños artículos que son difíciles de conseguir aquí con estas leyes tan innecesariamente estrictas. Cuando supuestamente muri6, tenía en su poder algo mío que desde entonces se encuentra en paradero desconocido.

—¿Una maleta? —le pregunté.

Hendricks me observ6 larga y atentamente. Sus ojos brillaban. Luego se relaj6 y

dejó descansar su corpachón, envuelto en seda lavanda, contra el suave cuero del asiento.

—¿Damos un paseo? —me dijo antes de dirigirse al conductor negro—. Cedric, ¿serías tan amable de llevarnos alrededor del parque?

Cedric me miró a través del espejo retrovisor. Parecía menos hostil que antes. Imagino que ya le había quedado claro que no existían motivos para estar resentido conmigo. Alejó el coche de la acera. El vehículo debía de haber estado en punto muerto, aunque yo no hubiera escuchado ningún sonido. Los británicos sí que saben cómo fabricar coches. Miré hacia atrás y vi al joven del sombrero *pork-pie* despegándose de la pared y alzando el brazo con presteza, pero ni Cedric ni su jefe le prestaron ninguna atención. Matones como ese sobran.

Nos incorporamos silenciosamente al tráfico de Cahuenga en dirección sur a cuarenta kilómetros por hora. Qué extraño resultaba desplazarse en un coche tan grande sin hacer el más mínimo ruido. En los sueños los viajes en coche son así. Hendricks abrió un pequeño espacio de nogal construido en la puerta que estaba a su lado y sacó un tubo, desenroscó el tapón, presionó hasta extraer un pegote de un espeso unguento blanco y lo extendió sobre sus manos. El perfume de aquella crema me resultó familiar. Eché una ojeada a la etiqueta: «Loción de manos Lirio de los Valles», de Langrishe. Habría sido una coincidencia interesante de no ser porque la mayoría de las personas de la ciudad que vivían por encima del umbral de la pobreza usaban productos Langrishe. Al menos yo tenía tal impresión. Desde que había conocido a Clare Cavendish, olía aquel maldito perfume en todas partes.

—¿Cómo sabía que lo que me interesaba era una maleta? —inquirió Hendricks.

Aparté la vista de él para mirar las casas y los escaparates por los que íbamos pasando a lo largo de Cahuenga Street. ¿Qué podía contestarle? No sabía por qué lo había dicho; yo había sido el primer sorprendido cuando salió de mi boca. De hecho, la palabra que me vino a la cabeza no era *maleta*, sino la mexicana *alforja* y la traduje automáticamente.

Alforja. ¿A quién se lo había oído decir? Solo podían ser los mexicanos. De algún modo los seguí oyendo después de que López me diera un mamporro con su aparatosa pistola plateada en la casa de Nico y me dejara inconsciente. Debieron de comenzar a interrogar a Lynn Peterson mientras yo yacía a sus pies con un círculo de estrellas y pajaritos girando sobre mi cabeza, igual que el gato Silvestre cuando Piolín lo acaba de golpear.

Hendricks comenzó a tamborilear los dedos, gordos como salchichas, en el reposabrazos de cuero.

—Estoy esperando su respuesta, señor Marlowe. ¿Cómo sabía que se trataba de una maleta? ¿Habló con Nico quizá? ¿Llegó a ver el artículo en cuestión? —su tono aún era agradable y cortés.

—No, simplemente lo he adivinado —dije sin mucha convicción, y desvié la vista de nuevo.

—Pues debe de ser clarividente. Es un don muy útil.

Habíamos dejado atrás Cahuenga y Cedric recorría ahora Chandler Boulevard mientras nos dirigíamos hacia el oeste. Chandler es una bonita calle, no se le puede sacar ningún defecto: es ancha, limpia y está bien iluminada por la noche. Pero no era el parque, aquella indicación de Hendricks había sido uno de sus juegucitos. Era un tipo juguetón. Saltaba a la vista.

—Mire, Hendricks, ¿sería tan amable de decirme de qué va todo esto? Digamos que Peterson tenía su maleta, digamos que murió y que usted perdió la maleta, o que no murió y se quedó con la maleta. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Me lanzó una lúgubre mirada con ofendida expresión de tristeza.

—Ya se lo he dicho. A Peterson lo matan, de repente resulta que no está muerto y a continuación me entero de que usted anda tras su pista. Eso me interesa y cuando me pica la curiosidad, me rasco. Perdona la grosería.

—¿Qué había en la maleta?

—Eso también se lo he dicho ya.

—No, no me lo ha dicho.

—¿Quiere que le dé un inventario detallado?

—No es preciso que sea detallado.

Su rostro se había tornado desagradable y súbitamente me acordé de un chaval gordo que había conocido en la universidad. Creo recordar que se llamaba Markson. Era el hijo de un hombre rico y era consentido e irascible. Como Hendricks, enrojecía con facilidad, especialmente cuando estaba enfadado o cuando se le decía que no podía tener lo que deseaba. Se marchó al acabar el segundo semestre. Algunos dijeron que lo habían expulsado por meter a escondidas a una chica en su habitación y darle una paliza. No me gustaban los Markson de este mundo; de hecho, ellos eran una de las razones de que me dedicara a aquel trabajo.

—¿Me va a contar lo que quiero saber? —preguntó Hendricks.

—Responda usted primero a lo que le he preguntado y entonces quizá yo le conteste. O quizá no.

Sacudió la cabeza mientras me miraba.

—Es usted un hombre testarudo, señor Marlowe.

—Eso me dicen.

—Podría enfadarme seriamente con usted. Sus modales son motivo suficiente. Podría decirle a Cedric que diera la vuelta para recoger a Jimmy. Jimmy es el joven con aquel sombrero tan poco acertado que lo invitó a subir al coche. Jimmy se encarga de realizar para mí, ¿cómo podríamos llamarlo?, las tareas más desagradables.

—Como ese pistolero del tres al cuarto me ponga un dedo encima, le rompo la crisma —dije.

Hendricks abrió teatralmente sus ojitos de cerdo.

—Uy, ¡qué duros somos de repente!

—No sé si «somos», pero yo sí lo soy cuando es necesario —contesté.

Hendricks rompió a reír. Todo su cuerpo se bamboleó como gelatina embutida en un traje.

—Usted es un fisgón de medio pelo —dijo sin alzar la voz—. ¿Tiene idea de las cosas que mi gente podría hacerle? Puede que el joven Jimmy no le impresione gran cosa, pero le aseguro, Marlowe, que en el lugar de donde él sale hay más Jimmys y cada uno es más grande y desagradable que el anterior.

Le di un golpecito al negro en el hombro.

—Me puede dejar aquí, Cedric. Me apetece estirar las piernas.

Por supuesto, me ignoró y continuó conduciendo con aire despreocupado.

Hendricks se retrepó en el asiento y se frotó las manos, aunque esta vez sin crema.

—No nos peleemos, señor Marlowe. Cuando lo recogimos en la puerta de su oficina, usted no daba la impresión de tener un asunto urgente entre manos, así que ¿por qué tantas prisas ahora? Quédese un rato, disfrute del paseo. Si lo desea, podemos hablar de otras cosas. ¿Qué temas le interesan?

Aquel hombre, con su impostado acento británico y sus modales remilgados, no habría desentonado en el Club Cahuilla. Tal vez hasta era socio. En ese instante se me cruzó por la cabeza la idea de que Floyd Hanson le debía de haber hablado de mí. ¿Cómo podía haber olvidado mi visita al Club Cahuilla y mi conversación con el gerente? Aún tenía el cigarrillo entre los dedos y lo encendí. Hendricks frunció el entrecejo, apretó un botón en el reposabrazos y abrió su ventanilla una rendija. Lancé una bocanada de humo en su dirección, simulando que no era intencionado.

—Quizá podemos hacer un trato. Usted me dice lo que sabe sobre la muerte de Peterson y yo le cuento lo que sé acerca de su vuelta a la vida —le dije.

Era un farol arriesgado, sobre todo porque lo único que sabía sobre Peterson, muerto o vivo, eran habas contadas. De hecho, eran muy escasas y además secas e insípidas. De todas maneras, había que intentarlo.

Hendricks me observaba. Me observaba y pensaba. Imagino que también contaba las habas de que disponía.

—Todo lo que sé o, al menos, todo lo que me han contado es que una noche oscura al pobre tipo lo atropelló en Pacific Palisades un conductor irresponsable que no se detuvo —me dijo.

—¿Se ha acercado allí para echar un vistazo al lugar donde ocurrió?

Frunció el ceño de nuevo.

—¿Por qué? ¿Debería haberlo hecho?

Su ceño ahora no era de desaprobación por mi cigarrillo, sino de preocupación. Realmente debía de pensar que había un montón de cosas que yo sabía y que no le estaba contando. ¿Hasta cuándo podría mantenerlo engañado?

—Bueno, si no lo mataron, ¿qué ocurrió aquella noche? —dije en tono arrogante y conoedor del asunto—. Había un cadáver, lo llevaron a la morgue, lo identificaron como Peterson y lo incineraron. Eso requiere cierta organización.

Para ser sincero, yo no había dedicado demasiado tiempo a ese aspecto concreto de la situación. *Había un cadáver, alguien murió* y Lynn Peterson confirmó que, quienquiera que fuese, era su hermano. Pero si Peterson no había muerto, entonces ¿quién había muerto? Tal vez había llegado el momento de volver a hablar con Floyd Hanson.

O tal vez no. Tal vez fuera el momento de olvidarse de Nico Peterson y de su hermana y del Club Cahuilla y de Clare Cavendish... Aunque, me dije, espera un momento. ¿Clare? Sería fácil olvidarse del resto, pero no de la rubia de ojos negros. Aunque ya lo hubiera dicho antes, sabía que encontraría motivos en el futuro para repetirlo: las mujeres solo traían problemas, dijeras lo que dijeras e hicieras lo que hicieras. Recordé las rosas pintadas de la lámpara en mi mesilla de noche. Aquella pantalla, como el papel de pared de Oscar Wilde, tenía que desaparecer.

Hendricks estaba reflexionando de nuevo. A pesar de su piquito de oro, no parecía gozar de mucha rapidez mental.

—Nico debió de organizarlo todo: el accidente, la fuga del conductor, la incineración. Es obvio, ¿no? —dijo al fin.

—Necesitaría ayuda, además de un cadáver. No creo que encontrara un voluntario. Nadie tiene amigos tan complacientes.

Hendricks permaneció en silencio unos instantes, luego sacudió la cabeza como si tuviera moscas alrededor.

—Nada de eso importa. Me dan igual los detalles, lo único que quiero saber es si está vivo y, en tal caso, dónde se encuentra. Tiene la maleta y quiero recuperarla.

—De acuerdo, Hendricks. Le voy a hablar de igual a igual y no se cabree porque lo haga. Recuerde que yo no he entrado en este coche por mi propia voluntad.

—Vale —dijo, enfurruñado—. Comience.

Golpeé levemente el extremo del cigarrillo contra el borde del cenicero que había en mi reposabrazos. Tenía una pequeña tapa con muelle. Alguien, imagino que Cedric, había olvidado limpiarlo y un olor acre salía de él. El mismo olor, quizá, que tendrían mis pulmones si abrieran mi caja torácica. Algunas veces me planteaba dejar de fumar, pero de hacerlo me quedaría sin más aficiones que el ajedrez, y siempre perdía las partidas contra mí mismo.

Inhalé una buena bocanada de aire; en esta ocasión, sin humo.

—La verdad es que sobre Peterson o sobre lo demás no sé más de lo que usted ya sabe. Me contrataron para investigar su muerte porque existían dudas de que hubiera sucedido en realidad. He hablado con unas cuantas personas, entre ellas su hermana...

—¿Habló con su hermana?

—Durante unos cinco minutos y esencialmente para decirle qué quería que pusiera en la copa que me estaba preparando. Entonces aparecieron los dos hombres del sur, y ahí se acaba todo.

—¿Lynn Peterson no le dijo nada? —se había erguido en su asiento y me miraba con atención.

—Nada. Lo juro. No tuvo tiempo.

—¿No le dijo nada sobre la maleta?

—No.

Permaneció silencioso un rato, pensando.

—¿Con quién más ha hablado?

—Con poca gente más. El viejo que vive enfrente de Peterson. El camarero de Barney's Beanery, donde Peterson se dejaba caer de vez en cuando para tomar una copa. El gerente del Club Cahuilla —ahora era yo quien lo miraba escrutador—, un tal Hanson, Floyd Hanson —aquel nombre no causó el efecto que yo esperaba; de hecho, no causó ningún efecto y hasta dudé si a Hendricks le sería familiar—. ¿Lo conoce? —le pregunté de la manera más neutra posible.

—¿Qué? —no me estaba escuchando—. Sí, claro que lo conozco. Algunas veces voy al club a cenar o a lo que sea —parpadeó—. ¿Qué tiene que ver Hanson con todo esto?

—A Peterson lo mataron muy cerca del Club Cahuilla.

—Lo sé... Ya lo sabía.

—Hanson fue una de las primeras personas que se acercaron al lugar del accidente aquella noche.

—Sí, es cierto —hizo una pausa mientras se mordía el interior de una de sus mejillas—. ¿Tenía algo que contar? ¿Le contó algo?

—No.

Hendricks sacó de nuevo la loción de Lirio de los Valles de Mamá Langrishe y se hidrató cuidadosamente las manos. Tal vez le calmaba los nervios o le ayudaba a pensar. En ese aspecto, cualquier ayuda era bienvenida.

—Mire, Marlowe, usted me cae bien. Me gusta su actitud. Es evidente que tiene un buen cerebro. Además, sabe mantener la boca cerrada. Un hombre como usted me sería útil.

Me reí.

—No se moleste ni siquiera en preguntar.

Alzó una mano del tamaño de una loncha de cerdo. ¿Por qué los hombres gordos se empeñan en llevar anillos? Un anillo en semejantes dedos me recuerda siempre a un cerdo con un galardón.

—No le estoy ofreciendo un trabajo. Sé que perdería el tiempo. Pero me gustaría contratarle para que buscara a Nico Peterson —replicó.

Me reí de nuevo, aunque de forma más risueña.

—¿No me está escuchando? Ya me han contratado para buscar a Peterson.

Cerró los ojos y movió la cabeza.

—Yo me refiero a que lo busque de verdad. Es obvio que hasta el momento no lo ha hecho a fondo.

—¿Qué le hace pensar eso?

Abrió los ojos y los clavó en mí.

—¿Porque no lo ha encontrado! Lo conozco, Marlowe. Sé cómo es usted. Cuando se propone algo, no para hasta conseguirlo —su acento británico había desaparecido—. ¿Cuánto le pagan? ¿Unos doscientos dólares? Yo le pago mil. ¡Cedric!

Extendió la mano. En el asiento delantero, el hombre negro se inclinó hacia un lado sin quitar los ojos de la carretera, abrió la guantera, sacó una billetera alargada de cuero negro y se la tendió a su jefe por encima de su hombro. Hendricks la cogió, la abrió y extrajo de un bolsillo interior cinco billetes de cien nuevos y los movió delante de mí como si fuera una mano de cartas.

—La mitad ahora y la otra mitad cuando lo encuentre. ¿Qué me dice?

—Que no me diga tonterías —aplasté la colilla en el cenicero y dejé caer la tapa con un *clic* del muelle—. Ya me han contratado para encontrar a Peterson en caso de que esté vivo, lo que no es probable. Pero si está vivo y lo encuentro, no lo habré hecho por usted. ¿Lo entiende? Tengo principios. No son muy elevados, no son muy nobles, pero tampoco están a la venta. Ahora, si no le importa, debo regresar a mi trabajo. Cedric, pare el coche y más vale que lo haga esta vez si no quiere que le retuerza la cabeza.

Cedric miró por el espejo retrovisor a Hendricks, que hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza. El coche se echó a la derecha y se detuvo. Hendricks todavía tenía los billetes en la mano, pero lanzó un suspiro, los guardó en la billetera y escuché el leve chasquido metálico del cierre.

—No importa —dijo frunciendo los labios como si fuese un bebé... Un bebé hipopótamo, claro—. Cuando usted lo encuentre, me enteraré. Entonces iré a por él y espero que, cuando eso suceda, no intente interponerse en mi camino, señor Marlowe.

Abrió la puerta —parecía tener tanto acero como el mamparo de un barco— y puse un pie en la acera.

—¿Sabe, Hendricks? —dije, girando el cuerpo hacia él—. Todos ustedes son iguales, todos los que están metidos en la mafia del juego. Creen que porque

disponen de fajos ilimitados de pasta y cuentan con un ejército de matones nadie se atreverá a decirles que no. Bueno, pues alguien acaba de decirle que no y va a mantener su decisión erre que erre por muchos Jimmys que mande para amedrentarlo.

Hendricks me contemplaba con expresión de genuino placer.

—Señor Marlowe, es usted un hombre decidido y lo admiro —asintió con aire satisfecho e imbuido de nuevo en su papel de caballero inglés—. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Tengo la certeza de que lo harán.

—Si eso ocurre, más vale que vaya con cuidado para no tropezarse. Hasta luego.

Salí del coche y empujé la puerta para cerrarla. Mientras el vehículo se unía al tráfico con un leve ronroneo del motor, oí cómo Hendricks se sonaba de nuevo. Me recordó el eco de una sirena lejana.

Era medianoche larga y me hallaba tumbado en la cama en mangas de camisa, fumando un cigarrillo y con la vista fija en el techo. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida y las rosas pintadas proyectaban sombras en las paredes. Parecían manchas de sangre que alguien hubiera empezado a lavar y hubiera dejado sin terminar.

Pensaba en esto y en aquello; esto era Clare Cavendish y aquello era asimismo Clare Cavendish. Acostado en el lado de la cama donde ella había estado, podía oler la fragancia de su pelo en la almohada o, al menos, eso me parecía. Había hecho bien en dejarla ir. No solo era guapa, además era muy rica, y esa clase de mujeres sencillamente no era para mí. Linda Loring, que ahora estaba en París, era así; por eso me había mostrado reticente a casarme con ella, por mucho que Linda hubiera insistido. Nos habíamos acostado una vez e imagino que me quería, pero no sé por qué razones ella pensaba que el amor desemboca inevitablemente en el matrimonio. Su hermana se había casado con Terry Lennox y había acabado con una bala en la cabeza y el rostro destrozado. No era el mejor ejemplo de felicidad conyugal. Además, yo ya no era joven y era posible que ya no me casara.

El teléfono sonó; supe que era Clare. No sé cómo lo supe, pero es así. Tenía una extraña relación con los teléfonos; los odiaba, pero de alguna manera parecíamos estar en la misma longitud de onda.

—¿Eres tú? —preguntó Clare.

—Sí, soy yo.

—Ya sé que es tarde. ¿Estabas dormido? Lo siento si te he despertado —hablaba muy despacio, como si estuviera en trance—. No sabía a quién llamar.

—¿Qué sucede?

—¿Podrías...? ¿Podrías venir a casa?

—¿A tu casa? ¿Ahora?

—Sí, necesito a alguien... Necesito a alguien que... —la voz le empezó a temblar y tuvo que detenerse unos segundos para calmarse. Parecía estar al borde de la histeria—. Se trata de Rett.

—¿Tu hermano?

—Sí, Everett.

—¿Qué le ocurre?

Se quedó en silencio de nuevo.

—Te agradecería que vinieras a casa, de verdad. ¿Puedes? ¿Estoy pidiendo demasiado?

—Ahora voy —le dije.

Claro que iría. Habría ido a reunirme con ella aunque me hubiera llamado desde

la cara oculta de la luna. Es curioso lo rápido que cambian las situaciones. Hacía un minuto me estaba felicitando por haberme librado de ella y ahora sentía como si se hubiera abierto una puerta dentro de mí y yo corriera para atravesarla con el sombrero en la mano y los faldones de la chaqueta flotando en el aire. ¿Por qué la había alejado de mí haciendo chistes idiotas y actuando como un canalla? ¿Qué diablos me ocurría para ahuyentar de noche a una mujer tan hermosa como aquella, con los labios fruncidos de rabia y el rostro pálido de ira? ¿Me creía tan especial como para poder permitirme dejarla ir así? Como si el mundo estuviera lleno de Clares Cavendish y a mí me bastara con chasquear los dedos para que otra subiera corriendo las escaleras hasta mi puerta con la cabeza inclinada y colocando un pie cuidadosamente delante del otro, dibujando pequeños ochos.

La calle estaba desierta y una neblina cálida descendía flotando de las colinas. En la acera de enfrente, los eucaliptos permanecían inmóviles bajo la luz de la farola. Parecían una banda de amonestadores, observándome en silencio mientras me metía en el Oldsmobile. ¿No me lo habían advertido? ¿No me habían dicho que era un idiota cuando, aquella noche, me quedé quieto en los escalones de secuoya en lugar de intentar detener a Clare Cavendish en su precipitada marcha?

Crucé la ciudad a una velocidad excesiva, pero afortunadamente no me topé con ningún coche patrulla. La luna creciente flotaba en la niebla frente a mí cuando, al llegar a la costa, giré a la derecha. Olas fantasmales rompían bajo la luz de la luna; más allá de las mismas la noche era una oscuridad negra y sin horizonte. *Necesito a alguien*, me había dicho, *necesito a alguien*.

Giré el volante para atravesar la verja del Pabellón Langrishe y apagué las luces de cruce, tal como me había pedido Clare. No quería que nadie se enterara de mi llegada; imaginé que al decir «nadie» se refería a su madre; tal vez también a su marido. Conduje hasta el lateral de la casa y aparqué frente al invernadero. Algunas ventanas estaban iluminadas, pero no parecía haber nadie en ninguna de las habitaciones.

Apagué el motor y permanecí sentado con la ventanilla bajada, escuchando el rumor lejano del océano y los extraños gritos adormecidos de las aves marinas. Me apetecía un cigarrillo, pero no quería encender una cerilla. El aire cálido humedecía mi rostro. No estaba seguro de si Clare se habría percatado de que había llegado. Me había indicado dónde aparcar y me había dicho que saldría a buscarme. Me dispuse a esperar. Gran parte de la historia de mi vida consiste en eso: aguardar sentado dentro del coche a altas horas de la noche con el humo rancio del cigarrillo dentro de la nariz y los gritos de las aves nocturnas.

No tuve que esperar. Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando vi aproximarse en la neblina una figura. Era Clare. Llevaba un abrigo largo y oscuro,

bien cerrado en torno al cuello. Salí del coche.

—Gracias por venir —susurró agitada.

Deseé abrazarla, pero me contuve. Sus dedos se cerraron un instante en torno a mi muñeca antes de que se volviera y se encaminara a la casa.

La seguí. Las puertas francesas estaban abiertas; entramos, pero ella no encendió la luz. Conocía el camino a través de la casa oscura, pero yo tenía que avanzar con cuidado entre las vagas sombras de los muebles. Subió delante de mí por una larga escalera curva y luego recorrimos un pasillo enmoquetado. Las lámparas de las paredes se hallaban encendidas, pero su luz, que habían graduado, era tenue. Clare se había quitado el abrigo oscuro en la planta de abajo. Llevaba un vestido color crema y sus zapatos blancos estaban húmedos por el jardín. Sus tobillos eran delgados y torneados y, desde atrás, los huecos que se abrían en ambos entre el hueso y el tendón se veían profundos, suaves y pálidos como el interior de una concha.

—Aquí dentro —dijo, y de nuevo presionó con urgencia sus dedos alrededor de mi muñeca.

La habitación, no sé por qué, parecía un escenario. Tal vez era por cómo estaba iluminada. Había dos lámparas: una pequeña sobre el tocador y una grande junto a la cama, con una pantalla tostada que debía de tener más de medio metro de diámetro. La cama era del tamaño de una balsa y, sobre ella, Everett Edwards Tercero parecía muy pequeño, desvanecido bajo un lío de sábanas. Yacía sobre la espalda con las manos unidas sobre el pecho, como el cadáver de un mártir en una pintura antigua. Su rostro tenía el mismo color que las sábanas; su pelo caía lacio, empapado en sudor. La camiseta que vestía estaba manchada de vómito y en las comisuras de la boca tenía espumarajos ya secos.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté, aunque podía adivinar lo sucedido.

—Está enfermo —contestó Clare. De pie junto a la cama, miraba a su hermano. Parecía la madre del mártir—. Él..., él ha consumido algo.

Levanté el brazo izquierdo del joven, lo giré y vi las marcas de los pinchazos, algunos antiguos y otros nuevos, que se extendían en una línea irregular desde la muñeca hasta el interior del codo.

—¿Dónde está la jeringuilla? —pregunté.

Movió la mano con gesto brusco.

—La he tirado.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—No lo sé. Quizá una hora. Lo encontré en las escaleras. Supongo que había estado vagando por la casa hasta que perdió el conocimiento. No sé cómo conseguí traerlo aquí. Es mi habitación, no la suya. Es lo único que se me ocurrió. Luego te llamé a ti.

—¿Le ha pasado más veces?

—No así, nunca ha estado tan mal —se volvió hacia mí con expresión afligida—. ¿Crees que se está muriendo?

—No lo sé. No respira demasiado mal. ¿Has llamado a un médico?

—No, no me he atrevido.

—Necesita que lo vea un médico. ¿Tienes teléfono aquí? —le pregunté.

Me llevó hasta el tocador. El teléfono, negro y brillante con adornos plateados, había sido fabricado por encargo. Levanté el auricular y marqué. No tengo ni idea de cómo demonios sabía el número de memoria. Era como si mis dedos, y no yo, recordaran. La señal sonó durante largo tiempo; por fin, una voz seca y fría contestó.

—¿Sí?

—Doctor Loring, soy Marlowe, Philip Marlowe.

Me pareció escuchar una rápida inhalación. El silencio zumbó durante unos segundos. Luego, Loring habló de nuevo.

—Marlowe —lo pronunció como si fuera una palabrota—, ¿por qué me llama a esta hora de la noche? ¿Cómo se atreve a llamarme?

—Necesito su ayuda.

—¿Tiene la desfachatez de...?

—Escuche, no se trata de mí, es por un amigo. Tengo a mi lado a un hombre inconsciente que necesita ayuda.

—¿Y me llama a *mí*?

—No lo habría hecho si me hubiera venido otro nombre a la cabeza.

—Voy a colgar ahora mismo.

—Espere. Ustedes, los médicos, ¿no hacen un juramento? Este hombre puede morir si no le atienden.

Hubo un silencio. Clare permanecía pegada a mí, mirándome como si pudiera leer en mi cara lo que decía Loring.

—¿Qué le sucede a esa persona? —preguntó él.

—Ha sufrido una sobredosis.

—¿Intentaba suicidarse?

—No, estaba inyectándose una dosis.

—¿Una dosis?

Me podía imaginar su expresión de desagrado.

—Sí, es drogadicto. ¿Eso cambia algo? Los drogadictos también son personas —le dije.

—¿Cómo se atreve a darme lecciones?

—No le estoy dando lecciones, doctor. Es tarde, estoy agotado, usted es el primero que se me vino a la cabeza...

—¿Ese hombre no tiene familia? ¿No tienen un médico de confianza a quien llamar?

Clare seguía pendiente de mí, atenta a cada palabra. Le di la espalda y coloqué las manos en torno a la boca del teléfono.

—Es la familia Cavendish —dije en voz baja—. También se los conoce como Langrishe. ¿Le dicen algo esos nombres?

Loring permaneció en silencio. Si se podía decir algo bueno acerca de Loring es que era un esnob. Algo bueno en aquellas circunstancias, quiero decir.

—¿Se refiere a Dorothea Langrishe? —inquirió. Su tono había cambiado, había ahora en él un pequeño eco respetuoso.

—Sí, en efecto. Se da cuenta, pues, de la discreción que esto requiere.

Apenas dudó un segundo antes de hablar.

—Deme las señas. Salgo inmediatamente para allá.

Le expliqué cómo llegar al Pabellón Langrishe y le pedí que apagara las luces del coche y aparcara junto al invernadero, tal como yo había hecho. Colgué y me volví hacia Clare.

—¿Sabes quién era?

—¿El ex de Linda Loring?

—Exacto. ¿Lo conoces?

—No, nunca hemos coincidido.

—Es intransigente y tiene una gran opinión de sí mismo, pero también es un buen médico. Y discreto —le dije.

Clare asintió.

—Gracias.

Cerré los ojos y con la punta de los dedos me masajé los párpados. Luego la miré de nuevo.

—¿Crees que podrías conseguirme una copa?

Una expresión de impotencia cubrió su rostro durante un segundo.

—Está el whisky de Richard. Voy a ver qué encuentro —dijo.

—Por cierto, ¿dónde está Richard?

Ella se encogió de hombros.

—Por ahí, ya sabes.

—¿Qué sucede si regresa y encuentra a tu hermano en este estado?

—¿Qué puede suceder? Lo más probable es que Dick se ría y se vaya a la cama. No le importa gran cosa lo que nos suceda a Rett y a mí.

—¿Y tu madre?

Un atisbo de alarma cruzó su rostro.

—Mi madre no debe enterarse. *No debe enterarse.*

—¿No deberías contárselo? Después de todo, es su hijo.

—Le rompería el corazón. No sabe lo de las drogas. Cada vez que se enfada conmigo, Richard amenaza con contárselo. Es una forma de tenerme bajo su control.

Una de las muchas.

—Puedo imaginármelo —volví a frotarme los ojos, los sentía como si se me hubieran secado ante una hoguera—. ¿Y esa copa?

Se marchó. Me aproximé a la cama, me senté en el borde y contemplé al joven inconsciente con el pelo sucio y el vómito en la camiseta. No creía que se estuviera muriendo, pero no soy un experto en drogas ni en drogadictos. Everett Tercero era obviamente un veterano; algunas de las marcas de la jeringa llevaban mucho tiempo en su brazo. Antes o después su madre descubriría lo que hacía su querido hijo cuando no estaba en casa dejándose acariciar el pelo por ella. Yo esperaba que no lo descubriera de la peor manera posible. En ese momento de su vida, lo último que necesitaba tras haber perdido a su marido de aquella forma terrible era otra muerte violenta en la familia.

Clare regresó con una botella de Southern Comfort y un vaso de cristal tallado. Sirvió en él una dosis generosa y me lo tendió. Me puse en pie e incliné ligeramente el cristal en su dirección en señal de agradecimiento. Aunque no me agrada el Southern Comfort, demasiado dulzón para mi gusto, serviría. Iba a sacar mi pitillera, pero cambié de opinión. No parecía correcto fumar en el dormitorio de Clare Cavendish. Eché un vistazo a su hermano.

—¿Dónde consigue la droga? —pregunté.

—No sé dónde la consigue ahora —desvió la mirada mientras se mordía el labio. Hasta cuando sufría estaba preciosa—. Nico solía pasarle algo de vez en cuando. Así fue como lo conocí. Everett nos presentó —esbozó una pequeña y triste sonrisa—. ¿Te escandaliza?

—Sí, un poco. No se me había pasado por la cabeza que Peterson y tú tuvierais ese tipo de relación.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tipo de relación?

—La relación de alguien que se acuesta con un camello.

Mi comentario la hizo vacilar, pero se recuperó enseguida. Ahora que sabía que un médico estaba en camino y que ya no necesitaba encargarse de todo, volvía a ser la misma.

—No entiendes a las mujeres en absoluto —espetó.

De repente, me pregunté si alguna vez la había oído pronunciar mi nombre, si alguna vez me había llamado Philip. No lo recordaba, ni siquiera cuando estábamos en la cama, bajo el resplandor de las rosas pintadas de rojo sangre.

—No, creo que no las entiendo. ¿Existe algún hombre que las comprenda?

—Sí, he conocido a algunos.

Apuré mi vaso. Realmente aquel whisky tenía un regusto dulzón, debían de añadirle caramelo o algo parecido.

—¿Estás siendo sincera conmigo? ¿De verdad viste a Peterson en Market Street

aquel día?

Abrió los ojos con asombro.

—Desde luego, ¿por qué te iba a mentir?

—No lo sé. Como tú dices, no te comprendo.

Se sentó en la cama y colocó las manos sobre las rodillas.

—Tienes razón —dijo en voz baja—. No debería haber tenido nada con él. Es... —se detuvo para buscar la palabra—. Él carece de dignidad. ¿Te suena raro? No quiero decir que sea indigno de *mí*, Dios sabe que a *mí* tampoco me sobra la dignidad. Él es encantador, divertido y tiene una mente sofisticada. Incluso es valiente a su modo, pero está vacío por dentro.

La miré a los ojos. Se encontraba lejos, muy lejos. Tuve la intuición de que no estaba hablando de Peterson, que solo estaba utilizándolo para hablar de otra persona. Era así, estaba seguro de que era así. Y para ella aquel hombre de quien hablaba erapreciado como nunca llegaría a serlo un hombre como Nico Peterson, como nunca llegaría a serlo un hombre como yo. Sentí un intenso deseo de besarla, sin saber por qué. Me refiero a que no sabía por qué deseaba besarla justo en aquel momento, cuando se encontraba tan distante de mí, pensando en la persona a quien amaba. Las mujeres no son los únicos seres que no comprendo, tampoco me comprendo a mí mismo, ni siquiera un poquito.

De repente, alzó el rostro y una mano.

—Oigo un coche. Debe de ser el doctor Loring —dijo.

Bajamos, atravesamos la casa en la oscuridad, igual que habíamos hecho al entrar, y salimos al jardín. Allí estaba el coche del doctor, aparcado detrás del mío. Cuando nos acercamos, Loring abrió la puerta y salió.

Era delgado, con ojos arrogantes y una pequeña perilla. Ambos habíamos mantenido varios secos intercambios verbales. Desconozco si sabía que su exmujer quería casarse conmigo. Probablemente no hubiera supuesto ninguna diferencia, pues era imposible que me odiara más. Sin contar con que, hacía ya tiempo, se había desentendido de Linda.

—He venido, Marlowe, como puede ver —dijo con frialdad.

Le presenté a Clare. Estrechó su mano brevemente.

—¿Dónde está el paciente? —preguntó.

Entramos en la casa y nos dirigimos hacia el dormitorio de Clare. Cerré la puerta tras nosotros y apoyé la espalda contra la madera. A partir de aquel instante, Clare ya podía manejar el asunto. Everett era su hermano y era preferible que yo me mantuviera lo más apartado posible de Loring.

Él se aproximó a la cama y dejó su maletín negro sobre la colcha.

—¿Qué ha sido? ¿Heroína? —preguntó.

—Sí, eso creo —susurró Clare.

Loring tomó el pulso a Everett, levantó sus párpados y examinó sus pupilas, le puso una mano en el pecho y presionó suavemente un par de veces. Asintió y cogió una jeringa hipodérmica de su maletín.

—Le voy a inyectar adrenalina. Volverá en sí dentro de un rato —dijo.

—¿Quiere decir que no es..., que no es serio? —preguntó Clare.

Él le lanzó una mirada torva. Cuando estaba enfadado u ofendido, lo que sucedía bastante a menudo, sus ojos parecían encogerse dentro de las cuencas.

—Querida señora, la frecuencia cardiaca de su hermano es menor de cincuenta y su frecuencia respiratoria es menor de doce. Creo poder afirmar que esta noche hubo un momento en el que estuvo a punto de morir. Por suerte, es joven y está relativamente sano. No obstante —colocó boca abajo una ampolla con un líquido claro y pinchó la tapa de goma con la aguja hipodérmica—, si continúa manteniendo este hábito, lo matará sin lugar a dudas y más bien pronto que tarde. Hay personas con adicción a la heroína que están vivas, no viven bien, pero viven. Pero su hermano, está claro, no es de ese tipo.

Hundió la aguja en el brazo de Everett y alzó la vista hacia Clare.

—Es débil. Tiene la debilidad escrita en su cuerpo. Debería meterle en una clínica. Puedo darle algunos nombres, personas a quienes llamar, centros que visitar. Si no lo hace, lo perderá sin la menor duda —sacó la aguja y la colocó en su bolsa, junto al vial vacío. Se volvió de nuevo hacia Clare—. Aquí tiene mi tarjeta. Llámeme mañana.

Clare se sentó en el borde de la cama con las manos cruzadas sobre el regazo. Parecía que alguien la hubiera golpeado. Su hermano se removió y gimió.

Loring se giró hacia mí con brusquedad.

—Lo acompaño —le dije.

Me lanzó una mirada helada.

Bajamos la escalera en la penumbra de la casa. Loring era uno de esos hombres cuyo silencio es más elocuente que su conversación. Yo sentía el desprecio y el odio que irradiaban de él como olas de calor. No era culpa mía que su mujer lo hubiera dejado y quisiera casarse conmigo.

Atravesamos el oscuro invernadero y salimos a la noche. La neblina se pegó a mi cara como una bufanda húmeda. Mar adentro, una luz parpadeaba en el mástil de un barco fondeado. Loring abrió la puerta de su coche, arrojó el maletín dentro y se volvió hacia mí.

—No sé por qué persiste en entrometerse en mi vida, Marlowe. No me agrada —me dijo.

—Tampoco a mí me divierte. Pero le agradezco que haya venido esta noche. ¿Cree que podría haber muerto?

Se encogió de hombros.

—Como dije antes, es joven y los jóvenes tienden a sobrevivir a todo tipo de autoagresiones —iba a meterse en el coche, pero se detuvo—. ¿Qué relación tiene con esta familia? No creo que pertenezcan al mismo nivel social.

—Estoy haciendo un trabajo para la señora Cavendish.

Lanzó un sonido que en cualquier otra persona hubiera sido una carcajada.

—Debe de estar metida en un buen lío si ha tenido que llamarlo.

—No está metida en ningún lío. Me ha contratado para encontrar a alguien, a un amigo suyo.

—¿Por qué no va a la policía?

—Es un asunto privado.

—Sí, a usted se le da bien entrometerse en las vidas ajenas, ¿verdad?

—Mire, doctor, nunca ha sido mi intención hacerle daño. Si su mujer lo dejó...

Noté cómo se ponía rígido en la oscuridad.

—¿Cómo se atreve a hablar de mi matrimonio!

—No sé cómo me atrevo, pero quiero que sepa que no tengo nada contra usted — dije, fatigado.

—¿Cree que eso me importa? ¿Piensa que tengo el más mínimo interés en cualquier cosa relacionada con usted?

—No, imagino que no.

—Por cierto, ¿qué le ha sucedido en la cara?

—Un tipo me golpeó con el cañón de una pistola.

Soltó aquella risa fría de nuevo.

—¿Con qué gente tan agradable se codea!

Retrocedí unos pasos.

—Gracias por venir. No puede ser tan malo haber salvado una vida.

Pareció que iba a decir algo, pero se metió en el coche, cerró la puerta con un golpe seco, encendió el motor, giró rápidamente marcha atrás, patinó sobre la grava y desapareció.

Durante un momento permanecí en la húmeda oscuridad, con el rostro contusionado alzado hacia el cielo, llenándome los pulmones del aire salado de la noche. Pensé en regresar a la casa, pero decidí no hacerlo. No tenía nada más que decirle a Clare, no aquella noche en cualquier caso. Aunque ella había vuelto a mi vida. Sí, desde luego que había vuelto.

Cuando era joven, hará un par de milenios, creía saber lo que hacía. Era consciente del carácter caprichoso del mundo, de cómo se divierte con nuestras esperanzas y nuestros deseos; pero en lo relativo a mis propias acciones, estaba convencido de que era yo, erguido en el asiento del conductor, quien manejaba el volante con las dos manos. Ahora sé que no es así. Ahora sé que las decisiones que creemos tomar solo parecen tal en retrospectiva y que, cuando las cosas suceden, en realidad tan solo nos dejamos llevar. No me inquieta demasiado ser consciente del escaso control que tengo sobre mi vida. En general, me satisface dejarme arrastrar por la corriente, con las manos dentro del agua para pescar los bichos raros. Sin embargo, hay ocasiones en que desearía haber hecho el esfuerzo de pensar a largo plazo para calcular las consecuencias de mis actos. Me refiero a mi segunda visita al Club Cahuilla, que resultó ser drásticamente distinta a la anterior. Lo puedo decir con certeza.

Fui por la tarde y el club se encontraba lleno. Se estaba celebrando una especie de convención y había muchos hombres, la mayoría viejos, con camisas de colores, bermudas de tela escocesa y un vaso alto entre las manos, paseando entre las buganvillas. Un buen número no se sostenían muy bien sobre las piernas. Todos llevaban un fez rojo sobre la cabeza, como un tiesto puesto boca abajo del que cayeran unas borlas. Marvin, el guarda de las muecas de la verja de entrada, había llamado al despacho del gerente y me había hecho un gesto con la mano para que entrara. Aparqué el Oldsmobile a la sombra de un árbol y subí andando hasta el edificio del club. A medio camino, me encontré con el viejo de aspecto juvenil que me había abordado la vez anterior. Estaba retirando las hojas del camino con un rastrillo. Aunque no pareció reconocerme, le saludé.

—¿Está el Capitán Garfio? —me lanzó una mirada nerviosa y siguió rastrillando. Lo intenté de nuevo—: ¿Qué tal se encuentran hoy los Niños Perdidos?

Movió la cabeza con terquedad.

—No debo hablar con usted —murmuró.

—¿De verdad? ¿Y quién lo ha dicho?

—Ya lo sabe.

—¿El capitán?

Miró cautelosamente a un lado y a otro.

—No debe mencionar su nombre. Me va a causar problemas —dijo.

—Desde luego, no es mi intención. Solo...

Detrás de nosotros se alzó una voz.

—¿Lamarr? ¿Qué te tengo dicho sobre molestar a los visitantes?

Lamarr dio un brinco sobresaltado y encorvó los hombros como si le fueran a golpear. Floyd Hanson se acercó a nosotros como acostumbraba, con una mano en el bolsillo de sus pantalones recién planchados. Aquel día vestía una chaqueta de lino azul claro, una camisa blanca y una corbata de cordón con la cabeza de un toro, esculpida en una brillante piedra negra, como cierre.

—Hola, señor Hanson, Lamarr no me estaba molestando —le dije.

Hanson asintió con una sonrisita maliciosa en la cara, puso una mano en el hombro revestido de caqui de Lamarr y le dijo en voz baja:

—¡Hala, vete, Lamarr!

—Por supuesto, señor Hanson —dijo Lamarr, tartamudeando. Me lanzó una ojeada, medio resentida, medio asustada, y se marchó arrastrando los pies y tirando del rastrillo. Hanson lo contempló con expresión indulgente.

—Lamarr tiene un buen corazón, pero es muy fantasioso.

—Cree que usted es el Capitán Garfio —comenté.

Asintió con una sonrisa.

—No sé cómo conoce *Peter Pan*. Me imagino que alguien le leyó la historia alguna vez, o puede que le llevaran al teatro a ver la obra. Después de todo, los Lamarr de este mundo también tienen una madre —se volvió hacia mí—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Marlowe?

—¿Sabe lo de Lynn Peterson?

Su rostro se tornó serio.

—Por supuesto. Algo trágico. ¿Es posible que lo mencionaran a usted en los artículos sobre la muerte de esa mujer?

—Sí, es posible. Estaba con ella cuando los asesinos se la llevaron.

—Entiendo. Tuvo que ser desagradable.

—Sí, *desagradable* es la palabra.

—¿Por qué se la «llevaron»? Uso su expresión.

—Estaban buscando a su hermano.

—Pero ¿no está muerto?

—¿Lo está?

Hanson no respondió, tan solo me miró larga y pensativamente con la cabeza ladeada.

—¿Ha venido a hacerme más preguntas sobre Nico? No hay nada nuevo que pueda contarle.

—¿Conoce a un hombre llamado Lou Hendricks? —le pregunté.

Pensó unos instantes la respuesta.

—¿El hombre que dirige el casino en el desierto? Sí, lo conozco. Ha estado en el club una o dos veces.

—¿No es socio?

—No, vino como invitado.

En la lejanía, en el extremo opuesto de la pradera, los hombres de la convención lanzaron una desordenada ovación. Hanson se colocó la mano como visera sobre los ojos para mirar hacia allí.

—Hoy tenemos a la fraternidad de los Shriners, como puede ver. Han organizado un torneo de golf con fines benéficos. Suelen ser un poco alborotadores. ¿Le apetece beber algo?

—No me hará daño, siempre que no sea té.

Él sonrió.

—Acompañeme.

Entramos por la puerta principal, pasamos junto a la mesa ornamentada y la petulante recepcionista con sus gafas azules. Había grupos de viejos ataviados con su fez rojo merodeando por los pasillos, en el bar y en el comedor.

—Vamos a mi despacho. Estaremos más tranquilos —dijo Hanson.

El despacho era espacioso y de techo alto, discretamente amueblado con escogidas piezas de mobiliario de color claro y con bonitas alfombras indias en el suelo. Las paredes estaban revestidas de madera de cerezo y había una mesa como la de la recepción, solo que más grande y más ornamentada. Era obvio que Hanson no escatimaba cuando se trataba de sí mismo. Eché en falta alguna señal de su vida privada: no había fotos enmarcadas de una esposa y unos hijos o el retrato de estudio de una novia con un cigarrillo y una melena a lo Veronica Lake, que los tipos como Hanson suelen colocar en lugar bien visible sobre sus mesas. Tal vez no le gustaban las mujeres o tal vez el club no veía con buenos ojos el toque personal. ¿Qué más daba? En cualquier caso, había algo imperceptiblemente amenazador en la estudiada pulcritud de la habitación.

—Siéntese, señor Marlowe —dijo Hanson. Cruzó el despacho hacia un aparador con una hilera de botellas a la vista—. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Un whisky no estaría mal.

Deslizó la vista sobre las botellas.

—Tengo Old Crow. ¿Le va bien? Yo soy hombre de martinis.

Me sirvió con generosidad, añadió unos cubitos de hielo, se aproximó a mí y me tendió el vaso. Me había sentado en un primoroso y pequeño sofá con patas de madera biseladas y respaldo alto.

—¿No me acompaña? —le pregunté.

—No bebo en el trabajo. El señor Canning mantiene una actitud muy estricta sobre los peligros de la bebida —me dedicó su radiante sonrisa.

—¿Le importa si fumo? ¿O el señor Canning también mantiene esa actitud con el tabaco?

—Adelante, por favor —me observó mientras encendía el cigarrillo. Le ofrecí mi

pitillera, pero negó con la cabeza. Se dirigió a su mesa y se apoyó en ella, con los brazos y los tobillos cruzados—. Es usted un hombre persistente, señor Marlowe — dijo en tono coloquial.

—Lo que quiere decir es que soy una mosca cojonera.

—No es eso lo que he dicho. Admiro la persistencia.

Contemplé la habitación mientras saboreaba la bebida y daba caladas a mi cigarrillo.

—¿En qué consiste exactamente su trabajo, señor Hanson? Sé que es el gerente, pero ¿cuáles son sus obligaciones?

—Dirigir un club como este requiere mucho trabajo de administración. Le sorprendería comprobarlo.

—¿El señor Canning le deja carta blanca?

Entrecerró levemente los ojos.

—Más o menos. Digamos que tenemos un acuerdo.

—¿Qué quiere decir eso? —por lo visto, yo conocía a un buen número de personas que tenían un acuerdo.

—Deja que sea yo quien dirija el lugar y yo le ahorro quebraderos de cabeza cuando surgen dificultades. A menos que las dificultades sean... ¿Cómo podría explicarlo? A menos que las dificultades sean tales que yo no pueda resolverlas solo.

—¿Qué sucede en ese caso?

Sonrió y las comisuras de sus ojos se arrugaron.

—El señor Canning se hace cargo —dijo con suavidad.

Noté que había empezado a parpadear como si me hubiera entrado una mota de polvo en los ojos. El bourbon parecía estar haciendo su mágico efecto a gran velocidad.

—Veo que siente un encomiable respeto hacia su jefe —le dije.

—Es una persona que impone respeto. Por cierto, ¿qué tal su whisky?

—Excelente. Tiene un paladar de hogueras con madera de nogal durante las tardes de otoño en las zonas perdidas de Kentucky.

—Señor Marlowe, adivino en usted un alma de poeta.

—En mi juventud leí uno o dos poemas de Keats, y también de Shelley —¿de qué demonios estaba hablando? De repente, mi lengua parecía tener vida propia—. Pero no he venido aquí a hablar de poesía.

Sentí cómo me deslizaba hacia abajo en el sofá y me esforcé en mantenerme derecho. Bajé la vista al vaso que sostenía en la mano. El líquido temblaba y los cubitos de hielo se entrecrocaban con un suave sonido, como si estuvieran hablando de mí. Miré alrededor de la habitación mientras parpadeaba. En la ventana, la luz entraba a través de las tablillas de madera de la persiana veneciana, cegadora y afilada como hojas de sable.

Hanson me observaba con gran atención.

—¿Para qué ha venido, señor Marlowe? —me preguntó.

—He venido para continuar nuestra conversación sobre Peterson, ¿no es así? Sobre Nico Peterson, eso es —mi lengua volvía a darme problemas: parecía hinchada, como si hubiera aumentado su tamaño al doble, y ocupaba mi boca como una patata caliente y con la piel rasposa—. Sin olvidar a su hermana —fruncí el ceño—. Ya la he mencionado antes, ¿no es verdad? Se llama Lynn. Se llamaba. Una mujer bien guapa. Tenía unos bonitos ojos. Unos bonitos ojos verdes. Pero, claro, usted la conoce.

—¿Sí?

—Claro que sí —ahora tenía problemas con las eses; se quedaban enganchadas en mis incisivos como nudos de un hilo dental—. Estaba aquí el otro día, cuando vine a verlo. ¿Cuándo fue eso? Bah, no importa. Nos encontramos con ella cuando salía de... ¿Cómo se llama? La pi... la pis... la piscina —me incliné hacia delante para dejar el vaso en la mesita baja de cristal que había frente al sofá, pero calculé mal y aún estaba en el aire cuando lo solté. Cayó sobre el cristal con un crujido agudo—. ¿Sabe? Creo que estoy...

Perdí la voz mientras de nuevo me deslizaba hacia abajo del sofá. Hanson parecía estar muy lejos y a gran altura y también parecía oscilar, como si yo estuviera bajo el agua y lo mirara a través de la superficie ondulante.

—¿Se encuentra bien, señor Marlowe?

Su voz retumbó en mis oídos. Seguía apoyado en la mesa con los brazos cruzados. Sonreía. Con gran esfuerzo conseguí hablar.

—¿Qué me ha echado en la bebida?

—¿Qué dice? Está farfullando. Pensaba que era un hombre que sabía beber, señor Marlowe. Es evidente que me equivocaba.

Alargué la mano en un vano intento de agarrarle, pero estaba demasiado lejos y, por otra parte, costaba creer que mis dedos tuvieran fuerza suficiente para sujetar nada. De golpe, perdí todo control y noté cómo caía en picado al suelo, pesado como un saco de patatas. La luz se apagó lentamente.

No era la primera vez que me echaban droga en la bebida y probablemente tampoco sería la última. Con el tiempo aprendes a aceptarlo o, al menos, a soportar las secuelas. Por eso, al volver en mí supe que era preferible permanecer con los ojos cerrados. Para empezar, cuando te hallas en ese estado hasta el rayo de luz más débil te golpea la vista como una salpicadura de ácido. Y además, es mejor que la persona que te ha echado la droga crea que sigues inconsciente. Ganas tiempo para pensar y puede que hasta para decidir cuál será tu siguiente movimiento, mientras el cuerpo se habitúa al lugar y a las circunstancias en que te encuentras.

Lo primero que percibí es que me habían atado. Estaba sentado en una silla de respaldo recto y sujeto a ella con lazos corredizos. También tenía las manos atadas a la espalda. No me moví, permanecí desplomado con la barbilla hundida en el pecho y los párpados cerrados. El aire era cálido y denso como la lana y me pareció oír un chapoteo de agua con un eco lejano y hueco. ¿Me encontraba en un cuarto de baño? No, el sitio parecía mayor. Entonces olí el cloro. Estaba en una piscina.

Mi cabeza parecía rellena de algodón. El golpe que me dio López en la nuca había vuelto a la vida.

Muy cerca de mí, alguien gimió. Era casi un estertor, la persona que gemía debía de estar sufriendo terriblemente, tal vez incluso estaba agonizando. Durante un segundo dudé si no sería yo mismo quien gemía. Entonces, a escasos metros, oí una voz:

—Dale agua para que vuelva en sí.

No reconocí la voz. Pertenecía a un hombre que no era joven. De tono severo. Quienquiera que fuese, estaba acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido.

Escuché arcadas, una tos ronca, el sonido del agua al chocar contra la piedra.

—Está prácticamente muerto, señor C. —dijo otra voz. Me pareció conocida o, cuando menos, que la había escuchado antes. El acento era familiar, aunque no el tono.

—No dejéis que se muera —dijo la primera voz—. Aún va a pagar antes de que lo dejemos ir —se hizo el silencio. Escuché pasos aproximarse, un claro resonar de zapatos de cuero sobre lo que debía de ser mármol. Se detuvieron ante mí—. ¿Qué ocurre con este? Ya debería haber vuelto en sí.

Una mano me agarró por detrás del pelo y tiró violentamente de mi cabeza hacia arriba. Mis ojos se abrieron de inmediato como los de una muñeca. La luz no me golpeó con excesiva dureza, pero durante unos segundos lo único que distinguí fue una ardiente neblina blanquecina donde se movían figuras borrosas.

—Ha vuelto en sí —dijo la primera voz—. Bien.

La neblina empezó a desvanecerse. Estaba en la sala de la piscina. El espacio era

amplio y largo y tenía un alto techo de cristal abovedado por el que entraba la luz a borbotones. Las paredes y el suelo se hallaban revestidos de grandes baldosas de mármol blanco veteado. La piscina debía de tener unos quince metros de largo. No podía ver quién se encontraba a mi espalda, empuñando con violencia un mechón de mi pelo. Frente a mí, ligeramente a un lado, estaba Hanson, pálido y con aspecto enfermizo, con su chaqueta azul celeste y su corbata de cordón con el cierre en forma de cabeza de toro.

Junto a él había un hombre mayor, de baja estatura, fornido. Era calvo, con un cráneo puntiagudo y unas espesas cejas negras que parecían pintadas. Llevaba unas botas marrones hasta la rodilla, tan brillantes como la piel nueva de las castañas, unos pantalones de sarga y una camisa negra desabotonada en la parte superior. Alrededor del cuello, ensartados en una cuerda, colgaban dientes de lobo y un amuleto indio hecho de hueso con un gran ojo azul almendrado pintado en el centro. Empuñaba en la mano derecha un bastón de caña malaca, al que los británicos llaman, según creo, bastón de mando. Parecía una versión en miniatura de Cecil B. DeMille cruzado con un domador de leones retirado.

Se aproximó a mí con la cabeza calva ladeada, mirándome con pausa mientras se golpeaba suavemente la cadera con la vara de bambú. Se detuvo, se inclinó y acercó su rostro como si sus ojos despiadados pudieran leer en mi alma.

—Soy Wilberforce Canning —dijo.

Tuve que esforzarme en recuperar la lengua y los labios antes de conseguir hablar.

—Eso suponía.

—¿Ah, sí? Mejor para usted.

Por encima del hombro de su jefe, Hanson me observaba con expresión alerta, como si temiera que pudiera soltarme y atacar al hombrecito calvo. Era imposible. Aparte de que las cuerdas me sujetaban con firmeza a la silla, estaba tan débil como un gato con sarna.

—¿Cómo se hizo esa herida en la mejilla? —me preguntó Canning.

—Me mordió un mosquito.

—Los mosquitos no muerden, pican.

—Este tenía dientes.

Con los ojos entrecerrados, observé la piscina más allá de Canning. El agua azul se extendía dolorosamente apetecible. Me imaginé flotando en su fresca y sedosa superficie, tranquilo y sin dolor.

—Floyd me ha dicho que es usted un hombre muy curioso, señor Marlowe —dijo Canning, aún inclinado y con los ojos fijos en mi rostro. Deslizó la punta de la vara por mi mejilla y por la herida casi como en una caricia—. La curiosidad puede ser peligrosa —escuché otro gemido, venía de algún punto a mi derecha. Intenté mirar en aquella dirección, pero Canning presionó con dureza el bastón de mando contra mi

mejilla para impedirme girar la cabeza—. Limítese ahora a prestarme atención. Concéntrese en el asunto que nos ocupa. ¿Por qué anda haciendo tantas preguntas sobre Nico Peterson?

—¿Tantas preguntas? Que yo sepa, solo hay una pregunta.

—¿Y cuál es?

—Si está muerto o si solo lo finge.

Canning asintió y retrocedió un paso; a mi espalda, la persona que me sujetaba por el cabello me soltó. Por fin, libre para mirar, giré la cabeza. A menos de medio metro, en el borde derecho de la piscina y de cara al agua, vi a López y a Gómez. Se hallaban sentados, uno junto al otro, en sillas de respaldo recto a las que, como yo, habían sido bien atados con metros y metros de soga fina y estrechamente trenzada. López ya estaba muerto. Su cabeza aparecía cubierta de tajos y golpes, y una cascada de brillante sangre medio seca empapaba la parte delantera de su camisa hawaiana. Una fuerte inflamación cerraba su ojo derecho, mientras que el izquierdo colgaba fuera de su órbita, ensangrentado y con una mirada enloquecida. Alguien le había golpeado en un lateral de la cabeza con tal contundencia y tantas veces que le había saltado el ojo. Su labio leporino estaba reventado en una docena de grietas.

Gómez también se encontraba en un estado deplorable. Su traje azul pálido, desgarrado y cubierto de manchas de sangre. Al menos uno de ellos se había cagado y el olor no era muy agradable. Era Gómez quien gemía. Era el lamento de alguien semiinconsciente y aterrorizado, como un hombre que sueña que está cayendo desde el tejado de un edificio alto. Parecía cuestión de poco tiempo que se reuniera con su *cuate* en el alegre más allá. Un hombre golpeado hasta la muerte y otro a punto de morir componen una visión terrible, pero yo no estaba dispuesto a compadecerme de esos dos. Recordaba a Lynn Peterson aquella noche, tumbada sobre las agujas de pino en el claro junto a la carretera, con el corte en la garganta, mientras Bernie Ohls me contaba lo que le habían hecho antes de matarla.

El que me había estado agarrando del pelo se colocó al alcance de mi vista. Era Bartlett, el mayordomo, el tipo mayor que nos había servido el té a Hanson y a mí la primera vez que fui al club. Llevaba su chaleco de rayas y unos pantalones negros de pinzas bajo un largo delantal blanco, cuyas cintas estaban atadas a la espalda en un pulcro lazo. Se había arremangado la camisa. No había rejuvenecido desde la última vez que lo vi, su rostro seguía siendo grisáceo y ajado. Sin embargo, parecía distinto. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo fuerte que era, sólido y musculoso, con brazos cortos y anchos y un pecho tan grande como el de un buey? Debía de haber sido boxeador. Salpicaduras de sangre manchaban la pechera de su delantal. Tenía una porra en la mano derecha, tan pequeña como se pueda imaginar, pulida y brillante por el uso frecuente. Bueno, supongo que a los mayordomos se les pide que realicen todo tipo de tareas mientras están trabajando. Tal vez le había cogido a López la porra, esa

misma que López había utilizado contra mí.

—Estoy seguro de que recuerda a esos caballeros —Canning señaló a los mexicanos—. Como puede ver, el señor Bartlett ha mantenido con ellos una intensa conversación. Ha tenido suerte de estar sumido en un sueño tan profundo porque el intercambio ha sido acalorado y, en algunos momentos, penoso de contemplar —se volvió hacia el mayordomo—. Haga el favor de sacarlos de aquí, Clarence. Floyd le echará una mano.

Hanson lo miró con espanto, pero su jefe lo ignoró.

—Por supuesto, señor Canning —dijo Bartlett, antes de girarse enérgico hacia Hanson—. Yo me encargo de este caballero y usted, del otro.

Se dirigió hacia Gómez, tiró hacia atrás del respaldo de la silla hasta dejarla en equilibrio sobre las patas traseras y la arrastró hacia la puerta, en el lado opuesto de la piscina. Lynn Peterson salía por aquella puerta el día que la vi con la toalla enrollada como un turbante en la cabeza. Con expresión de profundo desagrado, Hanson inclinó la silla de López, la puso en equilibrio sobre las patas traseras y siguió a Bartlett. Sobre las baldosas de mármol, las patas de las sillas sonaban como uñas que estuvieran arañando una pizarra de arriba abajo. La cabeza de López se derrumbó hacia un lado con el ojo colgando.

Canning se volvió hacia mí y con el bastón de mando se dio un golpecito en la cadera.

—No han sido muy comunicativos —movió la cabeza en dirección a los dos mexicanos mientras se los llevaban.

—¿Comunicativos respecto a qué? —pregunté. Me asaltó un repentino e intenso deseo de fumar. ¿Iba a acabar como los mexicanos, golpeado hasta que me hicieran papilla y arrastrado fuera de la sala de la piscina, todavía atado a la maldita silla? ¡Qué manera de morir tan miserable e indigna!

Canning movió la cabeza de un lado a otro.

—Si quiere que le diga la verdad, no esperaba sacarles gran cosa —dijo.

—Eso debió de ser un alivio para ellos.

—No era mi intención que se sintieran aliviados.

—Ya, ya lo he comprobado.

—¿Siente compasión por ellos, señor Marlowe? Eran un par de animales. No, ni siquiera eso, los animales no matan por diversión.

Empezó a pasear de un lado a otro frente a mí: tres pequeños pasos a la derecha, tres pequeños pasos a la izquierda. Sus tacones resonaban secos sobre las baldosas. Era uno de esos hombres menudos, impacientes e irascibles. En aquel momento, parecía encontrarse extremadamente inquieto. Un gusto a metal me llenaba la boca, como si hubiera estado chupando un penique. Lo conocía, era el sabor del miedo.

—¿Podría fumarme un cigarrillo? Prometo no utilizarlo para liberarme quemando

las cuerdas ni nada parecido.

—Yo no fumo. Es un hábito asqueroso —dijo Canning.

—Sí, lo es, tiene razón.

—¿Tiene cigarrillos? ¿Dónde los guarda?

Señalé con la barbilla el bolsillo superior de mi chaqueta.

—Ahí. También hay cerillas.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la pitillera de plata con el monograma y el pequeño paquete de fósforos que había cogido en Barney's Beanery. Había olvidado que lo tenía. Cogió un cigarrillo de la pitillera y me lo colocó entre los labios, encendió una cerilla y acercó la llama al pitillo. Aspiré una larga y profunda bocanada de humo caliente.

Canning devolvió la pitillera al bolsillo y reanudó su caminata.

—No tengo mucho respeto por las razas latinas. Lo único que saben hacer es cantar, torear y pelearse por las mujeres. ¿No le parece?

—Señor Canning —dije, desplazando el cigarrillo hacia un lado de la boca—. No me encuentro en la mejor situación para estar en desacuerdo con sus opiniones.

Se rio con un sonido delgado y agudo.

—Es cierto —y continuó andando. Era como si tuviera que estar en continuo movimiento, igual que un tiburón. Me pregunté cómo habría hecho su fortuna. Petróleo, quizá. O tal vez agua, un bien casi tan precioso en esta árida quebrada donde los primeros angelinos decidieron construir la ciudad—. En mi opinión, solo hay dos razas admirables. De hecho, no son razas, más bien especímenes. ¿Sabe a quiénes me refiero? —sacudí la cabeza y fue tal el dolor que me arrepentí de inmediato. Una lluvia de cenizas cayó silenciosamente por delante de mi camisa y aterrizó en mi regazo—. El indio americano y el caballero inglés. Una extraña pareja, pensará usted —me miró con ojos risueños.

—No crea. Puedo ver rasgos en común.

—¿Como cuáles? —Canning se detuvo y me miró de frente, arqueando una de sus espesas cejas negras.

—¿Amor a la tierra? ¿Fidelidad a la tradición? ¿Entusiasmo por la caza?...

—Es cierto. ¡Cierto!

—Además de la inclinación a asesinar a quienes se interponen en su camino.

Sacudió la cabeza, mientras me señalaba con el índice y lo movía con reprobación.

—Ahí ha estado impertinente, señor Marlowe. Y las impertinencias me gustan tan poco como la curiosidad.

Reanudó su marcha de un lado a otro. Yo no separaba los ojos de su bastón de mando. La marca que dejaría en mi rostro si me golpeaba no sería fácil de olvidar.

—Matar es necesario en algunas ocasiones. O llamémoslo más bien eliminar —su

rostro se ensombreció—. Algunas personas no merecen vivir. Es un hecho —se aproximó a mí y se puso en cuclillas a un lado de la silla a la que yo estaba atado. Tuve la desagradable sensación de que iba a hacerme una confidencia—. Usted conocía a Lynn Peterson, ¿verdad?

—No la conocía, no. La vi...

Se limitó a asentir.

—Usted fue la última persona que la vio con vida. En esa cuenta no entran esas dos piltrafas —señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Sí, eso parece. Ella me cayó bien, aunque fue poco el tiempo que pude tratarla, claro.

Contempló mi rostro desde el lateral donde permanecía acucillado.

—¿De verdad? —un músculo se contraía espasmódicamente en su sien izquierda.

—Sí, me pareció una buena persona.

Asintió con expresión ausente. Una extraña tensión había aparecido en su mirada.

—Era mi hija —dijo.

Tardé en asimilar lo que acababa de oír. No se me ocurrió nada que decir, así que no dije nada. Canning seguía observándome. Una lejana y honda tristeza apareció y desapareció de su rostro en cuestión de segundos. Se levantó, caminó hasta el extremo de la piscina y permaneció allí en silencio, de espaldas a mí y con la mirada perdida en el agua. Luego se volvió.

—No finja no estar sorprendido, señor Marlowe.

—No estoy fingiendo nada. Estoy sorprendido. Solo que no sé qué decirle.

Ya no quedaba nada de mi cigarrillo. Canning se acercó y, con expresión de asco, despegó la colilla de mis labios. Sujetándola entre el índice y el pulgar, lejos de él como si fuese el cadáver de una cucaracha, la llevó hasta la mesa que había en la esquina y la dejó caer en un cenicero. Luego se acercó de nuevo a mí.

—¿Cómo es que su hija se apellidaba Peterson? —le pregunté.

—Se puso el apellido de su madre, quién sabe por qué. Mi esposa no era una mujer muy recomendable, señor Marlowe. Era en parte mexicana, así que yo hubiera debido sospecharlo. Se casó conmigo por el dinero y cuando se gastó una buena parte (o, debería decir, cuando yo puse freno a sus gastos), se marchó con un tipo que resultó ser un estafador. No es una historia muy agradable, lo sé. No puedo decir que esté orgulloso de esa etapa de mi vida. Lo único que puedo alegar en mi defensa es que era joven y estaba, supongo, ciego de amor —sonrió de oreja a oreja mostrando los dientes—. ¿No es eso lo que dicen todos los cornudos?

—No lo sé.

—Es usted un hombre con suerte.

—Hay suertes y suertes, señor Canning —lancé una ojeada a las sogas—. La mía no parece muy activa últimamente.

Otra vez se me nubló la mente, supongo que debido a la presión de las cuerdas, que me cortaban la circulación. Pero sentía que estaba recuperando las fuerzas, a no ser que fuese un mero efecto de la nicotina. Me pregunté cuánto tiempo se alargaría la situación. Me pregunté también cómo acabaría. Recordé el ojo colgante de López y la sangre en la pechera de su camisa. Aunque Wilber Canning estaba interpretando el papel de viejo amable, yo sabía que no había nada amable en él. Excepto, quizá, en lo que concernía a su hija muerta.

—Oiga, ¿puedo concluir que si Lynn era su hija, entonces Nico es su hijo?

—Sí, los dos eran mis hijos —contestó sin mirarme.

—Lamento lo sucedido. Nunca coincidí con su hijo, pero, como le he dicho antes, Lynn me pareció una buena chica. ¿Cómo es que no asistió a su funeral?

Se encogió de hombros.

—Era una fulana —lo dijo sin especial énfasis— y Nico era un gigoló, cuando no trabajaba de algo peor. Ambos tenían mucho de su madre —dirigió la vista hacia mí—. Señor Marlowe, ¿le asombra mi actitud hacia mi hijo y mi hija, aunque los haya perdido?

—Es difícil que algo me asombre.

No me escuchaba. Había comenzado a caminar otra vez y seguirle sus idas y vueltas provocaba que me sintiera mareado.

—No puedo protestar. No he sido el mejor padre. Empezaron a hacer lo que les daba la gana y luego se marcharon. No intenté localizarlos. Luego ya fue demasiado tarde para intentar reconciliarme con ellos. Lynn me odiaba. Seguro que Nico también, solo que él me necesitaba para ciertas cosas.

—¿Qué cosas? —no se molestó en contestar—. Probablemente usted no fue tan malo como piensa. Los padres tienden a juzgarse con demasiada severidad.

—¿Usted tiene hijos, Marlowe? —sacudí la cabeza y fue como si enormes dados de madera entrecrocaran dentro de mi cráneo—. Entonces no sabe de lo que habla —su voz sonaba más triste que otra cosa.

Aunque el día debía de estar acabando, el calor en la espaciosa sala con su alto techo era cada vez mayor. Me hacía pensar en una tarde de agosto en Savannah. La humedad del aire parecía aumentar además la presión de las cuerdas alrededor de mi pecho y de mis muñecas. Dudé si alguna vez volvería a recuperar la sensibilidad en los brazos.

—Mire, señor Canning, dígame lo que desea de mí o déjeme marchar. Me importan un carajo los mexicanos, se merecen lo que les ha hecho su mayordomo Jeeves. En su caso, una justicia brutal es suficiente justicia. Pero usted no tiene ninguna razón para tenerme atado como si fuera el pollo para asar de los domingos. No le he hecho nada ni a usted ni a su hijo ni a su hija. Únicamente soy un detective que se esfuerza en ganarse la vida y, por lo que se ve, no demasiado bien.

Con alivio comprobé que, aunque solo fuera eso, mis palabras habían conseguido que Canning se detuviera. Se aproximó y se situó frente a mí con las manos en las caderas y el bastón de mando bajo el brazo.

—El asunto, Marlowe, es que yo sé para quién trabaja usted.

—¿Lo sabe?

—Vamos, ¿por quién me toma?

—No le tomo por nada, señor Canning, pero tengo que decirle que dudo seriamente que conozca la identidad de mi cliente.

Se inclinó hacia delante y me mostró el amuleto que colgaba de la cuerda en torno a su cuello.

—¿Sabe qué es esto? Es el ojo del dios cahuilla. Los cahuilla son una tribu muy interesante. Poseen poderes de adivinación que han sido científicamente comprobados. Carece de sentido mentirles, pueden ver a través de usted. Tuve el privilegio de ser iniciado como guerrero honorario. Parte de la ceremonia era la entrega de esta valiosa imagen: el ojo que todo lo ve. Así que no intente contarme mentiras o despistarme haciéndose el inocente. ¡Hable!

—No sé de qué quiere que le hable.

Movió la cabeza con gesto triste.

—Mi hombre, Jeeves como usted lo llama, no tardará en volver. Ya ha visto lo que ha hecho con los mexicanos. No me gustaría verme obligado a pedirle que haga lo mismo con usted. A pesar de las circunstancias, le tengo cierto respeto. Aprecio a un hombre que mantiene la cabeza fría.

—El problema, señor Canning, es que no sé qué desea de mí.

—¿No?

—De verdad que no. Me contrataron para encontrar a Nico Peterson. Mi cliente pensaba que Nico estaba muerto, al igual que todo el mundo, hasta que lo vio en la calle y entonces acudió a mí para pedirme que lo localizara. Es un asunto privado.

—¿Dónde se supone que él, su cliente como usted lo llama, vio a Nico?

Él. Así que no sabía lo que creía saber. Era un alivio. No me hubiera gustado imaginar a Clare Cavendish en aquel lugar y atada a una silla, con ese pequeño loco asesino pavoneándose arriba y abajo frente a ella.

—En San Francisco —respondí.

—Así que está allí, ¿no?

—¿Quién?

—Ya sabe quién. ¿Qué hacía en San Francisco? ¿Estaba buscando a Nico? ¿Qué le hizo sospechar que Nico no estaba muerto?

—Señor Canning —dije de la manera más paciente y amable posible—, nada de lo que está diciendo tiene ningún sentido. Lo ha entendido mal. Vio a Nico de casualidad, en caso de que *fuera* Nico.

Canning se colocó de nuevo frente a mí, con los puños contra las caderas. Me miró en silencio durante largo rato.

—¿Usted qué cree? ¿Cree que era Nico? —dijo finalmente.

—No lo sé, no puedo decirlo.

Hubo un nuevo silencio.

—Floyd me ha dicho que usted mencionó a Lou Hendricks. ¿Por qué lo hizo?

—Hendricks me detuvo en la calle y me llevó a dar un paseo en su elegante coche.

—¿Y?

—También está buscando a Nico. Su hijo es muy popular.

—¿Hendricks cree que Nico está vivo?

—No sabe si está vivo o no. Al igual que usted, oyó que yo andaba husmeando, intentando dar con el rastro de Nico —no mencioné esta vez la maleta, que desgraciadamente le había mencionado a Hendricks—. Tampoco pude decirle nada.

Canning suspiró.

—De acuerdo, Marlowe, como usted prefiera.

En la otra punta de la piscina se abrió la puerta justo en ese instante y entraron Bartlett y Floyd Hanson. Hanson tenía peor aspecto que nunca. Su rostro estaba gris con matices verdosos. Tenía manchas de sangre en su bonita chaqueta de lino y en los pantalones blancos, antes impecables. Librarse de dos cadáveres machacados —no parecía exagerado asumir que el segundo mexicano ya habría muerto cuando llegaron a dondequiera que los llevaran— es un desastre para la ropa, en especial si te gusta vestir con elegancia, como a Floyd Hanson. A todas luces, no estaba acostumbrado a la visión de la sangre. Desde luego, no en las cantidades derramadas por los dos mexicanos. Pero ¿no me había dicho que había luchado en las Ardenas? Tendría que haber escuchado su historia con muchísimas reservas.

Bartlett se adelantó.

—Ya está todo solucionado, señor Canning —dijo con su acento *cockney*.

Canning asintió.

—Dos menos y uno en camino —dijo—. El señor Marlowe no parece dispuesto a cooperar. Tal vez una buena zambullida le aclararía la cabeza. Floyd, por favor, eche una mano al señor Bartlett.

Bartlett se puso a mi espalda y empezó a desanudar las cuerdas. Cuando terminó, tuvo que ayudarme a ponerme en pie, pues mis piernas estaban demasiado entumecidas para sostenerme. También me soltó las manos y flexioné los brazos para que la sangre volviera a circular. Me condujo al borde de la piscina y me puso una mano en el hombro para obligarme a que me arrodillara sobre las baldosas de mármol. El nivel del agua estaba a unos cinco centímetros del borde. Bartlett sujetó uno de mis brazos y Hanson se acercó y me sujetó el otro. Pensé que me iban a

arrojar a la piscina, pero en lugar de eso tiraron de mis brazos hacia atrás para sujetármelos en la espalda, Bartlett me agarró del pelo de nuevo y me sumergió la cabeza dentro del agua. No había cogido suficiente aire y enseguida comencé a sentir el pánico de quien se ahoga. Intenté girar la cabeza para sacar la cara a la superficie y respirar, pero los dedos de Bartlett eran tan fuertes como las mandíbulas de un pitbull y no pude moverme. No pasó mucho tiempo antes de que sintiera que mis pulmones iban a estallar. Por fin, me alzaron fuera de la piscina con el agua chorreando dentro del cuello de mi camisa. Canning se acercó, se puso a mi lado y se inclinó, con las manos en las rodillas y el rostro próximo al mío.

—¿Ya está listo para contarnos lo que sabe?

—Está cometiendo un error, Canning —dije boqueando—, no sé nada.

Suspiró de nuevo, hizo un gesto a Bartlett y de nuevo me encontré bajo el agua. Qué extrañas las cosas en que te fijas hasta en las circunstancias más desesperadas. Tenía los ojos abiertos y vi abajo, en el fondo azul pálido de la piscina, un pequeño anillo, una sencilla alianza de oro que debía de haberse deslizado del dedo de una mujer mientras nadaba sin que ella se diera cuenta. Al menos, aquella vez había sido lo suficientemente avisado para llenarme los pulmones, pero no supuso gran diferencia y, tras algo así como un minuto, volví a ser un hombre que se estaba ahogando. No suelo ir a nadar y, desde luego, no había aprendido a aguantar la respiración como hacen los campeones de natación. Tampoco me habría sido muy útil. Pensé que aquel anillo en el fondo podía ser lo último que viera. Hay cosas peores que mirar cuando estás a punto de exhalar el último aliento. O, en mi caso, de no inhalar el último aliento.

Bartlett era capaz de percibir el momento en que, presa del pánico, estaba a punto de abrir la boca y dejar que mis pulmones se llenaran de agua. No iba a dejarme morir, todavía no. Él y Hanson me sacaron del agua de nuevo. Canning se inclinó y me miró a los ojos.

—¿Está dispuesto a hablar, Marlowe? Ya sabe lo que dicen acerca de la tercera vez en que te hunden la cabeza en el agua. Supongo que no querrá reunirse con los dos panchitos en el vertedero.

No dije nada ni tampoco levanté la cabeza empapada. Hanson estaba a mi derecha, retorciéndome el brazo en la espalda. Veía sus elegantes mocasines y las vueltas de su pantalón de lino blanco. Bartlett se hallaba en el otro lado, sujetando mi brazo izquierdo y aferrando la parte de atrás de mi cabeza con su mano derecha. Era muy probable que me ahogaran esta vez. Tenía que hacer algo. Prefería que me golpearan hasta la muerte que morir bajo el agua. Pero ¿qué podía hacer?

Nunca me había gustado pelear y, cuando pasas los cuarenta, es algo que ya no te planteas. Me había visto envuelto en bastantes peleas, pero siempre cuando no quedaba más remedio. Hay una gran diferencia entre defenderse cuando te atacan y

lanzar un ataque. Sin embargo, si había aprendido algo era la importancia del equilibrio. Incluso los contrincantes más peligrosos —y Bartlett, a pesar de su edad y de su baja estatura, era tan peligroso como el que más— pueden ser derribados si los sorprendes en el momento adecuado, en la postura adecuada. Mientras se preparaba para zambullirme de nuevo, la atención y la fuerza de Bartlett estaban dirigidas a su mano derecha, con la que me sujetaba la parte posterior de la cabeza, y durante un segundo relajó la presión que mantenía en mi brazo con la mano izquierda. Al empujarme hacia el agua, inclinó ligeramente el cuerpo hacia los dedos de los pies. Liberé entonces el brazo de su presa, doblé el codo y se lo hundí en las costillas. Soltó un gruñido gutural y quitó la mano de mi cabeza. No me fue difícil liberar mi brazo derecho de Hanson, que lo sujetaba sin gran determinación. Este retrocedió un paso, temeroso de que lo golpeará como acababa de hacer con Bartlett.

A mi espalda, Canning gritó algo que no entendí, concentrado como estaba en Bartlett. Me levanté y con el puño izquierdo dibujé un amplio arco y le di de lleno en un lado del cuello. Con otro gruñido sofocado, se tambaleó en el borde de la piscina mientras movía los brazos de un modo que habría resultado cómico en una película, perdió el equilibrio y se cayó de espaldas al agua. La manera en que salpicó fue asombrosa, el agua se elevó en un gran embudo transparente y volvió a caer con extraña lentitud. Mi cerebro todavía debía de estar aletargado por la droga.

Todo había sucedido en un par de segundos. Me giré. Sabía que a Canning y a Hanson les llevaría aún menos tiempo reaccionar y lanzarse contra mí. Pero no les hizo falta. Hanson, como pude ver, llevaba un arma en la mano, un gran revólver negro con un largo cañón. «Un Webley», pensé. ¿De dónde había salido? Seguramente pertenecía a Canning; parecía propio de él poseer un arma británica, el tipo de revólver que utilizaría un arrogante caballero inglés.

—Quédese en donde está —dijo Hanson, igual que todos los malos que había visto en películas de serie B.

Lo miré con atención. No tenía ojos de asesino. Di un paso hacia delante. El cañón del revólver temblaba.

—¡Dispárele! —aulló Canning—. ¡Vamos, apriete el maldito gatillo!

Gritaba, sí, pero se abstenía de hacer ningún movimiento.

—Usted no va a matarme, Hanson. Ambos lo sabemos —dije.

El sudor brillaba en su frente y sobre su labio superior. No disparar a un hombre no te convierte en un cobarde. Matar nunca es fácil. Con el rabillo del ojo, vi a Bartlett alzándose fuera de la piscina. Avancé otro paso. El revólver apuntaba a mi esternón, agarré el cañón y lo aparté a un lado. Tal vez Hanson estaba demasiado sorprendido para ofrecer resistencia o tal vez lo único que deseaba era librarse del arma, pero el hecho es que la soltó y retrocedió con las manos extendidas hacia delante, como si pudieran protegerlo de una bala. Aquel viejo revólver pesaba tanto

como un yunque y tuve que sujetarlo con ambas manos. No era un Webley y tampoco era británico. Era de fabricación alemana, un Weihrauch de calibre 38. Un arma fea, pero terriblemente efectiva.

Me giré y disparé a Bartlett en la rodilla derecha. No sé si apunté a su rodilla, pero fue ahí donde le di. Lanzó una exclamación parecida a un maullido, trastabilló, cayó de lado y se quedó en el suelo retorciéndose y encogido sobre sí mismo. Una gran mancha de sangre empezó a formarse en la parte inferior de la pernera de su pantalón empapado. Escuché un ruido a mi espalda, me eché rápidamente a un lado y Canning pasó de largo, tambaleante y maldiciendo, con los brazos extendidos en vano frente a él. Se detuvo y dio media vuelta, listo para arremeter contra mí de nuevo. Me cruzó la cabeza la idea de dispararle también, aunque no lo hice.

—No quiero matarlo, Canning, pero si es preciso, lo haré —moví la pistola hacia Hanson—. Acérquese aquí, Floyd.

Se aproximó y se colocó al lado de su jefe.

—¡Mariposón de mierda! —siseó Canning.

Me reí. Creo que, en toda mi vida, no había oído a nadie utilizar la palabra *mariposón*. No podía parar de reír. Supongo que todavía estaba bajo los efectos de la conmoción. Sin embargo, visto desde otra perspectiva, lo que había sucedido en el último medio minuto podía resultar tan cómico y grotesco como un número de Charlie Chaplin.

Bartlett se agarraba la pierna, con una mano bajo la rodilla hecha añicos, mientras movía sin descanso la otra pierna en un círculo que le hacía girar sobre las baldosas como un ciclista a cámara lenta. Seguía profiriendo aquellos gemidos que parecían maullidos. Por muy duro que seas, una rótula machacada produce un dolor infernal. Pasaría tiempo antes de que pudiera volver a servir el té de las cinco.

Los brazos, aún con la sensación de hormigueo, me dolían del peso de aquel artefacto alemán. Y del esfuerzo de mantener el cañón en posición más o menos horizontal. Canning me observaba con un desagradable destello de desprecio.

—Vale, Marlowe, ¿qué va a hacer ahora? Imagino que al final tendrá que matarme, al igual que a mi leal mayordomo —dijo.

Hanson le miró con profundo odio.

—Métanse en la piscina —les ordené a ambos. Me miraron con asombro. Señalé el agua con la pistola—. Ahora, métanse dentro.

—Yo..., yo no sé nadar —dijo Hanson.

—Esta es una buena oportunidad para aprender —repliqué, y volví a reír. Era una risa tonta. No era yo. Hanson tragó saliva con esfuerzo y empezó a quitarse sus lustrosos zapatos—. No, déjeselos puestos. No se quiten nada.

Canning, con sus pequeños ojos de demente, seguía observándome con mirada glacial. Pero había algo resuelto y casi soñador en su expresión. Supuse que estaría

imaginando con deleite las cosas que ordenaría hacerme a Bartlett, o más bien al sucesor de Bartlett, en cuanto se presentara la ocasión.

—Vamos, Canning, al agua, a menos que quiera que haga con usted lo que le he hecho al simpático Jeeves. Y, de paso, tire el bastón.

Canning arrojó el bastón de mando contra el mármol, igual que un niño tira el juguete que le han ordenado devolver a su dueño. Me dio la espalda y empezó a andar hacia el extremo de la piscina donde menos cubría. No me había fijado hasta entonces en lo arqueadas que tenía las piernas. Llevaba los puños cerrados a ambos costados. Los hombres como él no saben cómo comportarse ni qué hacer cuando son ellos los que reciben órdenes y no pueden sino obedecerlas.

Hanson me miró con expresión suplicante y empezó a decir algo, pero moví el cañón de la pistola ante su rostro para hacerlo callar. Estaba harto de escuchar su voz, tan hastiada y distante antes, tan aguda y quejumbrosa ahora.

—Vamos, Floyd, el agua está estupenda.

Asintió compungido, se volvió y siguió a Canning.

—Ese es mi chico —le dije mientras se alejaba.

Cuando Canning llegó al extremo de la piscina, se volvió y me miró desde allí. Casi podía oír su cerebro, preguntándose si aún había alguna manera de jugarla.

—Puedo dispararle perfectamente desde aquí —el eco de mi voz onduló bajo el alto techo abovedado de cristal.

Canning vaciló un instante antes de meterse en la piscina y descendió con sus andares arqueados los blancos escalones que entraban en el agua.

—Siga andando hasta llegar a la mitad.

Floyd Hanson, que acababa de alcanzar la otra punta de la piscina, intentó retrasar el momento durante unos segundos y finalmente entró en el agua con gran cautela.

—Camine hasta que le cubra por la barbilla. Entonces puede detenerse, nadie quiere que usted se ahogue —le dije.

Canning avanzó hacia mí, vadeando. Cuando el agua le llegó al pecho, empezó a nadar a braza la distancia que le quedaba hasta el centro de la piscina. Se detuvo y comenzó a saltar suavemente arriba y abajo, moviendo los brazos y las piernas para mantenerse a flote. También Hanson avanzó vadeando, pero se paró cuando el agua cubrió sus hombros.

—Venga, Floyd. Ya le he dicho que no se detenga hasta que el agua le llegue a la barbilla —le conminé. Con gran sufrimiento, dio otro paso. Incluso a aquella distancia veía el pánico en sus ojos. Al menos, no fingía haber luchado en la Marina —. Así está bien, ahora deténgase.

La imagen resultaba inquietante: su cabeza parecía flotar, sin cuerpo, sobre el agua. Pensé en San Juan Bautista.

En la vida hay momentos que sabes que nunca olvidarás, que recordarás siempre

con una viveza y precisión alucinantes hasta en los más mínimos detalles.

—Muy bien. Voy a salir por esta puerta y me quedaré esperando detrás de ella el tiempo que yo decida. Si mientras estoy ahí escucho salir de la piscina a alguno de ustedes, volveré a entrar y dispararé al que sea. ¿Lo han entendido? —apunté con la pistola a Canning—. ¿Lo ha entendido *usted*, viejo?

—¿Cree que va a salir airoso de esto? No importa a donde huya, lo cazaré —me contestó.

—No va a salir de caza durante una temporada, señor Canning. No mientras esté en el talego con un traje de rayas y haciéndose la cama cada noche.

—Váyase al infierno, Marlowe.

Empezaba a jadear, mientras sacudía las piernas para mantenerse a flote. Si se veía obligado a permanecer allí mucho más tiempo, podía llegar a ahogarse. Me daba igual.

Por supuesto, en cuanto atravesé la puerta, no me quedé esperando. Era dudoso, en cualquier caso, que Canning hubiera creído que yo haría tal cosa. No quise arriesgarme a salir del club por la puerta principal. Tal vez existía un botón que la recepcionista podría pulsar para avisar a una pandilla de matones. Busqué otra salida y encontré, casi inmediatamente, una que además ya conocía. Había abierto un par de puertas y cruzado a toda velocidad un par de salas cuando llegué a un pasillo que me resultó familiar, abrí una nueva puerta —pensé que por azar— y me encontré en el salón con los sillones de cretona y la imponente chimenea adonde Hanson me condujo en mi primera visita y donde Bartlett, en su papel de venerable criado, nos sirvió el té. Atravesé la sala, abrí la puerta acristalada y salí trastabillando a la luz del sol y al delicado perfume de los naranjos.

Los Shriners seguían deambulando por la finca. La mitad de ellos estaban borrachos y la otra mitad llevaban camino. Llevaban el fez torcido y sus voces eran más estridentes. En mi estado hipersensibilizado por la droga, tuve la sensación durante un minuto de haber irrumpido en una escena de *Alí Babá y los cuarenta ladrones*. Tomé el sendero que discurría junto a las buganvillas colgantes y su exagerado esplendor.

Tenía una vaga idea de cómo llegar al lugar donde había aparcado mi coche. Me dirigía en esa dirección cuando, en un recodo del sendero, me encontré el camino bloqueado por un tipo pelirrojo con el rostro congestionado y el fez algo vapuleado, que tenía la envergadura de una nevera familiar. Vestía una camisa verde lima y unos pantalones cortos morados y sujetaba un vaso largo en su manaza rosa. Me contempló con una enorme sonrisa de felicidad y luego, señalando mi cabeza, frunció el ceño con fingida reprobación.

—Lleva la cabeza desnuda, hermano. Eso no está permitido. ¿Dónde está su fez?

—Me lo ha robado un mono y ha escapado con él entre los árboles —dije.

Al oír mi comentario, el gordo rompió a reír con ganas y su panza tembló bajo la deslumbradora camisa verde. Solo me di cuenta de que aún empuñaba la Weihrauch cuando él la señaló.

—¡Vaya, mira eso! Menuda arma pintona lleva ahí. ¿De dónde la ha sacado?

—Las están repartiendo en el edificio principal. Parece que el gerente se ha embolsado el dinero del club y están formando una cuadrilla para echarle el guante. Si se da prisa, aún está a tiempo de unirse.

Me miró con la boca abierta hasta que en su rostro, que tenía el color y la brillante textura de un jamón de Navidad, apareció una sonrisa socarrona. Me señaló con el dedo, mientras lo movía divertido.

—Me está tomando el pelo, hermano. Claro que me está tomando el pelo.

—Es verdad —dije sopesando el revólver con la mano—. Este armatoste es solo una copia del revólver auténtico. El gran jefe de todo esto, un tal Canning, los colecciona. Me refiero a que colecciona réplicas de armas. Le aconsejo que le pida que le muestre la sala donde las guarda. Es impresionante.

El hombre gordo echó la cabeza hacia atrás mientras me miraba con los ojos entornados.

—¿Por qué no? —dijo risueño—. Ahora mismo voy a hacerlo. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Está en la piscina.

—¿Que está dónde?

—En la piscina. Refrescándose. Siga ese camino —apunté con el pulgar sobre mi hombro— y lo encontrará. A él le alegrará verlo.

—Gracias, hermano. Ha sido muy amable.

Y se marchó tan feliz, andando como un pato rumbo al edificio del club.

En cuanto giró en la curva y yo lo perdí de vista, miré alrededor, imagino que algo enloquecido, mientras decidía qué hacer con el revólver. Mi cerebro aún no funcionaba demasiado bien después de todos los insultos que había recibido en los últimos días y horas. Estaba de pie junto al alto muro cubierto por la densa enramada de la exuberante flor oficial de San Clemente y, sin pensarlo, lancé el arma lo más lejos posible. Escuché cómo golpeaba el muro y caía con un sonido sofocado sobre las hojas y residuos que había en la base. A los hombres de Bernie Ohls les llevaría casi dos días encontrarlo algún tiempo después.

El sol, para variar, daba de lleno en el coche y el interior estaba tan caliente como un horno de vapor. Me dio igual: el volante podría haber abrasado las palmas de mis manos hasta llegar al hueso y no lo hubiera sentido. Conduje hacia las puertas de la verja. En una de las curvas del camino, me sentí repentinamente mareado y a punto estuve de chocarme contra un árbol. Aún tenía los brazos doloridos por las cuerdas. Marvin, el guarda de la verja, me miró con recelo y puso cara de gárgola, pero

levantó la barrera sin darme problemas. Me detuve en la primera cabina de teléfonos que encontré y llamé a Bernie. No me salía la voz y, al principio, él no entendía lo que le estaba contando. Luego, lo entendió.

Lo que sucedió a continuación fue en cierto modo aburrido, o eso me pareció dados los pintorescos y vibrantes acontecimientos anteriores. Bernie y su falange registraron el Club Cahuilla y encontraron a Bartlett en la piscina, inconsciente por la pérdida de sangre. No les resultó fácil hacer su trabajo entre la multitud de Shriners borrachos que deambulaban por la finca. A Floyd Hanson lo trincaron en su piso de la playa, en Bay City. Estaba haciendo las maletas. Bernie me dijo que si no hubiera intentado llevarse tantas cosas, habría tenido suficiente tiempo para huir.

—Caray, tenías que haber visto el piso. Enormes fotos de hombres musculosos enmarcadas en las paredes y batines de seda morada en los armarios —movió la mano con gesto afectado y soltó un suave silbido—. Fiu, fiu.

Yo estaba deseando saber qué había sido de Canning, por supuesto. No me sorprendió escuchar que, a diferencia de Hanson, había escapado. Aquella misma tarde, Bernie había acompañado a una brigada a la casa de Canning, en Hancock Park, pero el pájaro ya había volado. Los sirvientes ignoraban dónde había ido, lo único que sabían es que había llegado a casa presa de una tremenda prisa y con la ropa en un estado como si le hubiera pillado una inundación, y que ordenó que le prepararan una bolsa de viaje y que trajeran el coche de inmediato para llevarle al aeropuerto. La Oficina del Sheriff mandó revisar cuidadosamente las listas de pasajeros de los vuelos que partían, mientras que los hombres de Bernie se dirigieron al aeropuerto y mostraron una fotografía de Canning al personal de vuelo. Una chica de facturación creyó reconocerlo, pero el nombre que había dado no era Canning. No recordaba, sin embargo, con qué identidad se había presentado. Había cogido un vuelo directo a Toronto, y de allí otro con escala en Londres, Inglaterra, pero la joven no sabía qué destino final aparecía en el billete. Bernie llamó a su oficina y ordenó a sus hombres que se centraran en la lista de pasajeros del vuelo nocturno de Air Canada a Toronto para ver qué conseguían.

Bernie y yo fuimos a tomar una copa. Sugerí ir a Victor's y hacia allá nos dirigimos en el coche de Bernie. Pedí gimlet para los dos. Victor's es el único local que conozco donde preparan el gimlet como Dios manda; es decir, ginebra y zumo de lima Rose's en idéntica cantidad sobre hielo picado. En otros sitios añaden azúcar, licor amargo y otras cosas semejantes, pero no es así como se hace. Fue Terry Lennox quien me descubrió Victor's y, de vez en cuando, me acerco hasta allí y alzo el vaso en memoria de nuestra vieja amistad. Bernie conocía a Terry, pero no como yo.

Le pregunté dónde se encontraba Floyd y Bernie me dijo que le habían llevado al centro de la ciudad y que sus chicos lo metieron en el cuarto del fondo y empezaron a interrogarlo en cuanto llegó. No tuvieron que esforzarse mucho. Cuando le preguntaron de dónde había salido la sangre que había en la piscina, les contó todo

sobre los mexicanos y sobre cómo Bartlett, siguiendo las órdenes de Canning, los había torturado para sacarles información y luego había acabado con ellos. Hanson se ofreció incluso a acompañarlos al Club Cahuilla para mostrarles el pozo de cal, en una esquina lejana de los terrenos del club, donde él y Bartlett habían tirado los dos cuerpos.

—Por lo visto, la tierra es muy ácida en esa zona —me explicó Bernie.

—¿Por eso tenían la cal? Resulta muy útil tener un pozo lleno cuando necesitas librarte de un par de fiambres.

Bernie no hizo ningún comentario.

—Esto está bueno —dijo y dio un sorbo a su gimlet y luego chasqueó los labios—. Es refrescante —no me miraba; incluso cuando tenía los ojos bien abiertos, Bernie conseguía aparentemente no mirar nada—. Puedo adivinar qué información quería Canning de ti y de los mexicanos: nuestro viejo amigo Peterson, ¿verdad? Es como un chicle, no hay forma de despegártelo.

Saqué la pitillera y le ofrecí un cigarrillo. Movié la cabeza.

—¿Sigues sin fumar? —le pregunté.

—No es fácil.

Dejé la pitillera y el paquete de cerillas sobre la barra. Bernie es una de esas personas que no deberían dejar de fumar. Lo único que consigue es estar aún de peor humor. Encendí el pitillo y expulsé tres anillos de humo, los tres perfectos. Ni yo mismo sabía que fuera tan bueno.

Bernie estaba rabiando. Se moría por un cigarrillo. Su rostro se ensombreció y me lanzó una de esas miradas de cuenta-lo-que-sepas-o-lárgate.

—Venga, Marlowe, suéltalo.

—Bernie, ¿tanto te cuesta llamarme por mi nombre de vez en cuando?

—¿Para qué?

—Porque llevo todo el día escuchando a gente que me llama Marlowe y, a continuación, me amenaza, me intimida y finalmente se vuelve muy violenta. Y estoy harto.

—Así que quieres que te llame Phil...

—Con Philip me bastaría.

—... y entonces seremos amiguetes, ¿no?

Me rendí.

—Olvídalo —dije.

El camarero pasó a nuestro lado y alzó una ceja para saber si deseábamos algo más, pero le hice un gesto negativo con la mano. Con los gimlets hay que tener cuidado, a no ser que quieras despertar al día siguiente con una jaula de cacatúas dentro de la cabeza. Escuché la respiración pesada de Bernie. Cuando empezaba a bufar con la cabeza inclinada, se anunciaba tormenta.

—Déjame que te lo explique, *Marlowe* —dijo, y comenzó a echarme la bronca utilizando sus enormes dedos morcillones—. Primero, un tal Peterson muere, pero luego resulta que tal vez no esté muerto. Alguien te contrata para averiguar qué sucede y, mientras estás investigando, te tropiezas con la hermana de Peterson. Lo siguiente es que la hermana de Peterson aparece muerta y en ese caso no hay duda ninguna porque vemos que tiene un navajazo en la garganta que va de oreja a oreja. Te invito a que acudas a la escena del crimen y te pido amablemente que me cuentes lo que sabes. Y entonces tú me mandas a hacer puñetas...

—¡Venga, hombre! Fui muy educado —protesté.

—Entonces recibo una nueva llamada tuya y esta vez son dos los cadáveres y hay una especie de lacayo tumbado junto a la piscina con un balazo en la pierna, un millonario que se ha dado a la fuga y otro tipo a punto de hacerlo. Y yo me digo: «Bernie, esto es un asunto del copón». El tipo de asunto, *Marlowe*, que el sheriff, tan pronto llegue a sus oídos, y eso debe de estar a punto de ocurrir, querrá que yo resuelva de inmediato. ¿Sabes quién es el tal Canning?

—La verdad es que no, pero tú me lo vas a contar.

—Uno de los mayores inversores inmobiliarios de la zona. Es propietario de grandes almacenes, fábricas, urbanizaciones... Todo lo que se te pueda ocurrir.

—También es el padre de los Peterson. De Lynn y de Nico —añadí.

La noticia le dejó mudo durante unos segundos. Echó la cabeza hacia delante y frunció el ceño, igual que un toro a punto de embestir a un torero especialmente fastidioso.

—Me estás tomando el pelo.

—¿Por qué te iba a tomar el pelo, Bernie?

Permaneció pensativo. La visión de Bernie sumido en sus reflexiones era algo asombroso. De repente, extendió un brazo, cogió mi pitillera, sacó un cigarrillo, se lo metió en la boca y prendió una cerilla. La mantuvo encendida en el aire durante un instante, con la mirada compungida pero desafiante del pecador que está a punto de volver a caer. Luego acercó la llama al extremo del tentador veneno e inhaló una profunda y lenta calada.

—Ah —suspiró, exhalando el humo—. ¡Dios, qué bueno está!

Vi que el camarero nos miraba y levanté dos dedos. Él asintió. Se llamaba Jake. La primera vez que vi a Linda Loring fue allí, en Victor's, y Jake todavía se acordaba de ella. No me sorprendía. Linda era de esas mujeres que resulta imposible olvidar. Quizá debería casarme con ella, si aún sigue interesada, lo que no es seguro. ¿He mencionado ya que era la cuñada de Terry Lennox? A Sylvia Lennox, la mujer de Terry, la asesinaron y a Terry lo acusaron de ser el autor. De hecho, a Sylvia la mató una mujer loca de celos —su marido y Sylvia habían sido amantes—, una mujer que en realidad estaba simplemente loca. En cualquier caso, Terry quería quitarse de en

medio y simuló su suicidio en una ciudad de mala muerte de México llamada Otatoclán. La mayoría de la gente no sabía que aquel suicidio fue una farsa. Ahí estaba incluido Bernie. ¿Por qué debía yo contarle la verdad? Terry era un sinvergüenza, pero a mí me caía bien. Era un sinvergüenza con clase, y tener clase era algo que yo apreciaba.

Jake nos trajo los dos gimlets recién preparados. Bernie fumaba sumido en sus cavilaciones y, entre calada y calada, bufaba. Yo necesitaba ese trago y probablemente necesitaría otro en cuanto lo acabara.

—Escucha, Bernie. Antes de que te embales de nuevo y empieces a mover los dedos para enumerar, déjame que te repita lo que ya te he dicho: el hecho de que me haya visto envuelto en los problemas de los Peterson es accidental. Mi investigación no tiene nada que ver con Canning ni con los mexicanos ni con el asesinato de Lynn Peterson ni...

—¡Para el carro, listillo! —Bernie alzó una mano con un gesto que hubiera detenido el tráfico en Bay City Boulevard—. Espera un momento. ¿Me estás diciendo que Canning es el padre del tal Peterson?

—Eso mismo te estoy diciendo.

—Pero ¿cómo lo...?

—Porque Canning me lo contó. Había oído que estaba tras la pista de su hijo, por eso hizo que me capturaran y ordenó a su criado que me diera un remojón en la piscina.

—¿Y qué me dices de los dos panchitos a quienes «su criado» golpeó hasta matarlos? ¿Qué maldito papel juegan en esta historia?

—Ellos mataron a su hija; es decir, a Lynn Peterson.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la mataron? ¿Por qué la secuestraron cuando irrumpieron en casa de Nico Peterson? Es más, ¿por qué fueron a casa de Peterson? —se detuvo y, con un suspiro, apoyó la frente en la mano—. Marlowe, seré un estúpido, se me habrá encogido el cerebro después de tantos años en la policía, pero no lo entiendo.

—Bébetela copa, Bernie. Fúmame otro cigarrillo. Relájate.

Alzó de golpe la cabeza y me miró con ira.

—Me relajaré cuando dejes de marear la perdiz y me digas qué demonios está pasando.

—No te lo puedo decir. Y no puedo porque no lo sé. Me he visto implicado en toda esta historia de casualidad. Voy a repetírtelo de nuevo: me contrataron para localizar a un tipo que se suponía que estaba muerto. Acto seguido, me encuentro rodeado de cadáveres y casi convertido yo mismo en un cadáver. Escúchame, Bernie, por favor. Escúchame cuando te digo que sé tan poco como tú sobre lo que está

sucediendo. Me siento como si una mañana hubiera salido a pasear y, al doblar la esquina, me hubiera topado con un accidente en cadena. Sangre y cuerpos diseminados por todas partes, vehículos en llamas, sirenas de ambulancia, el caos en directo. Y yo estoy en medio de esa escena, rascándome la cabeza igual que Stan Laurel. Es un follón del copón, desde luego, Bernie, *pero no es mi follón*. ¿Vas a hacer el favor de creerme?

Bernie soltó un taco; era tal su agitación que cogió la copa que acababan de servirle y se la bebió de un trago. No pude evitar una mueca de dolor. No se hace eso con un gimlet, uno de los cócteles más sofisticados del mundo. Sencillo, pero sofisticado. Sin contar con que este cóctel, uno de los más sofisticados del mundo, tiene que ser saboreado lentamente o te golpea como una carga de profundidad.

Bernie parpadeó varias veces mientras la ginebra entraba en su cuerpo y localizaba su objetivo. Cogió otra vez la pitillera y encendió otro cigarrillo cancerígeno. Mientras lo observaba, pensé que no me gustaría estar en la piel de la mujer de Bernie o ser el gato de Bernie, porque estaba claro que aquella noche se iban a escuchar muchos gritos y patadas en casa de los Ohls.

—Tienes que decírmelo —su voz sonaba áspera por el humo de los cigarrillos y el alcohol que acababa de verter sobre sus cuerdas vocales—. Tienes que decirme quién te contrató para encontrar a Peterson —saqué la pipa, pero me sujetó la muñeca con una mano que más parecía un cepo—. No empieces a jugar con esa maldita cosa.

—De acuerdo, Bernie, de acuerdo —dije, tranquilizador, mientras volvía a meter la pipa en el bolsillo. Cogí un cigarrillo antes de que Bernie se los fumara todos, mientras pensaba cómo desviar el tema—. Dime qué tenía Hanson que contar.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tenía que contar?

—Me refiero a lo que contó cuando tus chicos le apretaron las clavijas. ¿Qué soltó?

Bernie se giró hacia un lado como si fuera a escupir.

—Nada que mereciera la pena —dijo indignado, mientras recuperaba su posición normal—. No sabía nada. Yo creo que Canning no confiaba en él, por lo menos en temas delicados. Dijo que Canning quería averiguar lo que tú sabías sobre Nico Peterson: si estaba vivo y, en tal caso, dónde se encontraba. Nada que no supiéramos nosotros ya. En cuanto a los mexicanos, Canning sabía que habían matado a la chica y se vengó.

—¿Cómo dio con los mexicanos? ¿Lo sabía Hanson?

—Tiene socios al otro lado de la frontera. Trincaron a los panchitos y los enviaron para acá. Merece la pena tener amigos influyentes, ¿eh? —cogió el vaso vacío y se quedó mirando el interior con expresión lúgubre—. ¡Menudo embrollo! Es un follón sensacionalista sin precedentes; es más grande que el Empire State —alzó el rostro y

me miró—. ¿Sabes por qué estoy aquí, Marlowe? ¿Sabes por qué estoy aquí contigo, fumando y bebiendo? Porque cuando llegue a casa, mi jefe me habrá llamado media docena de veces, por lo menos, para averiguar si ya he detenido a los rufianes y a ti te he encerrado en la trena. Y para saber cómo va a explicarles a los poderosos amigos que Canning tiene en el Ayuntamiento y en todas partes, la mayoría de los cuales son asimismo *sus* socios, cómo va a explicarles por qué razón hice una redada en el club de Canning... ¿Cómo se llama?

—Cahuilla.

—... por qué hice semejante redada en el Club Cahuilla, al que todos ellos pertenecen como socios, antes de consultárselo y que me lo autorizara.

—¿Cómo? ¿Que fuiste sin decirle nada al gran hombre?

El sheriff Donnelly había sido elegido hacía poco. Había ganado a su antecesor por unos dos mil votos, un resultado electoral inesperado que sorprendió a todo el mundo, incluido posiblemente el propio Donnelly. El anterior Sheriff, a quien había derrotado, llevaba en el puesto desde antes de la Primera Guerra Mundial, o eso parecía, y Donnelly aún tenía todo por demostrar. La silla del sheriff seguía caliente cuando él la ocupó y desde el primer día había cogido las riendas y presionado con firmeza a Bernie y a los demás oficiales que estaban a sus órdenes. Tal vez se lo merecían, era probable que se hubieran relajado durante el antiguo régimen.

—Tal como me describiste los juegucitos que estaban teniendo lugar en el club, me pareció un asunto urgente. Si hubiera llamado a Donnelly, habría tenido que sortear tantos obstáculos para conseguir ponernos en marcha que todos los del club, incluidos los empleados del bar y los jardineros, se habrían largado mucho antes de que nosotros llegáramos —calló mientras me miraba—. ¿Qué te ocurre ahora?

Me había estremecido sin poder controlarlo. Una idea acababa de cruzar mi cabeza. Un idea sucia, desagradable, obvia.

—¿Tienes una lista de la gente que trabaja en el club? —le pregunté.

—¿Una lista? ¿Qué quieres decir?

—Debe de existir algún registro de quién trabaja allí, una lista de quienes forman la plantilla, de quienes están en nómina, algo así —más que hablar a Bernie, hablaba conmigo mismo en voz alta.

—¿De qué estás hablando?

Bebí un pequeño sorbo de mi cóctel, comprobando de nuevo lo bien que combinaba el zumo de lima con el fuerte sabor de las bayas de enebro de la ginebra. El bueno de Terry me había descubierto un gran cóctel, aunque fuese lo único que había hecho en su vida.

—La primera vez que fui al club, un tipo llamado Lamarr se acercó y empezó a hablar conmigo. Está un poco..., ya sabes —me llevé el dedo a la sien y lo giré—. Aunque no loco de atar, y además parece inofensivo. Me dijo que me había visto

hablando con el Capitán Garfio y que él era uno de los Niños Perdidos.

—El Capitán Garfio —repitió Bernie sin ninguna entonación, mientras asentía—. Los Niños Perdidos. ¡Santo Dios! ¿De qué diablos va esto?

—Floyd Hanson me contó que el club tiene la política de contratar a personas como Lamarr, gente sin familia, vagabundos, seres sin pasado y sin demasiado futuro. Una cuestión filantrópica, aunque Wilber Canning no me parece un filántropo. Debió de ser, más bien, una decisión de su padre.

Me detuve, mientras Bernie aguardaba a que prosiguiera.

—Bueno, ¿y qué?

—Si Nico Peterson está vivo y su muerte fue una farsa, en cualquier caso hay un cadáver. A Lynn Peterson le mostraron en la morgue un fiambre que ella identificó como su hermano. Tal vez mintió para ocultar el hecho de que su hermano estaba vivo y que todo el asunto era un montaje.

Bernie consideró lo que acababa de oír.

—¿Me estás diciendo que el cadáver de la morgue podría ser de uno de los vagabundos que trabajan en el club? ¿Que Nico lo mató, lo vistió con su ropa, lo atropelló varias veces hasta dejarlo irreconocible, lo tiró a un lado de la carretera y se largó corriendo?

Asentí lentamente. Yo mismo seguía dándole vueltas.

—«Los Niños Perdidos», me dijo Lamarr. «Somos los Niños Perdidos.»

—¿Quiénes diablos son los Niños Perdidos? ¿Y quién el Capitán Garfio?

—Es un personaje de *Peter Pan*. Ya sabes, de J. M. Barrie.

—Así que el tal Lamarr está loco, pero tiene su cultura.

—Se refería a Floyd Hanson. Él era el Capitán Garfio. Y la noche en que Nico Peterson supuestamente murió, Hanson fue el primero en acudir al lugar y hacer una primera identificación. Bernie, haz que lo interroguen de nuevo, pero que le hagan sudar esta vez, y te apuesto lo que quieras a que le sacarás toda la historia.

Bernie no dijo nada mientras jugueteaba con mi paquete de cerillas, haciéndolo rodar entre sus dedos sobre la barra del bar.

—¿Todavía insistes en que solo sabes de este asunto lo mismo que los demás?

—Sí, lo mantengo, Bernie. Te habrás dado cuenta de que te lo he repetido en unas cuantas ocasiones. ¿Empiezas a tener la sensación de que tal vez estoy diciéndote la verdad?

—Todo empezó contigo, Marlowe —dijo Bernie en tono casi amable. Tenía los ojos fijos en el paquete de cerillas—. Aún no sé cómo, pero tú eres la clave de todo. Estoy convencido.

—¿Cómo voy a ser...?

—Cierra el pico. Me da igual Peterson e incluso su hermana. Y también los mexicanos. ¿Qué importancia tienen un par de espaldas mojadas? Puedo vivir sin el

mariquita de Hanson y sin el artista de la porra con chaleco de rayas que trabaja para Canning. Pero Canning... Canning ya es otra cuestión. Ese es el nombre que aparecerá mañana en las portadas de todos los periódicos, a no ser que alguien tome cartas en el asunto y lo evite.

—¿Quién puede ser ese alguien? —pregunté, pero tuve la repentina intuición de que ya sabía la respuesta y se me cayó el alma a los pies.

—Supongo que una de las muchas cosas que no sabes es que Wilber Canning es socio estratégico de Harlan Potter en numerosos negocios —dijo Bernie con ese aire suyo medio airado, medio petulante.

Se había guardado esa información. Bajé los ojos a mi vaso, mientras me preguntaba quién inventó el gimlet. ¿Cómo se le habría ocurrido semejante nombre? El mundo está lleno de preguntas insignificantes como esa y tan solo Ripley sabe la respuesta.

—Ah —dije.

—¿Qué significa eso?

—Significa: ah.

Harlan Potter era propietario de una parte considerable de aquella franja costera de California y de una docena de periódicos importantes, según el último recuento. Resulta que también era el padre de Linda Loring y de la fallecida señora Sylvia Lennox, lo que de hecho lo convertía en el suegro de Terry Lennox. Pasara lo que pasara en mi vida, siempre aparecía Terry con su patética sonrisa, haciendo girar un vaso de gimlet con sus dedos marfileños. Tenía gracia: la mayor parte de la gente pensaba que estaba muerto, igual que con Nico Peterson. Terry estaba vivo, pero a mí me perseguía su recuerdo como un fantasma.

Si me casaba con Linda Loring, Harlan Potter sería *mi* suegro. Esa perspectiva merecía un tercer gimlet. Hice una señal a Jake, el camarero, y me respondió con un movimiento de cabeza tan discreto que apenas resultó perceptible.

—Así que Harlan Potter —solté una lenta exhalación—. Bueno, bueno. Ciudadano Kane en persona.

—¡Un poco de respeto! —exclamó Bernie, tratando de contener una risita burlona—. Tú casi eres de la familia. He oído que la hija de Potter todavía anda detrás de ti. ¿Le vas a permitir que dé un poco de calor a tu solitaria y gris existencia?

—No sigas por ahí, Bernie —dije sin alterarme.

Levantó las manos en señal de paz.

—Eh, cálmate. Estás perdiendo el sentido del humor, Marlowe.

Me giré en el alto taburete para mirarlo de frente. Él desvió la vista. Sabía que se había pasado de la raya, pero yo no pude contenerme.

—Mira, Bernie, eres libre de machacarme todo lo que quieras cuando se trata de asuntos profesionales, pero no te inmiscuyas en mi vida privada.

—Vale —farfulló con la vista baja y el rostro avergonzado—. Lo siento.

—Gracias.

Me giré hacia la barra para evitar que sorprendiera la sonrisa que no podía reprimir. Raras veces tengo oportunidad de hacer sonrojar a Bernie y cuando lo consigo, lo saboreo hasta la última gota.

Jake apareció con nuestras bebidas. Me di cuenta de que a Bernie no le apetecía otra, pero acababa de meter la pata y no se atrevió a decir que no.

—En cualquier caso, es probable que tengas razón —dije para destensar un poco el ambiente.

—¿En qué?

—En que Potter se asegurará de que los periódicos no crucifiquen a su amigo Canning en la edición de mañana.

—Ajá —dio un sorbo a su bebida y dejó el vaso sobre la barra con expresión preocupada. Probablemente tendría que ver a Donnelly en las próximas horas y la reunión no iría muy bien si aparecía apestando a ginebra, cosa que iba a suceder teniendo en cuenta que ya se había bebido dos gimlets. Chasqueó la lengua y se llevó la mano a la barbilla—. Estoy hasta aquí de esta ciudad, ¿Sabes que llevo en el cuerpo casi un cuarto de siglo? Imagínate. Es una trituradora de carne y yo ni siquiera soy un filete de lomo de primera.

—Vamos, Bernie, me vas a hacer llorar —le dije.

—Y tú ¿qué te crees? —respondió malhumorado—. ¿O vas a decirme que tu trabajo es mejor que el mío?

—Lo tuyo, lo mío... Es todo igual. Pero míralo de otra manera. Con tipos como tú y yo en un lado, la balanza no se inclinará completamente del otro, donde se sientan los Canning y los Potter con sus bolsas de oro en el regazo.

—Sí, seguro —replicó Bernie—. Esta noche pareces Pollyanna.

Me callé, aunque no por la pulla de Bernie, sino porque no me sentía cómodo colocando a Potter en el mismo lote que a Wilber Canning. Potter era un tipo duro y, desde luego, no se consigue una fortuna como la suya —se hablaba de cien millones— sin recortar sueldos y probablemente unas cuantas cabezas. Pero un hombre que había tenido una hija como Linda Loring no podía ser tan malo. Yo había charlado con él en una ocasión. Empezó amenazándome, siguió dándome una conferencia sobre el deprimente hatajo que formábamos todos los demás, pasó a amenazarme de nuevo y terminó sugiriendo de manera informal que, si no me metía en líos, podría darle un empujón a mi negocio. Dije: gracias, pero no, gracias. Al menos eso creo que dije.

Bernie miró su reloj. Era tan grande como una patata, pero en su brazo parecía pequeño.

—Tengo que largarme —dijo, y empezó a bajarse del taburete.

—No has terminado tu copa. Los cócteles no son baratos, ¿sabes?

—Oye, se supone que estoy de servicio. Toma —sacó la cartera y arrojó un billete de cinco sobre la barra—, te invito.

Le lancé una mirada, cogí el billete, lo doblé y se lo metí en el bolsillo superior de su chaqueta azul de sarga.

—No me insultes, Bernie. He sido yo quien te ha propuesto venir a tomar una copa, así que yo pago. Forma parte de lo que se conoce como contrato social.

—Es verdad, no se me dan muy bien las reglas de sociedad —sonrió y le devolví la sonrisa—. Hasta pronto, Phil.

—¿Tienes que irte?

—Tengo trabajo —se puso el sombrero, se lo ajustó y, con un dedo, dio un golpecito al ala como gesto de despedida—. Adiós, por el momento.

Terminé mi copa y se me pasó por la cabeza beberme la que Bernie había dejado sin tocar, pero hay ciertos límites que nosotros, los Marlowe, nunca sobrepasamos. Así que pagué la cuenta y cogí mi sombrero. Advertí que Jake estaba a punto de preguntarme qué tal se encontraba mi novia, refiriéndose a Linda Loring. Para evitarlo, simulé que tenía una cita urgente en otra parte y escapé.

Era una noche clara y fresca; una inmensa estrella brillaba en el horizonte lanzando una larga daga de luz al corazón de las colinas de Hollywood. Los murciélagos chillaban y aleteaban, como fragmentos de papel carbonizado sobrevolando una hoguera. Busqué en el cielo la luna, pero no la encontré. Tanto mejor, la luna siempre me pone melancólico. No tenía ningún sitio adonde ir ni nada que hacer. Recordé que estaba sin coche, así que paré un taxi y le pedí al conductor que me llevara a casa. Era un italiano tan grande como Bernie Ohls y casi igual de malhumorado. Cada vez que pillaba un semáforo en rojo, maldecía en voz baja. Las palabras eran italianas, pero yo no necesitaba traducción para comprender qué decía.

El ambiente de la casa estaba muy cargado, como si una multitud la hubiera ocupado en mi ausencia y hubiera permanecido dentro todo el día con las ventanas cerradas. Dispuse en el tablero de ajedrez una partida que había sacado de un libro: Lasker contra Capablanca. Capablanca hizo trizas al gran maestro alemán con uno de sus finales más delicados y mortíferos. Resultaba difícil encontrar una partida mejor, pero yo no estaba en las condiciones adecuadas. Sentía el júbilo que me había dado la ginebra que había bebido, y no quería que desapareciera. Hay ocasiones en que desearías que tu mente se detuviera, pero la mía estaba demasiado agitada aquella noche como para relajarse. Por mucho que intentara rehuir ciertos pensamientos, seguían ahí.

Me metí en el Oldsmobile y me dirigí a Barney's Beanery, donde me bebí seis bourbons en batería y hubiera seguido de no ser porque el bueno de Travis, mi ángel

de la guarda detrás de la barra, se negó a servirme más. Me obligó a darle las llaves del coche, me ayudó a salir a la calle y me metió en un taxi. No recuerdo mucho más. De algún modo, conseguí subir las escaleras rojizas de madera, abrir la puerta y llegar al dormitorio, donde me desperté alrededor de medianoche, atravesado en la cama, vestido y boca abajo. Olía como una mofeta y tenía tanta sed como un camello.

Anduve tambaleante hasta la cocina, me incliné sobre el fregadero y me bebí un litro de agua directamente del grifo. Acto seguido anduve tambaleante hasta el cuarto de baño, me incliné sobre la taza del váter y vomité dos litros de líquido. El primer litro era agua y el siguiente un líquido verde pálido. Supongo que era mitad ginebra y mitad bilis. Había sido un largo día.

Y todavía no había acabado. El teléfono me despertó durante la noche. Lo primero que pensé fue que era una alarma contra incendios y me hubiera precipitado fuera, a la noche, de no ser porque, por alguna razón, no conseguí abrir la puerta. Levanté el auricular del teléfono como si fuese la cabeza de una serpiente cascabel. Era Bernie. Llamaba para decirme que acababan de encontrar a Floyd Hanson ahorcado en su celda, colgado de uno de los barrotes de la ventana. Había rasgado la sábana de la cama en tiras y las había entrelazado para improvisar una soga. La ventana no era lo bastante alta y tuvo que permanecer colgado con los pies en el suelo y las rodillas flexionadas. Debió de tardar mucho tiempo en morir.

—Así que un pájaro menos para cantar —dijo Bernie. Le comenté que era todo corazón. Se rio, pero sin ganas—. ¿Qué te pasa en la boca? Parece que llevas una mordaza.

—Estoy borracho.

—¿Estás qué? No entiendo una sola palabra de lo que dices.

—Digo que estoy *borracho*. Curda. Pedo. Bolinga.

Esta vez se rio de verdad. Debía de ser divertido escuchar a alguien tan ebrio intentando pronunciar aquellas palabras. Especialmente la última.

Cogí una buena bocanada de aire y, aunque me mareé, al menos se me despejó la cabeza lo suficiente como para preguntar por Bartlett.

—¿Quién es Bartlett? —inquirió Bernie.

—Por los clavos de Cristo, Bernie, no chilles —imploré, separando el auricular de mi oreja—. El viejo con la porra al que disparé en la rodilla.

—Ah, ese. No se encuentra muy bien. Lo último que he oído es que está en coma. Ha perdido muchísima sangre. Le están haciendo transfusiones. Tal vez salga de esta. Tal vez no. Estarás orgulloso de ti mismo, Wild Bill.

—Joder, casi me ahoga —gruñí.

—¿Ese viejito? Estás perdiendo los papeles, Marlowe.

—Ya empezamos. Vuelves a llamarme Marlowe.

—Bueno, podría llamarte cosas mucho peores. Que me hayas invitado a un par de

copas no me convierte ni en tu mejor amigo ni en tu compañero de juerga. Además, el efecto de la bebida se me pasó tan pronto entré en la oficina. Donnelly venía de algún acto elegante para recaudar fondos y apareció con esmoquin y pajarita negra, apestando a colonia y a mujeres de alta sociedad. ¿Nunca te has fijado en cómo ese tipo de fiestas huele siempre a mujeres?

—¿Acaso he estado yo alguna vez en ese tipo de fiestas?

—Es un olor que hace que te dé vueltas la cabeza. También se notan los efectos más abajo. A lo que íbamos, Donnelly estaba bastante molesto por haberse visto obligado a irse del baile, pero eso no fue nada comparado con cómo se puso cuando se enteró de lo que había ocurrido en el Club Cahuilla, contigo disparando a mayordomos y Canning haciendo el truco de la cuerda india y desvaneciéndose en el aire.

—Bernie —dije con voz de «algo infinitamente amable, que infinitamente sufre», como escribe el poeta—, Bernie, estoy borracho, estoy enfermo y tengo una taladradora metida dentro de la cabeza. Hoy casi me ahogan. He disparado a un tipo que quizá no sobreviva y que probablemente se lo merezca, pero, incluso en ese caso, disparar a los malos te deja agotado. Así que, por favor, ¿puedo regresar a mi cama?

—Sí, claro, Marlowe, ve a dormir mientras los demás nos quedamos en vela toda la noche intentando solucionar este follón que, en mi opinión, empezaste *tú*.

—Siento que estés en el trabajo equivocado, Bernie. ¿Qué querías ser? ¿Maestro de guardería?

Estalló y lo que le salió entonces por la boca ni siquiera se encuentra en los libros que venden, metidos en una bolsa marrón, en esas tiendas con las cortinas siempre echadas y sin ningún letrero en la puerta. Le dejé que despoticara hasta que se quedó sin aliento, calló y lo único que se oyó por el auricular fueron sus resoplidos. Luego me preguntó qué había hecho con el revólver.

—¿Qué revólver?

—¿*Qué revólver?* El revólver con que disparaste a Bartleby.

—A Bartlett. Lo tiré.

—¿Dónde?

—A las buganvillas.

—¿A las *qué?*

—A los arbustos. En el Club Cahuilla.

—¡Menudo estúpido! ¿En qué estabas pensando?

—No estaba pensando en nada. Actué por instinto. ¿Recuerdas lo que es el instinto, Bernie? Es lo que guía fundamentalmente la conducta de la mayoría de los seres humanos, de personas que no llevan un cuarto de siglo en el cuerpo de Policía.

Y le colgué.

Dormí hasta el mediodía. ¿Cómo me sentía cuando desperté? En el barrio había una gata callejera que se acercaba a mí para que la acariciara, con la esperanza de que la adoptara y le permitiera organizarme la vida. Era una gata siamesa apolillada, pero ella creía ser la reencarnación de una princesa egipcia. Pocos días antes, al abrir la puerta trasera, me topé con la hija del faraón sentada en el porche y con los restos de lo que debía de ser un pájaro en la boca. Me lanzó una mirada mimosa y depositó con delicadeza el cadáver a mis pies. Supongo que era un regalo, una especie de adelanto previo a su mudanza a casa.

Pues yo me sentía igual que aquel pájaro, con los ojos vidriosos y tan dolorido como si me hubieran mordido todo el cuerpo. Enredado en una maraña de sábanas sudadas, contemplaba la lámpara que colgaba del techo y que parecía girar lentamente trazando una órbita elíptica. Háganme caso: no beban nunca seis bourbons después de haberse tomado tres gimlets. Cuando conseguí despegar los labios lo suficiente para abrir la boca, me sorprendió que no escapara de ella un espeso humo verde.

Me levanté y me arrastré hasta la cocina, moviéndome con gran cuidado, como un hombre muy anciano, frágil y delicado. Puse café en el filtro de la cafetera, la coloqué sobre el quemador y lo encendí. Permanecí largo tiempo inclinado levemente sobre el fregadero, con la mirada perdida en el patio trasero. La luz era tan ácida como zumo de limón. La lluvia reciente había revivido las plantas. Casi todas las flores de la papa del aire trepadora de la señora Paloosa habían dejado paso a las bayas, pero, detrás del cubo de la basura, las adelfas eran una explosión de flores rosas y media docena de colibríes aleteaba muy ocupada polinizando. Ah, la naturaleza. Lo único que afeaba el paisaje era yo, completamente resacoso.

La cafetera empezó a rugir, igual que mi estómago. Me eché una bata por encima para salir a recoger el periódico, que el repartidor había arrojado al porche. Me quedé en el frescor de la sombra, mientras recorría con la vista la portada. En la columna siete había un artículo sobre un «incidente» ocurrido en el Club Cahuilla. Un par de intrusos sin identificar habían entrado en el club, habían sido interceptados por el personal de seguridad y, en el forcejeo, dos personas habían resultado muertas. No se nombraba a Bartlett. El director del club, Floyd Henson (sic, como ellos dicen), estaba implicado en el atraco y había muerto accidentalmente cuando se encontraba bajo custodia policial. El dueño del club, Wilberforce Canning, había partido de la ciudad la noche anterior hacia un destino desconocido. Silbé mientras movía la cabeza. Cuando Harlan Potter mataba una historia, lo hacía con una eficiencia impresionante. Había que reconocerlo.

Entré de nuevo en la casa, me serví una taza de café y me lo bebí hasta el final.

Estaba demasiado fuerte y tenía un regusto amargo. Aunque tal vez fuera yo quien había añadido la amargura tras leer la noticia.

Poco después, al quitarme la chaqueta del pijama, en el baño, me impresionó descubrir las marcas que me habían dejado las sogas de Bartlett en los brazos, el pecho y los costados. La coloración iba de un gris masilla a una enfermiza y sulfurosa tonalidad amarilla pasando por un pálido carmesí. Mis pulmones estaban doloridos por la presión soportada durante el largo tiempo que permanecí fuertemente atado a la silla y por el esfuerzo realizado para no estallar cuando me sumergieron la cabeza en el agua. Sin mencionar los cigarrillos que me había fumado la noche anterior en el Barney's Beanery mientras me hundía más y más en la botella de bourbon.

Pero, por mal que me sintiera, era mejor que estar muerto. Aunque la diferencia fuese mínima.

Después de afeitarme, ducharme y adecantarme lo mejor que pude, me puse un traje gris, una camisa blanca y una corbata oscura. Es mejor vestir con sobriedad después de una noche de borrachera. Me serví otra taza de café terroso, que para entonces ya estaba tibio, la llevé al cuarto de estar, me senté en el sofá y encendí un cigarrillo para ver qué tal me sentaba. Sabía a ajeno o, al menos, ese es el sabor que algo con tal nombre debería tener. Sospecho que la peor opción cuando estás resacoso es beber café y meterte nicotina en los pulmones, pero algo tenía que hacer.

El cartero llegó con el segundo reparto diario e introdujo mi correo a través de la ranura del buzón. El ruido que hizo al caer sobre las baldosas de la entrada me hizo dar un brinco. Así de mal me encontraba. Fui a recoger el paquete de sobres. Facturas de suministros. Una oferta de una compañía de Nebraska para venderme chuletones de primera, empaquetados en sal y enviados por correo aéreo. Un aviso de la compañía PG&E de que mi última factura de electricidad había vencido. Y un sobre color crema con mi nombre y dirección escritos con tinta violeta en una esmerada caligrafía. Lo olí. Langrishe Lace, tenue pero inconfundible ya para mí.

Me llevé la carta al sofá y, sujetándola en alto entre el índice y el pulgar, la observé. Recordé a Clare Cavendish ante la pequeña mesita de hierro forjado del invernadero escribiendo en su libreta con su elegante pluma. Aquel día parecía infinitamente lejano. Dejé el sobre en la mesa baja y continué mirándolo mientras terminaba mi cigarrillo. ¿Qué habría dentro? ¿Una carta del tipo «Estimado Fulano» para mandarme a paseo, para darme el golpe de gracia? ¿Una escueta nota acusándome de mantener relaciones poco profesionales con una cliente? ¿Una despedida con un ahí-te-quedas? ¿O era un cheque para saldar cuentas, rematado por un lacónico adiós?

Solo había una forma de averiguarlo. Cogí el sobre y deslicé un dedo bajo la solapa. Mientras lo hacía, pensé que Clare lo habría chupado y en cómo la punta pequeña y afilada de su roja lengua se habría deslizado velozmente para humedecer la

cola.

Desearía saber si dispone de alguna noticia sobre el asunto para el que le contraté como investigador. Esperaba que en este tiempo hubiera realizado claros avances. Le ruego que se ponga en contacto conmigo lo antes posible.

CC

Eso era todo. No había dirección de remitente, ni saludo, ni nombre, solo las iniciales. Ella no quería correr ningún riesgo. Era la versión escrita de una patada en los huevos. Sentí una rabia inmensa, pero me dije que no debía ser tan tonto. La rabia solo hace trabajar más al hígado y no consigue nada.

Dejé a un lado la escueta y fría misiva de Clare Cavendish, me retrepé en el sofá, encendí un nuevo cigarrillo y, dado que no tenía ninguna excusa para no hacerlo, me dispuse a pensar. Desde el principio el asunto de Nico Peterson no parecía tener mucho sentido, pero a esas alturas ya no tenía sentido ninguno. Hace poco descubrí una bonita palabra: *palimpsesto*. El diccionario dice que es un manuscrito antiguo en el que se borró parte del texto original para escribir encima uno nuevo. El asunto del que yo me ocupaba tenía algo de eso. Estaba persuadido de que detrás de todo lo que había sucedido existía otra versión de los hechos que yo no alcanzaba a leer. Pero sabía que estaba ahí. No es posible dedicarse a un trabajo como el mío durante tantos años sin desarrollar un olfato para lo que no se ve.

Sentado en el sofá en la quietud del mediodía, volví a repensar el asunto. Lo bueno de vivir en una calle sin salida era que apenas había tráfico y, por tanto, el ruido era mínimo. Aun así no llegué a ninguna conclusión o, por lo menos, a ninguna conclusión nueva, pues seguía dándole vueltas a la misma versión. De lo que estaba seguro, de lo *único* que estaba seguro, era de que Clare Cavendish no encajaba en el puzle. A Nico Peterson podía llegar a entenderlo. Era el hijo de un hombre rico y su objetivo en la vida era convertirse a su vez en un hombre rico y escupirle a su padre en la cara. El problema era que no tenía ni el cerebro de su padre ni su osadía ni su brutalidad ni lo que sea que se necesita para conseguir reunir un millón de pavos. No había logrado hacerse un nombre como agente —hasta Mandy Rogers lo consideraba un inútil— y probablemente se había juntado con la gente equivocada.

Sospechaba que lo que Nico traía de contrabando para Lou Hendricks en una maleta desde México valía mucha pasta. No montas un circo semejante para simular tu muerte por simple calderilla. Y estaba prácticamente seguro de que Floyd Hanson andaba conchabado con Nico y que había suministrado a uno de sus Niños Perdidos para conseguir el cadáver que necesitaban. Mi hipótesis era que Wilber Canning no sabía nada de lo que habían planeado Hanson y Nico, y que creyó que Nico estaba muerto hasta que yo levanté la liebre. En cuanto a Gómez y López, supongo que eran

los dueños del contenido de la maleta que Nico se había quedado y vinieron a buscarlo para reclamar lo que era suyo.

Quedaba Clare Cavendish. Me había contratado para encontrar a un novio que la había conmovido en dos ocasiones. Primero, al fingir que estaba muerto, y segundo, cuando lo sorprendió vivo y coleccionando. Pero no terminaba de creerme aquella historia. Desde el principio me había resultado inconcebible que una mujer como aquella se liara con un hombre como Peterson. Por supuesto que hay mujeres a quienes les gusta jugar con la mugre. Les excita arriesgar su reputación y hasta su salud. Pero Clare Cavendish no pertenecía a ese grupo. Podía imaginarla arrojándose en brazos de un canalla, pero tenía que ser un canalla de su tipo, con clase y con dinero. Ciertamente se había acostado conmigo, un hombre que ignoraba cómo meter las marchas de un deportivo extranjero. Yo era incapaz de explicar el porqué. ¿Cómo iba a ser capaz si cada vez que pensaba en ello lo único que me venía a la cabeza era ella en mi cama aquella noche, inclinada sobre mí a la luz de la lámpara, rozando mis labios con sus dedos, mientras su cabello rubio caía sobre mi rostro? Quizá yo le recordaba a alguien que conocía, incluso a alguien a quien había amado. O quizá me sedujera para poder seguir utilizándome en lo que demonios estuviera metida. Aquella era una posibilidad que hubiera preferido no imaginar. Pero una vez que una idea entra en tu cabeza, ahí se queda.

Antes de pensar qué estaba haciendo, ya tenía el teléfono en la mano y estaba marcando el número. Hay ocasiones en las que sigues tu instinto igual que un perro bien entrenado trota tras los talones de su amo. Contestó una doncella, que me pidió que esperara. Escuché el resonar de sus pasos mientras se alejaba por el vestíbulo. Ecos así de fuertes solo son posibles en una casa inmensa. Recordé la mirada maravillada de Dorothea Langrishe cuando subrayó que su fortuna se levantaba sobre los pétalos exprimidos de una flor. ¡Qué mundo tan extraño!

—¿Sí? —la voz de Clare Cavendish podría haber tendido una lámina de hielo sobre el lago Tahoe.

Le dije que quería verla.

—Ah, ¿sí? —contestó—. ¿Tienes alguna noticia?

—Tengo que preguntarte algo.

—¿No puedes preguntármelo por teléfono?

—No.

Permaneció en silencio. Yo desconocía el porqué de su frialdad. Aquella noche en mi casa no nos habíamos separado en muy buenos términos, pero yo acudí cuando me llamó para que la ayudara con la sobredosis de su hermano. Eso no me convertía en Sir Galahad, pero no creía merecer aquel tono helado ni tampoco la escueta y desagradable nota que me había enviado.

—¿Qué propones? No me parece buena idea que vengas a casa —dijo.

—¿Qué te parece si quedamos a comer?

De nuevo permaneció callada unos segundos.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—En el Ritz-Beverly —fue el primer sitio que me vino a la cabeza—. Allí quedamos tu madre y yo cuando tuvimos nuestra pequeña charla.

—Sí, ya lo sé. Madre no está en la ciudad hoy. Llegaré allí en media hora.

Me dirigí al dormitorio y me miré en el espejo del armario. El traje gris me daba un aspecto desaliñado y además tenía el mismo tono que mi cara. Me desnudé para ponerme un traje azul marino y me cambié la corbata que llevaba por una roja. Incluso pensé en sacar brillo a mis zapatos, pero no me atreví a inclinarme en el delicado estado en que me encontraba.

Al salir y descubrir el espacio vacío junto al bordillo, lo primero que pensé fue que me habían robado el Oldsmobile. Luego recordé que Travis me había quitado las llaves la noche anterior y me había enviado a casa en un taxi. Descendí la calle hacia Laurel Canyon. El sol brillaba sobre los eucaliptos y su aroma llenaba el aire. Me dije a mí mismo que no me encontraba tan mal; casi me lo creí. Pasó un taxi y di un silbido para detenerlo. El conductor era grande como un alce y tuve que mirarlo dos veces para convencerme de que se trataba del mismo italiano que me había llevado a casa la víspera cuando salí de Victor's. Aquella ciudad se volvía más pequeña cada día. Su humor no había mejorado y maldecía cada vez que tenía que detenerse, como si hubiera una persona encargada de los semáforos que los cambiaba a rojo cuando nos aproximábamos.

Pareció ser el inicio de un día de coincidencias, pues en el Beverly me sentaron en la misma mesa donde había estado con Mamá Langrishe. También me atendió el mismo camarero. Se acordaba de mí y me preguntó azorado si esperaba a la señora Langrishe. Cuando le dije que no, sonrió como si fuera Navidad. Le pedí un vodka martini —¿qué diablos!— y le dije que lo quería tan seco como la ciudad de Salt Lake.

—Entendido, señor —me dijo muy amable y, si me hubiera guiñado un ojo, no me habría sorprendido. Era un profesional y podía detectar una resaca a kilómetros.

Miré alrededor mientras preparaban mi copa. Ni siquiera los torneados traseros y delanteras de las estatuas de Nefertiti conseguían atraer mi atención aquel día. Había varias mesas ocupadas por las típicas señoras que salen a almorzar, con sus sombreros y guantes blancos, y también unos cuantos hombres de negocios vestidos con trajes sobrios y enfrascados en intensas negociaciones. Bajo una palmera se hallaba una joven pareja sentada en una banqueta. Eran recién casados: él tenía pintada en la cara una inconfundible sonrisa bobalicona y ella, un chupetón en un lado del cuello del tamaño y el color de la concha de un mejillón. En silencio les deseé que fueran felices y que tuvieran suerte. ¿Por qué no? Incluso un hombre como

yo, con la cabeza tan embotada como un corcho, no podía evitar sonreír tontamente ante tan tierno despliegue de amor juvenil.

Mi martini llegó en una reluciente bandeja. Estaba frío, con un brillo un tanto aceitoso, y tropezó contra mis dientes con un alegre tintineo plateado.

Ella no se retrasó demasiado. El camarero la acompañó hasta mi mesa. Llevaba un dos piezas blanco de lana fría, compuesto de un corpiño y una falda ajustada. Cubría su cabeza un sombrero claro de paja con una cinta negra y un ala ancha y ondulante. Me quedé mirándola boquiabierto, mientras ella me contemplaba con expresión atónita —puedo imaginarme mi aspecto—. Acerqué mi rostro y, a unos cinco centímetros de mi mejilla, ella dio un rápido beso al aire mientras murmuraba:

—Dios mío, ¿qué te ha ocurrido?

El camarero aguardaba.

—La señora tomará un martini, como yo —le dije, volviéndome hacia él.

Clare empezó a protestar, pero simulé no oírla. Nuestro almuerzo iba a ser líquido. Dejó el bolso de charol sobre la mesa y, sin apartar la vista de mí, se sentó lentamente.

—Tienes un aspecto horrible —dijo.

—Y tú tienes el mismo aspecto que el saldo bancario de tu madre.

No sonrió. No empezábamos bien.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó de nuevo.

—Ayer fue uno de esos días que tú describirías como «penoso». ¿Has leído esta mañana la noticia en el *Chronicle*?

—¿Qué noticia?

Forcé una sonrisa, enseñando los dientes.

—Los espantosos incidentes en el Club Cahuilla. No sé qué va a suceder con ese establecimiento después de esos mexicanos que han aparecido muertos y del descubrimiento de que el gerente es un sinvergüenza. Tú conoces a Floyd Hanson, por supuesto.

—Yo no diría que lo *conozco*.

El camarero apareció con la copa de Clare y la dejó casi con reverencia delante de ella. Vi cómo la contemplaba, con esa mirada rápida y apreciativa de los camareros. Probablemente a él también se le había quedado la boca seca. Ella le dedicó una leve sonrisa para darle las gracias y él se marchó tras una inclinación.

—Imagino que lo que dice el periódico no es lo que ocurrió en realidad, ¿no? —Clare me miraba con el único ojo que dejaba a la vista el ala flexible de su sombrero.

—Eso es bastante frecuente.

—¿Tú estabas en el club? Supongo que por eso tuviste un día... ¿Qué palabra has utilizado antes?... Penoso.

No dije nada. Continué sonriendo imperturbable, mientras miraba aquel ojo

solitario e inquisitivo.

—¿Cómo es que tu nombre no aparece en el artículo? —me preguntó.

—Tengo amigos influyentes.

—¿Te refieres al padre de Linda?

—Es probable que Harlan Potter levantara el teléfono. ¿Te ha contado Linda qué relación tenemos?

Ella sonrió, aunque brevemente.

—No me lo ha *contado*, pero tal como habla de ti puedo adivinarla. ¿Es recíproco el sentimiento?

Prendí un cigarrillo.

—No he venido aquí a hablar de Linda Loring —dije con más aspereza de la que pretendía. Ella se estremeció un poco, lo más probable porque pensó que eso era lo que debía hacer.

—Lo siento. No era mi intención cotillear.

Abrió el bolso, sacó los cigarrillos e introdujo uno en la boquilla de ébano. Así que aquel era un día Black Russian, me dije. Me incliné hacia delante y le tendí una cerilla encendida.

—Vale —dijo, soplando el humo hacia el techo—. ¿De *qué* querías que habláramos?

—Me parece que solo hay un tema para nosotros, señora Cavendish.

Permaneció en silencio, valorando el tono con que había pronunciado su nombre.

—¿No crees que es un poco tarde para volver a las formalidades? —preguntó con calma.

—Creo que es mejor que nos mantengamos en el terreno profesional.

Me dedicó otra fugaz sonrisa.

—¿Eso crees?

—Bueno, no hay duda de que la nota que me enviaste tenía un carácter profesional.

Se sonrojó ligeramente.

—Sí, supongo que era bastante áspera.

—Escucha, señora Cavendish —repetí—, entre nosotros se han producido varios malentendidos.

—¿Qué malentendidos?

No era momento para permitirme el lujo de enfadarme.

—Malentendidos que me gustaría aclarar —le dije.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Depende de ti. Podrías empezar diciéndome la verdad sobre Nico Peterson.

—¿Diciéndote la verdad? No estoy segura de comprender qué me estás pidiendo.

Mi copa estaba vacía, no quedaba ni la aceituna. Hice una seña al camarero, que

asintió y se dirigió a la barra. Me sentía repentinamente agotado. Tenía un dolor infernal en el pecho y en la parte superior de los brazos, y aquel martilleo lejano y persistente en mi cabeza ya parecía formar parte de mi vida. Necesitaba tumbarme en algún lugar fresco y sombreado y descansar largo tiempo.

—Lo que estoy diciendo no es difícil ni confuso, señora Cavendish, aunque yo tenga dificultades para comprenderlo y me encuentre confuso. Ponte en mi lugar. Al principio parecía sencillo. Te presentas en mi oficina y me pides que encuentre a tu novio, que ha desaparecido. No era la primera vez que una mujer se sentaba en la misma silla que tú ocupabas y me pedía lo mismo que tú. Los hombres tienden a ser débiles y cobardes y, cuando el amor disminuye, a menudo prefieren largarse antes que dar la cara y decirles a sus amantes que en lo que a ellos se refiere ellas ya son historia. Yo te escuché y aunque sentía que algo no casaba...

—¿El qué?

Inclinada hacia mí, me miraba con atención, la boquilla apuntando a un lado y el humo del cigarrillo ascendiendo en una línea fina y veloz.

—Como ya te he dicho antes, no conseguía emparejarte con la clase de hombre que parecía ser Nico Peterson tal como lo describiste.

—¿Qué clase de hombre?

—No tu clase de hombre —ella empezó a decir algo, pero la corté abruptamente—. Calla, déjame continuar.

Clare no era la única que podía ser áspera.

El camarero apareció con mi nuevo martini. Me alegró la interrupción. El sonido de mi propia voz empezaba a parecer un chirriante bajo obstinado y se había unido a la percusión dentro de mi cabeza. Me refresqué la boca con un sorbo de mi copa y pensé en el versículo de la Biblia que habla del ciervo que anhela las corrientes de agua. Era bueno que el salmista no conociera el vodka.

Prendí otro cigarrillo y continué:

—En cualquier caso, a pesar de mis reparos, te digo: de acuerdo, muy bien, lo encontraré. Descubro que Peterson nos ha dejado y ya se encuentra en las Eternas Praderas de Caza, pero entonces resulta que no es así, y que tú lo has visto caminando por Market Street en la moderna y atractiva ciudad de San Francisco. Vaya, qué interesante, me digo. De hecho, como diría Sherlock Holmes, estoy ante un asunto cuya solución requiere el tiempo que lleva fumarse tres pipas. Así que me pongo mi gorra de cazador y salgo de nuevo en busca de pistas. Acto seguido, empieza a morir gente asesinada a mi alrededor. Sin contar con que casi me asesinan a mí en varias ocasiones. Eso me da que pensar. Contemplo el tortuoso camino que me ha llevado hasta donde me encuentro en este momento, y en la lejanía, en el punto de partida, te veo a ti con la misma expresión inescrutable que ya me resulta familiar. Y me pregunto: ¿es esta historia tan sencilla como me pareció al principio? No, no lo creo.

Me incliné hacia delante, igual que ella, hasta que mi rostro casi tocaba el suyo.

—Así que, señora Cavendish, te pregunto: ¿es la historia tan sencilla como parecía? A esto me refería cuando te he dicho que quería que me contaras la verdad. En una ocasión me pediste que actuara como Pascal y apostara. Lo hice. Creo que perdí. Por cierto, no has tocado tu copa.

Me eché hacia atrás en la silla. Clare Cavendish miró a derecha e izquierda y frunció a continuación el ceño.

—Me acabo de dar cuenta de que esta es la mesa favorita de mi madre.

—Sí, ha sucedido por pura casualidad.

—Y, por supuesto, vosotros os sentasteis aquí, ¿no?

—En este mismo sitio.

Asintió con expresión ausente. Parecía estar pensando en muchas cosas, examinando, calculando, decidiendo. Se quitó el sombrero y lo colocó sobre la mesa, junto a su bolso.

—¿Tengo el pelo horrible?

—Tienes un pelo precioso.

Lo dije con sinceridad. Me sentía enamorado de ella de una manera dolorosa e imposible. ¡Menudo zoquete!

—¿De qué estábamos hablando? —me preguntó.

Creo que de verdad había perdido el hilo. Tal vez no sabía más de lo que yo sabía, tal vez el hecho de que me contratara para encontrar a Nico Peterson no tenía nada que ver con lo que había pasado a continuación. A pesar de todo, era posible. La vida es mucho más caótica e inconexa de lo que nos atrevemos a admitir. Como queremos que lo que nos sucede tenga un sentido, sea agradable y ocurra con un orden, no paramos de hacer teorías y de imponerlas a la naturaleza verdadera de las cosas. Es una de nuestras debilidades, pero nos aferramos a ella porque sin ella no habría vida, ni agradable ni de ningún otro tipo.

—Estábamos hablando —dije—, o más bien era yo quien estaba hablando, quien te estaba *preguntando* si puedes explicarme qué relación existe entre que me contrataras para buscar a Nico y que la hermana de Peterson fuera secuestrada y asesinada, que sus asesinos fuesen a su vez eliminados, que Floyd Hanson se suicidara, que Wilber Canning huyera del país y que yo mismo haya acabado sintiendo que soy la causa de que toda esa gente haya estado corriendo de aquí para allá igual que una manada de búfalos.

Alzó repentinamente la cabeza y me clavó la mirada.

—¿Qué has dicho de Floyd Hanson? El periódico decía que...

—Sé lo que el periódico decía, pero Hanson no murió por accidente. Rasgó una sábana para hacer una cuerda, se la colocó en torno al cuello igual que un nudo corredizo, ató el otro extremo a un barroto de la ventana y se colgó. Sin embargo, la

ventana no era lo bastante alta y tuvo que doblar las piernas y balancearse hasta que se asfixió. Imagínate el esfuerzo y la determinación que se requiere para eso.

Su rostro se había tornado ceniciento y sus enormes ojos negros destacaban, húmedos y brillantes.

—¡Santo Dios! Pobre hombre —suspiró.

La observé con detenimiento. Sé cuando un hombre está actuando, pero nunca estoy seguro cuando se trata de mujeres.

—Este es un asunto muy sucio —dije en voz baja y de la manera más amable posible—. Lynn Peterson murió de una forma cruel y dolorosa. También Floyd Hanson, aunque tal vez se lo tenía ganado. Dos mexicanos fueron golpeados hasta la muerte y, aunque no merecen ninguna compasión, no por eso resultó menos brutal y horrible. Tal vez no entiendas el alcance del lío en que estás metida. Espero que no. O, al menos, espero que antes no lo entendieras. Pero ya no puedes seguir fingiendo que no lo entiendes. Así que ¿estás preparada para contarme lo que sabes? ¿Estás preparada para dejarme oír todo lo que, estoy convencido, me has ocultado durante este tiempo?

Tenía la mirada perdida en el espacio delante de ella, imaginando horrores. Quizá fuera cierto que era la primera vez que los veía.

—No puedo... —dijo, luego vaciló—. Yo no...

Cerró la mano y presionó sus blancos nudillos contra los labios. En una mesa cercana, una mujer la miró. Le dijo algo al hombre que se sentaba frente a ella y él giró la cabeza para observar a Clare Cavendish.

—Bebe un poco. Es fuerte, te sentará bien —le dije.

Movió la cabeza rápidamente, con el puño aún contra la boca.

—Señora Cavendish... Clare —me incliné hacia ella sobre la mesa y le hablé en un susurro agitado—, he mantenido tu nombre fuera de todo este asunto. Un policía muy porfiado..., de hecho, dos policías me han estado presionando para que les diga quién me contrató para buscar a Nico Peterson. No les he dicho nada. Les he contado que mis pesquisas para encontrar a Peterson no tienen nada que ver con las demás cosas que han sucedido, que yo me he visto implicado de casualidad. A los policías no les gustan las casualidades. Van en contra de su convicción de cómo funciona este mundo tal como ellos lo conocen. Por suerte, en este caso les venía bien creerme, por mucho que refunfuñaran. Pero si descubren que yo estaba equivocado, no creerán que se trata sencillamente de una equivocación y caerán sobre mí como la cólera de Dios. No me importa, he pasado por situaciones semejantes y aun peores. Pero si pierden la confianza en mí, llegarán hasta ti y no te gustará, créeme. Incluso si, por la razón que sea, no te importa lo que te pueda suceder, piensa en lo que un escándalo así le haría a tu madre. Ella ya vio suficiente violencia en su tiempo y ha sufrido suficiente dolor para toda una vida. No le hagas pasar otro mal trago.

Me detuve. Estaba asqueado de escuchar mi voz, y al percusionista solitario que había dentro de mi cabeza se le había unido una sección entera de percusión, un grupo de aficionados que compensaban con su energía la falta de técnica. No había comido nada desde el día anterior y el vodka me estaba quemando las tripas desnudas como un ácido. Encorvada frente a mí, con la mirada aún perdida, Clare Cavendish me pareció de repente fea y deseé encontrarme en otro lugar, en cualquier sitio lejos de allí.

—Dame tiempo. Necesito tiempo para pensar, para... —me dijo.

Esperé. Comprendí que no iba a continuar.

—¿Para qué? ¿Hay alguien con quien tengas que consultar?

Me lanzó una rápida mirada.

—No. ¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Tengo la sensación de que estás calculando qué dirá ese alguien cuando le cuentes lo que hemos hablado aquí hoy.

Era cierto; parecía estar pensando en alguien. Y, aunque yo no sabía cómo me había dado cuenta, se trataba del mismo alguien en quien ella había estado pensando la noche que entré en su dormitorio. La mente tiene puertas que insiste en ignorar y en mantener firmemente cerradas, hasta que llega un día en que ya no es posible contener lo que hay afuera y las bisagras ceden y las puertas se abren y las cosas más asombrosas salen a la luz a trompicones.

—Dame tiempo —repitió. Había cerrado los puños y presionaba con ellos, uno junto al otro, la mesa—. Intenta comprenderlo.

—Eso es justo lo que estoy haciendo: intentando comprender.

—Lo sé, y te lo agradezco —me echó una mirada casi implorante—. De verdad.

De repente, se puso en marcha, recogió los cigarrillos y la boquilla de ébano y los metió en su bolso. Sujetó el sombrero y se lo puso. El ala caía perezosamente sobre su frente como si una brisa la hubiera dejado caer con una caricia. ¿Cómo podía haber pensado por un solo segundo que era fea? ¿Cómo podía haber pensado algo distinto a que era la criatura más adorable que nunca había visto y que jamás volvería a ver? Mi diafragma se expandió y se contrajo en un suspiro, igual que ondulan los raíles de un tren durante un terremoto. La estaba perdiendo. Estaba perdiendo a aquella mujer maravillosa, aunque nunca había sido mía en realidad. Sentí un dolor que jamás hubiera imaginado que pudiera sufrir un hombre y sobrevivir.

—No te vayas —le imploré.

Me miró y parpadeó deprisa, como si hubiera olvidado que yo seguía allí o como si ya no supiera quién era yo. Se puso en pie. Temblaba levemente.

—Es tarde —dijo—. Tengo..., tengo una cita.

Estaba mintiendo, por supuesto. No importaba. La habían educado desde muy jovencita para contar ese tipo de mentiras: mentirijillas de sociedad, mentiras que

todo el mundo da por supuestas o, por lo menos, todos los de su mundo. Me levanté, me crujieron las costillas bajo la piel herida.

—¿Me llamarás? —le pregunté.

—Sí, claro.

No creo que me escuchara. Tampoco importaba.

Se volvió para irse. Deseé alargar una mano para detenerla, para retenerla allí, para mantenerla a mi lado. Me vi extendiendo el brazo y sujetándola por el codo, pero solo eran imaginaciones. Con un murmullo que no logré entender, se separó de mí y se marchó zigzagueando entre las mesas, inconsciente de los ojos masculinos que se alzaban para seguirla mientras se alejaba.

Me senté de nuevo, aunque más pareció que me derrumbara. Sobre la mesa estaba su copa sin tocar, con la aceituna solitaria sumergida en la bebida. Su colilla, en el cenicero, tenía una mancha de pintalabios. Miré mi propia copa medio vacía, una servilleta de papel arrugada, una escama o dos de ceniza sobre la mesa que un soplo haría desaparecer. Esas son las cosas que dejamos tras nosotros; esas son las cosas que recordamos.

Fui en taxi hasta Barney's Beanery para recoger mi coche. Bajo la escobilla del limpiaparabrisas había tres multas de aparcamiento. Las rompí y las tiré a la boca del desagüe. No estaba lloviendo, tan solo lo parecía a mis ojos.

Fue la segunda vez que estuve a punto de abandonar. Me dolían el cuerpo y el alma y no veía ningún horizonte en el camino que había seguido durante lo que parecía una eternidad, aunque no hubiera transcurrido más de una semana. La ciudad se asemejaba a un inmenso pulmón congestionado. No había ninguna señal de que el calor fuera a disminuir y en las mañanas colgaba sobre las calles una cortina de esmog de un azul terroso, que el sol intentaba atravesar sin gran éxito.

Permanecía sentado durante horas en la oficina con los pies encima de la mesa, sin chaqueta, con el cuello de la camisa abierto y mirando con apatía el vacío u observando un pequeño escuadrón de moscas que giraba incansable alrededor de la luz que colgaba del techo. En más de una ocasión estuve tentado de sacar la botella del cajón de la mesa, pero sabía bien lo que ocurriría en caso de hacerlo.

Llegaron algunos clientes potenciales, aunque ninguno me contrató. Uno de ellos era una mujer que estaba convencida de que su vecina intentaba envenenar a su gato. Me resultaba familiar y, de pronto, caí en la cuenta de que ya había venido con la misma queja hacía unos años y yo me la quité de encima. Supongo que había acudido a todos los detectives privados que hay en el listín telefónico y había iniciado una segunda ronda. Debería haberla echado a voces, pero me dio lástima. Estaba sumido en un mar de tristeza y todo me daba lástima, hasta el bonsái, un arce japonés que había comprado un día por capricho para alegrar la oficina y para que me hiciera compañía en esas largas horas en que nadie llamaba y nada sucedía. Estaba marchitándose a pesar de todos mis esfuerzos para salvarlo, o quizá justo por eso.

Una mañana especialmente tediosa en que hasta las moscas parecían aburridas, llamé por teléfono a Bernie Ohls para preguntarle si había alguna novedad en el Caso del Club Cahuilla, como lo habían apodado los periódicos durante los dos días escasos que Harlan Potter les concedió para que dedicaran al tema algún espacio. No había nada nuevo, me dijo Bernie. Sonaba tan apático como yo. Noté una leve ronquera en su voz e imaginé que había seguido fumando después de aquella noche en Victor's. Había sido yo quien le había empujado a volver a fumar y me sentí culpable.

—Ni rastro de Canning. Bartlett no ha dicho nada porque no puede. Le acertaste de lleno con tu rápido saque, Marlowe. Por lo visto, la bala que le metiste en la rodilla reventó una arteria. El pronóstico no es muy esperanzador. Y los panchitos siguen sin ser identificados.

—¿Has vuelto a hablar con tus amigos de la policía de frontera de Tijuana? —le pregunté.

—¿Para qué? No saben nada y aún les importa menos. Yo creo que esos dos iban detrás de algo que les pertenecía y que se había llevado tu amigo Peterson. Y

cometieron el error de ponerse en el camino de Canning y de ese mayordomo suyo.

Se detuvo para toser. Sonaba igual que un viejo sedán Nash con serios problemas de carburador.

—¿Y tú qué me cuentas? —preguntó—. ¿Sigues en contacto con el misterioso hombre que te contrató para localizar a Peterson?

—Hablamos de vez en cuando. Aún no me ha pagado.

—¿No me digas? Y pensar en todos los contratiempos que has sufrido por él.

—No te emociones, Bernie. No quiero que te ahoguen tus buenos sentimientos.

Se rio entre dientes y, acto seguido, comenzó a toser de nuevo.

—No le dejes marchar sin que te pague la pasta —dijo con voz ronca cuando se le pasó el acceso de tos—. La bebida y el tabaco nunca bajan los precios.

—Gracias por el consejo. Intentaré no olvidarlo.

Se rio de nuevo.

—Adiós, pardillo —me dijo. Lo oí resollar antes de que colgara.

Acababa de colocar el auricular en su horquilla cuando sonó de nuevo y di un salto, como de costumbre. Pensé que sería Bernie que volvía a llamarme para hacer alguno de sus ingeniosos comentarios. Pero me equivoqué.

—¿Marlowe? —era la voz de un hombre, grave y cautelosa.

—Sí, soy Marlowe.

—¿Philip Marlowe?

—Eso es.

—¿El detective privado?

—¿Le quedan muchas preguntas, amigo? —le espeté.

Se hizo un breve silencio.

—Soy Peterson. Nico Peterson.

Era la hora punta en Union Station. El edificio principal siempre me recordaba a una inmensa iglesia de adobe. Aparqué en Alameda Street y me uní a la apresurada multitud. Fue como sumergirse en un río tumultuoso y crecido, si obviamos el calor y el olor a sudor, a perritos calientes y a trenes. No había quien entendiera una palabra del sistema de megafonía, que más parecía graznar. Un mozo de estación se cruzó conmigo y ni siquiera se disculpó cuando la rueda de atrás de su carro me pasó por encima del pie.

Llegué temprano y, para hacer tiempo, me detuve en un quiosco de prensa y compré un paquete de chicles. No me gustan los chicles, pero había leído suficientes periódicos para una buena temporada y no se me ocurrió qué otra cosa podía comprar. El tipo del quiosco estaba gordo y tenía el rostro bañado en sudor. Charlamos amigablemente acerca del calor y me regaló un ejemplar del *Chronicle*. No lo rechacé para no hacerle un feo, pero, en cuanto estuve lo suficientemente lejos, lo arrojé a una

papelera.

Estaba tan nervioso como una quinceañera de camino a su primer concierto de Sinatra.

Aún me encontraba lejos cuando, en un claro que se abrió entre la multitud, divisé a Peterson. Supe inmediatamente que era él: aquel bigote fino, el pelo ondulado y engominado, la chaqueta de un azul demasiado brillante y los pantalones claros. Imposible equivocarse. Estaba sentado en un banco bajo el gran panel de salidas, el sitio donde me había citado. Tenía el terror pintado en el cuerpo. Aferraba el asa de la maleta que se hallaba a su lado como si creyera que podían crecerle piernas de repente y salir pitando.

Me detuve titubeante, luchando con una combinación de sorpresa y confusión que me golpeó como un gancho a traición. Conocía esa maleta. Era de cuero descolorido por el tiempo y los herrajes abollados eran de metal dorado. Hacía tiempo que no la veía, pero resultaba inconfundible.

Me abrí paso a través de la multitud y me detuve frente a él.

—Hola, señor Peterson.

Alzó el rostro y me miró con una mezcla de sospecha y hostilidad. Era tal como esperaba e incluso peor. Estaba muy bronceado y un rizo negro, brillante y solitario le caía sobre la frente de una manera tan encantadora como si lo hubiera colocado, lo que era probable. Llevaba la camisa abierta y las solapas vueltas hacia fuera y dispuestas con esmero sobre la chaqueta. En el cuello tenía una fina cadena de oro, de la que colgaba un crucifijo prácticamente escondido en el abundante vello moreno y rizado del pecho.

—Soy Marlowe.

—Ah, ¿sí?

Miró más allá de mis hombros para comprobar, imagino, si había llevado refuerzos.

—He venido solo, tal como me pidió.

—¿Qué le parece si me enseña alguna identificación?

No se había levantado. Permanecía sentado observándome con atención. Intentaba aparentar despreocupación e insolencia, pero aferraba el asa de la maleta con tanta fuerza que los nudillos se veían blancos a pesar del moreno. Tenía los mismos ojos verdes que su hermana. Qué extraño resultaba, pues al mirarlos me hacían pensar en ella.

Cuando metí la mano en la chaqueta no pudo evitar estremecerse. Saqué mi permiso de conducir muy despacio y se lo mostré.

—Vale. Vamos a otra parte para hablar —me dijo.

Se puso en pie y movió los hombros para que la chaqueta cayera como debía. Era evidente que se trataba de un hombre totalmente enamorado de sí mismo.

Estábamos a punto de marcharnos cuando los números del panel de salidas cambiaron con enorme estrépito sobre nuestras cabezas. Peterson se encogió de nuevo. En ese estado de nervios hasta el crepitar de cereales en un bol suena como un pelotón de fusilamiento amartillando las armas. Estaba realmente angustiado.

Levantó la maleta.

—Parece muy pesada. ¿Por qué no llama a un mozo para que se la lleve? —le pregunté.

—No bromeo, Marlowe —repuso apretando los dientes—. No estoy de humor para bromas. ¿Lleva un arma?

—No.

—¿No? ¿Qué tipo de detective es usted?

—Del tipo que no va con un arma a todas partes. Sin contar con que dos mexicanos se apropiaron de mi revólver.

No reaccionó como yo pensaba. De hecho, no reaccionó en absoluto.

Encontramos una cafetería alejada del vestíbulo principal. Nos sentamos en una mesa junto a la esquina, de cara a la puerta. No había mucha gente. Los que estaban allí miraban sin cesar sus relojes, se levantaban de un salto y salían apresurados. Entraban otros con más calma y ocupaban aquellos mismos asientos. Peterson encajó la maleta detrás de su silla, contra la pared.

—Bonita maleta —le dije.

—¿Qué?

—La maleta. Muy elegante, con herrajes dorados y todo.

—No es mía —tenía la vista fija en la puerta. Sus ojos verdes eran un poco saltones y permanecían atentos, como los de una liebre.

—Así que no está muerto —comenté.

—Es usted muy observador —soltó una desagradable risilla burlona.

La camarera se acercó y ambos pedimos un café. Peterson miraba ahora a un tipo de aspecto duro sentado en la barra, con un sombrero de fieltro gris y una corbata con un dragón dibujado.

—¿Cómo es que me ha llamado?

—¿Cómo dice?

—¿Que por qué me ha llamado a mí?

—Había oído hablar de usted y, cuando publicaron la noticia sobre Lynn, vi su nombre en el periódico.

—Así que sabía que yo andaba detrás de usted.

—¿Cómo que iba detrás de mí?

—Estuve investigando las circunstancias de su triste fallecimiento.

—¿No me diga? ¿Y por encargo de quién?

—¿No lo adivina?

En su rostro apareció una expresión amarga.

—Desde luego que lo adivino.

El tipo de la barra con el sombrero gris se terminó su café y salió silbando, con andar ocioso. Noté cómo Peterson se relajaba ligeramente.

—Hablé con Mandy Rogers —le dije.

—¿Ah, sí? —replicó con indiferencia—. Es una buena chica.

Estaba claro que Mandy ya no tenía ninguna importancia para él. Si es que alguna vez la había tenido.

—Siento lo de su hermana.

Se encogió de hombros.

—Sí, nunca tuvo suerte.

Me contuve para no pegarle.

—¿Qué quiere de mí, Peterson?

Se rascó la mandíbula con un dedo, haciendo un sonido áspero.

—Necesito que me haga un recado. Le pagaré cien pavos.

—¿Qué clase de recado?

Tenía la vista clavada de nuevo en la puerta.

—Uno fácil. Necesito que entregue esta maleta a cierta persona.

—¿Y no lo puede hacer usted?

—Estoy demasiado ocupado —soltó otra vez aquella risilla burlona, el tipo de sonido que me irritaría enormemente si tuviera que escucharlo a menudo—. ¿Quiere el trabajo o no?

—Necesito conocer algunos detalles —respondí.

Los cafés llegaron en esas enormes tazas blancuzcas que solo se encuentran en las estaciones de tren y con las cucharillas menos grasientas posibles entre todas las cucharillas grasientas. Probé el café y me arrepentí de inmediato.

—De acuerdo —Peterson bajó la voz—. Este es el trato: yo me levanto y me voy, pero dejo la maleta donde está, apoyada contra la pared. Usted espera una media hora y luego la coge y se la lleva a un tipo llamado...

—Lou Hendricks —dije.

Me contempló con su mirada de liebre.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el señor Hendricks me invitó a dar un paseo en su gran coche negro y me amenazó con romperme las piernas si no le decía dónde se encontraba usted.

—¿No es él quien lo contrató para encontrarme? —inquirió con expresión preocupada.

—No.

—¿Tan solo lo abordó en la calle?

—Así es.

Frunció el ceño y se mordisqueó uno de los nudillos durante un rato.

—¿Y usted qué le dijo? —me preguntó finalmente.

—Le dije que desconocía su paradero y que si lo llegaba a averiguar no se lo diría. Le dije que, por lo que yo sabía, usted estaba muerto. No se lo tragó. Alguien le había soplado la verdad.

Peterson asintió mientras cavilaba. Una fina capa húmeda cubría su frente. Se pasó un dedo por el bigote, sobre el que aparecían esparcidas diminutas gotas de sudor. No resultaba una visión agradable, pero lo peor era el diminuto surco que se abría en el centro, una pálida muesca que parecía dejar al desnudo una parte de su cuerpo demasiado íntima como para ser mostrada en público.

Aparté el café a un lado y prendí un cigarrillo.

—¿Va a contarme qué sucedió, Nico?

Se encendió como un cohete.

—¡No necesito contarle nada! —exclamó colérico—. Le he ofrecido cien dólares por un trabajo, y eso es todo. ¿Está dispuesto a hacerlo?

Simulé considerarlo.

—En lo que se refiere al dinero, puedo vivir sin él. En cuanto al trabajo, ya veremos.

Sacó un pastillero de plata del bolsillo de su chaqueta, cogió una pequeña píldora blanca y se la colocó bajo la lengua.

—¿Le duele la cabeza? —le pregunté.

Debió de pensar que no merecía la pena contestar.

—Escuche, Marlowe, esto es un asunto urgente. ¿Va a coger la maleta y entregársela a la persona que hemos mencionado o no?

—Aún no lo sé. Y usted debería calmarse. Está asustado, está huyendo, y si yo soy la única persona a quien puede acudir, entonces, obviamente, tiene serios problemas. Llevo siguiéndole la pista un tiempo y hay varias cosas que quiero aclarar. ¿Me las va a contar?

Hizo un mohín de enfado y en su rostro se dibujó la cara que tenía de niño cuando se enfurruñaba.

—¿Qué quiere saber? —masculló.

—Todo, más o menos. Empecemos por la maleta. ¿Qué hay dentro para que Lou Hendricks esté tan ansioso por hacerse con ella?

—Una mercancía.

—¿Qué clase de mercancía?

—Mire, Marlowe...

Le cogí la muñeca que tenía apoyada sobre la mesa y se la retorcí hasta que oí cómo le crujían los huesos. Intentó zafarse, pero no pudo.

—¡Me está haciendo daño! —protestó.

—Sí, y más daño le voy a hacer si no empieza a hablar. ¿Qué hay en la maleta? Intentó otra vez liberar su muñeca, pero se la retorció con mayor fuerza.

—Suelte —gimió—. ¡Por los clavos de Cristo! Ahora se lo digo.

Abrí la mano y se desplomó hacia atrás en la silla como si todo el aire le hubiera escapado del pecho.

—Tiene un falso fondo —dijo malhumorado—. Debajo hay diez kilos de caballo repartido en veinte paquetes y envuelto en papel celofán.

—¿Heroína?

—¡Baje la voz! —echó una rápida mirada alrededor de la cafetería. Nadie nos prestaba ninguna atención—. Sí, heroína, eso es lo que he dicho.

—Para entregar a Lou Hendricks. ¿Quién la envía?

Se encogió de hombros.

—Un tipo.

Se masajeaba la muñeca con los dedos de la otra mano. Sus ojos estaban llenos de rabia. Más me valía no ponerme nunca al alcance de su pistola.

—¿Qué tipo? —le pregunté.

—Un tipo del sur.

—Dígame el nombre.

Sacó un pañuelo blanco del bolsillo superior de su chaqueta y se secó la boca.

—¿Conoce a Mendy Menéndez?

Permanecí callado un rato. No era el nombre que esperaba oír. Menéndez era un matón que había sido muy conocido en la zona. De hecho, era uno de los más importantes. Pero se había mudado a México y lo último que había oído sobre él era que operaba en Acapulco. Un buen trabajo si lo consigues. Y si puede llamarse trabajo a eso.

—Sí, lo conozco —dije finalmente.

—Él y Hendricks tienen un negocio juntos. Menéndez le envía una remesa cada dos meses más o menos y Hendricks se encarga de la distribución.

—Y usted es el correo.

—Lo he hecho unas cuantas veces. Es dinero fácil.

—¿Y trae tanta droga cada vez?

—Más o menos.

—¿Cuánto valen diez kilos de heroína?

—¿En la calle? —frunció los labios y luego esbozó una amplia sonrisa—. Dependiendo de la demanda, probablemente tanto como lo que un madero como usted ganará en toda su vida.

Sus labios eran rosados y tenían una forma casi femenina. Este no era el hombre de quien Clare Cavendish estaba enamorada, el hombre de quien había hablado con

tanta pasión aquella noche en su dormitorio, sentada en el borde de la cama junto a su hermano inconsciente. Bastaba con echar un vistazo a Peterson, mirar sus ojos mezquinos y escuchar su tono lastimero para saber que ella no lo habría rozado ni con su boquilla de ébano. No, se trataba de otra persona. Y entonces supe quién era. Imagino que lo sabía desde hacía tiempo, pero es posible saber algo y, a la vez, no saberlo. Es una de las cosas que nos ayudan a soportar nuestra suerte en la vida sin que nos volvamos locos.

—¿Sabe cuántas vidas podría destrozar esa droga? —le pregunté.

Hizo una mueca de desprecio.

—¿Cree que la vida de un yonqui vale algo?

Desvié la vista hacia la brasa de mi cigarrillo. Deseé que antes de separarme de Peterson se presentara la oportunidad de partirle su bonita y bronceada cara de un buen puñetazo.

—¿Así que lo que decidió fue quedarse con el material y venderlo por su cuenta a otra persona?

—Conocía a un tipo en Frisco que me aseguró que, a cambio de un porcentaje, podía quedarse con lo que yo tuviera y vendérselo a la mafia sin que mediaran preguntas.

—Pero no funcionó.

Peterson tragó con tanta fuerza que pude oírlo. Pensé que iba a romper a llorar. Le debía de haber parecido tan sencillo el intercambio... Él entregaba la maleta y su amigo vendía la droga a un cliente con quien el propio Lou Hendricks no se atrevería a enfrentarse si llegaba a enterarse de lo sucedido. Y, mientras tanto, Peterson ya estaría en camino hacia un lugar lejano y seguro, con los bolsillos repletos de más dinero del que jamás hubiera imaginado.

—El tipo que conocía tuvo un percance fatal: su esposa descubrió que llevaba una doble vida con otra mujer y le disparó en la cara antes de pegarse ella un tiro en la cabeza.

—Menuda tragedia —dije.

—Sí. Claro. Una tragedia. Y ahí me quedé yo plantado y sin saber qué hacer, con veinte paquetes de caballo y sin nadie a quien vendérselos.

—¿Por qué no se los vendió directamente a la mafia?

—No tenía los contactos. Además —soltó una triste risa—, estaba demasiado asustado. Entonces me enteré de lo de Lynn y aún me asusté más. Todo parecía... Parecía estar cerrándose en torno a mí. Sabía lo que me ocurriría si Hendricks me echaba el guante.

—¿Por qué no renunció, sencillamente, llamó a Hendricks, le dijo que lo sentía y le devolvió la maleta?

—Claro, seguro. Hendricks me habría dado las gracias, habría cogido la

mercancía y luego uno de sus chicos me habría arrancado las uñas con un par de alicates. Y eso solo para empezar. No sabe cómo se las gasta esa gente.

Se equivocaba en eso, pero no merecía la pena discutirlo. Una piel brillante había aparecido en la superficie de mi café, como un vertido de petróleo en miniatura. El humo del cigarrillo tenía un sabor acre en mi boca. Basta la proximidad de un estafador de tres al cuarto como Peterson para que te sientas contaminado.

—Vamos a retroceder un poco. Cuénteme cómo simuló su muerte —le pedí.

Soltó un suspiro irritado.

—¿Cuánto tiempo me va a retener aquí contestando sus estúpidas preguntas, Marlowe?

—Todo lo que necesitemos. Soy un hombre muy curioso. Deme ese gusto.

Estaba masajeándose otra vez la muñeca con expresión ausente. En su piel habían empezado a aparecer cardenales. No sabía que yo tenía garras de acero.

—Yo conocía a Floyd Hanson. Me dejaba entrar en el club cuando no estaba mi padre —dijo con su tono enfurruñado.

—¿Qué quiere decir?

Hizo una mueca y su rostro se afeó de repente.

—Mi padre me repudió y me prohibió acercarme a él o a su precioso Club Cahuilla. A mí me gustaba ir para emborracharme y vomitar sobre sus alfombras indias.

—¿Qué había entre usted y Hanson?

—¿Tenía que haber algo?

—Eso parece. Al dejarle entrar, corría un gran riesgo. He conocido a su padre y no me dio la impresión de que fuese un hombre tolerante. ¿Le daba dinero a Hanson para que lo dejara entrar?

Se rio. Era la primera risa auténtica que le oía.

—No, no necesitaba pagarle. Sabía algunas cosas sobre él. Cuando yo era un adolescente, una vez se me insinuó. Se disculpó diciendo que no sabía lo que le había ocurrido y me suplicó que le jurara que no se lo diría al viejo. Por supuesto, le dije a Hanson: no se lo diré. Pero le hice saber que a partir de aquel momento teníamos un acuerdo.

Sonrió, orgulloso de su inteligencia.

—El cadáver que vistió con su ropa aquella noche y dejó a un lado de la carretera... ¿de dónde salió? ¿Quién era? —le pregunté.

—Un gañán de los que trabajan en el club.

—¿Lo mató usted?

Se irguió y me miró fijamente.

—¿Qué? ¿Está bromeando?

—Entonces Hanson debió de hacerlo —me detuve un momento—. Es curioso,

nunca lo tomé por un asesino, no pensé que fuese capaz.

Peterson pensó en ello.

—Nunca le pregunté por el cadáver —dijo con petulancia—. Supongo que pensé que quienquiera que fuese había muerto por causas naturales. No vi que tuviera ninguna marca. Floyd y yo le pusimos mi ropa en la parte de atrás del club y lo llevamos en una carretilla a la carretera. Había estado haciéndome el borracho toda la noche y asegurándome de que todos me vieran...

—Incluida Clare Cavendish.

—Sí —asintió—, Clare estaba allí. Yo ya había quedado con Lynn en que identificara el cadáver y organizara la incineración. Todo estaba preparado, todo estaba listo. Tenía el coche aparcado al final de la carretera y, tan pronto Floyd y yo descargamos el cadáver, conduje hacia el norte con la maleta en el maletero. Habría funcionado —estrelló un puño contra la palma de la otra mano—. *Habría funcionado.*

—¿Su padre sabía algo de esto?

—No creo. ¿Cómo iba a saberlo? Floyd nunca se lo habría contado —cogió una cerilla del cenicero y la hizo girar entre dos dedos y el pulgar—. ¿Dónde lo conoció?

—¿A quién? ¿A su padre? Fui al club para preguntar por usted. Hablé con Hanson, que no me sirvió de ninguna ayuda. Algún tiempo después se presentaron allí dos mexicanos, los que mataron a su hermana, para interesarse asimismo por usted. Su padre y Bartlett, el mayordomo, los cogieron y los exprimieron hasta reventarlos. Y mientras eso sucedía yo cometí el error de hacer una segunda visita. Antes de que me diera cuenta, me estaban hundiendo la cabeza en la piscina para animarme a que les contara todo lo que sabía sobre usted y su presunto paradero. Un hombre impresionante, su padre. Contundente. No es difícil comprender por qué usted y él no se llevan bien.

Miré a la camarera, que se estaba tomando un respiro en su puesto, tras el mostrador. Era una rubia desteñida de ojos tristes y con una mueca de infelicidad en la boca. Con el labio inferior ligeramente hacia fuera, soplabla hacia arriba de forma que su húmedo flequillo se separaba de la frente y volvía a caer. Sentí una punzada de lástima por ella, por la vida miserable a la que había sido condenada, trabajando sin parar todo el día entre el ruido, el olor y el flujo incesante de personas con prisa, malhumoradas e impacientes. Pero ¿quién era yo para compadecerme de ella? ¿Qué sabía sobre ella y su vida? ¿Qué sabía sobre nadie?

—Odio a ese viejo bastardo —dijo Peterson, distraído—. Me ha agitado la fiesta siempre, desde el principio.

«Claro, seguro —me hubiera gustado decirle—, el viejo tiene la culpa de todo. Siempre es la misma cantinela con la gente como tú». Pero no se lo dije.

—Sabrás que tu padre está huido —le comenté.

Aquello pareció animarle.

—¿Ha huido? ¿Por qué?

—Mató a los mexicanos. O hizo que los mataran.

—¡Vaya! —exclamó, divertido—. ¿Dónde ha ido?

—Eso le gustaría saber a un montón de gente.

—Estará viviendo en algún lugar de Europa. Tiene pasta depositada allí. Estará viviendo con un nombre falso —se rio casi con admiración—. Nunca darán con él.

Permanecimos callados un momento hasta que Peterson se removió en su asiento.

—Tengo que irme, Marlowe. ¿Qué ha decidido? ¿Entregará el material a Hendricks?

—Sí, se lo entregaré.

—Bien, pero cuidado con intentar hacerse el listo... Le haré saber a Hendricks que la maleta está en su poder.

—Haga lo que quiera.

Metió la mano en la chaqueta, sacó una billetera, la abrió sobre su regazo, bajo la mesa, y empezó a contar billetes de diez de un grueso fajo. Había un montón. Esperé que no hubiera hecho ninguna tontería con la droga de Menéndez, como coger parte y reemplazarla con un par de paquetes de yeso. Hendricks no sería tan imbécil como para dejarse engañar por aquel viejo truco.

—No quiero su dinero, Peterson.

Me lanzó una mirada de soslayo, desconfiada y calculadora.

—¿Y eso? ¿Trabaja en una organización benéfica?

—Esos billetes han pasado por manos que no me gustaría estrechar.

—Entonces ¿por qué...?

—Me cayó bien su hermana —dije con calma—. Tenía coraje. Digamos que lo hago por ella —se habría reído si no hubiera sido por mi expresión—. ¿Y qué va a pasar ahora con usted? ¿Qué planes tiene? —no me importaba nada, solo quería estar seguro de que nunca más volvería a cruzármelo.

—Tengo un amigo.

—¿Otro?

—Trabaja para una compañía de cruceros por Sudamérica. Me puede conseguir un trabajo y cuando lleguemos a Río, a Buenos Aires o a algún sitio parecido me bajaré del barco y empezaré una nueva vida.

—¿Qué clase de trabajo le ha ofrecido su amigo?

Sonrió complacido.

—Nada complicado. Ser amable con las pasajeras y ayudarles con los pequeños problemas que puedan surgir. Esa clase de trabajo.

—Así que su padre tenía razón y ahora será oficial —le dije.

—¿De qué está hablando?

—Será miembro oficial y remunerado de la honorable orden de los gigolós.

La sonrisa se borró de su rostro.

—Tiene gracia eso viniendo de un fisgón. Pero piense en esto: usted estará recorriendo las calles y espiando a maridos para sorprenderlos follando con sus amantes mientras que yo estaré balanceándome en una hamaca en el soleado sur.

Empezó a levantarse del asiento, pero lo agarré de nuevo de la muñeca y lo obligué a permanecer donde estaba.

—Tengo una última pregunta.

Se humedeció sus encantadores labios rosados, miró con anhelo la puerta y lentamente volvió a sentarse.

—¿Y es...?

—Clare Cavendish —contesté—. Me contó que ustedes mantuvieron una relación.

Abrió tanto los ojos que por poco no se le salieron de las órbitas.

—¿Le contó eso? —soltó una carcajada—. ¿De verdad?

—¿Me está diciendo que no es cierto?

Movió la cabeza de un lado a otro, pero no para negar, sino con asombro.

—No le digo que no me hubiera gustado. ¿A quién no? Pero ella jamás se fijó en mí. Una dama como ella está por encima de mis posibilidades.

Le solté la muñeca.

—Es lo único que quería saber. Ya puede irse.

Él entrecerró los ojos, sin moverse del sitio.

—Fue ella quien le contrató para seguirme, ¿verdad? —dijo, y asintió con la cabeza—. Sí, eso me cuadra.

Me miraba con lástima, igual que yo había mirado antes a la camarera.

—Él la envió a su oficina. Hablaba a menudo de usted. Fue así como yo escuché su nombre por primera vez. Él sabía que usted se enamoraría de ella, de esos ojos, de su pelo, de ese aire de doncella de hielo. Usted era la clase de hombre que caería rendido ante ella —se echó hacia atrás y una enorme sonrisa se abrió como melaza en su rostro—. ¡Caramba, Marlowe! ¡Menudo pardillo!

Peterson se levantó y se fue.

Había una cabina de teléfonos junto a la caja registradora. Entré y cerré la puerta plegable tras de mí. Dentro olía a sudor y a baquelita. A través del panel de cristal de la puerta, veía la maleta en el extremo opuesto de la cafetería, bajo la mesa y apoyada en la pared. Quizá deseaba que alguien la cogiera y saliera huyendo, pero esas cosas no suceden. Cosas así nunca suceden cuando las necesitas.

Marqué el número del Pabellón Langrishe. Contestó Clare.

—Soy Marlowe. Dile que quiero verle.

Oí cómo retenía el aliento.

—¿A quién?

—Sabes perfectamente a quién. Dile que coja un avión, el primero que haya. Podrá estar aquí esta noche. Llámame cuando llegue.

Empezó a decir algo, pero le colgué.

Volví a la mesa y la camarera se acercó. Me sonrió con gesto cansado y recogió las dos tazas.

—No se ha bebido el café —comentó.

—No importa, mi médico opina que tomo demasiado.

Le tendí un billete de cinco dólares y le dije que se quedara con el cambio. Sin dejar de sonreír, se quedó mirándome con expresión indecisa.

—Cómprase un sombrero —le dije.

Debería saber esperar, dada la forma que he elegido de ganarme la vida, si acaso la elegí y no fue más bien que me vi metido en esta profesión como quien se ve metido en una alcantarilla al caer por la boca abierta. En cualquier caso, no tengo el carácter adecuado para esperar. No tengo ningún problema en perder el tiempo. Puedo permanecer horas sentado en la silla giratoria de la oficina, frente a la ventana, con los ojos fijos en la secretaria del otro lado de la calle, inclinada sobre su dictáfono, sin siquiera verla la mitad de las veces. Puedo quedarme delante del tablero de ajedrez con la apertura Gambito de Rey hasta que veo las piezas borrosas y los cuadros blancos y negros del tablero hacen que me dé vueltas la cabeza. Puedo sentarme con una cerveza en un local de mala muerte mientras el camarero me cuenta lo estúpida que es su mujer y cómo sus críos no le tienen ningún respeto, y ni siquiera bostezar. Soy un profesional de perder el tiempo. Pero dame una razón concreta que me obligue a esperar y en menos de quince minutos me estaré comiendo las uñas.

Aquel día comí temprano en Rudy's Bar-B-Q, en La Cienega Boulevard: unas costillas tan brillantes como si les hubieran dado un barniz rojo oscuro y que, de hecho, sabían a barniz. Me bebí una cerveza mexicana; parecía, con humor siniestro, lo más adecuado. México era la banda sonora de todo lo sucedido, pero yo no había sido lo suficientemente listo para darme cuenta. Regresé a la oficina con la esperanza de que entrara algún cliente. Hasta me hubiera alegrado volver a ver a la vieja dama cuya vecina intentaba envenenarle al gato. Pero pasó una hora, una hora que me pareció tres, y seguía solo. Di un par de sorbos a la botella de la oficina. Me fumé otro cigarrillo. La señorita Remington apagó la grabadora y se dispuso a cubrir la máquina de escribir con la funda. Luego, sacaría la polvera y se empolvaría la nariz, mirándose en el espejito y poniendo morritos. Y, a continuación, se pasaría el peine, cerraría el bolso y se iría a casa. Había llegado a conocer a fondo su rutina.

Eché un vistazo a la cartelera. Había una reposición de *Plumas de caballo* en el Roxie. Justo lo que necesitaba; Groucho y sus hermanos me harían disfrutar durante un par de horas. Me acerqué y compré una entrada para el anfiteatro. La acomodadora me llevó hasta el asiento. Era una pelirroja con flequillo, mirada amistosa y una bonita boca. Abajo, en el patio de butacas, había otra chica igual de guapa parada frente a la pantalla con una bandeja con helados, dulces y cigarrillos. Llevaba un uniforme similar al de una doncella, con un cuello de encaje, una falda corta negra y un sombrerito blanco que parecía un barco de papel boca abajo. No habría más de doce personas en el cine, almas solitarias igual que yo, que se habían sentado lo más lejos posible unas de otras.

Las cortinas granates se abrieron con un susurro al rozar el suelo, se apagaron las luces y en la pantalla apareció un tráiler de *La novia del gorila*, con Lon Chaney y

Barbara Payton de protagonistas. Raymond Burr interpretaba el papel de jefe de una plantación, en el corazón de una selva de Sudamérica, a quien un brujo nativo había lanzado una maldición. Cada noche se convertía en lo-que-ya-sabes, arrancando los gritos de las mujeres y logrando que los hombres se encogieran de miedo. Acto seguido proyectaron anuncios de Philip Morris, de Clorox y de otros artículos semejantes y entonces las cortinas se cerraron de nuevo y un foco se encendió sobre la chica de los helados en el patio de butacas. Ella saludó, flexionando una rodilla e inclinando la cabeza, y esbozó una sonrisa de reclamo, pero nadie se acercó y, un minuto después, el foco se apagó con un triste *clic*, las cortinas se abrieron y empezó la película.

Aguardé a que la magia de los histriónicos hermanos surtiera su efecto, pero no resultó. Ni me reí yo ni se rio nadie. Las películas de humor solo son divertidas si la sala está llena. Cuando el cine está prácticamente vacío, queda patente cómo después de cada broma hay una pausa en la acción, pensada para que en ese momento el público se ría. Pero aquella tarde no se oía ni una carcajada y la situación comenzaba a resultar más bien triste. Hacia la mitad de la película me levanté y me fui. Al otro lado de la puerta batiente, la acomodadora pelirroja estaba sentada limándose las uñas. Me preguntó si me sentía mal y le dije que no, que solo quería salir un minuto a tomar el aire. Me dedicó una dulce sonrisa que solo consiguió aumentar mi tristeza.

Empezaba a anochecer y el aire estaba caliente y cargado de humo, igual que en una estación de metro. Eché a caminar por el bulevar sin pensar en nada en concreto. Me encontraba en ese estado de espera propio de alguien a quien van a operar. Lo que suceda sucederá, lo que sea será. En cualquier caso, presentía que lo que la noche me reservaba no serían más que las consecuencias de algo que ya había ocurrido. No podían hacerme más daño del que ya me habían infligido. A partir del momento en la vida en que pueden romperte el corazón, los golpes que recibes te endurecen. Pero un día llega un golpe mayor que cualquiera que hayas sufrido antes y te das cuenta de lo vulnerable que eres, de lo vulnerable que siempre serás.

Me detuve ante un buzón, miré las horas de recogida y comprobé que acababan de llevarse la saca. Extraje un sobre del bolsillo interior de mi chaqueta, lo introduje en la ranura y oí cómo caía al fondo.

El Edificio Cahuenga estaba vacío. Las únicas personas que seguían allí eran el vigilante nocturno, en la cabina de cristal junto al ascensor, y el conserje, un negro muy alto llamado Rufus. Rufus siempre tenía una palabra amable para mí. Alguna vez le daba una propina para las carreras de caballos, aunque nunca supe si le gustaba apostar. Cuando salí del ascensor, me lo encontré en el pasillo. Limpiaba el suelo, frotando una bayeta húmeda hacia delante y hacia atrás a su ritmo tranquilo. Medía casi dos metros y tenía una hermosa y gran cabeza africana.

—¿Tiene trabajo esta noche, señor Marlowe? —me preguntó.

—Estoy esperando una llamada de teléfono. ¿Todo bien, Rufus?

Una gran sonrisa iluminó su rostro.

—Ya me conoce, señor Marlowe. El viejo Rufo siempre está en forma.

—Se ve —le dije—. Ya se ve.

No encendí ninguna lámpara al entrar en la oficina. Me senté en la oscuridad y giré el asiento de la silla hacia la ventana para contemplar las luces de la ciudad y la luna suspendida sobre las lejanas colinas azuladas. Saqué la botella del cajón, pero la volví a guardar inmediatamente. Lo último que necesitaba aquella noche era estar aturdido.

Llamé a Bernie Ohls, pero no estaba en la oficina. Busqué en mi manoseada agenda de teléfonos y encontré el número de su casa. No le gustaba que lo llamaran allí, pero me dio igual. Contestó su mujer y, cuando le dije mi nombre, pensé que iba a colgar; no lo hizo. Oí cómo llamaba a Bernie y, más débilmente, oí cómo él le respondía a gritos y luego oí el ruido de sus pasos bajando las escaleras.

—Es tu amigo Marlowe —le dijo la señora Ohls con tono desabrido.

Entonces se puso Bernie.

—¿Qué quieres, Marlowe? —gruñó.

—Hola, Bernie. Espero no molestarte.

—Vamos a dejarnos de charlitas. ¿Qué pasa?

Le conté que había estado con Peterson. Casi pude sentir cómo se le aguzaban las orejas.

—¿Lo has visto? ¿Dónde?

—En Union Station. Me llamó y me dijo que fuera allí. Me citó en la estación porque llevaba una maleta y no quería llamar la atención.

Hubo un breve silencio.

—¿Qué clase de maleta?

—Una maleta. Hecha en Inglaterra, de cuero, con herrajes dorados.

—¿Qué había dentro?

—Un millón de pavos en forma de heroína. Propiedad de un tal señor Menéndez. ¿Recuerdas a nuestro viejo amigo Mendy, que fijó su residencia al otro lado de la frontera?

Bernie no dijo nada y me lo imaginé como si estuviera enroscando la tapa de una olla a presión. Su genio había empeorado con los años. Debería hacer algo al respecto, pensé.

—Muy bien, Marlowe, comienza a contármelo —me conminó con una voz más cerrada que la cartera de Bob Hope.

Y comencé a contárselo. Se mantuvo en silencio, excepto por algún ocasional bufido de sorpresa o desagrado. Cuando terminé, respiró a fondo y eso le provocó un acceso de tos. Alejé el auricular de mi oreja hasta que cesó.

—A ver si lo he entendido bien —dijo, jadeando ligeramente—: Peterson hacía de mula para sacar la droga de Menéndez de México y entregársela a Lou Hendricks, hasta que se le ocurrió la brillante idea de quedarse con una remesa y vendérsela a unos caballeros, descendientes de italianos. Pero el plan se fastidió y empezaron a amontonarse los cadáveres y Peterson perdió la calma y te contrató...

—Intentó contratarme.

—... para que le entregaras la maleta a Hendricks.

—Sí, eso es —en la línea se escucharon unos ruidos, como si Bernie rebuscara algo, y luego el raspar de una cerilla—. ¿Has encendido un cigarrillo? ¿No has tosido ya bastante?

Le oí aspirar una calada y luego exhalar.

—¿Dónde está la maleta ahora?

—En una taquilla de la estación. Y la llave de la taquilla está en un sobre metido en un buzón de South Broadway. Te llegará en el segundo reparto de la mañana. Y antes de que me preguntes, lo he hecho así porque le prometí a Peterson que le daría tiempo para esfumarse.

—¿Dónde se encuentra él?

—En un crucero por Sudamérica.

—Muy gracioso.

—No merece la pena detenerlo, Bernie. Sería un gasto inútil de energía y solo conseguirías cabrearte aún más de lo que ya estás.

—¿Y Hendricks?

—¿Qué pasa con Hendricks?

—Debería hacer que fuera a comisaría para tener con él una pequeña charla.

—¿Y qué conseguirías con eso? No le han entregado la droga. La tienes tú o, más bien, la tendrás tú cuando la llave de la taquilla caiga sobre la alfombrilla de tu puerta mañana al mediodía. No hay nada que implique a Hendricks.

Bernie inhaló otra larga calada de su cigarrillo. Nadie disfruta tanto de un pitillo como un hombre que supuestamente ha dejado el tabaco.

—Te das cuenta de que después de todo lo que ha sucedido con..., ¿cuántos?..., con cinco muertos, incluyendo al gorila de Canning, que, por cierto..., ¿cómo se llamaba?

—Bartlett.

—Incluyéndole a él, porque ha muerto esta tarde.

—Qué lástima —dije, como si realmente fuera lo que sentía.

—En cualquier caso, después de tantos muertos y tanto jaleo, no tengo un solo cargo que presentar ni un solo sospechoso en la trena.

—Puedes acusarme a mí de disparar a Bartlett, si eso te hace feliz. Pero ese cargo no llegaría muy lejos.

Bernie suspiró. Era un hombre fatigado. Me pasó por la cabeza plantearle por qué no empezaba a pensar en jubilarse, pero mantuve la boca cerrada.

—¿Ves los combates de boxeo, Marlowe? —preguntó tras una pausa.

—¿En televisión, te refieres?

—Sí.

—Algunas veces.

—Esta noche yo estaba viendo uno arriba, en mi guarida, donde tengo mi propio aparato de televisión. Cuando llamaste, Sugar Ray estaba utilizando a Joey Maxim de bayeta para limpiar el suelo. Y ahora mismo acabo de escuchar el sonido de una campana y una gran ovación. Eso significa probablemente que Joey vuelve a estar en el suelo y que está manchando la lona de sangre y escupiendo dientes rotos. Me habría gustado verlo caer por última vez. No tengo nada contra el gran Joey, tiene un buen cuerpo y es un luchador valiente. Estoy seguro de que ha combatido con fiereza antes de quedar eliminado. Es una lástima que no haya llegado a ver el final del combate. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Lo siento, Bernie. No quería privarte de tus placeres mundanos, tan solo pensé que te gustaría saber lo sucedido con Peterson y el resto de la historia.

—Tienes razón, Marlowe. Te agradezco que me hayas informado de todo lo que ignoraba. De verdad que te lo agradezco. ¿Y sabes lo que puedes hacer ahora? ¿Te gustaría saber lo que puedes hacer?

—La verdad es que no, pero estoy seguro de que me lo vas a decir de todas maneras.

No me equivocaba. Lo hizo. Sus sugerencias eran obscenas, gráficas y en su mayoría anatómicamente impracticables.

Cuando terminó, le deseé buenas noches con toda cortesía y colgué el auricular. Bernie no era un mal tipo. Lo que pasaba es que se le fundían los plomos con facilidad y cada vez con mayor frecuencia.

Puse los pies sobre la mesa y dejé vagar la vista por la ventana. ¿Por qué las luces de la ciudad parecen parpadear en la distancia? Cuando las miras de cerca, su brillo es constante. Quizá tenga que ver con el aire, con los millones de diminutas motas de polvo que flotan en él. Todo parece detenido, pero no es así, sino que está moviéndose. La mesa sobre la que apoyaba mis pies, por ejemplo, lejos de ser sólida, era un enjambre de partículas tan pequeñas que ningún ojo humano podría llegar a ver alguna. Cuando te detienes a pensar, el mundo es un lugar aterrador. Y eso sin tener en cuenta a la gente.

Hasta entonces había creído que Clare Cavendish podía romperme el corazón, sin darme cuenta de que ya estaba roto. Vivir para aprender, Marlowe. Vivir para aprender.

Eran poco más de las diez cuando ella llamó. Para entonces yo había claudicado, había sacado la botella de las profundidades del cajón de la mesa y me había servido un par de modestos dedos de bourbon. El alcohol no parece un asunto tan serio cuando lo bebes en un vaso de papel. El whisky ardía en mi boca, que ya se encontraba en bastante mal estado por todos los cigarrillos que había fumado a lo largo del día. Desde luego, yo era la persona menos indicada para decirle a Bernie que dejara de fumar.

Supe que el teléfono iba a sonar un segundo antes de que lo hiciera. Su voz, muy baja, era casi un susurro.

—Está aquí. Coge el camino de siempre hasta el invernadero y no olvides apagar las luces de cruce.

No recuerdo qué le contesté. Tal vez, nada. Todavía me encontraba en ese estado extraño, casi onírico, de espera. Me parecía estar flotando fuera de mí mismo, observando lo que hacía, pero sin ser parte. Supongo que era el efecto de la larga espera y de lo único que había podido hacer durante ella, perder el tiempo.

Rufus ya se había ido a casa y, aunque el suelo que había fregado llevaba tiempo seco, las suelas de mis zapatos resonaban al andar como si aún estuviera mojado. Cuando salí a la calle, la noche había refrescado y el humo del día por fin había desaparecido del aire. Había dejado el coche aparcado en Vine, bajo una farola. Semejaba un animal grande y oscuro, agazapado junto a la acera, y los faros parecían observarme con mirada torva. Tardó un rato en arrancar, entre toses y escupitajos, antes de que volviera a la vida con un traqueteo. Probablemente necesitaba que le cambiara el aceite o algo por el estilo.

Aunque conduje despacio, no tardé mucho en ver el mar. Giré a la derecha y seguí la carretera. A mi izquierda, las olas dibujaban una blanca línea fantasmal, que se agitaba en la oscuridad. Encendí la radio. No era habitual que lo hiciera; de hecho, llegaba a olvidar que estaba allí durante largos períodos de tiempo. En la emisora que estaba sintonizada sonaba un viejo tema interpretado por la banda de Paul Whiteman, una música sensual, decentemente descafeinada para las masas. Resultaba increíble que un tipo con un nombre tan blanco como Whiteman tuviera el valor de tocar jazz.

Una liebre cruzó veloz la carretera delante del coche, su cola brillante como una mecha bajo la luz de los faros. Podría haber establecido alguna similitud entre el animal y yo, pero me encontraba demasiado ausente como para hacer ese esfuerzo.

Cuando llegué a la verja, apagué las luces, levanté el pie del acelerador y dejé que el vehículo rodara hasta detenerse. La luna había desaparecido y la oscuridad me rodeaba. Los árboles se cernían como gigantescas bestias ciegas olfateando su camino en la noche. Permanecí en el coche durante un rato, escuchando el tictaquear

del motor recién apagado. Me sentía como un viajero que ha llegado al final de una larga y agotadora expedición. Deseaba descansar, pero sabía que todavía no había llegado el momento. Todavía no.

Salí al exterior y me detuve un instante para respirar. Excepto el olor a quemado del motor, era una noche fragante, con el aire saturado del aroma a hierba, a rosas y a otras plantas cuyo nombre desconocía. Atravesé el césped. Frente a mí se alzaba la casa. Estaba a oscuras, excepto unas cuantas ventanas iluminadas en el primer piso. Llegué a la senda de grava, ante la puerta principal, y giré a la izquierda. El olor a rosas se volvió intenso, empalagoso y casi embriagador.

Sentí cerca de mí un movimiento, como una repentina ráfaga de aire, y me detuve, pero no pude ver nada en la oscuridad. Entonces, sorprendí un destello azul, de un azul intenso y brillante, y escuché un breve sonido sibilante. Debía de ser el pavo real. Deseé que no gritara, pues mis nervios no lo habrían resistido.

Al girar la esquina de la casa y aproximarme al invernadero, me llegó el sonido de un piano y permanecí inmóvil para escuchar. Chopin, me figuré, pero es probable que me equivocara, pues todo lo que sale de un piano me parece Chopin. La música, tenue en la distancia, era desgarradoramente hermosa y..., bueno, sí, era desgarradora. Imagínate, pensé, imagínate que fueras capaz de sacar un sonido así de una gran caja negra hecha de madera, marfil y cables tensados.

Las puertas francesas del invernadero estaban cerradas, pero utilicé aquel fiel artilugio de mi llavero y en apenas unos segundos estaba dentro.

Seguí el sonido de la música. En la penumbra, atravesé lo que recordaba como el cuarto de estar y recorrí un corto pasillo alfombrado al final del cual había una puerta cerrada que debía de dar a la sala de música. Avancé con sigilo, intentando no hacer ningún ruido, pero estaba a unos cinco metros de la puerta cuando la música se detuvo abruptamente en medio de una frase. Yo también me detuve y me quedé inmóvil escuchando, pero lo único que oía era el zumbido grave y constante de una bombilla defectuosa de la lámpara de pie que había a mi lado. ¿A qué estaba esperando? ¿Creía que la puerta se abriría y una multitud de melómanos saldría para hacerme pasar y que me sentara en la primera fila?

No llamé. Giré el pomo, abrí la puerta y entré.

Clare estaba sentada al piano, cerrando la tapa, y se volvió de lado en la banqueta para mirarme. Debía de haberme oído en el pasillo. Su rostro era inexpresivo; ni siquiera dio la impresión de sorprenderse ante mi súbita y no anunciada aparición. Llevaba un vestido azul medianoche largo y de cuello cisne. Se había recogido el pelo y lucía pendientes y una gargantilla de pequeños diamantes blancos. Parecía haberse vestido para un concierto. ¿Dónde estaba su público?

—Hola, Clare. No dejes de tocar por mí, por favor —le pedí.

Las dos ventanas altas que había tras el piano tenían las cortinas echadas. La

única luz de la habitación provenía de la gran lámpara de cobre que había sobre la tapa del piano. La pantalla era un globo de cristal blanco y su base había sido moldeada como la garra de un león. Se trataba del tipo de objeto que la madre de Clare consideraría lo último en decoración. Ordenadas a su alrededor había una docena de fotografías en marcos de plata de diversos tamaños. En una de ellas reconoció a Clare de niña, con una tiara de flores en la melena rubia.

Se levantó y la seda de su vestido crujió leve y frágilmente. Ese sonido femenino hace galopar el corazón de un hombre en cualquier circunstancia. Su rostro seguía sin mostrar ninguna emoción.

—No he oído tu coche. Tal vez estaba tocando demasiado alto —dijo.

—Lo dejé en la verja.

—Ya, pero por lo general puedo oír cuando se detiene un coche, por lejos que sea.

—Entonces habrá sido la música.

—Sí, estaba distraída.

Permanecimos allí, a medio metro de distancia, mirándonos impotentes. No había calculado lo duro que sería. Sujetaba el sombrero en la mano.

—¿Dónde está?

Echó hacia atrás los hombros y alzó la cabeza con las aletas de la nariz dilatadas, como si hubiera dicho algo ofensivo.

—¿Para qué has venido?

—Porque tú me lo dijiste. Por teléfono.

Arrugó la frente con gesto hosco.

—¿Que yo te lo dije?

—Sí, tú me lo dijiste.

Parecía tener la cabeza en otra parte. Era obvio que estaba distraída. Cuando volvió a hablar lo hizo de manera exageradamente alta, como si quisiera que la oyeran.

—¿Qué quieres de nosotros?

—¿Sabes? Ahora que me lo preguntas, no estoy tan seguro. Supongo que pensé que podría aclarar algunas cuestiones, pero de pronto he olvidado qué exactamente.

—Parecías muy enfadado cuando llamaste.

—Porque lo estaba. Todavía lo estoy.

Sus labios se estiraron en lo que podía ser una sonrisa.

—No lo parece.

—Nos enseñan en la escuela de detectives. Creo que se llama «ocultar tus emociones». A ti tampoco se te da mal.

—¿Me podrías decir por qué estás enfadado?

Me reí o solté lo que pretendía ser una risa, mientras sacudía la cabeza.

—Ay, corazón, ¿por dónde debería empezar?

Oí un ruido a mi izquierda, una especie de borboteo estrangulado, y, al girarme para comprobar de dónde provenía, vi con sorpresa a Richard Cavendish espatarrado en el sofá, dormido o inconsciente. ¿Cómo no me había fijado en él cuando entré en la habitación? Un cuerpo en un sofá es algo que yo no debería pasar por alto. Estaba tumbado de espaldas con los brazos caídos a los costados y las piernas separadas. Llevaba vaqueros, unas lustrosas botas vaqueras y una camisa de cuadros. Su rostro era de una lividez grisácea y tenía la boca abierta.

—Hace un rato llegó tambaleándose y muy borracho —dijo Clare—. Dormiré durante horas y mañana por la mañana no recordará nada. Sucede a menudo. Creo que se acerca atraído por el sonido del piano, aunque la música le repele, o eso me dice a mí —esbozó de nuevo su tensa y pequeña sonrisa—. Como la polilla a la llama, supongo.

—¿Te importa si me siento? Estoy un poco cansado —dije.

Me señaló una silla primorosa con respaldo en forma de lira y tapizada en seda amarilla. Parecía demasiado delicada para aguantar mi peso, pero de todos modos me senté. Clare regresó al taburete del piano y se sentó en una estudiada pose, la espalda muy erguida, las rodillas cruzadas bajo el vestido y un brazo extendido sobre la tapa del piano. No me había dado cuenta hasta entonces de lo esbelto y delgado que era su cuello. En torno a él brillaban los diamantes y su resplandor me recordó las luces de la ciudad que había estado contemplando poco antes desde la ventana de mi oficina, mientras esperaba a que me llamara.

—He estado con Peterson —le dije.

Entonces reaccionó. Se echó hacia delante con presteza, como si fuera a levantarse, y noté cómo se tensaban los nudillos de su mano izquierda, posada sobre la tapa del piano. Sus ojos estaban dilatados y en ellos había aparecido una luz casi febril.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —dijo con voz ahogada.

—Acabo de hacerlo.

—Me refiero a por qué no me lo dijiste antes. ¿Cuándo lo has visto?

—Hoy, en torno al mediodía.

—¿Dónde?

—Qué más da dónde. Me llamó, dijo que quería verme y quedé con él.

—Pero... —parpadeó rápidamente mientras un ligero estremecimiento recorría su cuerpo hasta la punta del zapato que asomaba por el bajo del vestido azul—. ¿Qué te contó? ¿Te... te dio alguna explicación de por qué simuló estar muerto? No puede ser tan sencillo como que aparezca así, con una llamada, y te pida que te reúnas con él. Cuéntame. *Cuéntame.*

Saqué la pitillera. No le pregunté si le importaba que fumara, me daba igual no ser educado.

—Nunca fue tu amante, ¿verdad? Te lo inventaste para que yo creyera que ese era tu motivo para contratarme y que lo buscara —empezó a decir algo, pero yo levanté la voz y continué hablando—. No te molestes en mentir. Mira, el asunto es que no me importa. Nunca me tragué esa historia de por-favor-encuentra-a-mi-novio-desaparecido. Bastaba oír cómo lo describiste para saber que Peterson era la clase de hombre a quien no le hubieras dado ni la hora.

—¿Por qué fingiste que me creías?

—Tenía curiosidad. Además, si quieres que te diga toda la verdad, no me gustaba la idea de que saldrías de la oficina y no volvería a verte jamás. Patético, ¿no?

Se sonrojó. Aquello me desconcertó tanto que pensé si no debería replantearme, aunque fuera un poco, las duras conclusiones sobre ella y su personalidad a las que había llegado tras hablar con Peterson aquella mañana. Tal vez era una de esas mujeres que se dejan enredar fácilmente por los hombres. ¿Quién era yo para juzgarla? Entonces me acordé de todas las mentiras que me había contado, aunque solo fuera por omisión; me acordé de cómo me había engañado desde el principio y la rabia me inundó de nuevo.

Ella había vuelto el rostro hacia la izquierda y contemplé su hermoso perfil. Puedes odiar a una mujer y saber, al mismo tiempo, que bastaría con que te hiciera una pequeña señal para que te arrojaras a sus pies y los cubrieras de besos.

—Por favor, cuéntame qué sucedió cuando te reuniste con él —me pidió.

—Llevaba una maleta. Quería que se la entregara a un hombre llamado Lou Hendricks. ¿Te suena el nombre?

Se encogió de hombros con desdén.

—Supongo que lo habré escuchado alguna vez.

—Puedes estar segura. Es el tipo a quien Peterson debía entregar la droga.

—¿Qué droga?

Solté una risa ahogada. Ella seguía sin mirarme, con el rostro vuelto de perfil, clásico y mucho más bello que el de Cleopatra.

—Vamos, deja ya de fingir... La farsa ha terminado. No pierdes nada diciendo la verdad, ¿o acaso has olvidado cómo se hace eso?

—No es necesario que me insultes.

—No, tienes razón, pero me gusta.

Golpeé levemente el pitillo para echar la ceniza en la palma ahuecada de mi mano. Clare se levantó, cogió un gran cenicero de cristal que había sobre la tapa del piano y se aproximó a mí para dármelo. Volqué en él la ceniza que tenía en la mano y lo dejé en el suelo, junto a la silla. Clare se giró con aquel leve crujir de seda y volvió a ocupar su sitio en el taburete del piano. Aunque estaba furioso con ella, furioso como un demonio, me dolía saber que la había perdido para siempre, por mínimo que fuese el fragmento que ella me había permitido creer, durante un breve tiempo, que

me pertenecía.

—Dime, ¿todo ha sido mentira?

Las cortinas de la ventana de la izquierda se movieron ligeramente, aunque yo no percibía ninguna brisa.

—¿Qué quieres decir con todo?

—Sabes lo que quiero decir.

Bajó la vista hacia sus manos, cruzadas en el regazo. Recordé la lamparita junto a mi cama, con las rosas rojas pintadas; recordé sus gemidos entre mis brazos, el temblor de sus párpados, sus uñas clavadas en mis hombros.

—No —contestó con una voz tan tenue y suave que apenas podía oírla—. No todo.

Me miró a los ojos y, con expresión de súplica, se llevó un dedo a los labios e hizo un breve y rápido movimiento con la cabeza. La miré, perplejo. No necesitaba preocuparse: no iba a contar en voz alta lo que me estaba rogando en silencio que callara. ¿Para qué? ¿Para qué añadir más daño al que ya estaba hecho? Además, yo necesitaba desesperadamente creer que se había acostado conmigo porque lo deseaba, que no era una más de las cosas que había hecho por ayudar al hombre a quien amaba.

Las cortinas se movieron de nuevo.

—Mucho pides, señora Cavendish —dije lo bastante alto para que todos los que estaban en la habitación me oyeran.

Clare asintió e inclinó de nuevo la cabeza. Apagué el cigarrillo en el cenicero del suelo y me puse en pie.

—Muy bien, Terry. Ya puedes salir. Hemos acabado de jugar —dije.

Al principio no sucedió nada, excepto que Clare Cavendish soltó un sofocado y gracioso grito, como si algo le hubiera picado, y se llevó la mano a la boca. Entonces se abrieron aquellas cortinas que se movían misteriosamente y el hombre que yo conocía como Terry Lennox dio un paso adelante. Tenía estampada en la cara aquella sonrisa que recordaba tan bien: juvenil, azorada, un poco triste. Llevaba un traje cruzado oscuro y una pajarita azul. Era alto, delgado y elegante, una elegancia que era tanto más llamativa cuanto que él no parecía ser consciente de la misma. Tenía el pelo oscuro y llevaba el bigote recortado.

Me di cuenta de que jamás había visto su verdadero rostro. Cuando le conocí, hacía ya años, tenía el pelo blanco y su mejilla y su mandíbula derechas estaban en pésimas condiciones, con la piel muerta atravesada por largas y delgadas cicatrices. Una ráfaga de mortero le había alcanzado durante la guerra, antes de ser capturado por los alemanes, que le hicieron una cura de urgencia de cualquier manera. Al menos, esa era la historia que él contaba. Cuando, tiempo después, su esposa fue

asesinada y todo apuntaba a que él iba a pagar el pato, huyó a México —con mi ayuda, dicho sea de paso—, donde hizo correr la voz de que se había suicidado. En lugar de eso, se sometió a una impresionante operación de cirugía estética, un costoso trabajo de primera en esa ocasión, y se hizo pasar por sudamericano. Llegué a verlo una vez con su nueva identidad antes de que desapareciera de mi vida. Y ahora había vuelto.

—Hola, viejo amigo. ¿Me darías un cigarrillo? Ha sido oler el tuyo y me han entrado unas ganas enormes de fumar —me dijo.

Había que concedérselo a Terry. ¿Quién sino él era capaz de permanecer escondido detrás de unas cortinas durante media hora y salir luego tan sereno y elegantemente irónico como Cary Grant? Me aproximé a él, saqué la pitillera, la abrí con el pulgar y se la tendí.

—Toma, cógelo tú. ¿Has dejado de fumar?

—Sí —eligió un cigarrillo y lo hizo rodar apreciativamente entre los dedos—. Me estaba perjudicando la salud —se llevó una mano al pecho—. El ambiente seco que hay allá abajo no me va bien.

¿No es extraño que hasta en un momento semejante la gente hable de cosas banales? Clare seguía sentada en el taburete con la mano sobre la boca. Ni siquiera se había vuelto a mirar a Terry. Tampoco lo necesitaba.

Le tendí una cerilla a Terry, que se inclinó hacia la llama.

—¿Qué tal el vuelo? Vienes de Acapulco, ¿no? —le pregunté.

—No. Cuando Clare me llamó, estaba en Baja California pasando unos días de vacaciones. Afortunadamente, pude tomar una avioneta local hasta Tijuana y allí enlacé con un vuelo de Mexicana Airlines que venía hacia aquí. El avión era un DC-3. Me he agarrado a los reposabrazos con tanta fuerza que aún tengo los dedos entumecidos.

Tal como era su costumbre, aspiró una larga calada y dejó flotando el humo en el labio inferior un segundo antes de metérselo en los pulmones.

—Ah, ¡qué bien sabe! —suspiró. Ladeó la cabeza y me miró con ojo crítico de arriba abajo—. Tienes un aspecto lamentable, Phil. ¿Te ha creado muchos problemas el asunto de Nico y todo el resto? Lo siento, de verdad que lo siento.

Lo decía sinceramente. Así era Terry, capaz de robarte la cartera, golpearte y pisotearte y, un segundo después, estaba ayudándote a ponerte en pie, te limpiaba el polvo y te pedía perdón de todo corazón. Y lo creías. Incluso le preguntabas si se encontraba bien y le decías que esperabas que no se hubiera lastimado la muñeca al tener que aguantar aquella pesada pistola con que te había apuntado mientras te vaciaba los bolsillos. ¿Estaba exagerando? Quizá un poco. Antes, cuando yo creía conocerlo, era un hombre honesto. No sabía beber, era manirroto y andaba siempre metido en líos de faldas, pero no era un granuja profesional. Esa última parte había

cambiado.

—¿Cómo está Menéndez?

Sonrió con ironía.

—Ya conoces a Mendy. Es como un gato, siempre cae de pie.

—¿Lo ves a menudo?

—Estamos en contacto. Le debo mucho dinero, ya lo sabes.

Sí, lo sabía. Menéndez y Randy Starr, el otro amigo de Terry del tiempo de la guerra, le habían ayudado a desaparecer y crearse una nueva identidad tras su presunto suicidio en Otatoclán. Los tres se encontraban en la misma trinchera, en algún lugar de Francia, cuando cayó junto a ellos la granada de mortero. Terry les salvó la vida al agarrar la granada, salir de la trinchera y arrojarla al aire como si estuviese en un partido de fútbol americano y él fuese un quarterback lanzando un Hail Mary. O, por lo menos, así seguía la historia que él contaba. Nunca supe cuánto debía creerme de las aventuras de Terry, y aún no lo sabía. Por ejemplo, tiempo después de conocerlo, descubrí que no era Terry Lennox de Salt Lake City, como él aseguraba, sino Paul Marston, un canadiense nacido en Montreal. Y, antes de eso, ¿quién era? ¿Y quién sería la siguiente vez que lo viera, si es que nos volvíamos a encontrar? ¿Cuántas capas tiene una cebolla?

—Mendy vive en Acapulco, ¿no? —le dije—. ¿Tú vives también allí?

—Sí, junto al océano. Es muy agradable.

—¿Cómo te llamas ahora? Lo he olvidado.

—Maioranos —contestó con expresión avergonzada—. Cisco Maioranos.

—Otro alias. Tengo que decirte que ese no te va, Terry.

—*¡Por el amor de Dios!* —gritó Clare de repente y, como un torbellino, se levantó del taburete del piano y se volvió hacia nosotros, pálida de ira—. ¿Os vais a quedar ahí *charlando* toda la noche? ¡Esto es ridículo! Parecéis dos niños traviesos que han hecho algo malo sin que nadie se entere.

Nos quedamos mirándola. Creo que nos habíamos olvidado de que estaba allí.

—¡Calma, jovencita! —dijo Terry, en un vano intento de relajar el ambiente—. Somos dos viejos amigos y nos estamos poniendo al día. ¿Verdad, Phil? —y me hizo un guiño.

Clare iba a decir algo, y era obvio que tenía muchas cosas que decir, cuando sonaron unos leves golpes, la puerta se entreabrió y asomó una extraña aparición. Era una cabeza con el rostro tan blanco como la máscara de un actor de teatro noh y con el cabello recogido en una redecilla. Los tres nos quedamos mirándola y entonces habló:

—Estaba buscando un libro en la biblioteca y he oído voces. ¿No es hora ya de irse a la cama?

Era la madre de Clare. Llevaba una bata rosa de lana y unas zapatillas rosas con

unos pompones rosas. La sustancia que cubría su cara era una máscara de belleza. Sobre ese trasfondo blanco, sus ojos presentaban el borde enrojecido, como los de un borracho, y sus labios tenían el color de un filete crudo.

—Madre, por favor, vuelve a la cama —dijo Clare con la mano en la frente y en tono de desesperación.

La señora Langrishe la ignoró, entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Miró a Terry con el ceño fruncido.

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

Sin vacilar, Terry se aproximó a ella sonriendo afablemente y con su delgada mano extendida.

—Mi nombre es Lennox, señora Langrishe. Terry Lennox. Creo que no nos conocemos.

Mamá Langrishe lo miró con detenimiento, intentando intimidarlo hasta que de pronto sonrió y le cogió la mano entre las suyas. Nadie, ni las jóvenes ni las viejas, podía resistirse a Terry cuando desplegaba sus encantos, como la nube de pequeñas gotas del vaporizador de un frasco de perfume.

—¿Es usted amigo de Richard?

Terry titubeó.

—Sí, puede decirse que sí.

Desvió la mirada hacia el sofá y hacia allá miró también Mamá Langrishe.

—¡Mira dónde está! —su sonrisa se ensanchó y se hizo más cálida—. Fijaos, durmiendo como un angelito —se volvió hacia Clare y el corte morboso de su boca se tensó—. ¿Qué haces así vestida? Es medianoche.

—Madre, vuelve a la cama, por favor —repitió Clare—. Mañana por la mañana tenemos la reunión con la gente de Bloomingdale y estarás agotada.

—¡Dios, déjame en paz! —exclamó su madre, y se volvió a Terry con un parpadeo pícaro—. Richard y usted han estado de parranda, ¿verdad? El pobre muchacho no debería beber, se le sube directamente a la cabeza —miró con indulgencia a la figura despatarrada en el sofá—. Es un caso —como si la hubiera oído, Cavendish se removió y lanzó un fuerte ronquido. La mujer se rio con ganas—. Escuche. ¡Menudo bribón está hecho!

Por fin, se dio cuenta de mi presencia. Frunció el ceño, mientras me apuntaba el pecho con un dedo.

—Yo lo conozco. Usted es..., ¿cómo se llama? El detective —sus labios se curvaron en una sonrisa astuta y maliciosa, y la máscara blanca se quebró en una red de pequeñas grietas a ambos lados de la boca. Durante un segundo, se pareció asombrosamente a un payaso. Con voz melodiosa y sugerente, me preguntó—: ¿Ha encontrado las perlas de su señoría? ¿Es esa la razón que lo trae aquí?

—No, no las he encontrado todavía, pero estoy muy pendiente.

La sonrisa de payaso se esfumó al instante y de nuevo la mujer me apuntó con el dedo, que temblaba ahora de ira.

—No se atreva a burlarse de mí, descarado —bufó.

Terry intervino con gesto cordial.

—Creo, señora Langrishe, que Clare tiene razón. Debería volver a la cama. No eche a perder su tratamiento nocturno de belleza.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. Debía de haber tratado con una multitud de charlatanes como Terry a lo largo de los años, demasiados como para dejarse embaucar mucho tiempo por el turbio encanto de este.

Clare se aproximó a ella y puso con delicadeza una mano en su brazo.

—Vamos, madre, por favor. El señor Marlowe y Terry son viejos amigos. Por eso los he invitado esta noche. Es un encuentro de amigos.

La astuta y vieja lechuza sabía que la estaban engañando, pero probablemente estaba cansada, así que aceptó de buena gana la mentira y se retiró. Sonrió con dulzura a Terry, a mí me miró con enojo y permitió que Clare la acompañara. Antes de cruzar la puerta y desaparecer con su madre, Clare giró la cabeza para mirarnos. Me pregunté si llegaría el día en que se parecería a su madre.

Tan pronto salieron las dos mujeres, Terry silbó con suavidad y se rio.

—¡Qué mujer! ¡Me tenía aterrorizado! —dijo.

—No me ha parecido que estuvieras muy asustado —dije yo.

—Bueno, ya me conoces... El maestro del disimulo.

Se dirigió hacia donde yo había estado sentado, se inclinó y apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal que permanecía en el suelo. Luego, con las manos en los bolsillos, se aproximó al sofá y se quedó mirando a Cavendish, que yacía como un borracho de dibujos animados.

—Pobre Dick —dijo—. La madre de Clare tiene razón; no debería beber.

—¿Lo conoces? Me refiero a si ya lo conocías.

—Sí. Él y Clare venían a menudo a México. Todos nos conocemos: Nico, nuestro amigo Mendy, algunos más... Solíamos reunirnos al anochecer en un bar del paseo marítimo para tomar un cóctel. Un sitio estupendo —giró la cabeza y me miró por encima del hombro—. Alguna vez deberías venir a visitarme. Tienes aspecto de que te sentaría bien un poco de sol y de relax. Trabajas demasiado, Phil. Siempre lo has hecho.

El día después de que su esposa fuese asesinada, había llevado en coche a Terry hasta el aeropuerto de Tijuana para que cogiera un vuelo hacia el sur. A mi vuelta, Joe Green me estaba esperando. Sabían que Terry había escapado y me detuvieron como su cómplice. El jefe de Joe, un matón llamado Gregorius, me dio una paliza y pasé un par de días en chirona antes de que les llegara la noticia del conveniente suicidio de Terry y me soltaran. Fue un duro golpe para mí y para mi presunta reputación. Sí,

claro que Terry me debía una.

Se acercó a mí, aún con las manos en los bolsillos y su sonrisa más adulatora pintada en el rostro.

—¿Por casualidad has traído la maleta? Imagino que esa es la razón por la que Nico quería verte: para dártela. Nico nunca fue muy perseverante, se asusta con mucha facilidad. Tengo que confesarlo, siempre he sentido por él un cierto desprecio.

—No lo suficiente como para dejar de utilizarlo como tu mula.

Abrió los ojos con asombro.

—¿*Mi* mula? Venga, viejo amigo, ¿no creerás que yo estoy en el negocio? Demasiado sucio para mí.

—Eso mismo habría pensado yo hace tiempo, pero has cambiado, Terry. Lo veo en tus ojos.

—Te equivocas, Phil —movió la cabeza lentamente de un lado a otro—. Claro que he cambiado, me he visto obligado a hacerlo. La vida allá abajo no es solo música de guitarras, margaritas y pollo con mole. He tenido que hacer cosas que nunca hubiera imaginado cuando vivía aquí.

—¿Me estás diciendo que te has gastado todo el dinero que heredaste de Sylvia? Era la herencia que Harlan Potter le dio a su hija. Debía de ser muchísimo.

Frunció los labios como si fuera a silbar de nuevo, aunque probablemente lo hizo para no sonreír.

—Digamos que hice algunas inversiones imprudentes.

—¿Con Mendy Menéndez?

Aunque no contestó, vi que había dado en el blanco.

—Así que te has empeñado con Mendy y le debes dinero con mayúsculas. Por eso enviaste a Clare a mi oficina, por Mendy. ¿Me equivoco?

Terry se dio la vuelta y se alejó con andares rígidos y la vista fija en el suelo. Luego se giró de nuevo, volvió a recorrer el mismo camino y se detuvo frente a mí.

—Ya conoces a Mendy. No perdona cuando se trata de dinero, de deudas o de otros temas similares.

—Pensaba que eras su amigo y su héroe, teniendo en cuenta que los salvaste a él y a Randy Starr de una muerte sangrienta en el campo de batalla —le dije.

Terry se rio con ironía.

—Los héroes pierden el brillo con el tiempo. Y además, sabes tan bien como yo que la gente se cansa de tener que estar agradecida. Incluso empieza a irritarles estar en deuda contigo.

Pensé en lo que acababa de decir. Tenía razón. Para empezar, siempre me había sorprendido que Mendy lo hubiera ayudado. Sospechaba que Terry debía de tener algún poder sobre él. Podría haberle preguntado si era así, pero ya no me interesaba.

—Clare, por supuesto, habría estado encantada de ayudarme. Tiene mucho dinero

y puede disponer de él. Quiso darme parte para saldar mi deuda con Mendy, pero todavía me quedaba algo de honor —esbozó aquella sonrisa suya que servía, al mismo tiempo, para disculparse y para justificarse.

—¿Qué me dices de los dos mexicanos?

Un tajo se dibujó entre las cejas de Terry.

—Eso fue un asunto muy feo. La hermana de Nico... No la conocía, pero estoy seguro de que no se merecía morir —dijo.

—Estaba compinchada con Nico. Fue ella quien identificó el cadáver.

—En cualquier caso, ser asesinada de esa manera... —hizo una mueca—. Te juro que no sabía que Mendy iba a enviar a los mexicanos a por Nico. Creía que esperaba a que Clare hubiera... hubiera hablado contigo, que se daría un tiempo para que tú encontraras a Nico, como estoy seguro de que habría pasado si Mendy hubiera esperado lo suficiente. Pero Mendy es un desafortunado cóctel de impaciencia y desconfianza. Así que envió a esos dos matones para que buscaran por su cuenta a Nico. Un desgraciado error.

—El asunto, por supuesto, es que nadie, ni tú ni Mendy ni ninguna otra persona, habría descubierto la farsa de Nico si Clare no lo hubiera visto un día en una calle de San Francisco.

—Sí, es cierto —giró sobre los talones y reanudó su rígido caminar, ahora con las manos entrelazadas en la espalda—. Ojalá no lo hubiera visto. Todo habría sido mucho más fácil.

—Es probable, pero ¿fue culpa suya? Ella no le dijo a Mendy que lo había visto, ¿no? Imagino que te lo dijo a ti y tú se lo dijiste a Mendy. Y fue entonces cuando la maquinaria se puso en marcha. ¿Acierto?

—A ti no te puedo mentir —aquello me hizo reír y Terry me miró con expresión herida... Me miró con esa expresión, es cierto—. En cualquier caso, ahora no te estoy mintiendo —añadió en tono ofendido—. Sí, yo se lo dije a Mendy. No debería haberlo hecho, lo sé. Pero ya te he dicho antes que tengo razones para estarle agradecido...

—Y también necesitabas quedar bien con él, así que le pasaste la información privilegiada de que Peterson no solo no estaba muerto, sino que andaba por ahí, vivito y coleando, con la maleta de Mendy llena de droga.

—Ah, sí, la maleta —dijo Terry.

—La misma maleta que me diste, hace tiempo, para que te la guardara.

—Es verdad. ¿Fue la noche que me llevaste a Tijuana, tras la muerte de la pobre Sylvia? Ya no me acuerdo. Y cuando viste a Peterson con ella, la reconociste, claro.

—Desde luego, esa maleta ha vivido lo suyo.

—Hecha en Inglaterra, ya ves. Los ingleses trabajan para que las cosas duren.

Se detuvo, se sentó en el taburete del piano, cruzó las piernas y se llevó la mano a

la barbilla igual que *El pensador* de Rodin. Terry tenía las piernas más largas y delgadas que había visto nunca. Igual que una cigüeña.

Estaba empezando a decir algo cuando Richard Cavendish se sentó de golpe en el sofá y nos miró, parpadeando y humedeciéndose los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz espesa.

Terry apenas lo miró.

—Todo va bien, Dick. Vuelve a dormir —le dijo.

—Ah, vale —murmuró Cavendish, y se dejó caer en el sofá en la misma postura que antes, con los brazos y las piernas extendidos a ambos lados. Un segundo después empezó a roncar suavemente.

Terry estaba rebuscando en sus bolsillos. No sé qué esperaba encontrar.

—Te pediría otro cigarrillo, pero no quiero volver a fumar tanto como antes —dijo mientras me miraba de soslayo—. ¿Me vas a decir dónde está la maleta?

—Por supuesto. Está en una taquilla de Union Station y la llave de la taquilla está en un sobre dirigido a un amigo mío (bueno, un conocido) llamado Bernie Ohls. Es el jefe adjunto de Homicidios. Trabaja para la Oficina del Sheriff.

La habitación se quedó repentinamente silenciosa. Terry permaneció sentado, encerrado en sí mismo, con las rodillas cruzadas, una mano en la barbilla y la otra sujetando el codo. Me aproximé a la ventana, me colé por el espacio dejado por las cortinas entreabiertas y miré hacia fuera. No se veía nada, solo oscuridad y mi propio reflejo fantasmal en el cristal.

—No creo —comentó Terry a mi espalda—, no creo que eso haya sido muy inteligente, amigo. No creo que haya sido nada inteligente.

No parecía enfadado, ni amenazador, ni nada en especial. Excepto quizá melancólico. Sí, esa era la palabra: melancólico.

Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado.

—Ah, eres tú. ¿Qué llevas ahí? —dijo.

Me di la vuelta. Sentado en el taburete del piano, Terry me daba la espalda. Más allá estaba el hermano de Clare, Everett, de pie en el umbral de la puerta abierta, con el mechón lacio de pelo cayéndole sobre la frente. No tenía mejor aspecto que la última vez que lo había visto, pero al menos estaba consciente. Iba en pijama y con una bata de seda con dragones bordados. Llevaba mocasines, que resultaban extraños con el pijama, y una pistola en la mano. Era un arma pequeña y delicada, un Colt probablemente. Vi que tenía la empuñadura de nácar. Parecía un juguete, pero todas las armas, por delicadas que parezcan, pueden abrir un agujero en el pecho más coriáceo.

Me vio cuando abandoné la sombra de las cortinas y avancé hacia el centro de la sala. Una expresión de incertidumbre apareció en sus ojos. No esperaba encontrar allí a nadie más.

—Hola, Everett. ¿Te hemos despertado? Tu madre estuvo aquí hace un rato.

Me miraba fijamente. La debilidad de su rostro hacía que pareciera más joven de lo que era. Puede que también influyese el hecho de que su madre lo hubiera malcriado, mimado y protegido del fiero mundo. Al menos eso pensaba ella.

—¿Quién eres tú? —tenía los ojos hundidos y rodeados por oscuros cercos morados.

—Mi nombre es Marlowe. Hemos coincidido en un par de ocasiones. La primera vez, estabas despierto y charlamos en el jardín, ¿te acuerdas? Me confundiste con el nuevo chófer. La segunda vez no te enteraste de que yo estaba contigo.

—¿De qué estás hablando?

—Me has preguntado quién era y te lo estoy explicando —repliqué.

Me obligué a sonreír. Estaba haciendo tiempo. Everett Edwards Tercero podía ser un mariposón, como habría dicho Wilber Canning, pero seguía siendo un heroinómano y tenía un revólver en la mano.

—Ah, sí —dijo con asco—. Ahora me acuerdo, eres el tipo que buscaba a Clare aquel día. Un detective o algo así, ¿no? —soltó una risita—. ¡Un detective! Esta sí que es buena: yo tengo un revólver y tú eres un detective. ¡Es buenísimo!

Se dirigió entonces a Terry.

—Tú —había dejado de reír—, ¿qué haces aquí?

Terry pensó la respuesta.

—Bueno, digamos que soy amigo de la familia, Rett. Tú me conoces.

Aunque yo solo veía la nuca y la espalda de Terry, me pareció que estaba tranquilo. Me alegré. Todos necesitábamos estar muy, muy tranquilos.

—¿Te acuerdas de los buenos ratos que pasamos en Acapulco? —prosiguió Terry—. ¿Te acuerdas del día en que te enseñé a hacer esquí acuático? Fue estupendo, ¿verdad? Y luego cenamos en aquel restaurante de la playa. Pedro, se llama. Aún sigue allí. Voy a menudo y en cada ocasión pienso en ti y en los buenos ratos que hemos pasado juntos.

—Eres un bastardo —dijo Everett sin alterarse—. Fuiste tú quien me inició. Fuiste tú el primero que me la dio —su mano temblaba y el revólver, también. Aquello no era bueno. Un revólver tembloroso puede dispararse con facilidad. Lo he comprobado en otras ocasiones. Everett estaba a punto de llorar, pero sus lágrimas eran de rabia—. *Fuiste tú.*

—No seas tan melodramático, Rett —dijo Terry con una risa despreocupada—. Eras un chico muy nervioso y pensé que un pellizco ocasional del polvo de la felicidad te sentaría bien. Lo siento si me equivoqué.

—¿Cómo te atreves a pisar esta casa? —el temblor de la mano de Everett había aumentado y el cañón del revólver se agitaba de un lado a otro de una manera que me hizo apretar los dientes.

—Escucha —le dije—. Escúchame, Rett. ¿Por qué no me das la pistola?

El joven me miró fijamente durante un instante y luego rompió a reír con una risa aguda.

—¿Así hablan de verdad los detectives? Pensé que solo era en las películas —simuló una expresión seria y bajó el tono de voz para imitarme—. *Everett, ¿por qué no me das la pistola antes de que alguien resulte herido?* —alzó la vista al techo—. ¿Es que no te enteras, estúpido? De eso se trata exactamente: *alguien* va a resultar herido. Alguien va a resultar muy herido. ¿No es así, Terry? ¿No es así, mi viejo amigo de los felices días de Acapulco?

Fue entonces cuando Terry cometió el error. En ese tipo de situaciones alguien hace siempre un estúpido movimiento equivocado, que desencadena el infierno. De repente, Terry se lanzó hacia delante desde la banqueta del piano, como un nadador tirándose de cabeza a la ola que llega, aterrizó sobre el estómago y agarró el cenicero de cristal que había en el suelo, junto a la silla donde yo había estado sentado. Su intención era arrojárselo a Everett como un disco letal. No se dio cuenta de que cuando estás tumbado boca abajo no puedes lanzar con mucha fuerza. Sin contar con que Everett era mucho más rápido que él. Terry aún estaba echando el brazo hacia atrás cuando Everett dio un paso adelante, extendió la mano con la que sujetaba el revólver, apuntó a la cabeza de Terry y apretó el gatillo.

La bala dio en la frente de Terry, justo bajo la línea del cabello. Durante un instante permaneció inmóvil, aún con el cenicero en una mano y la otra apoyada en el suelo delante del cuerpo, como si fuera a darse impulso para levantarse. Pero no iba a levantarse nunca más. Había dos orificios en su cabeza: uno en la frente y otro, mayor, en la nuca. Por el segundo orificio salía muchísima sangre y una sustancia pegajosa y grisácea. Su cabeza cayó hacia delante y su rostro golpeó la alfombra.

Everett parecía a punto de disparar de nuevo, pero llegué hasta él antes de que volviera a apretar el gatillo. No me costó mucho quitarle el revólver. De hecho, fue él quien me lo entregó. Estaba inmóvil, débil como una niña y con el labio inferior temblando, mientras miraba a Terry, que se desangraba en el suelo. El pie derecho de Terry se movió varias veces y luego se quedó quieto. Igual que en ocasiones anteriores, me llamó la atención cómo la pólvora huele a beicon frito.

La puerta se abrió detrás de Everett y entró Clare. Se detuvo en el umbral y miró la escena con una expresión de horror e incredulidad. Luego, empujó a un lado a su hermano y se abalanzó hacia el interior de la sala. Cayó sobre sus rodillas, levantó la cabeza de Terry y la colocó en su regazo. No dijo nada. Ni siquiera lloró. Supe con certeza que lo había amado. Era imposible no verlo.

Alzó la vista hacia mí y contempló el revólver en mi mano.

—¿Has sido...?

Sacudí la cabeza.

Entonces, se giró hacia su hermano.

—¿Has sido tú? —él no la miraba—. Jamás te perdonaré —hablaba con voz tranquila, casi formal—. Jamás te perdonaré. Ojalá te murieras muy pronto. Espero que tengas una sobredosis, entres en coma y ya no salgas. Ahora sé por qué siempre te he odiado. Sabía que un día me destrozaría la vida.

Everett, aún sin mirarla, no contestó, no dijo una palabra. Tampoco había mucho que decir.

Richard Cavendish se puso en pie y avanzó hacia nosotros arrastrando los pies. Al ver a Terry y la sangre brillante que empapaba el vestido azul de su mujer, se detuvo. Todos permanecemos inmóviles hasta que, tras unos segundos, Cavendish rompió a reír.

—Bueno, bueno, uno menos.

Y se rio de nuevo. Debía de creer que estaba soñando, que nada de lo que estaba viendo era real. Pasó por encima del cuerpo de Terry, dio unos golpecitos con la mano en la cabeza de Clare y continuó andando tambaleante, atravesó la puerta tarareando y desapareció.

Clare comenzó a llorar. Quise acercarme a ella, pero ¿para qué? Era demasiado tarde para hacer nada.

No llamé a Bernie. Bastante me había tenido que soportar ya y, desde luego, bastante lo había soportado yo a él. No tenía ganas de que empezara a gritarme de nuevo por teléfono, a soltarme improperios y a ordenarme que hiciera cosas que ni el mayor contorsionista del mundo conseguiría hacer. Así que, en su lugar, llamé a Joe Green, siempre dispuesto a tomarse una cerveza contigo, bromear y comentar el partido de béisbol; el bueno de Joe, a quien los calzoncillos se le arrugaban en la entrepierna cuando hacía calor.

Joe se encontraba de servicio, como siempre. Veinte minutos después de atender mi llamada, llegó al Pabellón Langrishe junto a dos coches patrulla con las sirenas aullando. Everett Edwards estaba acurrucado como un erizo en el sofá que, poco antes, había dejado libre su cuñado borracho. Lloraba amargamente, pero sus lágrimas no parecían de arrepentimiento, sino de frustración. Yo desconocía a qué se debía su frustración. Tal vez pensaba que Terry había muerto demasiado rápido, sin demasiado sufrimiento. Tal vez se sentía decepcionado por la banalidad de todo lo ocurrido; tal vez hubiera preferido una escena grandilocuente con espadas, discursos y cadáveres esparcidos por los rincones, del tipo que el otro Marlowe, el que vio la sangre de Cristo fluyendo por donde fuese, podría haber escrito para él.

Joe se detuvo en el centro de la habitación y miró alrededor con gesto preocupado. Se sentía fuera de su elemento. Él estaba acostumbrado a subir con contundencia las escaleras de edificios de pisos, a echar abajo las puertas de una patada, a empujar contra la pared a punkis con camisetas sudadas y a meterles en la boca el cañón de su Smith & Wesson de calibre 38 Special para que dejaran de gritar. Ese era el mundo de Joe. Pero lo que ahora tenía ante sus ojos parecía más bien un juego de salón de la alta sociedad que había acabado espectacularmente mal.

Se acuclilló y echó una ojeada a los orificios de bala en la cabeza de Terry, miró a Everett Edward acurrucado en el sofá y por último a mí.

—¡Por los clavos de Cristo, Phil! ¿Qué demonios significa todo esto? —me preguntó en voz baja.

Giré las palmas de las manos y me encogí de hombros. ¿Por dónde empezar?

Joe se puso en pie con un gruñido y se volvió hacia Clare Cavendish. Con el rostro afligido, las manos en los costados manchadas de sangre y la parte delantera del vestido brillante por la sangre que empapaba la tela azul, Clare parecía el personaje de una pieza clásica, escrita por un antiguo griego hacía muchísimo tiempo. Joe se dirigió a ella como señora Langrishe, dándome pie para que interviniera.

—Se llama Cavendish, Joe —le corregí—. La señora Clare Cavendish.

Clare, inmóvil como una estatua, no parecía darse cuenta de nada. Estaba conmocionada. Su hermano, en el sofá, sollozó con fuerza. Joe me miró de nuevo y

sacudió la cabeza. Se encontraba perdido.

Al final, dejó a Clare en manos de uno de los policías, un inmenso zoquete irlandés pecoso y con el pelo color zanahoria, que le sonrió como si fuese Barry Fitzgerald y le dijo que no se preocupara, que no se preocupara de nada. Había encontrado una sábana en alguna parte, se la echó a Clare sobre los hombros y la condujo solícito fuera de la habitación. Ella le siguió sin ninguna resistencia, deslizándose hacia la puerta con su vestido ensangrentado, grácil y erguida como siempre, con el rostro inexpresivo y ofreciéndonos su hermoso perfil.

Esposaron a Everett y también se lo llevaron, en pijama y mocasines. No miró a nadie. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y restos de mocos en las mejillas. Me pregunté si sabría lo que lo esperaba en las semanas y los meses siguientes, por no mencionar los años que iba a tener que pasar en San Quintín, a menos que su madre contratara a un abogado tenaz y lo bastante listo como para encontrar un resquicio legal que hubiera pasado inadvertido al resto del mundo y por el que pudiera librar a Everett de la cárcel. No sería la primera vez que el hijo de una familia rica salía impune de un caso de asesinato.

Ya no estaban ni su hijo ni su hija cuando Mamá Langrishe apareció de nuevo con su redecilla y su mascarilla de arcilla blanca. Miró el cadáver en el suelo, que alguien había cubierto con una sábana, pero no pareció darse cuenta de lo que era. Luego me miró a mí y a continuación a Joe. No comprendía nada de lo que veía. Solo era una pobre anciana triste, confusa y desorientada.

Cuando todo terminó y los coches patrulla se marcharon, Joe y yo nos fumamos un pitillo junto a su coche, en el paseo de grava.

—¡Dios, Phil! ¿Nunca se te pasa por la cabeza cambiar de trabajo?

—Continuamente —le respondí—. Continuamente.

—Sabes que vas a tener que venir a la ciudad y hacer una declaración.

—Sí, lo sé, pero escucha, Joe, hazme un favor. Déjame ir a casa ahora para que duerma y te aseguro que estaré en la comisaría a primera hora de la mañana.

—No sé, Phil —dijo frotándose la barbilla con gesto preocupado.

—A primera hora, Joe, te doy mi palabra.

—Vale, de acuerdo.

—Eres un amigo.

—Soy un blando, eso es lo que soy.

Tiré el cigarrillo a la grava y pisé la colilla con el tacón.

—No, Joe, yo soy el blando.

Fui a casa, me duché y dormí las escasas horas que quedaban de noche. A las siete sonó la alarma, me levanté como pude, bebí una taza de café ardiendo, conduje hasta la comisaría como le había prometido a Joe e hice mi declaración al oficial que

estaba de servicio.

No conté gran cosa, lo suficiente para tener contento a Joe y para cumplir con el tribunal cuando se celebrara el caso de «El estado de California contra Everett Edwards III». Me citarían como testigo, por supuesto, pero eso no me importaba. Lo que me importaba era declarar en el banquillo de los testigos y contemplar a Clare, sentada en la primera fila de la sala, mirando a su hermano, al que se referirían como el acusado, el hombre que había matado a su amante. Era una perspectiva que no me entusiasmaba. Me acordé de su madre cuando me advirtió, en el Ritz-Beverly, del daño que podría ocasionar mi investigación. Entonces pensé que se refería al sufrimiento que yo podía causarle a su hija, pero no era así. Ella se refería a mí; de algún modo, ya sabía entonces que sería yo quien terminaría con cicatrices. Debería haberla escuchado.

Cuando salí de la comisaría, el sol daba en mi Oldsmobile y el aire caliente vibraba sobre el techo. Era seguro que el volante estaría ardiendo.

Pensarán que les voy a decir que al final del día me acerqué a Victor's y me tomé un gimlet en memoria de mi amigo muerto. No lo hice. El Terry que yo conocía estaba muerto mucho antes de que Everett le metiera una bala en los sesos. Aunque nunca se lo dije a él, Terry Lennox era mi ideal de caballero. A pesar de la bebida, de las mujeres y de la gente con que se relacionaba, como Mendy Menéndez; a pesar de que cuando las cosas se ponían feas solo se preocupaba de sí mismo, Terry era, a su manera, un hombre de honor.

Ese era el Terry que yo había conocido. O que yo pensaba, por lo menos, que conocía. ¿Qué le había pasado? ¿Qué había ocurrido para que dejara de ser decente, honrado y leal? Él solía culpar a la guerra, se golpeaba el pecho y decía que dentro de él no quedaba nada desde el día en que dejó el ejército. Pero yo nunca creí esa versión, resultaba demasiado melodramática. Tal vez vivir en el soleado México, con su esquí acuático y sus cócteles en el paseo marítimo, y tener que ser el informador y el apañador de Mendy Menéndez, lo había matado por dentro. Conservaba su estilo, la elegante pátina, pero debajo de ella el metal estaba carcomido por el ácido, el óxido y las llagas. El Terry que yo conocía jamás hubiera enganchado a la heroína a un crío como Everett Edwards. Jamás se hubiera asociado con un matón como Mendy Menéndez. Y, sobre todo, jamás hubiera enviado a la mujer que lo amaba a seducir a otro hombre porque le convenía.

Decidí ignorar esa última parte de la traición. Quiero creer que Clare Cavendish se metió en mi cama porque lo deseaba. Recuerdo cómo la última noche que la vi, con Terry aún escondido detrás de las cortinas, bajó la voz y se llevó un dedo a los labios para evitar que yo dijera que nos habíamos acostado. Incluso si no me deseaba, incluso si se acostó conmigo para que yo investigara dónde se encontraba Nico Peterson, quiero creer que lo hizo porque quiso y no porque Terry la empujara a

hacerlo. Hay cosas que necesitas creer. ¿Cómo era lo que me dijo? Haz una apuesta, como Pascal. Bueno, eso he hecho. Aún no sé muy bien qué apostó Pascal, pero debía de ser algo extremadamente importante.

Hace un momento he abierto el cajón de mi mesa, he rebuscado dentro hasta que he encontrado un viejo horario de vuelos y he mirado los que salen hacia París. No existe la más remota posibilidad de que vaya, pero soñar es agradable. La verdad es que no consigo olvidar la alianza de oro que había en el fondo de la piscina del Club Cahuilla y me pregunto si acaso no sería una señal.

Hice un acto simbólico: cogí la lámpara con las rosas pintadas de la mesilla de noche, la llevé al patio trasero y la tiré al cubo de la basura. Luego, entré en la casa y me preparé una pipa. Para mí significó el final de Clare Cavendish. Había entrado en mi vida y conseguido que la amara —tal vez no se lo propuso, pero sabía que estaba sucediendo—, y ahora había desaparecido.

No puedo decir que no la echara de menos, que no la echo de menos. Una belleza como la suya no pasa por tus manos sin quemarlas. Sé que estoy mejor sin ella. Eso es lo que me digo. Lo sé y algún día también lo creeré.

La última noche que fui a su casa, Clare estaba tocando el piano para Terry. Imagino que no es vulgar tocar para otra persona cuando la amas.

Nunca me pagó por el trabajo para el que me contrató.

Agradecimientos

En todas las novelas de Marlowe, su autor juega con la topografía del sur de California y yo me he permitido idéntica licencia. No obstante, había muchos detalles que debían ser precisos y de los cuales no estaba seguro. A ese respecto he dependido estrechamente de un quinteto de informadores que conocen el área al detalle. Ellos son Candice Bergen, Brian Siberell, Robert Bookman y mis agentes, Ed Victor y Geoffrey Sanford. Deseo expresarles mi más sincera gratitud por sus conocimientos, generosidad, paciencia y buen humor. Estoy especialmente agradecido a Candice Bergen por la atención, inteligencia y creatividad que ha dedicado al texto y por los numerosos escollos que me ayudó a esquivar. Y lamento que el pavo real solo hiciera una efímera aparición.

Otras personas que merecen mi cálido agradecimiento son: María Fasce, Rodrigo Fresán, Graham C. Greene y los Herederos de Raymond Chandler, Dr. Gregory Page, Maria Rejt, Fiona Ruane, John Sterling y la sin par editora de mi manuscrito, Bonnie Thompson.



BENJAMIN BLACK es el seudónimo del prestigioso escritor JOHN BANVILLE (Wexford, Irlanda, 1945). Banville ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Fue finalista del Premio Booker con *El libro de las pruebas* (1989), premio que obtuvo en 2005 con la novela *El Mar*, consagrada además, por el Irish Book Awards como mejor novela del año.

Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado con gran éxito de público y crítica *El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *El lémur* (2009), *En busca de April* (2010) y *Muerte en verano* (2011) y *La rubia de ojos negros*, (2013), escrita por invitación de los herederos de Raymond Chandler, el creador del detective Philip Marlowe.

En mayo de 2011, John Banville recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del premio Nobel.